



Fermín Bocos

Algo va mal



DESTINO

# Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

«Algo va mal. Aquí hay algo que no cuadra», dijo el comisario encargado del caso señalando uno de los dos cuerpos que aparecían en la foto con el rostro desfigurado por el impacto de una bala.

El cadáver de Cosme Damián, magnate de los medios de comunicación y director del influyente El Diario, aparece en su habitación de hotel en Ámsterdam la víspera de una de las elitistas reuniones internacionales del Club Bilderberg a la que iba a asistir.

La intriga se desarrolla en escenarios que transportan al lector a las reuniones privadas del Club Bilderberg en los días previos a la guerra de Iraq; al París del mundo secreto del tráfico de obras de arte; a Berlín cuando todavía operaba la Stasi, la temible policía política de la RDA, la Alemania comunista; o a Gibraltar, puerto de negocios turbios y refugio de espías.

Un thriller trepidante en el que el autor vuelca con inteligencia y solidez narrativa su experiencia como periodista y construye un retrato acerado de la relación no siempre limpia entre la prensa y el poder, con la corrupción como telón de fondo en la España de nuestros días.

# ALGO VA MAL

Fermín Bocos

Ediciones Destino

*Para Julia*

*En recuerdo de Tony Judt, autor de un esclarecedor ensayo político  
titulado Algo va mal*

No me preocupa la sangre,  
me preocupa la tinta.

TELMO SALCEDO

—Algo va mal. Aquí hay algo que no cuadra —dijo el hombre corpulento señalando a uno de los dos cadáveres que aparecían en la foto. Era un varón de raza blanca que estaba tendido encima de una cama junto al cuerpo fibroso y desnudo de una mujer cuya cabeza aparecía coronada por una larga melena.

—¿A qué se refiere? —preguntó el otro con una voz que delataba la dependencia jerárquica que existía entre ambos.

—Cosme Damián era gay.

—Perdone, señor, pero no entiendo muy bien qué relación tiene eso con el caso. ¿Quiere decir que la foto que nos han enviado los holandeses es un montaje?

—La foto, no; no me refiero a eso. Lo que nos han mandado los colegas de La Haya es un informe muy escueto y las imágenes que tomaron de la habitación del hotel en el que fueron encontrados los cadáveres, eso está claro; a lo que me refiero es a otra cosa. Lo que le digo es que Cosme Damián nunca se habría ido a la cama con una mujer.

—Bueno, quizá le gustaba probar de todo, ¿no?

—No, a Damián no. Hágame caso, Malvar. Lo que tenemos delante, si es lo que me parece, es un montaje. Quien acabó con ellos no debe de ser español o, si lo es, no debía de leer los periódicos de este canalla porque, de lo contrario —añadió, señalando el cuerpo de la mujer—, quien estaría ahí sería un efebo.

Aquella conclusión pareció desconcertar al comisario Aquilino Malvar. Desconcierto que convirtió en pregunta:

—Pues de ser así, habría que trasladar esa sospecha a los colegas de La Haya, ¿no le parece? Por cierto, todavía no hemos recibido el informe ampliado que les hemos pedido. A lo mejor hay suerte y nos envían algún dato interesante para el caso. Si quiere, me pongo en contacto con ellos. Había pensado que también nos sería útil hablar con el agregado de prensa de nuestra embajada en La Haya. Nunca se sabe. A veces, lo que publican los periódicos sirve para hilvanar pistas —añadió el policía.

—¡Ni se le ocurra! Malvar, este caso hay que llevarlo con la máxima discreción. No quiero filtraciones ni chismorreos de pasillo, que luego nadie sabe cómo pero, ¡qué casualidad!, siempre acaban en los periódicos. Y, últimamente, también en la televisión, lo que ya es la leche. Cosme Damián era un canalla, pero tenía amigos muy poderosos, y no solo en el Gobierno.

—Sí, ya he leído que estaba en Holanda asistiendo a una reunión de no sé qué club de gente

vip; peces gordos, según parece. Tiene un nombre raro que suena a alemán; viene aquí en la nota que nos ha enviado la policía holandesa a través de Europol. Se llama, se llama... Sí, está aquí: Bilderberg. Eso es, Club Bilderberg —dijo tras consultar un folio que había depositado encima de la mesa del despacho, que estaba abarrotada de papeles—. La verdad es que nunca había oído hablar de semejante club —concluyó.

—El Club Bilderberg es un club muy exclusivo. No es un foro secreto, pero sí muy discreto; un club al que pertenecen algunos de los personajes más poderosos del mundo —dijo el hombre corpulento con una mirada que al otro le pareció como perdida en algún punto del exterior—. El club —concluyó— fue fundado en los años cincuenta del pasado siglo, y precisamente lleva el nombre...

—¡Del hotel en el que han sido asesinados! —exclamó Malvar interrumpiendo a quien a todas luces era su superior—. Perdón, señor, le he interrumpido. Lo siento.

—No pasa nada —dijo el aludido—. Veo que se está implicando en el caso. Eso está bien. Es usted un gran policía y por eso le hemos encargado el caso. Efectivamente, el club lleva el mismo nombre del hotel porque precisamente en ese hotel fue donde hace cincuenta años fue fundado. ¿Sabe por quién? —prosiguió, sin dar tiempo a que su subordinado respondiera a la pregunta—: Pues por el príncipe Bernardo de Holanda.

—No sabía yo que Cosme Damián tuviera amistades entre los miembros del Gotha europeo.

—No creo que fuera amigo del príncipe. Lo que pasa es que a ese club pertenece lo más granado de la política, las finanzas y los medios de comunicación de todo el mundo. Y, como sabe, Damián era la cabeza de un imperio que no solo abarcaba España, Francia o Italia, sino también América. Prensa, televisión, películas, libros, hoteles, inmobiliarias...

—Y... amigos políticos —apuntó el policía.

—De unos más que de otros. Algunos le deben su carrera y a otros los ha destruido con sus campañas de acoso y derribo. Lo cual quiere decir que tenía muchos enemigos. Demasiados. Lo que se traduce, Malvar, en que su trabajo se complica porque tiene usted muchos sitios por donde empezar.

—Estaba casado, ¿no?

—Sí. Con Clara Miranda de Celis, una mujer muy atractiva. Pero, aunque guardaban las apariencias, se sabía que cada uno hacía su vida, por mucho que a veces ella lo acompañara a las fiestas sociales o a las recepciones de Palacio.

—¿Estaba con él en Holanda? —preguntó el policía.

—Creo que no. Parece que su último viaje lo hizo solo. Al menos eso es lo que sabemos oficialmente —sentenció el hombre corpulento—. Bien —añadió inspirando profundamente—, póngase a trabajar. Pida lo que necesite. El caso tiene prioridad absoluta. Le recuerdo la discreción con la que debe proceder. No vamos a poder eludir los titulares de la prensa de mañana, pero lo que hay que evitar a toda costa es el escándalo. Le he dado mi palabra al ministro. No me haga quedar mal, porque en este caso nos jugamos mucho.

—Descuide, señor. Tendré el máximo cuidado —respondió el comisario registrando en su memoria las últimas palabras de su interlocutor. Pese a que había hablado en plural, no le cabía duda de que, si las cosas se torcían, solo habría un responsable.

Se despidieron con un apretón de manos. Tras cerrar la puerta del despacho, el comisario Aquilino Malvar observó que las letras con el nombre del titular de aquella estancia eran de un tamaño ligeramente superior al de las que explicitaban su cargo: «Director General de la Seguridad del Estado», proclamaba la chapa de latón dorado pegada en el cuartel superior de la puerta.

«El tamaño importa», pensó, esbozando una sonrisa.

Walter de Roux era marsellés. Había nacido cerca de Aubagne, en el departamento de las Bocas del Ródano, que pertenece al distrito de Marsella. Vio la luz en una casa de piedra abrazada por una enredadera en la que ponían sus nidos los gorriones. De pequeño le gustaba descolgarse por la ventana y llegar hasta ellos para robar los polluelos. Al volver a su habitación, los asfixiaba y se quedaba horas enteras extasiado mirando aquellos cuerpecillos inertes que habían sucumbido a la fuerza desproporcionada de sus manos. Después, para que su madre no le riñera, los enterraba al pie de los árboles de un hayedo que crecía en el lindero del prado en el que se erguía la casa familiar. Su madre, que pertenecía a una familia acomodada, era una infeliz desbordada por la vida y el cuidado de cinco hijos, dos de ellos más pequeños que Walter. Era una buena mujer que intentó retrasar el naufragio de su hogar, pero que, a la postre, había sido aniquilada por la temprana ausencia de su marido, un coronel del 2.º Regimiento de Paracaidistas de la Legión Extranjera francesa, muerto en un accidente de carretera cuando los niños eran muy pequeños. Uno de sus escasos consuelos era la música clásica, afición que inculcó a sus hijos. Brahms era su refugio en unos días tantas veces igualados por la tristeza.

Walter había crecido solitario y fuerte. Tenía una idea vaga de quién había sido su padre, aquel hombre de mirada ausente al que recordaba vestido de uniforme, tal y como aparecía en la gran foto colocada encima de la repisa de la chimenea de su casa. Cuando terminó la escuela, ingresó en la Universidad, donde superó con éxito los estudios de Filología Inglesa, pero un día se cansó de estudiar y se alistó en la Legión. Llevaba aquel uniforme en la mirada y pronto descubrió que el mundo del cuartel estaba hecho a su medida. Era callado y resistente, y también el mejor tirador de su regimiento. Le gustaban las armas, con ellas en la mano era una máquina de músculos helados. Podía hacer blanco contra cualquier objetivo, incluso si estaba colocado a gran distancia. También era políglota; además de francés, hablaba inglés con notable soltura y se manejaba bastante bien en español y alemán. Aquella pericia suya con las armas y los idiomas acabó forjando su destino, pues tras dejar la Legión se fue a vivir a París, donde pronto encontró trabajo. Primero como guardaespaldas de Jean-Pierre Lanoy-Clairvaux, un político ultraderechista. Más tarde, como asesino. Ejecutor a sueldo. Sus actuaciones, tan precisas como limpias, se cotizaban muy alto en un mercado que cada día estaba más necesitado de este tipo de profesionales capaces de acabar de manera expeditiva y no siempre discreta con testigos peligrosos, banqueros ensoberbecidos, financieros tramposos, periodistas excesivamente curiosos, ejecutivos que se

pasaban de listos, políticos incómodos o empresarios que habían olvidado pagar sus deudas. En el mundo del crimen especializado era conocido como el Marsellés.

Francis Hamilton, el veterano exsecretario de Estado de los Estados Unidos de América, no tenía un buen día. Holanda le parecía un país aburrido. «¿Qué se puede esperar de un país que no tiene montañas?», le decía, hablando por teléfono, a la persona que le había despertado a las seis de la mañana llamándolo desde Nueva York.

—No, no me quejo de la compañía —añadió—, pero la comida es espantosa. Es como estar en el Pacífico en una de las reuniones de los Tigres. Aquí también es comida indonesia; todo son salsas, fideos y arroces.

Con una mano sostenía el teléfono y con la otra accionaba el mando a distancia del televisor. Estaba buscando la CNN cuando, al pasar de un canal a otro, vio una imagen que le resultó familiar. Se detuvo. Era la fachada del hotel Bilderberg. La emisión era en holandés, idioma que no conocía. Iba a cambiar de canal pero, gracias a su conocimiento del alemán, pudo entender lo que decía el rótulo que aparecía en la pantalla: «Doble crimen en el hotel Bilderberg de Oosterbeek».

—¡Sí, sí, lo estoy viendo ahora mismo en la televisión local! ¿También lo están dando por la CNN? La voy a poner. ¿Qué dicen?... ¡Qué! Pero ¿qué coño tengo yo que ver con eso?... ¡Vaya cabronada! Voy a hablar con Ted Turner para decirle que se cargue a ese bastardo... ¡Sí, sí, sí, yo estoy tranquilo, pero me parece una faena que mezclen mi nombre! Todo el mundo sabe que pertenezco al Club Bilderberg, incluso que fui uno de sus fundadores, pero ¡coño!, Francis Hamilton no va por ahí pegando tiros, matando a los amigos a los que el club invita a dar una conferencia. Es de locos... Sí, de locos. No me vale esa excusa de que ya se sabe que los periodistas tienen que contextualizar las noticias. Como dice mi amigo el gobernador de Nuevo Méjico, la mayor parte de ellos son una panda de pendejos. Sé perfectamente cómo trabajan, no te olvides que llevo muchos años soportándolos... Espera, espera, que ya tengo la CNN, ya veo a Bobbie Battista, voy a ver cómo dan la noticia. Voy a subirlo para que puedas escucharlo —dijo.

Sin colgar el teléfono, pulsó el botón del mando para subir el volumen del receptor. En la pantalla aparecían ahora imágenes de una de las habitaciones del hotel. Era algo más pequeña que la suite en la que se alojaba el exsecretario de Estado, pero la decoración era muy parecida.

«... *La policía —decía la presentadora— encontró tendido sobre la cama el cuerpo del magnate de la prensa española y el de la joven que lo acompañaba; estaban desnudos y los dos tenían un disparo en la cabeza. Cosme Damián, el empresario asesinado, se encontraba en Holanda asistiendo a la reunión anual del Club Bilderberg, un foro exclusivo fundado en 1954*

*por el príncipe Bernardo de Holanda y por Francis Hamilton. Según nos informa Ben Taylor, nuestro corresponsal en Holanda, el exsecretario de Estado se hospeda en el mismo hotel en el que se ha cometido el doble crimen...»*

—Joder, ¿lo estás oyendo? ¡Serán cabrones! ¡Ya solo les falta decir que me los he cargado personalmente! ¡Pero cómo quieres que me calme con lo que están diciendo! ¿Qué dirías tú si estuvieran nombrándote a ti? «Por cierto, que en el mismo hotel, en la suite que está justo al lado de la habitación en la que se ha cometido el crimen, duerme John Doyle Bellamy IV.» ¿Qué dirías? ¿A que no te gustaría? Pues eso mismo me pasa a mí. Que son unos bastardos, que te lo digo yo. Que me tienen enfilado y están todo el día intentando tocarme las pelotas... Sí, sí, está bien, tienes razón. Me calmaré. Supongo que es por el madrugón. No sé si sabes que aquí son las seis de la mañana y ayer nos fuimos a dormir a las tantas. Bien, bien, te tendré informado. Como puedes suponer, pondremos en marcha nuestra propia investigación. Por teléfono no quiero decirte nada. Pero descuida, te tendré al corriente... No, no —prosiguió el hombre en un tono de voz algo más relajado—, todavía me quedaré unos cuantos días más; hemos de concluir las sesiones. Ya sabes lo premiosas que son las reuniones, hay que levantar acta de todo; estamos preparando el cincuentenario, acuérdate de que es el año que viene, y de esa sí que no te puedes escapar. Además, está la audiencia oficial con la reina, ya sabes lo formales que son los europeos. En fin, espero que te incorpores a las reuniones del club, por lo menos en la segunda parte. Cuando llegues te invitaré a almorzar, no sabes cómo echo de menos un buen pedazo de carne de novillo. Estoy harto de fideos de soja y de salsas orientales, parece que estoy en Indonesia.

Colgó el teléfono y durante unos segundos se quedó mirando la pantalla del receptor, en la que una rubia espectacular estaba señalando con el largo dedo de su afilada mano un mapa en el que unas nubes que parecían de algodón de caramelo simulaban una meada virtual sobre la ciudad de Ámsterdam. Después apagó el televisor y, tras mirar el Rolex que tenía encima de la mesita de noche, apagó la luz. Faltaba una hora para que sonara el despertador y no hay sueño como el de la última hora antes de que suene.

Unos días antes, durante el vuelo que llevaba desde Madrid a Ámsterdam, Cosme Damián recordó la agradable sorpresa que había experimentado al recibir una carta en la que lo invitaban a participar en la reunión anual del Club Bilderberg. La sorpresa había dado paso a la satisfacción. Recordó que se lo había comunicado a su secretaria con una sonrisa. Gesto poco habitual en él. Su primera reacción fue llamar a la redacción del periódico y pedir al Departamento de Documentación que le redactara un informe sobre el club. Después se encerró en su despacho y se pasó algún tiempo navegando por algunas de las páginas que ofrecían información sobre él. Llegó a la conclusión de que había mucha leyenda alrededor de las actividades del Club Bilderberg, leyenda que le debía mucho a la imaginación de los periodistas. Era un *lobby* poderoso formado por grandes banqueros, financieros, políticos en activo y otros que lo fueron en sus respectivos países, empresarios de los medios de comunicación y algún personaje de actualidad convertido en autoridad en una determinada materia de interés para los miembros del club. La visión del club como una suerte de *gobierno mundial en la sombra* era una fantasía sin fundamento real que hundía sus raíces en una tradición muy arraigada entre los partidarios de las teorías de la conspiración, que en todas las épocas los ha habido. La realidad es mucho más plana: este club, como otros, está formado por gentes poderosas que pretenden influir en aquellos asuntos en los que determinadas políticas y corrientes de opinión resulten beneficiosas para sus negocios. Ni más ni menos. Aun así, la mencionada aura de sanedrín conspiratorio acompañaba todas sus reuniones, y de ahí el interés periodístico que estas suscitaban. Aunque acudía como invitado, Cosme Damián llegó a la primera de las reuniones con una mezcla de aprehensión y curiosidad. La víspera, tras registrarse en el hotel, había entrado en contacto con la secretaria del club y allí le habían facilitado un dossier con los nombres de los participantes y el orden del día de las sesiones. Al llegar a la habitación, tras despedir al botones, que se quedó mirándolo a la espera de una propina que no llegó, Cosme Damián cerró la puerta, dejó en el suelo, sobre la alfombra, la maleta y se sentó al borde de la cama, abriendo la carpeta que le habían facilitado en la secretaría.

Junto a los nombres de los asistentes había una reseña biográfica. En la suya figuraba su condición de empresario de *mass media* y una relación de los periódicos y canales de televisión de los que era socio o accionista principal. Una fotografía acompañaba tan sucinta referencia. «Es un poco antigua. Ahora no estoy tan gordo», comentó para sus adentros al tiempo que extraía de la bolsa de mano que había dejado encima de la cama un portátil. Lo abrió y esperó unos segundos a que la pantalla se iluminara. Mientras iba mirando en el dossier el nombre de los participantes

buscaba su biografía en Google. Algunos los pasó por alto porque eran muy conocidos, como en el caso de Francis Hamilton, el exsecretario de Estado norteamericano. Al contemplar su imagen, Cosme Damián experimentó una sensación placentera. Su ego asomaba la cabeza. Participar en una reunión con aquel personaje de fama mundial le pareció que era tanto como haber llegado a la cima. Estaba contento y cansado, así que decidió darse una ducha y pedir la cena al *room service*. La reunión era a primera hora de la mañana del día siguiente y quería llegar descansado. Cenó viendo el canal internacional de la televisión. La CNN daba cuenta del inicio de la reunión del Club Bilderberg. Su enviado especial, que había grabado la crónica desde las afueras del hotel, mencionó alguno de los tópicos que forman parte de la leyenda que acompaña al club y subrayó que se esperaba la asistencia del exsecretario Hamilton. Apagó el televisor y descolgó el teléfono para pedir que lo despertaran a las siete de la mañana.

El día siguiente se despertó con niebla. Nada fuera de lo normal en Holanda por aquellas fechas. Aunque el inicio de la reunión estaba anunciado para las diez de la mañana, algunos de los participantes fueron llegando con antelación al salón en el que se iba a celebrar el encuentro. En una estancia que daba acceso al lugar de la reunión estaban dispuestas unas mesitas con servicios de café y dulces.

A medida que iban llegando, los que se conocían se saludaban o presentaban a los nuevos. Cosme Damián llegó de los primeros y, en un inglés aceptable, fue presentándose. El ambiente era cordial pero sin aspavientos. Lo propio de gentes acostumbradas a disimular sus emociones. La llegada de Francis Hamilton fue acogida a la americana, con un aplauso cerrado de los asistentes. Damián se sumó al aplauso. Hamilton fue saludando uno a uno a los presentes, y al llegar a su altura le dedicó un apretón de manos y una sonrisa. El empresario español rozaba la gloria. Mientras accedía al salón principal y buscaba su nombre en las tarjetas colocadas en la mesa frente a las sillas destinadas a cada uno de los asistentes, su vida pasó en una fracción de segundo por su mente. Pensó que había merecido la pena. Estar allí, sentado con todas aquellas personalidades, era haber triunfado. La mala fama que tenía en España y sus muchos enemigos poco importaban. Lo importante era estar allí. Participar en aquella reunión era tanto como ser uno de los elegidos. Se sentó y, tras saludar a derecha e izquierda a sus compañeros de mesa, abrió el dossier y se dispuso a escuchar.

El presidente, a quien se le veía cansado, inició su intervención saludando a los presentes y agradeciendo su estancia en Holanda. Les recordó que era costumbre mantener los teléfonos móviles desconectados y que tampoco estaba permitido el uso de ordenadores.

—El club —añadió— no tiene secretos, pero la discreción sobre los asuntos que tratamos debe seguir siendo nuestra norma y guía. Así viene siendo desde su creación y así debe seguir.

Tras estas palabras, que Damián interpretó como una velada advertencia, el presidente dio la palabra a un hombre de apariencia profesoral que fue presentado como secretario de actas. Haciendo honor a su encomienda, procedió a leer lo acordado en anteriores reuniones. Damián supo por sus palabras que en sesiones anteriores los miembros del club habían realizado un

diagnóstico certero sobre las consecuencias de la guerra de los Balcanes y sobre el impacto precursor que había tenido el reconocimiento de Croacia como país independiente por parte de la República Federal de Alemania. Las tensiones centrífugas en las nuevas nacionalidades surgidas tras el conflicto y el aislamiento de Serbia también habían sido analizadas. Pero lo que más le llamó la atención fue la naturalidad con la que aquel hombre leyó una cruda autocrítica, reconociendo que la caída del Muro en noviembre de 1989 también había constituido una sorpresa para todos ellos, pese a que entre los miembros del club figuraban algunos de los mejores analistas del planeta.

A medida que el secretario avanzaba en el resumen de las actas, Cosme Damián se fue dando cuenta de que todas y cada una de las referencias a los acontecimientos políticos iban acompañadas de una valoración de carácter económico. Como quien dice, era la incidencia económica o sus repercusiones financieras el hilo conductor del relato de lo que visto desde fuera habría sido planteado como una crónica política. Cuando aquel hombre finalizó su tarea, el presidente le dio las gracias y, sin otro preámbulo, cedió la palabra a Francis Hamilton.

El norteamericano inició su intervención aludiendo a la salud de alguno de los presentes y haciendo algún chiste a propósito de la indumentaria de otros. Y, tras dar la bienvenida a los nuevos, fue al grano.

—He venido a deciros que el Gobierno de mi país cree que la situación en Irak es insostenible. El dictador Sadam Huseín no aprendió la lección que recibió tras la invasión de Kuwait y la posterior guerra que consiguió liberar al emirato. No supo sacar conclusiones del bombardeo de Bagdad ni de la derrota sufrida a manos de la coalición internacional. Como digo, el Gobierno de mi país cree que ha llegado el momento de acabar con Sadam Huseín.

Hamilton hizo una pausa y en la sala se hizo un silencio muy llamativo.

—Vengo —prosiguió— a pedir os apoyo. En vuestros países algunos controláis medios de comunicación, agencias, periódicos y canales de televisión que forman a la opinión pública. Otros sois accionistas de esas cadenas. Vuestro criterio es importante. No os voy a pedir opinión sobre la conveniencia o no de la intervención en Irak porque, para ser sincero, la decisión ya está tomada. El presidente está convencido. Lo que os pido es que nos apoyéis. Ni que decir tiene que la guerra, puesto que de otra guerra se trata, generará rechazo entre la opinión pública; sobre todo aquí, en Europa. Pero hay motivos que la justifican. Sadam Huseín dispone de armas letales, armas de destrucción masiva, y es un peligro para su pueblo, para sus vecinos, para Israel y para el mundo entero. No creo que deba explicar os que también es una amenaza para los países que producen el petróleo que es la base de la economía mundial.

Hamilton se llevó la mano a la frente para despejar un mechón de pelo rebelde.

Se hizo otro silencio, al cabo del cual uno de los asistentes, Fabricio de Santis, accionista de uno de los principales consorcios de la potente industria armamentista italiana, levantó la mano y tomó la palabra.

—¿Qué pruebas tiene el Gobierno norteamericano de la existencia de armas de destrucción

masiva en manos de Sadam?

—Las tiene, De Santis, no te preocupes, las tiene. Pronto serán mostradas a la opinión pública. *The New York Times*, entre otros, se las ofrecerá en breve a sus lectores.

Al oír citar al mítico periódico neoyorquino, Cosme Damián supo que no tenía por qué preocuparse. En España, en los medios predominaba la corriente izquierdista, pero si el *Times* estaba de por medio, sería fácil defender la actuación de Estados Unidos, tal como les pedía el exsecretario.

La reunión prosiguió por derroteros más pegados a las finanzas que a la política. ¿Qué impacto tendría una intervención militar en aquella región? ¿Afectaría al precio del petróleo y el gas? Como en un racimo de uvas, las reflexiones de unos y otros fueron encadenándose hasta que adquirió una posición dominante la idea de que, sin entrar en el aspecto moral de la cuestión, una guerra —y máxime aquella, que tenía todos los números para ser una victoria anunciada—, desde el punto de vista económico, era un negocio seguro. Lo que se destruye hoy, hay que reconstruirlo mañana. Así pues, lo que se anunciaba eran grandes contratos para las empresas dedicadas a la construcción. Y para otras muchas. La posguerra estaría necesitada de todo. Desde cemento a camas de hospitales pasando por centrales eléctricas, automóviles, alimentos o material escolar.

La reunión terminó pasada la una. Quedaron citados para el día siguiente a la misma hora. Por la tarde no habría reuniones. Cosme Damián había hecho buenas migas con su vecino de mesa, primer accionista de uno de los principales bancos de Francia, y quedó para almorzar con él. Les habían dado la tarde libre y el empresario español tenía planes para no aburrirse en el que era su primer viaje a Holanda.

Un mes antes, en la mañana del domingo 15 de diciembre del año 2002, Walter de Roux estaba inquieto. En tensión. A la manera de las panteras en las jaulas de los zoológicos. Tenía un nuevo contrato. Su cliente parecía ser un abogado que representaba los intereses de una gran corporación transnacional que tenía su sede en Londres y sucursales en Nueva York, Ámsterdam, Singapur y Gibraltar. Le había pedido que viajara a Holanda en el mes de enero para *sancionar* un asunto y él había aceptado. El cliente le había dado un nombre y una referencia. El *pasajero* —nombre dado en argot a los candidatos a ser *sancionados*— se llamaba Cosme Damián, un empresario español que del 14 al 18 de enero de 2003 se alojaría en el hotel Bilderberg de Oosterbeek, en Holanda. A través de internet había conseguido ver algunas fotografías del personaje.

Como siempre, pidió por adelantado la mitad del dinero fijado para ejecutar la *sanción*, indicando que fuera depositado en una cuenta cifrada del Credit Suisse de Ginebra. Cuando tuvo la confirmación de que el depósito había sido realizado, emprendió viaje con destino a Ámsterdam. De allí se trasladó a Apeldoorn, cerca de Oosterbeek. En Apeldoorn estuvo observando el hotel Bilderberg de Keizerskroon, e incluso entró en el hall y subió hasta la planta superior utilizando uno de los ascensores. Después entró en el bar y se dirigió a los lavabos, pero al salir no se detuvo en la barra. Sabía por experiencia que los bármanes suelen tener la retina muy despierta y una memoria de elefante. Tras entretenerse en el vestíbulo fingiendo que contestaba en alemán a un hipotético interlocutor situado al otro lado del satélite que lo conectaba con su teléfono móvil, volvió al exterior y durante unos minutos dio una vuelta por el bosque en cuyo centro se encuentra el hotel. Después, como un turista más, encaminó sus pasos hacia el Paleis Het Loo. Finalizada la visita, volvió a Ámsterdam y buscó habitación en el Ambassade, un hotel muy concurrido que está situado junto a uno de los canales y tiene servicio de habitaciones durante las veinticuatro horas del día. Estaba tan rendido que pidió que le sirvieran la cena en el cuarto. Comió con buen apetito y se metió en la cama, quedándose dormido en pocos minutos. Estuvo tres días más en Holanda. El tiempo suficiente como para adquirir unas cuantas cosas que necesitaba para su trabajo. Lo primero de todo, una peluca; después, un estuche de maquillaje, un vestido, unas medias negras, unas botas de mujer, una gabardina de color mostaza y una bolsa de viaje. Podía haberse hecho con todo en De Bijenkorf, los grandes almacenes de la ciudad, pero prefirió comprar cada cosa en una tienda diferente. Lo que más le costó fue dar con las botas, pero al final, y después de mucho preguntar fingiendo que eran un regalo para una amiga, dio con una tienda de anchos especiales donde, efectivamente, tal y como le había indicado un amable ciclista,

pudo encontrar unas que se correspondían con su talla. Cuando tuvo cuanto necesitaba, lo dobló y guardó cuidadosamente y, tras colocarlo en la maleta, fue hasta la Estación Central para depositarlo en una consigna cuya llave se echó al bolsillo. Después tomó un taxi para ir al aeropuerto y desde allí, en un vuelo de la KLM, regresó a París a la espera de recibir un nuevo mensaje de su cliente. Llevaba una vida tranquila que no llamaba la atención. Apenas salía de casa, y cuando lo hacía era para asistir a alguna exposición de pintura. Como eran vísperas navideñas, las calles expresaban la alegría de la gente. El mejor escenario para pasar inadvertido.

Pasaron los días y el mensaje que esperaba llegó a las seis de la mañana del 10 de enero de 2003. Apenas ocupaba una línea de ordenador: «El pasajero ocupará la habitación 330». La reunión del club estaba prevista para los días 16 y 17 de enero, pero Cosme Damián se había anticipado. Llegó al hotel Bilderberg el martes 14 de enero de 2003.

Walter de Roux había diseñado dos planes por si algo fallaba en el transcurso de la ejecución. Pero el segundo no fue necesario. El miércoles 15 de enero llegó a Ámsterdam y se dirigió a la taquilla de la Estación Central en la que había depositado las cosas que había comprado un mes antes. Después, tras comprar en un supermercado algo de comida, buscó un hotel en las cercanías de la estación, pagó por adelantado y pasó allí la noche. Se levantó tarde, comió en la habitación y esperó a que pasaran las horas haciendo tiempo hasta que calculó que había llegado el momento para trasladarse a Oosterbeek, donde estaba el hotel Bilderberg. Tomó un taxi y le ordenó al conductor que lo llevara hasta aquella localidad. Se apeó antes de llegar al hotel. A las once de la noche del jueves 16 de enero Walter de Roux entró en el hotel. Llevaba en la mano una bolsa de viaje Louis Vuitton. En su interior reposaban todos los objetos que había adquirido días atrás en diversos comercios de Ámsterdam y algo más: una pistola Walther automática con silenciador. Cruzando a buen paso el vestíbulo, se dirigió hacia el bar del hotel. A pesar de la hora, tarde para las costumbres de aquellas latitudes, el lugar estaba bastante animado.

En un rincón, apiladas de cualquier manera, vio que había algunas cámaras con sus trípodes y fundas tubulares de las que utilizan los operadores de televisión. Cerca, charlando animadamente, había un grupo de personas. Supuso que eran periodistas atraídos por la reunión anual del famoso club. Sin detenerse, y procurando no llamar la atención, se dirigió hacia el lavabo de caballeros, que ocupaba una estancia a la que se accedía tras rebasar una puerta cubierta de latón dorado. El servicio de damas estaba unos metros más allá. No había nadie en aquel momento. El Marsellés entró en uno de los habitáculos y echó el cierre. Acto seguido abrió la bolsa de viaje y extrajo la peluca y una gabardina de color mostaza. También un espejo de mano y un pequeño estuche con productos de maquillaje. Era una secuencia ensayada otras veces, y procedió con destreza a maquillarse. Concluida la tarea, volvió a guardar el estuche y, tras alisar la peluca rubia, la colgó en la minúscula percha que había detrás de la puerta. Después, con manos ágiles, extrajo el resto del contenido de la bolsa, incluidas las medias, la falda y las botas de mujer. Rápidamente se desnudó y se vistió con aquellas prendas, procediendo en último lugar a colocarse la peluca. Acto seguido se miró en el espejo. «Desde luego —pensó—, parezco una mujer.» Guardó la ropa de

hombre en la bolsa y se echó la pistola al bolsillo de la gabardina. Después, tras escuchar un momento a través de la puerta, respiró hondo y salió al vestíbulo que daba acceso a los lavabos. Una rápida ojeada al gran espejo que presidía la sala confirmó su primera impresión: efectivamente, era una mujer lo que se reflejaba en aquella superficie esmerilada. Sin detenerse, con aire decidido, salió al pasillo. Tuvo suerte. Nadie lo vio salir. Después, caminando muy despacio, procurando acomodarse a la nueva altura que le proporcionaban los tacones de las botas, salió hacia el bar y, desde allí, sin mirar hacia el mostrador de la recepción, se encaminó con paso decidido hacia los ascensores. Pulsó el botón y esperó. El ascensor llegó enseguida. Una pareja de jóvenes, que debían de venir directamente de la calle, entró corriendo pero no prestó la menor atención a aquella mujer de elevada estatura que les daba la espalda. El Marsellés apretó el botón correspondiente al tercer piso.

Al llegar, salió sin mirar hacia atrás. Volvió a tener suerte, el ascensor se cerró a sus espaldas, la pareja iba a otro piso. Buscó con la mirada la dirección que marcaban las flechas y, con estudiada lentitud, se encaminó hacia la habitación 330. Al llegar a su altura se detuvo, miró a derecha e izquierda y, tras asegurarse de que estaba solo, llamó a la puerta.

—Servicio de habitaciones. ¡Abran, por favor! Hemos recibido un aviso de incendio y lo estamos comprobando —dijo en inglés. Esperó medio minuto y volvió a llamar repitiendo las mismas palabras.

Una voz lejana, ininteligible, contestó al otro lado. Unos segundos después la puerta se abrió. Un joven con aspecto afeminado apareció en el umbral.

El incursor no le dio tiempo ni a despegar los labios. Con un rápido movimiento, lo empujó hacia adentro al tiempo que con una mano cerraba la puerta y con la otra apretaba el gatillo de la pistola automática Walther que había extraído de uno de los bolsillos de la gabardina. Se oyó un chasquido seco. Cuando el joven quiso gritar ya era cadáver. Antes de que el cuerpo se desplomara, una mano que parecía más una garra lo cogió de un brazo y lo dejó caer lentamente. Después, muy despacio, penetró en la habitación.

Cosme Damián estaba en el baño. No había oído nada. Cuando salió llevaba un albornoz medio desabrochado. Al ver al intruso tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo hizo, fue demasiado tarde. Dos balas acabaron con su vida. La primera le alcanzó en la cabeza entrando por el arco superciliar derecho. La segunda le partió el cuello. Su cuerpo sin vida se desplomó sobre la cama. Un ojo estaba destrozado y el otro miraba al techo con inquietante fijeza. La pupila reflejaba el estupor de quien comprende, demasiado tarde, que va a morir y nada puede hacer para evitarlo.

Walter de Roux arrastró el cuerpo del joven hasta colocarlo encima de la cama junto al del hombre maduro. Después recogió los casquillos de las tres balas y, tras asegurarse de que no había nadie en el pasillo, salió de la habitación colocando el cartel de NO MOLESTEN. Caminando muy despacio, llegó hasta el ascensor. Pulsó el botón de llamada y esperó. Tuvo suerte. Cuando las puertas se abrieron, observó con alivio que iba a viajar solo. Al llegar al vestíbulo, lo

atravesó sin detenerse a mirar al desconcertado recepcionista, que observaba perplejo a aquella mujer a la que no recordaba haber visto antes.

Dos horas más tarde estaba en la Estación Central de Ámsterdam y, tras buscar un servicio, se desprendió de la peluca y las ropas de mujer cambiándose rápidamente para vestirse con un chándal que le daba un aire de deportista recién salido del gimnasio. Unos cascos colgados sobre el pecho reforzaban esa imagen.

Tras observar el gran vestíbulo de la estación y asegurarse de que nadie lo seguía, se acercó a un taxi y ordenó al conductor que lo llevara hasta el aeropuerto. Una hora y media después estaba en París. Buscó otro taxi y le pidió al taxista que se dirigiera al centro, donde se perdió entre los cientos de peatones que recorrían las calles de la ciudad.

La muerte de Cosme Damián ocupaba la portada de *El Diario*. El periódico destacaba el crimen y criticaba las trabas que ponía la policía holandesa a los reporteros enviados a cubrir la noticia. Del tono del comentario editorial se desprendía el desconcierto en el que había sumido al director y a sus colaboradores más cercanos la desaparición del patrón del periódico. Un lector no avezado en los meandros del periodismo de la capital no habría sabido discernir hacia quién o quiénes apuntaba al subrayar que el asesinato ofrecía connotaciones políticas. La información que el propio diario llevaba en páginas interiores omitía posibles interpretaciones escabrosas al hilo de la identidad de la otra víctima hallada en la habitación del hotel Bilderberg. Tampoco era prolijo en datos acerca de la naturaleza del club a cuyas sesiones asistía el magnate asesinado. Leyendo la información publicada por *El Diario*, el comisario Aquilino Malvar concluyó que en el periódico estaban tan despistados como él mismo. Claro que él tenía a su disposición algunos hilos de los que tirar y pensaba hacerlo en el momento en el que obtuviera la autorización de la Audiencia Nacional para poder desplazarse hasta Holanda y ver qué podía sacar de sus colegas de los Países Bajos, más allá de la información transmitida a través del canal de Europol, siempre parco en el relato de hechos.

El resto de diarios españoles también daba cuenta a sus lectores del crimen, pero de la extensión dedicada a la noticia se podían colegir las escasas o nulas simpatías que Cosme Damián había despertado en vida entre sus competidores. Los periódicos se hacían de papel y el papel salía de la celulosa de árboles no pocas veces arrancados de la selva, que, como tal, mantenía imperturbable su ley. Un caso aparte en aquel bosque de espaldas que a título póstumo había despedido a Cosme Damián era *El Universal*, el periódico en el que trabajaba Valeria Ulloa. Tenía treinta años. Era una mujer inteligente y atractiva. Siempre había soñado con ser periodista. Culminado el sueño, el día a día en el periódico, con sus rutinas y servidumbres informativas, la fue despertando. Aun así, luchaba para no caer en el cinismo que advertía en algunos colegas. Enfrentadas como estaban las demás cabeceras con la del periódico de Cosme Damián, no sucedía lo mismo con algunos de los redactores, que tenían buenos amigos en la redacción de *El Diario*. Era el caso de Valeria y Felipe Mazarrasa, especialista en información económica que había empezado a publicar en el periódico de Damián una serie muy documentada de artículos sobre las andanzas financieras de Julián Santa Eugenia, un constructor siempre rodeado de polémica por la forma agresiva con la que dirigía sus negocios. El constructor era uno de los personajes de la vida empresarial y social de la capital a quien Cosme Damián tenía enfilado como fruto de fallidos

negocios y posteriores rencillas, que habían derivado en un odio africano. Por indicación de Damián, el periódico venía dedicando tiempo y recursos a chequear los negocios de Santaeugenia. El constructor llevaba mal lo que consideraba una persecución por parte del dueño de *El Diario* y no se recataba en decir que le deseaba lo peor. Cuando conoció la muerte de Cosme Damián comentó delante de testigos que aquel había sido un gran día porque, añadió, «a todo cerdo le llega su San Martín».

Otro ciudadano residente en la capital a quien la noticia del crimen cometido en Holanda no pareció conmover se llamaba Telmo Salcedo, un destacado dirigente del principal partido de la oposición. Más allá de las críticas editoriales y de noticias con titulares en ocasiones tendenciosos que le dedicaban en el periódico tanto a él como a su partido, Salcedo no tenía un conflicto abierto con el dueño del rotativo. Su indiferencia ante la muerte del magnate obedecía a razones más profundas.

Presidida por el caballero Pierre-Hugues de Lasalle, presidente del consejo de administración de Galvay, una de las mayores industrias químicas de Bélgica, la tercera reunión del Club Bilderberg se inició, a la hora prevista, en el salón principal del hotel que prestaba su nombre al club.

Un fuerte enfriamiento había impedido asistir a la reunión al príncipe Bernardo de Holanda, alma del círculo. Si bien los encuentros eran a puerta cerrada, no sucedía lo mismo con las convocatorias, y todo el mundo sabía —porque la prensa se encargaba de airearlo— quién asistía, quiénes eran sus socios y quiénes sus invitados. Pese a ello, el club aparecía envuelto en un aura de misterio que hacía que cada una de sus reuniones despertara un gran interés en los medios.

Aquel año, la presencia de Francis Hamilton, exsecretario norteamericano de Estado, había atraído a los periodistas ávidos de preguntar al veterano político por la deriva política que estaba siguiendo el presidente George W. Bush en Oriente Medio. Buen conocedor de la televisión, y sabiendo que en uno u otro momento iba a ser interpelado por los periodistas, Hamilton se había acicalado con esmero. Dudó entre dos corbatas. Al final optó por una de color azul con minúsculas rayas rojas y blancas. «El verde se lo dejo para Baker», pensó, recordando la fijación que tenía con este color su amigo y también antiguo secretario de Estado, James Baker. Tras perfumarse, salió dispuesto a enfrentarse con la jauría.

Su presencia en el hall provocó una reacción en cadena. Los periodistas gráficos fueron los primeros en llegar; después, en tromba, acudieron los camarógrafos y redactores de a pie de las emisoras de radio y canales de televisión. Hamilton acaparaba la atención de todas las miradas. Una televisión local retransmitía en directo la improvisada rueda de prensa.

—... Fuera de mi país no hablo de la política de mi país —había contestado a una pregunta cargada de tanta oportunidad como impertinencia.

—No habiendo pruebas de la relación entre Sadam Huseín y Bin Laden —terció otro periodista—, ¿no le parece que la política del presidente Bush en relación con Irak, más que por razones, está dejándose guiar por sus obsesiones?

—Supongo que han oído ustedes hablar del 11 de septiembre. ¿Les suena? ¿Recuerdan cuántos inocentes fueron masacrados por los terroristas islámicos? Pues no lo olviden nunca. Le puedo asegurar que ni yo ni ningún norteamericano podremos olvidarlo jamás —replicó Hamilton con voz ronca por la emoción.

—No ha contestado a mi pregunta —consiguió decir el periodista que había planteado la cuestión. Pero su voz se perdió en medio de la barahúnda que se había organizado alrededor del

veterano político. Otros intentos de pregunta corrieron parecida suerte. Empleando sus formidables codos, los guardias de seguridad que había contratado el club le abrieron paso, dando al traste con la posibilidad de plantear en condiciones otra cuestión. Su éxito fue total en la tarea de abrir un pasillo para que Francis Hamilton pudiera pasar entre aquel mar de cámaras, micrófonos y periodistas. Uno de ellos, en un último y desesperado intento, levantando mucho la voz, preguntó:

—¡Señor Hamilton! ¡Por favor! ¿Qué nos puede decir del asesinato del empresario español que iba a participar hoy en las sesiones del Club Bilderberg? ¿Lo conocía usted?

—No. No lo conocía. Y todo lo que puedo decir es que siento su muerte y las circunstancias en las que se ha producido, aunque ni que decir tiene que no guarda ninguna relación con el Club Bilderberg.

—¿Sabía que junto a él había otra persona? —repreguntó el reportero animado por el éxito conseguido tras formular la primera pregunta.

—Sé lo que ustedes han contado por la televisión. Ya les he dicho que no lo conocía. Gracias, gracias; ahora, me van a permitir...; voy a llegar tarde a la reunión y me van a poner falta —añadió con una sonrisa que pretendía ser amable.

—¿Se sabe algo del asesino o asesinos?! —preguntó desde detrás del tumulto otra periodista de un canal de televisión que, a juzgar por el tono de voz de la informadora, debía de ser española.

La pregunta quedó sin respuesta. Llevado casi en volandas por los guardias de seguridad, Francis Hamilton desapareció por uno de los pasillos laterales que desembocaban en el hall del hotel Bilderberg.

En un monitor instalado en una de las salitas aledañas se podía ver a uno de los informadores que acababa de asistir a la tumultuosa entrevista con Hamilton hablando en directo y resumiendo, a su manera, la improvisada rueda de prensa: «... *el exsecretario de Estado Hamilton no ha querido pronunciarse respecto de la muerte de Cosme Damián, el empresario español que fue asesinado antes de ayer en este mismo hotel mientras dormía con su amante, y se ha limitado a decir que el crimen nada tenía que ver con el hecho de que la víctima se encontrara en Holanda para asistir a las sesiones secretas del Club Bilderberg*».

—Soy un desastre —murmuró el comisario Aquilino Malvar—. Tengo que aprender inglés de una puñetera vez porque no me entero de nada y es una vergüenza andar siempre a vueltas con el diccionario.

Estaba intentando completar el sentido de la comunicación reservada que había cursado Europol en la que daba cuenta de los detalles del atestado que había instruido la policía holandesa relatando las circunstancias del doble crimen. Dejó el informe encima de la mesa y, pulsando el interfono, ordenó a su secretaria que llamara al inspector Gabriel Montañés. El requerido no tardó en llegar:

—¿Se puede? —dijo una voz al otro lado del cristal.

—Sí, pase, pase, Montañés.

Mientras el recién llegado se acercaba, el comisario esbozó una media sonrisa. Aquel hombre le caía bien. Era el mejor inspector de la Brigada. Un buen policía dotado de un raro instinto a la hora de atar cabos. Pasaba de la treintena y estaba soltero, circunstancia que le permitía volcar tiempo extra en el trabajo. El comisario Malvar apreciaba su tenacidad en las investigaciones, aunque reconocía que, a veces, el exceso de talento especulativo del inspector llegaba a ponerlo nervioso. Iba a darle el informe de Europol para que lo ayudara a traducirlo, pero el joven policía se le adelantó:

—Jefe, vengo por si tiene tiempo para que hablemos un minuto del caso del cuadro.

—¿Cuadro? ¿De qué cuadro me habla? ¿No ve que ahora tengo la cabeza en otro sitio?

—Le hablo del Picasso que le robaron al presidente de Constructores Asociados, ya sabe, aquel caso del que tanto se ocupó la prensa del corazón hace un tiempo.

—¡Ah! Sí, sí, ya me acuerdo. El cuadro que aparecía en aquellas fotos famosas en las que su novia se mostraba... digamos que... ligera de equipaje; cómo se llama, hombre... me refiero a la actriz mejicana.

—Gloria. Gloria Osorio.

—Eso. Gloria Osorio, ¿y qué le pasa al cuadro? ¿Lo hemos encontrado?

—Casi, jefe. Sabemos dónde está; pero ¿a que no sabe lo mejor?...

—Que no sé qué. Explíquese, Montañés, que no tengo mucho tiempo para perder —dijo el comisario con un registro de voz en el que se notaba que la impaciencia había plantado ya su tienda.

—Perdone, jefe. Tiene razón: la novedad, lo primero. Pues ahí va: el Picasso era robado.

—Que se lía, Gabriel. Que ya sé que habían robado el cuadro.

—No, comisario. Que me he explicado mal. Lo que quiero decir es que el cuadro que tenía en su casa Julián Santaeugenia era un cuadro robado. Fue robado en 1930 en Rusia, en el Museo del Hermitage de Leningrado. Desapareció sin dejar huella y nunca más se supo de él hasta que fue visto de nuevo hace doce años... ¿a que no sabe dónde? —preguntó con aplomo el joven funcionario, en cuya nariz parecían cabalgar divertidas unas gafas de montura extravagante.

—Ya le he dicho que tengo mucho lío y no estoy para acertijos. ¡Dígame de una puñetera vez lo que tenga que decirme! —tronó el comisario con una voz que a él mismo le sorprendió por lo áspero de su registro.

—No se enfade, jefe, que esto le va a gustar. ¡En Kuwait! ¡Apareció en Kuwait en 1991! Una patrulla de marines norteamericanos se lo requisó a un grupo de prisioneros iraquíes. Se ve que uno de ellos, un coronel de la Guardia Republicana de Sadam Huseín, lo había robado de la mansión de un jeque del Emirato. ¡Como lo oye! Parece una historia de película, pero *La fermière d'Avignon*, el Picasso que voló de Leningrado, resulta que había ido a parar al golfo Pérsico y acabó en Madrid, colgado en el salón de una de las mansiones de La Moraleja.

—Por lo que me está contando, en esta historia hay más de un golfo —dijo el comisario, esbozando por primera vez una sonrisa.

—Ni que lo diga, jefe. De eso quería hablarle. Los datos nos han llegado vía Europol, y, claro, antes de hacer nada quería consultarle. ¿Qué hacemos con Santaeugenia? ¿Lo llamamos a comisaría para que nos explique cómo llegó hasta sus manos el dichoso cuadro?

—Humm..., me temo que no va a quedar otro remedio, pero habrá que esperar un poco. ¡Cómo se van a poner los periodistas cuando se enteren!

—Bueno, esa es otra. De esa también le quería hablar porque resulta que no sé cómo coño se han enterado de que está usted personalmente al frente de la investigación del caso Damián, pero ahí afuera, en la sala de visitas, está una periodista, Valeria Ulloa. Dice que quiere hablar con usted.

—Pero yo no quiero hablar con ella. Ni con ella ni con nadie. Entérese, Montañés, o me quita de encima a esa periodista o lo mando de vuelta a los archivos de la Dirección General a clasificar legajos y a seguir buscando a los asesinos del general Prim. ¿Me ha entendido?

—Sí, comisario. Perdone, pero qué... ¿qué le digo? Ya sabe que también sale en la televisión y tiene una lengua muy afilada.

—Me importa un rábano. Dígame que no estoy, que me he jubilado, que me ha tocado la lotería y me he comprado un barco y estoy dando la vuelta al Mediterráneo, yo qué sé. Invéntese cualquier cosa. ¿Es que en esta casa tengo yo que pensarlo todo? —resopló el comisario.

—No se sulfure, jefe. Comprenda que los periodistas están impacientes porque huelen la presa. No todos los días matan a un pez gordo como Cosme Damián. También han llamado del periódico del muerto para preguntar qué información teníamos. Les hemos dicho que de momento la única información de la que disponemos es la que figura en la nota oficial que usted autorizó ayer.

—Ha hecho usted bien. Hay que ganar tiempo. Tiempo para ordenar las ideas. Y con toda esa jauría ahí afuera presionando, no hay forma de concentrarse y pensar. Por cierto, Montañés —añadió con voz más templada—, hágame un favor. Tradúzcame esta comunicación de Europol. La he leído por encima, pero ya sabe que el inglés no es mi fuerte. Lo mío es el francés, yo soy del plan antiguo, de los del bachillerato. Léalo en voz alta, no quiero perderme los matices. Ya sabe que, tratándose de Europol, la especialidad de los colegas es la escritura entre líneas. Se la envuelven con papel de fumar.

Tal y como le había pedido el comisario, el inspector Gabriel Montañés leyó en voz alta el informe. La comunicación trasladaba el contenido del atestado levantado por la policía holandesa:

—«La noche del 15 al 16 de enero nadie oyó ni vio nada fuera de lo normal; el conserje de noche del hotel Bilderberg declaró que creía recordar haber visto entrar en el ascensor al señor Cosme Damián alrededor de las 22 horas junto con dos mujeres, pero no estaba seguro de que fueran juntos. En la habitación hallaron dos cadáveres. Los dos eran varones caucasianos. Uno de ellos, el más joven, resultó ser un travestido que presentaba un desarrollo mamario considerable».

—¿Ha dicho que el otro era un travestido? —preguntó con sobresalto el comisario.

—Sí, jefe. Eso es lo que dice aquí...

—¡Anda, coño! ¡Al final, resulta que va a tener razón el director! ¡La rubia de la foto era un tío y no una mujer! —exclamó el comisario ante la desconcertada mirada del inspector Montañés.

—Perdón, jefe, no le entiendo...

—Sí, hombre, sí. El director me lo advirtió cuando me llamó a su despacho para que nos encargáramos del caso. Comentó que había algo raro en la foto que nos había enviado Europol desde La Haya..., a primera vista, parecía que los fiambres eran un hombre y una mujer..., pero me dijo que Damián era gay. Le llamaré para decírselo. Pero, al margen de eso, ¿qué más dice el despacho?

—«Los cuerpos —proseguía el informe— fueron descubiertos por una camarera al ir a hacer la habitación; habían muerto por disparos de bala: dos en el caso del de más edad y uno en el que aparentaba ser mujer. Aunque no fue encontrado ningún casquillo, por el tipo de lesiones provocadas por los proyectiles y el calibre utilizado, se pensaba en un arma de origen alemán o austriaco, tal vez una Walther. Nadie había oído ningún ruido por lo que —concluía el informe—, para cometer los crímenes, el asesino, probablemente, había utilizado una pistola con silenciador.»

En una nota adicional sin firma —«un anexo poco frecuente», pensó el comisario— se decía, como de pasada, que la circunstancia de que en el mismo hotel en el que se había cometido el doble asesinato estuviera celebrándose la convención anual del Club Bilderberg no parecía guardar relación alguna con los crímenes, «por lo que —concluía la nota— la policía judicial está investigando y tratando de averiguar la identidad del joven travestido que ha aparecido muerto junto al señor Cosme Damián en busca de elementos que pudieran conducir al esclarecimiento del doble asesinato».

La nota concluía diciendo que entre las pertenencias del empresario español asesinado se encontraban una agenda, dos teléfonos, cierta cantidad de dinero y otros objetos personales.

—Hablando de rarezas, y ya no me refiero a la foto que nos mandaron ayer, ¿no le parece, Montañés, que aquí hay algo raro? —dijo en voz alta el comisario.

—¿A qué se refiere, jefe? —preguntó el inspector—. No le sigo.

—Me refiero al anexo. ¿A qué viene descartar ya, de entrada, toda una parte de la historia? ¿Qué hay de la otra mujer? ¿Y del club ese, como se llame?

—Perdone, jefe, creo que se llama Bilderberg —apostilló el inspector.

—Eso, el Club Bilderberg. En fin, no sé, me huelo que alguien va muy deprisa. Lo que no sé es quién ni por qué, pero hasta un ciego vería que en esa nota hay algo que llama demasiado la atención. Es evidente. No pueden ser tan tontos como para pensar que somos idiotas. Es como si alguien hubiera encendido un letrero luminoso diciendo: «Ni se os ocurra meter las narices por este lado».

—A lo mejor es un aviso, jefe. El aviso de un amigo. Un favor entre maderos. Alguien que quizá sepa que la habitación en la que se cometió el crimen era una habitación con vistas... a un mar infestado de tiburones —concluyó el inspector.

Durante unos segundos, el comisario permaneció en silencio. Después habló:

—Dos disparos en la cabeza..., sugiere algo, ¿no le parece?

—Sí. Que ha sido obra de alguien que quería hacer lo que hizo asegurándose de que al marcharse y cerrar la puerta nadie iba a llamar por teléfono desde la habitación. Un profesional, vamos. Tendríamos que poder ir a Holanda para hablar con los colegas que llevan allí el caso —dijo el inspector—. Sin duda nos ayudaría mucho poder echar un vistazo a la agenda esa a la que se refieren en la nota.

—Para eso necesitaríamos que se implicara la Audiencia Nacional. Pero, en principio, un asunto como este es cosa de las autoridades holandesas.

—No creo que fuera muy difícil conseguir la autorización de la Audiencia.

—No sé, no sé. Usted lo ve todo muy fácil, Montañés, pero cuando se trata de la Audiencia Nacional hay que ir con pies de plomo. Como usted sabe, son muy suyos.

—Sí, y algunos van de jueces estrella.

—Bueno, bueno, Montañés, ya veremos qué se puede hacer.

Unos días después, a primera hora, el inspector Montañés recibió una llamada del comisario Aquilino Malvar.

—Buenos días. Oiga, Montañés, ¿no era usted muy aficionado a las flores? —preguntó el comisario.

—Sí, claro, jefe, usted lo sabe, pero ¿por qué me lo pregunta?

—Pues porque barrunto que en los próximos días se va a hinchar a ver tulipanes. Sé que se

maneja bien en inglés y quiero que me acompañe a Holanda. Lo mío es el francés, yo soy del Antiguo Testamento. Vaya a hablar con caja y que preparen un viaje a Holanda. Para dos y con los billetes de vuelta sin cerrar. En turista, ¿eh?, que luego pasa lo que pasa.

El Marsellés vivía en un edificio de fachada vieja que daba a la place de la Madeleine de París. Era un antiguo hotel que había sido vaciado por dentro para construir diez apartamentos dúplex y cuatro lofts. En uno de ellos tenía su guarida.

Antes de entrar se dirigió hacia un cibercafé que se encontraba unas calles más abajo, cerca de la place de la Concorde. Walter de Roux era un profesional que se tomaba muy en serio su trabajo. Nunca llamaba dos veces desde el mismo teléfono; tampoco utilizaba teléfonos móviles y, sabiendo que todos los correos electrónicos pueden ser rastreados, rara vez navegaba por internet. Pero en esta ocasión consideró que era necesario hacer una excepción. Se sentó delante del ordenador y, cuando la pantalla se iluminó, buscó la página web del Credit Suisse, tecleó la contraseña secreta que le permitía acceder a su cuenta numerada y esperó. Pasaron unos segundos hasta que apareció en la pantalla una página modificada que le pedía un nuevo *password*. Tecleó y esperó. Cuando la conexión se realizó, se abrió la página que informaba sobre los movimientos de su cuenta numerada. Al observar los datos que aparecían en la pantalla, el Marsellés esbozó una sonrisa; apenas un movimiento de los labios que solo algún observador bienintencionado podría haber descrito como un gesto de satisfacción. El resto del dinero pactado había sido ingresado. Cerró la conexión y, tras ponerse un abrigo y echarse una bufanda al cuello, salió a la calle. Iba en busca de un cibercafé que estaba a dos manzanas de su casa. Quería revisar su correo *profesional*, la dirección a la que llegaban los mensajes para el Marsellés.

Al llegar, tras cerciorarse de que nadie le prestaba atención, entró en el correo. Tenía uno nuevo. Era otro encargo, una nueva *sanción*. El mensaje venía de Gibraltar. Levantó la mirada de la pantalla y durante unos segundos su mente se quedó en blanco. Por lo general, entre contrato y contrato mediaba tiempo. Para un profesional como él, aquello constituía a la vez una buena y una mala noticia. Era un nuevo contrato, pero la cercanía con el anterior suponía cierta contrariedad. Organizar una operación de riesgo, como lo eran todas las que llevaba a cabo, requería tiempo. En el mundo en el que se movía el Marsellés había un código no escrito que conocían bien cuantos jugaban aquel juego peligroso: la *san ción* no podía fallar; y si, por falta de preparación o por cualquier otra circunstancia, el encargo no se llevaba a cabo, ese incumplimiento del contrato equivalía a una sentencia de muerte. Eran las reglas y nadie se atrevía a saltárselas. Mientras regresaba a casa caminando despacio y cambiando de vez en cuando de acera, fue repasando lo que sabía de Gibraltar.

Valeria Ulloa era la mejor reportera de *El Universal*, pero el éxito no se le había subido a la cabeza. Pese a su juventud, hacía tiempo que había descubierto que en este mundo no hay nada tan efímero como la gloria del periodista. Tenía muy claro que los éxitos pertenecían al periódico, la radio o el canal de televisión en el que trabajaba. Por eso, Valeria sabía muy bien que, salvo muy contadas excepciones, cuando un periodista se quedaba sin empleo, la fama no lo acompañaba en la cola del paro, sino que se quedaba en la sede del periódico. Pacho Galarza, el redactor jefe más veterano de *El Universal*, lo explicaba de manera cruel, pero certera: «Los periodistas —decía— somos como las putas. Cuando llega un cliente, lo normal es que pregunte por la que está más buena. Pero si ese día no está, pues se va con la que esté en la esquina haciendo la calle. Lo mismo pasa con los artículos y los reportajes. Si el bueno, el del columnista o el reportero estrella, llega a tiempo —concluía—, la gente que compra el periódico se lo lee; pero, si no, se conforma con quien lo haya sustituido. Le da lo mismo otra cosa. Lo que le importa es lo que publique el periódico ese día».

Valeria Ulloa no creyó una sola palabra de lo que le había dicho el inspector Gabriel Montañés. Antes de llegar a la comisaría había estado hablando con un contacto en el Ministerio del Interior; una de sus mejores fuentes. Por él supo que en las *alturas* había inquietud.

—Están preocupados por lo que le ha pasado a Damián —le había dicho en alusión al muerto—. Ya sabes que tenía amigos muy poderosos en el Gobierno. Quieren que el caso se lleve con la mayor discreción posible.

—¿Qué es lo que temen? —había preguntado Valeria.

—Que haya dejado escrito algo comprometedor...

—¿Comprometedor para quién?

—A eso no puedo responder. Ya sabes que había hecho muchas putadas a muchas personas y que, según se dice, guardaba cosas comprometedoras de gente muy importante... Bueno —había concluido el contacto—, pero todo esto para ti no puede ser una novedad. A fin de cuentas, el periódico en el que trabajas llevaba años intentando buscarle las vueltas. Por cierto, que sin mucho éxito —añadió con sorna su interlocutor.

Al recordar aquella conversación, Valeria no pudo por menos que, mentalmente, dar la razón a su contacto. Efectivamente, *El Universal* era una pequeña lancha torpedera que de vez en cuando cañoneaba —sin grandes consecuencias— al gigantesco portaviones del imperio mediático construido por Cosme Damián.

Recién cumplidos los cuarenta, Walter de Roux, el Marsellés, ya era una leyenda en el mundo de la delincuencia. Llevaba casi diez años en aquel oficio y era rico. Esa circunstancia no había cambiado su forma de pensar. Tampoco sus costumbres. Seguía siendo un hombre esencialmente solitario cuyas únicas pasiones —su trabajo, coleccionar pintura y la música— llenaban por completo su vida. Guardaba los cuadros en una galería secreta que tenía en su piso de París. Se accedía a ella desde el interior de un armario, a través de una puerta que se confundía con las molduras de la pared. Tenía fama de pagar sin preguntar por el origen de las telas, y esa es una tarjeta de visita irresistible en los ambientes poblados de sombras por donde circulan las obras de arte robadas.

Antes de aceptar el último contrato le había llegado la onda sobre un Picasso en circulación. Pedían una cantidad considerable a pagar en dólares.

El Marsellés había hecho correr la voz: estaba dispuesto a comprar. En otras ocasiones había sido suficiente con decirlo en el momento oportuno en dos o tres sitios determinados. Ahora, por tratarse de un Picasso, la cosa era algo más compleja, porque eran varios los compradores que habían manifestado su interés por el cuadro y porque, aunque la policía no parecía estar al acecho, su aguzado sentido de la seguridad había convertido la desconfianza en una segunda naturaleza. Por un marchante del Faubourg Saint-Honoré supo que quien había puesto el cuadro a la venta era un acaudalado empresario español que residía en Madrid.

En otras circunstancias habría viajado personalmente a la capital de España, una ciudad que ya conocía y en la que para su sorpresa había descubierto que la gente vivía un ritmo de vida muy acelerado. Sobre todo por las noches, que le parecieron promiscuas y trepidantes. Le interesaba el cuadro, pero no quería correr ningún riesgo, así que buscó la complicidad de una de las pocas personas en las que confiaba. Quizá porque ella sabía algo de su vida y nunca lo había traicionado. Era una mujer madura, dueña de una belleza reposada y solemne, como la que suelen poseer las mujeres francesas que han nacido hermosas y han vivido rodeadas de hombres ricos. Se llamaba Ivonne Genet. Tenía una hija y trabajaba en una conocida tienda de antigüedades. Había estudiado Bellas Artes y era una experta en orfebrería rusa; especialmente en los afamados y buscadísimos huevos Fabergé.

Nunca habían sido amantes. Su relación había cristalizado en una amistad sin cotidianidad posible, puesto que solo se veían de tarde en tarde.

Ivonne no hacía preguntas y Walter agradecía aquel rasgo de la personalidad de su amiga.

Alguna vez comían juntos en algún bistró de los alrededores de la rue Faubourg Saint-Honoré, donde ella trabajaba. Otras veces —al igual que aquella noche— la invitaba a cenar en Chez Lipp, la popular *brasserie* de Saint-Germain especializada en comida alsaciana y frecuentada por políticos y turistas. Solía llamarla a la vuelta de algún viaje o tras concluir con éxito alguno de sus encargos profesionales.

Le gustaba el sitio porque el local estaba siempre abarrotado, circunstancia esta que, dado lo imprevisible de su oficio, le parecía muy conveniente para pasar inadvertido.

—Quiero que me hagas un favor —dijo Walter mirándola a los ojos.

—Sabes que puedes contar conmigo. ¿De qué se trata? —preguntó Ivonne al tiempo que extraía un cigarrillo de un paquete de Dunhill para, con un gesto mecánico mil veces repetido, alisarlo antes de llevárselo a los labios sin posteriormente llegar a encenderlo.

—Quiero que vayas a Madrid y que pujes en una subasta. Solo serán dos días, a lo sumo tres. Supongo que tendrás que pedir permiso en la tienda, pero, en fin, no creo que eso suponga un gran problema; desde luego, te compensaré por las molestias.

—¿Una subasta? ¿De qué se trata esta vez? —preguntó la mujer suspendiendo en el aire el cigarrillo.

—Esta vez es algo muy serio. Un Picasso, pero que no es robado. Bueno, exactamente no es así. Sí que es robado, pero robado a quien a su vez lo robó a otros. Es una larga historia que te contaré si aceptas ir —añadió Walter de Roux sin apartar la mirada del rostro de su amiga.

—¿Un Picasso? *Oh là là*. Entonces la cosa es seria. Habrá mucha competencia y también mucho riesgo, ¿no crees?

—Depende. Depende de cómo lo hagamos. Yo no puedo ir porque voy a estar muy ocupado en los próximos días, pero, si te digo la verdad, me fastidiaría mucho perder la oportunidad de conseguir un Picasso. Por eso te pido que vayas tú. No hay riesgo, no debes preocuparte por eso porque yo me ocuparía de que en todo momento estuvieras protegida. Tengo contactos en Madrid, gente que me debe favores. Incluso en las alturas.

—Respecto al cuadro...

—Es *La fermière d'Avignon* —dijo Walter antes de que su amiga pudiera terminar la frase.

—¿*La fermière*? ¿El Picasso que robaron del Hermitage de Leningrado en los años treinta?

—El mismo. ¿Qué te parece? Resulta que había acabado en manos de un empresario de Madrid que denunció a su vez que se lo habían robado...

—Una locura, una auténtica locura. Supongo que todos los *flics* de España estarán detrás de él.

—No exactamente. Fue robado, efectivamente, pero la policía ya lo ha recuperado y está tranquila. El caso está cerrado.

—¿No decías que había sido robado? ¿Cómo puede ser que ahora digas lo contrario? ¿Para qué quieres que vaya a Madrid, entonces? —preguntó la mujer desconcertada.

—Comprendo que estés hecha un lío, pero no te preocupes, todo tiene una explicación —añadió el hombre reprimiendo una sonrisa—. Lo comprobarás cuando llegues a Madrid. El cuadro

que quiero que compres para mí es el *verdadero* Picasso; el otro, el que ha recuperado la policía, es falso. Una falsificación que según mis contactos es extraordinariamente buena, pero una falsificación, a fin de cuentas. Quienes han organizado todo esto a cuenta del empresario español son profesionales y saben hacer las cosas. Confía en mí. Solo tienes que decirme si puedo contar contigo. Ya te he dicho que te pagaré bien. Mucho más de lo que ganas en la tienda donde trabajas. ¿Qué me dices?

—¿De verdad hay dos Picasso idénticos? ¿Y no se han dado cuenta? No me lo puedo creer; desde los tiempos de Elmyr de Hory no había oído hablar de nada parecido; Elmyr de Hory era un genio. Pintaba como los maestros que falsificaba...

—Sí, lo sé —interrumpió Walter—. El secreto de su arte era que no copiaba cuadros famosos, sino que con la técnica y la maestría de algunos pintores geniales era capaz de crear obras que ellos mismos podrían haber pintado: Modigliani que nunca pintó Modigliani pero que por el tema, la composición, los trazos, el color y hasta la textura de las telas, bien podían haber sido pintados por el propio Amedeo Modigliani. O por Miró o por Picasso..., las telas las conseguía rebuscando cuadros antiguos y reutilizando los lienzos —concluyó.

—Lo sé, lo sé. Conozco bien la historia de Elmyr de Hory..., creo que Orson Welles se inspiró en su vida para hacer una película, pero tenía entendido que había muerto hace algunos años, precisamente en España.

—Así es. Pero cada generación tiene su genio, y esta también lo tiene. No me preguntes el nombre del nuevo De Hory. No lo sé, pero existe y, por suerte para nosotros, está vivo. Solo sé que es español, como Pablo Picasso. ¿Qué me contestas? —preguntó el hombre—. Después de lo que te he contado —añadió—, ¿te apetece viajar a Madrid?

—Estoy un poco desconcertada, pero sí. Mi respuesta es sí.

—¡Bien! Esto merece un brindis —sentenció Walter de Roux al tiempo que echaba mano a la mediada botella de Montrachet que reposaba en el acerado recipiente lleno de hielo picado que el camarero había dejado en una mesilla junto a la mesa—. ¡Por Madrid!

—Debo de estar loca, pero, en fin... ¡Por Madrid! —brindó también Ivonne Genet al tiempo que se llevaba a los labios la copa de vino.

Cuando el sonido del teléfono de su línea privada lo sacó de su ensimismamiento, John Doyle Bellamy IV estaba sentado en su despacho de la quincuagésima planta de la sede central de la American Steel, en Pittsburgh, Pensilvania. Era el presidente de una de las compañías más grandes de la industria del acero.

—John, ¿cómo estás? Soy Francis.

—Hola, Francis, estoy bien. Gracias.

—John, tenemos que vernos. Como te dije, ha surgido un pequeño problema en Europa. Una pequeña vía de agua, nada importante, pero me gustaría conocer tu opinión. Echa un vistazo a tu agenda. ¿Qué te parece si vienes a Holanda?

—¿Puede ser el viernes? —contestó Doyle—. El jueves tengo una cita en Washington con el líder de la mayoría. Ya sabes, queremos sacar adelante el proyecto de Alaska, pero para esos cretinos de Washington todo son pegas: que si la capa de ozono, que si la conservación de la Naturaleza... En fin, ya sabes, ahora la moda es ser ecologista.

—¡Hecho! No se hable más. El viernes nos vemos. Cuídate.

—Tú también —replicó la voz al otro lado del auricular.

John Doyle Bellamy colgó el teléfono. Por unos instantes permaneció inmóvil. Después reaccionó. Tuvo una premonición y llamó a su secretaria.

—Hágame el favor, Priscilla, busque todo lo que haya aparecido en los últimos días en la prensa europea acerca del Club Bilderberg y, cuando lo tenga, pase a mi despacho.

Madrid es una ciudad que ha crecido mucho por sus extremidades. El casco antiguo se ha quedado estrecho para poder canalizar la trepidante forma de vivir de la gente adinerada. Quizá por eso, en los alrededores han nacido grandes urbanizaciones, algunas muy lujosas. Colonias de adosados y chalés con coches de gran cilindrada aparcados en los garajes. Y también estupendas mansiones aisladas de sus vecinos por verdaderas murallas vegetales. En una construcción de tres plantas con buhardilla y pabellón para invitados vivía Julián Santaeugenia, empresario de la construcción de éxito y coleccionista —por este orden— de empresas, cuadros y amantes.

La tarde del 25 de enero del año 2003, Santaeugenia tenía invitados en casa. Era un grupo heterogéneo y la reunión era especial: podría decirse que *secreta*. Aun así, acostumbrados como estaban a las idas y venidas de la variopinta camada de amistades del dueño de Las Hadas —tal era el nombre de la casa del constructor—, la presencia en las inmediaciones de la mansión de una docena de coches de lujo no despertó la curiosidad del vecindario.

El grupo de invitados estaba bebiendo y charlando en un inmenso salón poblado aquí y allá por muebles caros de estilos dispares. Uno de los presentes era Ibrahim Al Sauri, un iraní nacionalizado español a quien la prensa solía mencionar relacionándolo con escandalosos contratos de venta de armas y petróleo. Había llegado en compañía de su chófer, un hombre de gran estatura y volumen que no podía disimular su condición de guardaespaldas.

Al Sauri estaba solo, apoyado en la repisa de una chimenea de mármol. Frente a él, con un vaso en la mano, sentado en un espléndido sofá de cuero negro, estaba Juan Puig Galí, un financiero catalán que era accionista mayoritario en diversas empresas y laboratorios. Este bebía y charlaba con Jop Van Elsloo, consejero delegado de una gran productora multimedia holandesa. Junto a ellos, de pie, con una copa de vino en la mano y aire de aburrida suficiencia, Cristóbal Amézaga de Uría escuchaba al anfitrión. Amézaga era director y propietario de *El Noticiero*, otro de los grandes periódicos de la capital.

Un tercer hombre, que parecía prestar más atención que Amézaga a las palabras de Julián Santaeugenia, estaba sentado en el borde de un aparatoso sillón. Era Camilo Chomón, que tenía cerca de los setenta años y en una época anterior había sido diputado del grupo político que gobernaba en España. Un escándalo relacionado con la financiación ilegal del partido lo había jubilado prematuramente. Había tenido que renunciar al escaño, pero aquella circunstancia en nada afectaba a la gran fortuna heredada de su padre, un acaudalado industrial gallego propietario

de un gran número de viviendas repartidas entre Santiago de Compostela, Marbella, Málaga y Madrid.

También estaba Fernando Basualdo Mendizábal, rico ganadero colombiano que siempre había salido airoso de las investigaciones llevadas a cabo por la Fiscalía Antidroga de su país. Tampoco tenía buena prensa entre los agentes norteamericanos de la DEA. Era un tipo cuyo aspecto recordaba al protagonista de la película *El pianista*, siempre vestía completamente de negro. Lo acompañaba Malena Istúriz, una mujer que debía de ser tres o cuatro años mayor que él. Era espectacularmente guapa. Se decía que había sido la amante del padre del ganadero colombiano. Al llegar había besado a Julián Santaeugenia y, a medida que se los fueron presentando, había repartido sonrisas y miradas entre los reunidos con esa distancia fastuosa de las mujeres que se saben hermosas y deseadas. Comparada con ella, Ivonne Genet, que también se encontraba entre los invitados, parecía una *miss* destronada.

—Bueno, amigos, antes de pasar a cenar y para no mezclar el placer con los negocios, quisiera mostrarles algo. A todos nos gusta el arte, pero no siempre tenemos la oportunidad de gozar de él en sus manifestaciones más auténticas —dijo el anfitrión al tiempo que mandaba retirarse al camarero que había servido las bebidas y señalaba a los invitados la puerta entreabierta de un salón contiguo a la pieza en la que se encontraban. Era la biblioteca de la casa. Cuando los invitados se trasladaron hasta allí, Julián Santaeugenia les dio la espalda y, acercándose a una de las estanterías, apretó una de las molduras. Un lienzo entero con paneles cargados de libros cedió dando paso a un recinto que hasta entonces había permanecido oculto a la vista. Era una habitación sin ventanas y más pequeña que la anterior. En el centro había una docena de sillas dispuestas en semicírculo.

—Por favor, entren y tomen asiento —añadió.

Basualdo, el ganadero colombiano, fue el último en acceder a la habitación. Tras él iba Santaeugenia, quien, tras comprobar que todos sus invitados estaban dentro, cerró la puerta. Luego, a grandes zancadas, se acercó a una tarima, en uno de cuyos laterales reposaban una silla y una mesa. Encima había un objeto parecido al mando a distancia de un televisor. El anfitrión lo cogió y, al tiempo que miraba hacia el muro pintado vacío que tenía delante, apretó uno de los botones. Durante unas décimas de segundo no sucedió nada. Después, el lienzo de pared se movió dando paso a una pequeña estancia antes oculta a los ojos de los asistentes. Las paredes, pintadas de color blanco, estaban desnudas. La estancia parecía vacía salvo por un pequeño detalle: un caballete de metacrilato plantado en mitad del espacio. Sobre él reposaba un cuadro de pequeñas dimensiones sujeto a un primoroso marco de madera de peral con rebordes dorados.

Al tomar asiento, cada uno de los invitados encontró sobre la silla una copia en color del catálogo oficial de los fondos del Museo Estatal del Hermitage de San Petersburgo.

Un juez de guardia en la Audiencia Nacional autorizó las escuchas de los teléfonos de Julián Santaeugenia. La petición estaba basada en los indicios obtenidos durante la investigación policial sobre el caso de un Picasso robado al empresario. Tirando del hilo de ese asunto se había puesto de manifiesto que el cuadro, a su vez, habría llegado a su poder mediante la venta ilegal en el mercado negro. Así que, una vez recuperado el cuadro, la investigación seguiría ese camino.

Durante días, el inspector Gabriel Montañés reclamó diariamente los reportes de las conversaciones grabadas. Al tiempo, en lo que bien podría considerarse como el principio de una obsesión, llevaba días leyendo a través de internet todo lo que publicaba la prensa holandesa sobre sucesos ocurridos en el país. Quería saber cómo iba la investigación abierta por la policía neerlandesa tras el asesinato de Cosme Damián.

Desde los tiempos de Guillermo de Nassau, los holandeses siempre habían mirado a los españoles de reojo. Semejante prejuicio tenía cierto fundamento histórico. En el siglo XVI, en los Países Bajos, los habitantes de los territorios que se conocían como Holanda y una parte de Bélgica labraron su identidad combatiendo contra la Corona española. Aquellos sentimientos —y el recuerdo de las encamisadas y demás escabechinas llevadas a cabo por los soldados de los Tercios del duque de Alba— habían sobrevivido al paso de tiempo. El resultado de tanto peso histórico era que los holandeses miraban mal a los españoles. Esa era la sensación que tenía el comisario Aquilino Malvar tras llevar cerca de media hora esperando en la antesala del jefe de la Policía de La Haya. Lo acompañaba el inspector Gabriel Montañés.

—Creo que nos están jodiendo adrede —farfulló—. ¿Qué es lo que te ha dicho ese capullo que está detrás de aquella mesa? —preguntó el comisario dirigiéndose al inspector Montañés en un tono de voz deliberadamente áspero.

—Ya se lo he dicho, jefe; me ha dicho que el director de la policía de aquí se ha tenido que ausentar por un asunto oficial y que ha llamado diciendo que lo perdonáramos y que volvía enseguida.

—¿Y tú te lo has creído? ¡Vamos, hombre! Hasta un niño se daría cuenta de que nos están tomando el pelo. Estos jodidos holandeses se deben de creer que fastidiándonos a nosotros se la devuelven al duque de Alba.

—Jefe, si me permite que se lo diga, creo que exagera. Lo ve todo negro por culpa del estrés. Estamos cansados, tenemos poco tiempo y, por lo que usted me ha dicho, estamos sometidos a mucha presión, eso es todo.

—Pero bueno, Montañés, ¿desde cuándo es usted médico o psicólogo? ¡Qué coño va a ser el estrés! Lo que me jode es que nos tomen por paletos. ¡Acompáñeme, quiero que me traduzca cuatro cosas que le voy a decir a ese —dijo al tiempo que señalaba con el dedo al funcionario de policía holandés que estaba al otro lado de los cristales biselados del único despacho que había en la sala.

—¡Jefe, por favor! Cálmese, que no es para tanto —acertó a decir el inspector al tiempo que en vano trataba de detener al comisario, quien, a la velocidad de un obús, se dirigía hacia la trinchera del holandés.

—¡Traduzca mis palabras sin cambiar una coma! —ordenó el comisario, con voz seca, sin siquiera mirar a su subordinado—. Escuche, amigo —bramó mirando de frente y con ademán retador al sorprendido funcionario holandés—: ¿Qué coño está pasando aquí? ¿Por qué nos tienen ahí sentados como si esto fuera un banquillo y nosotros los acusados? Quiero ver inmediatamente a su jefe. Y, cuando digo inmediatamente, quiero decir eso: ¡ahora mismo! ¿Me ha entendido? ¡Traduzca, Montañés, coño!

En aquella dependencia del Ministerio del Interior holandés no se recordaba un vocerío semejante desde que, años atrás, la selección nacional de fútbol, a la que llamaban la Naranja Mecánica, se había clasificado para jugar la final del Mundial.

Pero el alboroto surtió efecto. Como por arte de magia, antes de que el inspector Montañés pudiera concluir la traducción de las acaloradas palabras de su superior, una puerta de cuya presencia los españoles no se habían percatado se abrió y por ella accedió al despacho un personaje muy bien trajeado cuya sonrisa parecía la prolongación natural de la estupenda corbata de seda que llevaba a juego con el pañuelo que asomaba por el bolsillo superior de su bien cortada chaqueta.

—Mi *querrido* comisario, ¿cómo está usted? Me *plase* mucho verle —dijo el recién llegado en un inesperado español que dejó un tanto desconcertado a los visitantes—. ¿Sabe? —añadió sin aguardar respuesta a sus anteriores palabras—, creo que tenía usted razón para sospechar de las fotos que le enviamos. En la escena del crimen no había una mujer como por *error* decía el primer informe. En realidad era otro hombre. Un hombre disfrazado de mujer.

—¿Cómo dice? —respondió el comisario, todavía perplejo ante la irrupción de aquel personaje que parecía ser el jefe del funcionario que tenía delante.

—Lo que ha oído. A su compatriota le acompañaba una persona al entrar al hotel, una mujer que después resultó no serlo; después hubo otra que también entró en su habitación, *parecía* una mujer porque iba vestida de *mujerr* pero quizá tampoco lo fuera. Las imágenes de una cámara de televisión que hay en el pasillo nos hacen pensar que, probablemente, se trataba de un hombre disfrazado de *mujerr*. Además, está el peso, *erra* demasiado para una mujer de su aspecto. Ah, mi *querrido* amigo, *perrdone* mi torpeza, no me he presentado. Soy el superintendente Claasen. Adriaen, para los amigos. Estoy a cargo del caso —añadió sin alterar la sonrisa al tiempo que tendía una mano al desconcertado comisario.

—Ejem... Encantado, señor. Me llamo Aquilino Malvar y soy el comisario jefe de la Brigada Criminal Central de Madrid, en España. Él es el inspector Gabriel Montañés, mi ayudante en el caso —añadió señalando al ayudante, que seguía la escena haciendo esfuerzos para contener la risa.

—Perdone, ¿ha dicho que podía tratarse no de una mujer sino de un hombre, y también algo que no he acabado de entender sobre su peso...?

—Ah, sí, sí, lo del peso. Bueno, no sé si desvelo un secreto, pero en Holanda algunos hoteles importantes tienen instalado un sistema de protección que detecta el peso y el paso de los clientes por los pasillos que dan acceso a las habitaciones. Está instalado bajo las alfombras y *permite* saber en todo momento quién entra y quién sale de los cuartos, ¿comprenden? —preguntó el superintendente mirando a los españoles con un punto de ironía en el fondo de sus ojos azules.

—Supongo que esos datos estarán protegidos por alguna ley de secretos oficiales, porque, de otra manera, me temo que en dos días los hoteles se quedarían sin clientes. Y no lo digo por las visitas galantes. Más bien estaba pensando en el peso de los clientes, ese sí que es un dato verdaderamente explosivo, ¿no le parece? —preguntó el comisario reforzando la ironía con una media sonrisa.

—Ah, sí, así es. Desde luego que en Holanda hay una ley que protege la vida privada de la gente —contestó el superintendente sin corresponder a la ironía, acreditando, de paso, que el sentido del humor no era un valor universal.

El policía holandés iba a dar por terminada la entrevista cuando el inspector Montañés le preguntó a su colega por la agenda de Cosme Damián que, según reseñaba la nota que días atrás habían recibido en Madrid, se encontraba entre los efectos personales que se habían intervenido en el lugar del crimen.

—¡Ah, sí, la agenda! Bueno, está en manos del juez.

—Supongo que le habrán echado un vistazo, digo yo... —dijo el inspector—. De ser así, comprenderá que para nosotros sería muy útil saber si contiene algún dato, alguna nota que pudiera facilitarnos alguna pista...

El policía español se quedó observando a su colega con una mirada que casi parecía una súplica.

Fue entonces cuando intervino el comisario Malvar.

—El crimen se ha perpetrado en Holanda, pero la experiencia nos hace pensar que quizá se decidió en España. Dígaselo en inglés. Y también que, si puede, nos eche una mano, de policía a policía.

—No hace falta, he entendido lo que le ha dicho —interrumpió el holandés—. Comprendo la presión a la que les estarán sometiendo sus superiores para que aclaren el caso, pero deben entender que tenemos normas que nos obligan a respetar todos los trámites previstos en la investigación. La agenda está en el juzgado, en manos del magistrado que lleva el caso...

—Pero alguien, alguno de ustedes, seguro que le echó un vistazo —dijo a la desesperada el

inspector Montañés.

—Sí. No creo que sea quebrar el secreto del sumario si les digo que al compañero que llevó la primera fase de la investigación y que estuvo ojeando la agenda le llamó la atención una anotación escrita en alemán, que fue la única que entendió porque las restantes están en español y él no conoce su idioma. Lo comentó entre los compañeros. Lo acabo de recordar al escuchar su pregunta.

—¿Qué decía esa anotación?

—*Kaputt*. Era una palabra escrita en alemán, *Kaputt*, seguida de dos nombres españoles que no recuerdo ahora pero que los tengo apuntados en una nota en mi despacho. Permítanme —añadió al tiempo que daba media vuelta y se dirigía a la puerta por la que había aparecido. Poco después regresaba llevando una hoja de papel en la mano.

—Aquí están los nombres: Telmo Salcedo y Santaeugenia. El segundo parece el de una mujer.

Los policías españoles cruzaron una mirada en la que se describía el resplandor de la sorpresa. Pero no hicieron ningún comentario.

Tras despedirse de su colega, en el taxi que los llevaba camino del aeropuerto, el comisario Malvar iba en silencio. Concentrado. Fue el inspector Montañés quien lo devolvió a la realidad.

—Jefe, creo que no hemos perdido el viaje. Está claro que Santaeugenia se refiere a Julián Santaeugenia.

El comisario asintió con la cabeza, pero siguió en silencio.

Tres semanas antes del asesinato de Cosme Damián, Mikel Azuera Wizner, periodista de investigación de *El Diario*, llevaba una semana en Berlín en compañía de Nacho Tena, un reportero gráfico todoterreno que había cubierto varias guerras. Mikel hablaba alemán. Habían dado ya algunos pasos en dirección hacia «un objetivo inconcreto, tirando a difuso» —así era como la subdirectora del periódico había definido el trabajo que les había llevado a la capital alemana—. Era una idea del director basada en un argumento del que a diario hacía gala ante sus subordinados: «La intuición, la intuición es el sexto sentido en nuestro oficio». Algunas veces acertaba y otras no.

En esta ocasión la idea era investigar, bucear, en los archivos de la Stasi, tras haberse publicado la noticia de que dichos *papeles* habían dejado de ser material clasificado. «La Stasi lo controlaba todo dentro de la RDA y tenía terminales fuera de la Alemania del Este. No es descabellado que hubiera algún español», había explicado por todo razonamiento. Decía que era un tiro al aire y lo sabía, pero que el periódico atravesaba por una etapa de bonanza económica y se lo podía permitir. Entraba mucha publicidad y las historias relacionadas con casos de corrupción y denuncias lo habían situado por delante en la batalla del quiosco. Antes de salir para Berlín habían estudiado la situación y decidieron buscar un hotel que estuviera cerca de la antigua sede de la policía política. Habían encontrado uno de cuatro estrellas de la cadena Radisson que estaba en las proximidades de Alexanderplatz. Mikel Azuera era un tipo que tenía fama de ser minucioso en su trabajo. No escribía con la cabeza levantada por encima del ordenador a modo de antena para dejarse llevar por la inspiración, sino que lo suyo era un constante ir y venir a los datos del cuaderno de notas del que nunca se separaba. Nacho Tena, a su vez, era un perfeccionista. Podía dedicar minutos que parecían horas hasta conseguir el encuadre adecuado para una foto que, como todas las suyas, pretendía que fuera única. Antes de gestionar los oportunos permisos para poder consultar los archivos de la otrora temible policía política, que se encontraban en un edificio en cuyas dependencias también hubo una prisión, se habían acercado, aparentando ser simples turistas, al edificio que fue sede de la Stasi, en el número 103 de la Ruschestraße. Subieron en el vetusto montacargas de noria que une los diferentes pisos y pudieron hacer fotografías de aquellas anodinas estancias. En una de ellas pudieron ver una colección de artefactos diseñados para ocultar micrófonos. A Nacho le llamó la atención primero una piedra y después un tocón en cuyo interior había un micrófono instalado. En otra estancia se veía una celda que sirvió de cámara de tortura. Impresionados por la sordidez del lugar, apenas

intercambiaron algún comentario. Al salir, Mikel comentó que lo que más le había afectado había sido ver que el despacho del ministro encargado de la seguridad del Estado estaba un piso por encima de aquella celda. Nacho Tena, acostumbrado a ser testigo de otros horrores —había estado en Sarajevo durante la guerra de Bosnia—, hizo algunos comentarios sobre la maldad de la condición humana. Les quedó mal cuerpo tras la visita y decidieron dedicar el resto de la jornada a recorrer la línea que había sido la base del Muro. De la muralla de hormigón y alambre de espino que levantó el Gobierno comunista en el mes de agosto de 1961 quedaban aquí y allá restos de lienzo del muro pintarrajeados con vivos colores. Por aquellos días, raro era el visitante de Berlín que no intentaba hacerse con un fragmento del Muro. Era la moda entre los turistas, al igual que hacerse fotos contra aquellas paredes que otrora fueron testigos de la muerte a tiros de aquellos ciento treinta y seis infelices berlineses que intentaron pasarse al Oeste y fueron abatidos por los *vopos*, los agentes de la Volkspolizei, la Policía Popular del régimen.

Dos días después, Mikel había vuelto a la sede de la Stasi y, tras recorrer de nuevo las diversas plantas en las que se mostraban recuerdos del tétrico pasado de aquel edificio, anotó en su cuaderno «*Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal. Hannah Arendt. Buscar*». Mientras, Nacho, el fotógrafo, había dedicado la mañana a patear las calles del barrio de Lichtenberg tratando de captar el aire de apabullante normalidad de las construcciones adyacentes. Edificios de viviendas en las que durante años transcurrió, con aire de rutina, la vida de miles de personas corrientes.

Uno de aquellos días, al volver al hotel, Mikel llamó al periódico en Madrid para preguntar cómo estaban las cosas por la redacción. Le cogió el teléfono uno de sus amigos, que le comentó que se había armado un gran revuelo en Madrid tras haber publicado el periódico —con llamada a todo trapo en la portada de la edición del domingo— una historia sobre los negocios de Julián Santaeugenia, el multimillonario rey de la construcción.

—Supongo que Damián habrá tenido un subidón, ¿no? —preguntó Mikel refiriéndose al dueño del periódico.

—Me imagino que sí, ya lo conoces, pero no le hemos visto por la redacción porque, al parecer, lo han invitado a la reunión del Club Bilderberg y debe de andar por Holanda.

Mikel Azuera hizo un comentario sobre Cosme Damián que a su amigo le hizo sonreír, después le pidió que le pasara con el archivo del periódico. Quería que le fueran preparando un dossier sobre las atrocidades cometidas por la Stasi a lo largo de los cuarenta años que duró la llamada República Democrática Alemana. Cuando su compañero volvió al hotel, Mikel le puso al tanto de la comidilla de la redacción y de los múltiples comentarios que la asistencia de Cosme Damián como invitado a la reunión del Club Bilderberg había suscitado.

—¡Coño! Pues conociéndolo puede que al pasar por la aduana haya tenido que declarar por exceso de ego —respondió Nacho Tena. Ambos soltaron una carcajada.

Después se fueron a cenar a un «burger» que había en la Alexanderplatz. Estaba a tope. Mientras esperaban a que los llamaran para recoger lo que habían pedido, Mikel comentó que la

globalización que representaba el tipo de comida rápida norteamericana había hecho más por la caída del Muro que todas las emisiones de la Voz de América. Se había hecho un estudio sociológico que revelaba que el argumento más poderoso que había encontrado Occidente para combatir al comunismo de la RDA era la televisión de la República Federal, pero no a través de los telediarios y los programas informativos. La conclusión era sorprendente: lo que más había influido habían sido las series de televisión que triunfaban en los setenta, los culebrones tipo *Dallas* o *Falcon Crest*, que —prosiguió Mikel— mostraban el tipo de vida capitalista y consumista del que carecían los ciudadanos de la mal llamada Alemania democrática. Su compañero asintió con la cabeza, pero no hizo ningún comentario.

Años de militancia izquierdista habían dejado en él un poso que con el paso del tiempo se había transformado en una suerte de cinismo a prueba de evidencias. Hacía tiempo que había dejado atrás los ideales de su juventud pero, más por estética que por otra cosa, mantenía un discurso vagamente *gauchista* que en la paleta de los colores políticos había girado del rojo al verde. Dieron cuenta de la cena en silencio hasta que Mikel le hizo una seña a su compañero señalando al monitor de televisión. Su conocimiento del alemán le había permitido leer una de las bandas informativas que en la parte inferior del televisor indicaba que un empresario español había sido asesinado en Holanda, donde se hallaba para asistir a una de las sesiones del Club Bilderberg. No aparecía el nombre de la víctima, pero los dos periodistas se percataron de que aquella noticia iba a cambiar su estancia en Berlín porque la víctima no podía ser otro que su patrón: el magnate Cosme Damián. Pese a lo avanzado de la hora, Mikel llamó al periódico. Allí le informaron de lo poco que se sabía de la noticia. La redacción de cierre estaba intentando recabar más datos a través de los colegas de Reuters en Ámsterdam, la agencia que había dado la noticia. Poco más pudo averiguar. Decidieron volver al hotel y esperar al día siguiente.

Cuando Mikel se despertó, alrededor de las siete de la mañana, su compañero ya estaba vestido y listo para salir.

—He dormido fatal —dijo Nacho Tena a modo de saludo—. No podía quitarme de la cabeza la cara de Damián y su sonrisita cínica cuando el día del aniversario del periódico se acercó al grupo donde estábamos tomando un vino para preguntarnos a los fotógrafos si lo habíamos sacado por el lado bueno. ¡Joder, qué tío tan vanidoso! Cuando le contesté que no se lo había encontrado me miró con cara de quererme asesinar. Y ahora —prosiguió como hablando para sus adentros— está muerto. Aunque la verdad es que me deja frío que esté muerto. Un canalla menos.

—Hombre, Nacho, no digas eso. En el fondo teníamos que estarle agradecidos porque gracias a él tenemos trabajo —respondió Azuera mientras se levantaba de la cama de un salto.

—Tú lo has dicho, «tenemos trabajo», pero ya veremos cuánto dura. Me temo que la movida en el periódico será de aúpa.

—¿Tú crees? ¿Por qué lo dices?

—Pues porque ya verás cómo aprovecharán la situación para cargarse la redacción mandando al paro a media plantilla. Recuerda que Damián no tenía hijos, y de su mujer nunca se ha sabido

que tuviera interés por el periódico. Para mí que deberíamos dejar lo que estamos haciendo y volver cuanto antes a Madrid, no vaya a ser que nos descuidemos y nos vayamos a la puta calle.

—¡No jodas! Qué pesimista eres, tío. Me ducho en un minuto y bajamos a desayunar. O, bueno, vete bajando y te alcanzo. Después llamamos a la redacción a ver qué está pasando y qué piensa Luismi: si seguimos con el reportaje de la Stasi o si nos volvemos.

—¿Luismi? ¿Esperas que un redactor jefe tan pelotilla como Luismi se atreva aunque solo sea por una vez a tomar una decisión? ¡Vamos, hombre! No esperes que lo haga. Hasta que no llegue el director no sabrá qué decirte, así que, macho, yo me tomo un café y, mientras tú desayunas y pierdes el tiempo hablando con él, me voy a la calle a terminar de hacer unas cuantas fotos de un trozo del Muro que tiene unas pintadas cojonudas. Una de ellas ya la tengo, es una en la que Honecker y Breznev se están dando el pico, pero quiero hacerle unas fotos con más luz. Es de lo más *heavy* que te puedas imaginar.

—Querrás decir *dramático* —respondió Mikel—. Dos cabrones besándose mientras tenían a millones de personas viviendo poco menos que como esclavos. Por eso, entre otras cosas, aunque tarde, cayó el Muro.

Nacho Tena no contestó. Salió de la habitación y, siguiendo el plan que había comentado con su colega, se perdió por las calles del Berlín Este a la caza de los restos grafitados de aquella muralla de hormigón que durante tantos años había marcado la vida de miles de berlineses.

Mikel llamó a la redacción y pidió que le pasaran con la subdirectora. Pensó que era mejor ahorrar intermediarios. Dio en el clavo. Gloria Perea, que era subdirectora adjunta al director, le puso al tanto de la situación de incertidumbre que se vivía en el periódico pero, bajo su responsabilidad —dijo enfáticamente—, lo autorizó a continuar con la investigación. Solo él debía permanecer en Berlín, a Nacho Tena lo reclamaba de vuelta. Según Perea, se avecinaban días de muchas *celebrities* alrededor del periódico y nadie como Tena para —según añadió— retratar a toda aquella fauna del colorín a la que sabía de cierto que el fotógrafo despreciaba. Mikel le agradeció la confianza y le pidió que fuera ella quien le dijera a Tena que debía regresar a Madrid.

—¡Se va a poner de una mala hostia! No habrá quien lo aguante —le dijo a Perea a modo de justificación.

—No te preocupes, lo voy a llamar ahora mismo. Después de todo, es un profesional y lo entenderá —respondió la subdirectora—. Por cierto, no te olvides de que el presupuesto que tenemos para lo de Berlín es el que es. Nada de tratar de ligarte a una tía invitándola a cenar en el restaurante del hotel Adlon, ¿entendido?

—Sí, mujer, sí. Descuida, que no tengo intención de desequilibrar el balance del periódico. Por cierto —añadió—, ¿sabemos algo más del asesinato de Damián?

—Nada. Lo que hemos publicado en el diario. La policía española está en Babia y la holandesa, por lo que nos cuentan, parece que quiere ir con pies de plomo. No pueden evitar el escándalo que se ha formado alrededor del caso pero parece que están tratando de apagar los

focos alrededor del Club Bilderberg. Pero todo son conjeturas, llámame mañana o, mejor, pasado mañana, y te tendré informado con las últimas novedades, pero no esperes gran cosa. Y no te duermas, que nos vendría bien que dieras con algún pájaro español en los archivos de la Stasi, sería un pelotazo y nos pondría otra vez en órbita, y no por el asesinato de Damián.

Se despidieron y, después de colgar, Mikel Azuera se quedó un buen rato pensando. No le importaba quedarse solo en Berlín. De hecho, el plan de trabajo que habían esbozado, en esencia, consistía en que el grueso del trabajo de campo le correspondía a él, así que la parte gráfica ocuparía menos tiempo. Aun así, se dijo que echaría de menos a su compañero. En el oficio de periodista tener como colega a un veterano algo rayado y tirando a cínico como era el caso de Nacho Tena era un pasaporte seguro para evitar el aburrimiento. Lo que no esperaba era el vuelco que iba a dar su trabajo dos días después.

Todo cambió tras llamar al periódico como había convenido con la subdirectora. Creía que le contaría alguna novedad sobre la investigación del asesinato de Cosme Damián, pero lo que no esperaba era que Gloria Perea, tras saludarlo, le pasara el teléfono al director de *El Diario*. Mikel Azuera no estaba acostumbrado a hablar con el jefe. Horacio Gallo era todo un personaje en el mundo del periodismo español. Había pasado por varios medios hasta llegar al periódico de Cosme Damián, con quien había congeniado enseguida. Tenían mucho en común. Talento, ambición y parecida falta de escrúpulos.

—¿Qué tal, Azuera? ¿Cómo vas? ¿Tienes ya algo para mí? —disparó a bocajarro.

—Hola, director. Bueno, yo... sigo con la investigación. Lo de los archivos lleva su tiempo, no están por orden alfabético y los alemanes, ya sabemos cómo son, para cada cosa que pides hay que firmar un papel.

—En resumen, que todavía no tenemos nada. Bueno, vamos a ver..., no te voy a decir cómo ha llegado hasta nosotros el soplo, pero toma nota de lo que te voy a decir: Buscamos a Telmo Salcedo, ¿me has oído bien?

—Sí, sí, claro, el político, pero ¿qué tiene que ver Salcedo en este asunto? —preguntó Mikel desconcertado.

—Eso es lo que quiero que averigües. Investiga, trabaja. Averigua si, como parece, estuvo trabajando para la Stasi o fue reclutado por ellos.

—¿Quéé?

—Lo que oyes. Tú tira de ese hilo. Con discreción, porque nos jugamos mucho. Si metes la pata, nos hundimos. Pero mira a ver qué sacas, ¿entendido?

—Sí, director, lo entiendo. Iré con pies de plomo, no te preocupes —respondió Mikel sin reponerse todavía del asombro que le había causado semejante encomienda.

—Bueno, Azuera, te dejo con la subdirectora. A partir de ahora solo la subdirectora y yo mismo seremos los destinatarios de los avances que tengas en la investigación. Nadie debe saber que andamos detrás de esa pista, ¿entendido?

Mikel iba a responder, pero Horacio Gallo ya no estaba al otro lado del teléfono. La voz que

escuchó era la de Gloria Perea.

—Bueno, Mikel, ya has oído al director, a partir de ahora no me llames a través del teléfono de la redacción, llámame a mi móvil. Y, lo dicho, discreción. Nada de ir por ahí con el cuento a los amigos.

—Hombre, Gloria, ya me conoces, para los asuntos del trabajo soy una tumba.

—Bueno, bueno. Espero que sea así, porque ya te lo ha dicho el director, es mucho lo que se juega el periódico si damos un patinazo y nos columpiamos. Y más en estos momentos, que tras la muerte de Damián nadie sabe qué va a pasar con la empresa.

Mikel Azuera se llevaba bien con la subdirectora, y confiando en esa relación se atrevió a preguntar por el origen de aquella información que ya le estaba quemando el cerebro.

—Oye, ¿de dónde ha salido el soplo? ¿Cómo os habéis enterado de lo de Salcedo y su supuesta relación con la Stasi?

—No te preocupes por eso. Me consta que la fuente es buena, ahora lo que tienes que hacer es confirmarla.

—Sí, bueno, pero me ayudaría saber de dónde viene para empezar a tirar del hilo.

—Bueno, mira, pero ni se te ocurra comentarlo. Es para ti y te olvidas. Creo que el director se enteró por una confidencia que le hizo a Cosme Damián un dirigente del partido de Salcedo. No sabe por qué pero, al parecer, Damián estaba obsesionado con el tema. No me preguntes más porque no sé nada más. Y ahora, a trabajar y punto en boca, porque como el director se entere de lo que te he dicho es capaz de mandarme al archivo a digitalizar los números antiguos del periódico.

—Tranquila, ya te digo que soy una tumba.

Se despidieron, y durante un minuto Mikel Azuera permaneció de pie pensando en lo que acababa de saber. La nueva información cambiaba su enfoque del tema, «a la vez que lo hace extremadamente peligroso», pensó. Aquella idea lo intranquilizó. Telmo Salcedo era un político poderoso. Tenía amigos y recursos, y si de verdad había tenido algo que ver con la Stasi, protegería a costa de lo que fuera aquella parte de su vida. Pensando en la situación, el periodista cayó en la cuenta de que el encargo de venir a Berlín para investigar los archivos de la policía política de la Alemania comunista no había sido el resultado de la infalible intuición de Horacio Gallo. Ni tampoco un *tiro al aire*, como le habían comentado para explicar el trabajo que les encomendaban. Estaba claro que en las alturas de *El Diario* iban a por lo que iban. También encajaba que hubieran esperado a que Nacho Tena hubiera terminado su trabajo. Todos en el periódico sabían de las inclinaciones izquierdistas del fotógrafo. Habían esperado para evitar indiscreciones. «Eso quiere decir que confían en mí.» Aquel pensamiento lo reconfortó. En parte, solo en parte. Azuera era un profesional inteligente y no se le escapaban las aristas, los riesgos y otras derivadas que presentaba el que podría convertirse en el mejor reportaje de su vida. «O en mi hundimiento, si meto la pata.» A lo largo de todo el día siguió dándole vueltas al asunto.

También le vino a la cabeza que quizá tras el asesinato de Cosme Damián había algo más de lo

que habían contado, pero no relacionó aquella idea con la noticia que lo traía de cabeza. Más bien pensó que, en ausencia del dueño del periódico, Horacio Gallo, el director había decidido jugar fuerte investigando qué había de cierto en aquella confidencia. «Lo malo —se dijo para sí Mikel Azuera— es que quien tiene que comerse el marrón soy yo cargando con una mochila que no sé si podré con ella.» Pero estaba obligado a intentarlo y decidió que aquella misma tarde iba a acercarse de nuevo a la sede de la Stasi para solicitar otra vez un nuevo permiso para revisar los archivos de la antigua policía política. Pero ahora tenía claro por dónde debía empezar.

Aun siendo español —y teniendo que acreditarlo presentando el pasaporte—, creyó que, hablando en alemán, al funcionario de turno no le extrañaría que solicitara información sobre los archivos del Departamento Exterior de la Stasi. Para no despertar la atención del archivero le dijo que estaba preparando una historia sobre las actuaciones de la Stasi en algunos países de África, precisando que podían haber contado con colaboradores cubanos y, tal vez, algún español. El funcionario no pareció sorprenderse de la petición y le comentó que hacía unos meses un equipo de la televisión portuguesa había estado por allí porque estaban haciendo un documental sobre la guerra de descolonización de Angola, en la que habían tenido un papel decisivo las tropas cubanas enviadas por Fidel Castro. Los periodistas portugueses se habían interesado por la figura de Markus Wolf, el famoso exdirector de la Stasi, que había publicado un libro de memorias en el que contaba algunas de sus estancias en diversos países africanos apoyando a las guerrillas comunistas que luchaban en la selva para acabar con la dominación colonial. Mikel había leído el libro de Mischa, que era el nombre con el que las agencias de inteligencia de Occidente conocían a Markus Wolf, y recordaba por encima el relato de aquel auténtico maestro de espías. De hecho, preparando el equipaje para viajar a Berlín había metido el libro en la maleta. Tras escuchar al funcionario, se prometió que volvería a leerlo. Después aguardó a que el funcionario visara el formulario que acababa de cumplimentar.

—Tiene usted hora para mañana a las diez de la mañana. Ya sabe que no puede fotografiar ningún documento y tampoco sacarlo fuera del archivo. Si necesitara fotocopiar alguno tendrá que pedir permiso al compañero que está al cargo de la sección extranjera.

Mikel asintió con la cabeza y, tras darle las gracias, salió a la calle con la cabeza llena de dudas pero con la determinación de realizar concienzudamente la tarea que mejor sabía hacer. Miró el reloj y cayó en la cuenta que desde que había hablado con Madrid había pasado medio día y no había vuelto al hotel, donde seguramente lo estaría esperando Nacho Tena para contarle que lo habían llamado desde el periódico para decirle que tenía que regresar, que su trabajo en Berlín había terminado. Seguro que también le habían informado de que él seguiría con la investigación pero ya trabajando en los archivos. Imaginó que al veterano fotógrafo la noticia no le habría hecho demasiada gracia y acertó. Cuando entró en el hotel, su compañero lo estaba esperando en el hall. Estaba de mal humor y no parecía tener interés en disimularlo.

—Supongo que ya lo sabes, ¿no? Me ha llamado del periódico la gilipollas de Gloria Perea y me ha ordenado que vuelva a Madrid. Así, sin más, sin preguntarme cómo iba mi trabajo o si lo

había terminado. Pero supongo que tú ya lo sabías, ¿no? Lo digo porque me han dicho que te quedas en Berlín.

—Bueno, sí. También a mí me han llamado del periódico —contestó Mikel desviando la mirada, como sintiéndose culpable de aquella situación.

—Joder, macho, ¿cuándo te han llamado? Me podías haber avisado. Llevo una hora intentando hablar contigo y tienes el teléfono todo el rato con el buzón de los cojones. ¿Dónde coño te habías metido? —preguntó con un tono de voz que llamó la atención de la recepcionista.

—Tranquilízate, Nacho. He ido al archivo, y ya sabes que allí te hacen dejar el teléfono en una taquilla. Por eso no podía saber que me estabas llamando. Después, cuando he salido, he pensado que estarías en el hotel y, como estamos cerca, ya me he venido para aquí. No te cabrees, tío. Estamos aquí a lo que nos mandan.

—Pues estoy cabreado. Tenía en la cabeza un reportaje cojonudo sobre los edificios nazis que sobrevivieron al asalto de los rusos durante la guerra. Se me ocurrió esta mañana al pasar por delante del antiguo Ministerio del Aire, el de Hermann Göring, el nazi gordo. —Este edificio había resistido a los bombardeos de la aviación y la artillería rusa; en cambio, al lado, muy cerca, unas calles más abajo, había un solar donde estuvo la sede la Gestapo—. Tengo algunas fotos, pero pensaba volver con tiempo para hacer las cosas como a mí me gusta. Ahora tendré que olvidarme del tema.

—Bueno, hombre, Berlín está muy cerca de Madrid. Puedes volver en cualquier momento —respondió Mikel tratando de calmar a su compañero—. Además, lo importante es que vuelves a casa, y yo me tengo que quedar aquí luchando con el rollo de los funcionarios y sus formularios..., por no hablar de las salchichas y el chucrut, que, si te digo la verdad, estoy harto de tanta col en vinagre.

—Bueno, bueno, no te quejes, que aquí se está mejor que en la redacción rodeado de tantos capullos.

No dijo más. Se levantó y, dirigiéndose a Mikel, le tendió la mano. Se abrazaron y el enfado quedó en nada. Al día siguiente, Nacho Tena emprendió el viaje de vuelta a España, mientras que Mikel Azuera permaneció en Berlín angustiado ante la tarea que tenía por delante.

John Doyle Bellamy IV llegó a Schiphol, el aeropuerto de *Ámsterdam*, a las nueve de la mañana hora local. Aunque había salido de Nueva York ocho horas antes y había dormido poco, nada en su aspecto delataba el cansancio que apareja el cambio de continente, de menús y de hora. Frisaba los sesenta pero se mantenía en forma gracias a una combinación de dieta y ejercicio físico. Doyle tenía la teoría de que la gente que estaba por encima de su peso era gente en la que no se podía confiar porque, si eran capaces de sucumbir ante un plato de pasta o una copa de vino, eso quería decir que en cualquier momento podían ceder a otro tipo de tentaciones más peligrosas.

Sus colaboradores más cercanos nunca pudieron deshacerse de la idea de estar trabajando para un tipo que de haber vivido en el siglo XVI en Ginebra habría hecho carrera junto a Calvino.

Al llegar a la sala de la terminal donde debía recoger el equipaje activó su teléfono móvil y marcó un número. Mientras esperaba, observando el recorrido circular de las cintas transportadoras y las maniobras y el aspecto de las personas que se aproximaban para retirar sus bultos, comprobó algo que ya había observado con anterioridad: los ricos llevan poco equipaje. Los demás viajan cargados de maletas. La voz familiar de su secretaria sonando al otro lado de la línea le tranquilizó:

—¡Hola, Priscilla! Sí, sí, he llegado bien y estoy estupendamente... Vamos a ver, quiero que llame al doctor Hamilton, aquí ahora son las nueve de la mañana, así que me vendría bien vernos cuanto antes... para almorzar o a la hora de la cena. Priscilla, aunque tenga la confirmación de la cita, no me llame antes de las doce. Me voy directo al hotel y espero descansar un par de horas. Hasta luego. —Colgó casi antes de escuchar la despedida de su secretaria.

Tras recoger una pequeña maleta de mano, abandonó la sala en busca de un taxi. Dio el nombre del hotel más exclusivo de La Haya y cuando el taxista, que hablaba en un inglés estupendo, le preguntó si le molestaba que pusiera la radio, Doyle le contestó que le daba lo mismo.

—Puedo ponerle alguna emisora de habla inglesa, señor —dijo el chófer, intentando ser amable con el pasajero.

—Haga lo que quiera.

El taxista se encogió de hombros y ante la hosquedad del viajero optó por dejar la emisora radial que llevaba puesta en la que una voz de mujer con marcado registro metálico iba facilitando mensajes a los conductores de taxis de *Ámsterdam*.

Durante el resto del trayecto el pasajero no abrió la boca. Iba despierto pero parecía tener los ojos nimbados por una neblina de cansancio. Al llegar al hotel, Doyle se bajó y pagó al taxista el

importe exacto de la carrera. Ni un céntimo de propina. El taxista contó el dinero y le miró con ganas de decir algo pero se calló. Doyle ni siquiera se despidió. Entró en tromba en el hall y a grandes zancadas se dirigió a la recepción.

—Buenos días. Soy John Doyle y tengo una reserva desde Nueva York —dijo sin esperar la respuesta del solícito recepcionista, que lo había recibido con una amplia sonrisa.

—Perdón. Permítame consultar... Sí, sí, aquí está: mister John Doyle, de Nueva York. Suite Rembrandt. Bienvenido, señor Doyle. ¿Me permite usted? Si es tan amable, necesitaría su pasaporte y una tarjeta de crédito.

Tras formalizar los trámites, pidió al recepcionista que llamara al botones, le encomendó que este subiera la maleta y preguntó por la barbería del hotel. Estaba en la misma planta del hall, al fondo de una pequeña galería comercial. Había dos sillones de barbero. Uno de ellos estaba ocupado. Cliente y peluquero charlaban animadamente.

Doyle se sentó.

—¿Cómo quiere el señor que le corte el pelo? —preguntó solícito el barbero.

—En silencio —contestó con sequedad el norteamericano.

Unos meses antes, en Madrid, Felipe Mazarrasa, reportero especializado en información económica, que era el periodista que firmaba la serie de artículos que *El Diario* venía publicando sobre los negocios de Julián Santa Eugenia, recibió una información confidencial de una de sus fuentes, que lo había citado en un bar del centro.

—De ser cierto —pensó en voz alta—, sería una bomba. ¿Estás seguro o es uno de esos bulos que alguien lanza para crear dudas y desestabilizar a los competidores? —le preguntó a su *garganta pro funda*.

—Va a misa. Créeme, está metido hasta las cejas, pedalea para no caerse y que se le venga abajo todo el tinglado, incluida la principal empresa constructora, la joya de la corona. Pidió créditos para comprar terrenos en lugares que ahora están muertos de risa porque el sector de la construcción está entrando en crisis.

—Pero tarde o temprano esas cosas se saben y, si lo que me cuentas es cierto, las autoridades acabarían investigando el origen del dinero, ¿no crees? —insistió el periodista, todavía desconcertado y receloso ante la sorprendente noticia.

—Si fuera una cantidad pequeña, tal vez, pero cuando es mucho el dinero que entra en España, la Comisión no presta demasiada atención. Todo aprovecha para el convento.

—Ya, pero si, como dices, es dinero que viene de una de las empresas que la mafia rusa tiene en Gibraltar, si acaba sabiéndose y puede demostrarse, sería un escándalo que provocaría un terremoto en el Ibex, no olvides que la empresa de Santa Eugenia cotiza entre los grandes... No sé, en este asunto creo que hay que andar con pies de plomo porque lo que está en juego va mucho más allá de lo que se aprecia a primera vista. Aparte de que este tío es un tiburón de los negocios... y ya sabes que ha tenido como altos ejecutivos a un par de ministros y que hay informaciones que aseguran que financia bajo cuerda al partido del Gobierno. Tiene muchos espolones, es poderoso y maneja resortes del verdadero poder, el del dinero asociado a la política. No sé, la verdad es que solo pensar en tirar del hilo me pone los dientes largos, pero al mismo tiempo creo que el que meta las narices en el asunto puede salir trasquilado. Acabar en los tribunales o en la morgue.

Felipe Mazarrasa se asustó al oír sus propias palabras. Su interlocutor lo miró y se encogió de hombros.

—Tú verás, Felipe, la información es fetén. Los papeles que te puedo enseñar no dejan lugar a dudas aunque, claro, habría que comprobar todos sus extremos, y esa es tarea de periodista, no de

un analista financiero, que es lo mío. Entiendo tu preocupación y entenderé que lo dejes correr, aunque pienso que para un periodista una historia como esta puede ser el Oscar de su carrera.

—Sí, el Oscar o la corona de flores que mandarán los compañeros de la redacción que asistan a mi funeral.

—Bueno, hombre, si te pones así de dramático...

—No es eso. Claro que me interesa el tema. Y lo voy a investigar. Otra cosa es que veo las dificultades que aparecerán por el camino. Entre otras, llegar a publicarlo.

—¿Dificultades para publicar la historia?, ¿con Cosme Damián? ¡Vamos, hombre! Estoy seguro de que en cuanto se lo propongas te libera de todo servicio. Para él este asunto sería como tener entre las manos un diamante en bruto. No sé cómo se llevará con Santaeugenia, pero tengo entendido que Damián no tiene escrúpulos y retrasaría la llamada a los bomberos para publicar antes la noticia del incendio de su propio periódico mientras el edificio estuviera siendo pasto de las llamas.

—Sí, en eso te doy la razón. Cosme Damián no tiene escrúpulos, y colocar al periódico en el filo de la navaja, le pone. Claro que también es un tipo listo para los negocios, por eso se ha hecho millonario... y, no sé, en un asunto como este, lo mismo negociaba con la información. Para él, el poder de la información lo es todo. Por eso todos lo temen y no se le conocen amigos.

—Bueno, Felipe. Tú decides. Si vas a seguir con el tema te puedo ayudar. No mucho más porque, dada mi posición, resultaría peligroso, pero tengo más papeles. Si se lo planteas a Damián y te da luz verde, ya sabes cómo ponerte en contacto conmigo. Hago esto porque el olor de la corrupción es insoportable. Yo no soy político, pero quiero a mi país y me gustaría que quienes nos dirigen fueran más decentes. Lo de tratar con la mafia, entiendo que es ir demasiado lejos. Ya me dirás... Y cuídate.

—Lo haré, descuida. Tendrás noticias mías. Pero si sigo adelante tendremos que olvidarnos del teléfono. Ya sabes que ahora se pueden rastrear las llamadas y saber en qué lugar está uno en cada momento. Tendremos que cambiar nuestras rutinas. ¿Qué día es hoy, jueves? Pues intentaré hablar esta tarde con el director y, con lo que sea, te diré algo. Si te parece, podríamos quedar el sábado por la mañana en algún sitio. ¿Qué tal si quedamos en el chiringuito de la Casa de Campo? El que está junto al lago.

—¿A mediodía?, ¿a la hora del vermut?

—Me parece bien. Quedamos así.

Se despidieron sin más circunloquios. Felipe Mazarrasa se quedó en silencio, cavilando. Atrapado en el dilema al que tantas veces habían de hacer frente los buenos periodistas cuando se trataba de proteger una primicia, pensó.

«¿Se lo cuento al director con el riesgo de que se lo diga al subdirector y el tema acabe en otras manos? ¿O espero, empiezo a tirar del hilo y me aseguro la historia?»

En esas estaba cuando cayó en la cuenta de que su fuente se había ido y había dejado encima de la mesa el platillo con la factura de las consumiciones.

«No me extraña que se hagan ricos. Nunca pagan ni un café», pensó. Pagó y se dirigió hacia la puerta del bar. Al ver que amenazaba lluvia se subió el cuello de la gabardina y se echó a las calles de Madrid. Había dejado el coche aparcado en la calle, cerca del bar en el que había tenido aquella conversación que ahora iba repasando mentalmente y que, en cierto modo, lo iba torturando con las dudas que lo asaltaban. Las dudas y la angustia. Por una parte, era consciente de que la noticia sería un bombazo, un *scoop*. Si, como parecía, Julián Santaeugenia jugaba a bolsa con dinero blanqueado procedente de Gibraltar, la publicación daría pie a un escándalo monumental. Se apuntaría un tanto profesional importante. Aquello reforzaría su posición en el periódico. Lo convertiría poco menos que en intocable en una época en la que, ante el auge de los medios digitales, en los de papel empezaban a producirse ajustes de plantilla. Sus dudas procedían del riesgo que correría si al final publicaba la historia. No le preocupaba tanto la casi segura batería de querellas que les pondría Santaeugenia. Lo que verdaderamente le inquietaba eran las posibles represalias físicas. Estaba confuso. Le desazonaba perder aquella oportunidad, pero el constructor tenía fama de mafioso y Felipe Mazarrasa se decía a sí mismo que no era un héroe. Aunque, por otra parte, pensaba que debía intentarlo. Al final decidió que lo mejor era contárselo al director y que él decidiera. Haber tomado aquella decisión lo alivió. Cuando se acercó al coche vio que en el parabrisas había un papel. Era una denuncia por exceso de tiempo en el aparcamiento. Lo cogió y, aunque su primera intención fue arrojarlo al suelo, cambio de idea y se lo guardó en el bolsillo, despotricando contra quienes, según su decir, vivían a costa de chuparle la sangre a los ciudadanos.

Un día de primeros de diciembre de 2002, semanas antes de la muerte de Cosme Damián, Telmo Salcedo llegó sobre las siete de la mañana a su despacho, situado en un edificio de acero y cristal construido en una de las zonas más elegantes de Madrid. Desde las alturas se observaba el gran desarrollo urbanístico que había experimentado la capital a raíz del ingreso de España en la Unión Europea. El trazado de las avenidas, la arrogancia arquitectónica de los rascacielos y hasta el mobiliario urbano describían el progreso que había experimentado la ciudad bajo los últimos Gobiernos del partido del que Telmo Salcedo era uno sus dirigentes más destacados.

Ahora estaba en la oposición. Salcedo era la gran apuesta de muchos militantes, que añoraban el poder perdido años atrás por la defección de una mayoría de votantes, muy crítica con los casos de corrupción que salpicaban al partido. Había sustituido al anterior presidente en un congreso en el que primó el sentimiento de cierre de filas, algo infrecuente en las organizaciones de izquierdas pero que la personalidad magnética de Telmo Salcedo, jaleado por el ala más radical, había acabado imponiendo. Durante la campaña para la elección del candidato, Salcedo, que contaba con notables complicidades en varios canales de televisión, había evocado su imagen de antiguo joven rebelde. En un vídeo grabado en sus años de estudiante en Berlín, se lo veía en una manifestación convocada por los Verdes. También se recordaba sus años de activista en la campaña anti-OTAN cuando el Gobierno socialista de España decidió celebrar un referéndum para decidir si el país uncía su futuro al de esta organización militar transnacional. Aunque militaba en el ala juvenil del partido que gobernaba, Salcedo se hizo popular por sus continuas apariciones en la radio y en los periódicos defendiendo el «no» a la OTAN. Todo aquello pertenecía al pasado, pero le daba una pátina de progresista que compensaba el innegable aburguesamiento de sus posiciones políticas actuales. Era la mezcla ideal que lo convertía en lo que Arturo Moreno, el jefe de su campaña electoral, había definido como un «candidato transversal».

Telmo Salcedo era un hombre que iba camino de los sesenta pero no había perdido apostura y cultivaba, en su forma de hablar y de vestir, un aire juvenil que contrastaba con el tono circunspecto y aburrido de sus oponentes.

Aquella mañana había madrugado a raíz de una llamada recibida la víspera; a última hora de la noche. Le había llamado un periodista de uno de los canales de televisión amigos para ponerle al corriente de una historia que le afectaba. Le había comentado que, por pura casualidad, a través de una colega de *El Diario*, se había enterado de que dos reporteros del equipo de investigación del

periódico estaban recopilando datos sobre su vida. Habían comentado en la redacción que tenían previsto viajar a Berlín. Al periodista le había sorprendido que, pese a la fama de tacaño que arrastraba Cosme Damián, en esta ocasión —y a juzgar por los comentarios del redactor jefe— parecía dispuesto a tirar la casa por la ventana.

Salcedo lo había escuchado en silencio para comentar después que ya podían investigar lo que quisieran porque a él no lo iban a pillar en ningún pufo, no tenía dinero en paraísos fiscales y siempre había cumplido con el fisco.

Tras dar las gracias a su confidente, colgó el teléfono. Un rictus de preocupación había ensombrecido su rostro. La mención a Berlín había encendido una alarma en algún lugar de su cerebro. Prácticamente no había podido dormir y en su fuero interno celebró que Olga, su mujer, estuviera de viaje. La vigilia le había tensado los nervios y las dos tazas de café consumidas antes de salir de casa le habían provocado un estado de ansiedad que se traducía en un mal humor inocultable.

Aguardaba con impaciencia la llegada de Verónica, la secretaria que lo había acompañado durante tantos años en su tránsito por empresas y ministerios. Estaba de espaldas a la puerta contemplando el horizonte cuando le sobresaltó escuchar un toctoc en la puerta. Era ella.

—¡Buenos días, jefe! Hoy ha madrugado más que nadie... ¿Le apetece un café? —preguntó la mujer con voz neutra.

—¡Ah! Verónica, buenos días..., ya será el tercero, pero me vendrá bien, he dormido poco y mal.

—Lo siento, jefe, ¿hay algún problema de última hora?

—No, no, Verónica, son cosas mías... Bueno, la verdad es que sí, parece que esos buitres de *El Diario* andan revoloteando a mi alrededor buscando, como acostumbran, la carroña con la que cebar sus portadas sensacionalistas. Parece que el cabrón de Cosme Damián ha decidido ponernos la proa a mí y al partido. Sigue creyendo que puede quitar y poner presidentes. Sueña con el Watergate...

—Pero ¿en qué nos puede dañar? Usted nunca ha sido mencionado en ninguno de los casos de corrupción que durante la legislatura pasada tanto daño hicieron al partido... así que no creo que deba preocuparse.

—No sé, no sé, Verónica. Ya sabe cómo es la prensa amarilla... inventan, manipulan los hechos y los retuercen... Dentro de una hora, póngame con Alonso, el director de *El Correo de la Mañana*, que es amigo. Quiero ver qué opina de este asunto. Ahora, tráigame el café y no me pase ninguna llamada. Si llama Arturo Moreno, dígame que nos veremos por la tarde.

—Perdone, jefe, pero lo había citado a las diez para analizar los puntos fuertes de la campaña. Le recuerdo que estamos a pocos meses para las elecciones...

—Está bien, espere. Cambie la cita para ya, que venga a desayunar. Aquí, en el despacho, eso lo calmará. A juzgar por su aspecto, seguro que le gusta comer.

—Bien, le traeré el café —dijo la secretaria depositando sobre la mesa los periódicos del día.

Encima del montón estaba *El Diario*, que aquel día llevaba en portada con titulares muy gruesos la noticia del trágico desenlace de un secuestro acaecido días atrás en Méjico.

Telmo Salcedo echó una mirada de reojo y, por un instante, se detuvo en el lugar de la mancheta donde figuraba el nombre del propietario del periódico. Era una mirada cargada de odio. De odio y también de preocupación.

Media hora después llegó el jefe de campaña y tomó asiento junto a la mesa en la que estaba dispuesto el desayuno que Verónica había encargado a una cafetería que estaba en el mismo edificio. Telmo Salcedo despachaba con su interlocutor sin apenas prestarle atención. Cuando Verónica le anunció que tenía al teléfono a Nico Alonso, el director de *El Correo de la Mañana*, el político torció el gesto con aire de contrariedad.

—Ahora no, Verónica, he cambiado de idea, dígame que estamos en un almuerzo de trabajo a cuenta de la dichosa campaña. Ya lo llamaré yo esta tarde. —Colgó el teléfono y se quedó en silencio.

A Arturo Moreno, el jefe de campaña, le extrañó que el *jefe* —que era como él lo llamaba— no hubiera atendido la llamada de Alonso. La curiosidad pudo más que la tentación de morder la tostada que tenía en la mano y preguntó:

—¿Pasa algo, jefe?

—¿A qué te refieres? —contestó Salcedo.

—A que me ha parecido entender que quien estaba al teléfono era Nico Alonso... y, en fin, no andamos sobrados de periodistas amigos...

—Nada, no te preocupes. Lo llamaré luego. Alonso es amigo, pero es muy premioso y supongo que está interesado en saber cómo va la campaña; ya lo llamaré luego y le diré que hable contigo si, como supongo, quiere saber de la campaña.

Moreno no replicó. Pero, mientras se concentraba en la mermelada que coronaba la tostada, pensó que no le había dicho la verdad. El rostro, el rictus de preocupación, desmentía la aparente intrascendencia de la llamada. Salcedo apenas había probado nada, y aquel detalle parecía confirmar que algo iba mal. Moreno siguió callado. Había hecho de la prudencia su mejor recurso para sobrevivir a las manías, las intemperancias o las excentricidades de los políticos con los que había colaborado.

Pese a que tenía unas cuantas cuestiones anotadas en su agenda, no insistió cuando Telmo Salcedo, poco después, dio por terminada la reunión.

—Dale una vuelta más a los mensajes que en tu opinión debemos repetir y mándale un correo a Verónica. Los iré repasando —le dijo en un tono sin opción a réplica.

Arturo Moreno asintió levantándose de la silla.

—Muy bien. Adiós, jefe.

El político respondió con un gesto. Cuando se quedó a solas en el despacho se puso en pie y se acercó al ventanal. El cristal le devolvió la imagen crispada de un rostro crispado. Aquella noticia de los periodistas de *El Diario* viajando a Berlín había encendido una alarma en su

cerebro. Tuvo una premonición que rápidamente se apresuró a rechazar pero que se transformó en una suerte de estado de alerta. Decidió llamar a Alonso, pero lo hizo directamente, sin recurrir a Verónica, la secretaria.

El periodista respondió a la llamada con un saludo jovial.

—¿Qué tal, presidente! ¿Cómo te va?

—Bien, Nico, bien. Ahí vamos... ¿Qué tal estás tú? ¿Cómo va el periódico?

—Vamos, que en estos tiempos no es poco. No nos quejamos, aunque ya sabes que la prensa atraviesa por malos momentos. La televisión y los nuevos periódicos digitales nos comen por la patas..., sobre todo a quienes nos negamos a caer en el sensacionalismo como *El Diario*...

—De esos te quería yo hablar... ¿Te suena que vayan a publicar algo sobre mí? Un reportaje...

—¿Un reportaje? La verdad es que no me ha llegado nada, pero puedo enterarme. Hay uno o dos redactores que están en tratos con nosotros porque están hartos de Cosme Damián. Les paga poco y encima los maltrata.

—Te lo agradezco, Nico. Ya sabes que estamos en campaña y cualquier pijada nos puede crear problemas. Según las encuestas, vamos ganando, pero no me fio. Además, desde el Gobierno, si pueden, nos joderán porque su candidato está hundido.

—Perdona que te lo pregunte, presidente. ¿Temes algo en concreto? ¿Algo que te puedan sacar?, no sé, algún asunto relacionado con la corrupción...

—No, Nico, nada. Nada. Todo el mundo me conoce y sabe que ni me he hecho rico con la política ni el dinero me ha llamado nunca la atención. Mis cuentas son públicas... Lo que me preocupa es que se inventen algo, alguna patraña que luego siempre deja sembrada la duda..., ya sabes cómo se las gastan en ese periódico.

—Sí, lo sé. Ya sabes lo que se dice de Cosme Damián en la profesión: nunca deja que la verdad le arruine un buen reportaje. Es su lema, la marca de la casa. No te preocupes, intentaré averiguar qué es lo que traman y te tendré al tanto.

—Gracias, Nico. Te lo agradezco.

Colgó el teléfono y se quedó un buen rato observando el cielo de Madrid. A juzgar por el color de panza de burro y por el movimiento de las nubes, se estaba preparando una tormenta. Un cambio del tiempo que le trajo a la memoria otra ciudad: Berlín.

El pasado no siempre vuelve, pero cuando lo hace suele llamar a la puerta con fuerza. Telmo Salcedo llevaba años temiendo aquel día. Había bastado que le hablaran sobre la presencia en Berlín de unos periodistas españoles que tenían intención de realizar un reportaje sobre su vida para ponerse en lo peor. Lo primero que pensó es que alguien le había traicionado revelando su secreto mejor guardado.

Tenía que ser alguien cercano porque eran pocas las personas que sabían que en sus años de juventud, cuando era un anónimo estudiante de Sociología en la Universidad Estatal de Berlín, había sido captado por la Stasi, la temible policía política de la Alemania comunista.

Había sido otro estudiante quien lo había introducido en los círculos de colaboradores de la

policía política. Al principio, Salcedo fue uno de los miles de chivatos a los que la omnipresente policía secreta encargaba pequeñas misiones informativas que en esencia consistían en espiar las actividades de sus compañeros de facultad o de piso; espiaban a sus amistades y reportaban informes sobre sus andanzas y opiniones. Era una labor mezquina que Telmo Salcedo cumplía de manera rutinaria y sin mala conciencia. Hacía tiempo que había dejado atrás sus ideales de lucha por la igualdad y se había entregado sin el menor atisbo de crítica a la causa. Se consideraba un fiel servidor del Estado comunista más rígido que existía en Europa, solo superado por la Unión Soviética.

Para él, la causa comunista era moralmente superior a todas las demás, y en la defensa del Estado que encarnaba sus valores no cabían tibiezas ni conflictos de conciencia; así lo había manifestado en el transcurso de alguno de los foros organizados en la Universidad. Aquella actitud suya no pasó inadvertida. Uno de sus controladores la había puesto en conocimiento de sus superiores. Un día, a la salida de clase, cuando estaba esperando el autobús que solía tomar para volver a la residencia de estudiantes en la que vivía, un automóvil en el que viajaban tres hombres se detuvo frente a la parada. El aspecto de los ocupantes era inequívoco. Ningún berlinés oriental habría puesto en duda que eran policías. El que iba en la parte de atrás abrió la puerta y, dirigiéndose a Telmo Salcedo, lo invitó a subir.

—Sube. No temas —dijo.

—¿Qué quieren de mí? Yo no he hecho nada... —replicó el joven con un deje de temor.

—Lo sabemos. No te preocupes. ¡Sube!

Era una orden. Telmo Salcedo, que llevaba ya cerca de tres años en la RDA y hablaba bastante bien el alemán, había aprendido a distinguir los matices de aquella lengua. Por eso sabía que cuando un funcionario del Estado daba una orden había que cumplirla sin dilación ni protesta. Subió al coche y, una vez que este se perdió en la nublada tarde berlinesa, solo quedó atrás la mirada baja de los cinco o seis estudiantes que, al igual que Salcedo, esperaban el autobús y habían presenciado en silencio la escena. En aquel Berlín, el miedo estaba en el aire.

Los desconocidos iban en silencio. El chófer tampoco era hablador. A pesar de su fe en el comunismo, la fama de la Stasi lo tenía paralizado. El coche se detuvo al llegar a un recinto en el que destacaban varios edificios de aspecto anodino. Realismo arquitectónico soviético. Un patio a derecha e izquierda de la puerta principal servía de aparcamiento. En la entrada, un control de barrera cerraba el paso. Un soldado armado con un fusil Kalashnikov montaba guardia. Al reconocer al ocupante que viajaba en la parte delantera, junto al conductor del automóvil, se cuadró e hizo una señal para que levantaran la barrera. Telmo no lo sabía, pero habían llegado a la sede central de la Stasi, en el 103 de la Ruschestraße. Se bajaron del coche y entraron en un edificio de varias plantas cuya puerta principal se protegía de la lluvia con un tejadillo. En el amplio vestíbulo pasaron otro control y se dirigieron a un ascensor sin puertas, una noria en constante movimiento. Al llegar a la segunda planta, saltaron del ascensor y caminaron en silencio por un largo pasillo hasta que se detuvieron al llegar a una puerta sin distintivo alguno. Uno de los

acompañantes llamó con los nudillos. Una voz que a Telmo le pareció cansada respondió invitándolos a entrar.

—¡Adelante!

Una vez dentro, sus acompañantes se cuadraron. El hombre, que estaba sentado, los miró a través de unas gafas de montura de concha. Delante de la mesa había dos sillas, y en la pared, detrás del inquilino de aquel despacho, colgaba el retrato de un hombre flaco cuyo rostro alargaba una nutrida perilla. Era Félix Dzerzhinsky, el revolucionario nacido en Polonia que había creado la Checa, la temible policía política soviética.

—Herr Salcedo, ¿es usted un buen comunista? —preguntó aquel hombre al que los agentes habían saludado cuadrándose. La pregunta desconcertó a Telmo Salcedo. Estaba de pie frente a un desconocido que lo escrutaba con aire intimidatorio.

—Sí, claro —contestó asustado—. No pertenezco formalmente al Partido porque soy español y, como usted sabrá, dada mi condición de residente en la RDA, no me estaría permitido; pero sí, soy comunista, claro —añadió desconcertado por la pregunta y muy asustado porque, al entrar en el recinto donde se encontraba el edificio al que lo habían trasladado, había podido leer una placa en la que se informaba de que aquella era la sede del Ministerium für Staatssicherheit, la temida policía política del Estado. Coloquialmente era conocida como la Stasi, pero ahí terminaba toda su campechanía.

—Herr Salcedo... Siéntese y tranquilícese. No se preocupe. Está aquí porque confiamos en usted y creemos que, como buen comunista, estará dispuesto a colaborar con nosotros por el bien del Partido. ¿Es así? —preguntó el hombre, que lo seguía escrutando con una mirada inquietante.

—Por supuesto. ¿Qué se supone que tendría que hacer?

—Lo sabrá a su debido tiempo. No se preocupe. Me llamo Hoffmann, Albert Hoffmann. Tendrá noticias mías. Ahora vuelva a sus estudios y procure no llamar la atención. Berlín es una ciudad grande llena de tentaciones en la que es fácil perderse..., sobre todo cuando uno es joven —añadió al tiempo que se incorporaba tendiéndole una mano.

Telmo Salcedo se levantó como proyectado por un resorte y la estrechó.

Al abandonar el despacho, mientras recorría el largo corredor que lo separaba de los ascensores, intentó ordenar sus pensamientos. Eran demasiados los sobresaltos que le había deparado el día. Primero, el susto que se había llevado tras la invitación de aquellos policías a que los acompañara. Después, el susto se transformó en angustia apenas disimulada cuando al descender del coche reparó en aquella placa que indicaba que había accedido a la sede de la Stasi, la temida policía política de la RDA. Pero ahora, tras utilizar el ascensor en forma de noria al que había que entrar dando un pequeño salto para bajar, se dio cuenta de que uno de los policías que lo habían acompañado le dedicaba una media sonrisa y respiró hondo. A diferencia de lo ocurrido a la llegada, los guardias de uniforme armados con fusiles de asalto Kalashnikov que montaban guardia en la entrada no los entretuvieron.

—¿Dónde quiere que lo dejemos? —preguntó el policía de la media sonrisa.

—En Alexanderplatz. Tomaré el metro —respondió casi sin pensarlo.

—Podemos llevarlo hasta la residencia donde vive... —En ningún momento le habían preguntado por la dirección de su casa.

«Deben de haberme estado vigilando», pensó, pero no hizo ningún comentario.

—No, no. Prefiero bajarme en Alexanderplatz, gracias —añadió.

—Como quiera.

Ambos policías —el que lo había acompañado y el que conducía el automóvil— permanecieron en silencio el resto del recorrido.

Al llegar a la plaza, el coche se detuvo. Telmo descendió, y al cerrar la puerta hizo un gesto de despedida con la cabeza al que ninguno de los dos agentes pareció prestar atención. El coche aceleró y se perdió en el tráfico. Telmo sintió una extraña sensación, mezcla de alivio y energía. Miró hacia lo alto de la Fernsehturm, la torre de la televisión, y se prometió que algún día subiría a aquel pirulí en cuya cima había un restaurante panorámico que permitía contemplar un Berlín en el que, visto desde allá arriba, el Muro semejaba la cicatriz de una herida mal suturada.

Durante un buen rato, los recuerdos lo habían transportado al pasado. El timbre del teléfono lo devolvió a la realidad. Se sobresaltó al escucharlo. Era la secretaria.

Le dio instrucciones para el resto del día y abandonó el despacho con la intención de coger el coche y acercarse hasta el parque del Oeste, un lugar en el que era habitual ver paseantes acompañados de sus perros. Un sitio muy tranquilo. Necesitaba pensar. Al cabo de un buen rato, se sentó en un banco y tomó una decisión. Cogió el móvil y marcó un número que no estaba registrado en la memoria del teléfono.

—Soy Weber —dijo—. Necesito hablar con el director.

—Tomo nota —respondió una voz con acento extranjero.

Tres días después recibió la visita del corresponsal de una agencia alemana de noticias especializada en asuntos económicos. Era el procedimiento habitual para trasladar mensajes. El periodista, formalmente, había concertado una entrevista con el futuro candidato a la Presidencia. En realidad era un correo de la organización encargado de trasladar el mensaje que Telmo Salcedo necesitaba hacer llegar al Zentrum, la fundación tapadera que agrupaba a antiguos miembros de la Stasi. La organización pudo establecerse tras la caída del Muro gracias a los fondos que la RDA tenía depositados en bancos de diferentes países conocidos por su condición de paraísos fiscales. Parte de esos recursos fueron colocados en empresas creadas en el extranjero para dar cobertura legal a sus operaciones. Cuando el régimen comunista se hundió, muchos agentes siguieron su camino tratando de acostumbrarse a la vida civil en la nueva Alemania. Otros prefirieron emigrar. Ninguno renegó de los viejos camaradas. Salvo algunos de los dirigentes políticos más destacados, que acabaron en los tribunales. Con el resto de funcionarios del régimen comunista el Gobierno de la República Federal prefirió pasar página.

Eso les dio margen para organizarse. El resultado era el Zentrum, siempre dispuesto para ayudar a los antiguos camaradas. Era el caso de algunos que habían entrado en política alcanzando

notoriedad y rango en sus países de origen. En Gibraltar, una discreta firma de abogados formaba parte de la organización.

Mordekai Rojo, al que todo el mundo conocía por el sobrenombre de Aladino, era un hombre importante y respetado en la Cámara de Comercio de Gibraltar. Y también en los ambientes financieros. Era tal la fama de su buen olfato para navegar en la bolsa que los analistas solían tomar nota de lo que compraba y vendía para convertirlo en la biblia de sus apuestas inversoras. Había empezado a trabajar cuando tenía diez años como simple dependiente de una tienda de abarrotes en el Tánger turbulento de entreguerras, donde todo estaba en venta y todo tenía un precio. Trabajaba catorce horas al día y aún le quitaba algunas al sueño para dedicarse a comprar y vender por su cuenta. Empezó con la chatarra y el aluminio y acabó teniendo la exclusiva de las grandes marcas de baterías de cocina y electrodomésticos para el norte de Marruecos y algunos de los principales puertos de las islas Canarias. Y también, según se decía, de la venta de armas, aunque al respecto de esta clandestina actividad las autoridades jamás habían conseguido pruebas fehacientes. Una cadena de almacenes y una red de pequeñas tiendas de venta al por menor llevaban su nombre y el símbolo con el que se había labrado su fortuna, una lámpara: «Aladino y la lámpara maravillosa», como el de *Las mil y una noches*. «La pena es que no tenemos al genio en plantilla, así que no nos queda otro remedio que trabajar», apostillaba con ironía cuando le preguntaban acerca del icono que había elegido como símbolo de sus variadas empresas.

Mordekai Rojo había nacido en el seno de una familia de origen sefardí, pero su condición nunca fue un obstáculo para vivir y hacer negocios en Marruecos, un país de mayoría musulmana en el que judíos y mahometanos han convivido durante siglos sin grandes sobresaltos. Solo alguna vez —tras la proclamación del Estado de Israel en 1948 y las posteriores guerras entre árabes e israelíes— alguna de las lunas de los escaparates de sus tiendas había sido víctima de la ira de algún exaltado, pero la cosa no había ido a mayores.

Mordekai Rojo no era sionista, pero a mediados de los cincuenta del pasado siglo había considerado oportuno adquirir la nacionalidad israelí. Se decía que había sido su secreta actividad como traficante de armas la que lo habría puesto en contacto con los jóvenes pioneros que soñaban con la creación de un hogar para el pueblo judío en el solar histórico de Palestina; también que los había ayudado en sus primeros enfrentamientos con jordanos y sirios proporcionándoles varias partidas de subfusiles Thompson y M-3. Estas armas procedían de los excedentes del ejército norteamericano, que había desembarcado en 1942 en las playas de Casablanca para iniciar una larga marcha que culminaría en Túnez y Sicilia pisándole los talones al Afrika Korps del mariscal alemán Erwin Rommel. Sea como fuere, nunca renunció a su

nacionalidad marroquí, aunque, tras la independencia del país, en 1956 (durante casi un siglo había sido una colonia repartida entre Francia y España), estimó conveniente radicarse en Gibraltar, pasando así a tener su tercer pasaporte, esta vez como leal súbdito de Su Graciosa Majestad Británica. Estaba casado y tenía tres hijos y siete nietos. De una u otra manera, había integrado a toda su familia en sus negocios, aunque algunos de ellos, por su naturaleza, los llevaba personalmente.

Tiempo atrás, Mordekai Rojo había aceptado un encargo que suponía entrar en un juego peligroso. Hacía años que por Gibraltar pasaba lo más granado de la mafia rusa que, afincada en la vecina Costa del Sol malagueña, tenía en el Peñón un formidable refugio para blanquear el dinero sucio. Aladino no quería tratos con los mafiosos, pero los mafiosos necesitaban de los servicios de Aladino, así que aparecieron en su vida sin que él se atreviera a decir «no». El hombre que el destino atravesó en su camino se llamaba Guenadi Berzinsky, un joven genio de los negocios que durante los convulsos años de la presidencia de Boris Yeltsin se había hecho multimillonario en el mundo del petróleo y las telecomunicaciones.

Berzinsky también era judío y había tenido que abandonar Rusia porque las reglas del juego cambiaron tras la llegada al poder de Vladímir Putin y la nueva aristocracia de funcionarios procedentes de los servicios secretos de la antigua Unión Soviética. A Berzinsky le habían pedido que no se metiera en política y que repartiera ganancias. La alternativa era la cárcel, pero él no tenía alma de mártir, así que decidió emigrar sin romper del todo con la Madre Rusia. Había conseguido la nacionalidad israelí y repartía su vida entre sus casas de Tel Aviv, Londres y Gibraltar y un discreto chalé en la urbanización gaditana de Sotogrande. Al salir de Rusia, Berzinsky había convertido en dólares la mayor parte de su inmenso patrimonio, y los tenía distribuidos en diversos fondos de inversiones con los que operaba en las cuatro partes del globo. Gibraltar era su base de operaciones. Vivía en un continuo sobresalto, obsesionado con que podía ser secuestrado, por lo que siempre se movía rodeado de tres guardaespaldas que no se separaban de él ni cuando iba al cuarto de baño. Desde la llegada de Putin al Kremlin había intentado, hasta el momento sin éxito, anudar lazos con los nuevos amos del país. Pedían mucho antes de hablar, pero Berzinsky creyó que merecía la pena arriesgarse a perder unos cuantos millones de los muchos que tenía si a cambio podía comprar un poco de tranquilidad. Se había hecho a la idea de que volver a Rusia era un sueño casi imposible, pero, cuando menos, quería que lo dejaran vivir. Sabía que un fiscal de Moscú estaba metiendo las narices en una de sus antiguas empresas en busca de papeles, pero en Rusia todo el mundo sabía que, sin el plácet del Kremlin, la Fiscalía de la Federación no movía un dedo.

Berzinsky supo lo que debía hacer el día en que le llegó la noticia de que Putin, el nuevo zar, nacido en San Petersburgo, había hecho correr la voz de que quien quisiera regularizar su situación tenía que ayudar a la Madre Patria restituyendo alguna de las piezas de su patrimonio artístico, que eran el testimonio del antiguo esplendor de la Rusia zarista. Si quería acercarse al nuevo amo de Rusia tenía que rescatar alguno de los huevos Fabergé, las joyas más preciadas del

tesoro de los Romanov, que habían sido vendidas en Occidente después de la Revolución de Octubre. El día que se presentó en el comercio de Aladino, lo acompañaban, como de costumbre, sus guardaespaldas. Preguntó por él y, cuando lo tuvo delante, le habló sin rodeos:

—¿Podemos hablar? ¿Sabes quién soy? —preguntó mirando a los ojos a Mordekai—. Me dicen que compras y vendes de todo —prosiguió sin esperar respuesta a su pregunta—. Quiero que me hagas un favor.

Mordekai Rojo asintió con un movimiento de cabeza. Había reconocido en aquel joven al personaje cuya fotografía había aparecido días atrás en la edición dominical de un periódico español que dedicaba tres páginas a hablar del auge de las mafias en la Costa del Sol.

—Pasemos a mi despacho. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Iré al grano. Quiero comprar una joya. Podría hacerlo directamente desplazándome a París pero mis ocupaciones actuales me lo impiden, así que he pensado que usted podría hacerlo por mí. Naturalmente, le pagaré bien por las molestias.

—Discúlpeme, pero ¿para qué necesita un intermediario? Podría usted entrar directamente en contacto con la joyería de París...

—No en este caso. Verá, se trata de una joya algo especial que no está en los escaparates de Van Cleef & Arpels.

—Bien, pues ya me dirá.

—Se trata de un huevo. Un Fabergé, una pieza única.

—¿Un huevo Fabergé! Eso cambia las cosas —exclamó Mordekai Rojo impresionado por la revelación—. Desde luego —añadió—, una joya así no se puede comprar por catálogo.

—¿Me hará ese favor? —preguntó el ruso mirando fijamente a los ojos a su interlocutor.

—Ejem, yo..., bueno, creo que sí, que puedo hacerlo. La verdad es que hace tiempo que no doy una vuelta por París, así que sí, si llegamos a un acuerdo, aceptaré su encargo.

—Me hace usted un favor que no olvidaré —dijo Berzinsky en un tono de voz extrañamente juvenil—. Supongo —añadió— que un hombre de su posición no tendrá problemas para afrontar con su propio dinero el pago del objeto en cuestión. Ni que decir tiene que el importe le será devuelto, con la debida recompensa, a su regreso a Gibraltar.

Dos semanas después Aladino había regresado con el encargo cumplido. Ni siquiera tuvo que llamar al ruso, fue él quien se puso en contacto. Apareció en la oficina del comerciante a primera hora de la mañana y se dirigió con paso decidido a su despacho.

—¡Ah, señor Berzinsky, qué sorpresa! No lo esperaba tan pronto. De hecho, iba a llamarlo esta tarde... —dijo Aladino levantándose y saliendo de detrás de su mesa de trabajo para saludar al recién llegado.

—Me gusta madrugar. ¿Tiene el huevo? —preguntó con aire de impaciencia.

—Sí, claro que lo tengo. En París no tuve mayores problemas. Todo es cuestión de dinero. Lo tengo guardado en mi caja fuerte. Si me permite, iré a buscarlo, está en la habitación de al lado —respondió Aladino con tranquilidad—. Vuelvo enseguida.

El ruso ordenó a dos de sus guardaespaldas que salieran del despacho y vigilaran la puerta. El tercero se quedó junto a su jefe, en silencio. Berzinsky estuvo a punto de seguir a Aladino pero se contuvo. «Si tiene ahí una caja fuerte, se pondrá nervioso si entramos», pensó.

—Deje la puerta abierta y no tarde —dijo levantando la voz.

—No tardo nada.

Al poco rato, Mordekai Rojo regresó llevando en la mano una caja en forma de cubo forrado de terciopelo de color azul. Se acercó a la mesa de su despacho y la dejó encima.

—Ábrala usted, a fin de cuentas, es suya —dijo mientras se hacía a un lado.

El ruso miró al guardaespaldas, que, sin decir palabra, se acercó hasta donde estaba su jefe. Berzinsky miró con desconfianza el envoltorio y, tras retirar la tela, levantando con cuidado la patilla del cierre, abrió la caja. Un mecanismo oculto proyectó hacia arriba el soporte sobre el que reposaba la joya. Los tres hombres la contemplaron con curiosidad. Era una joya espectacular. El huevo era de metal precioso y se abría por la mitad; al abrirse, mostraba una diminuta carroza forjada en oro con todos sus detalles admirablemente tallados. Un querubín, también realizado en oro, parecía a punto de volar y completaba la escena sorpresa que aguardaba en el interior del huevo.

Berzinsky no era un hombre especialmente culto, pero la vida le había enseñado a reconocer el talento ajeno allí donde lo encontraba si entendía que podía resultarle de alguna utilidad. Antes de saber lo que querían en Moscú, nunca había oído hablar de los huevos Fabergé. Así que procuró averiguar qué eran y dónde podía hacerse con un ejemplar. Antes de saber del catálogo confidencial de la famosa joyería parisina había leído en internet cuanto se sabe de estas preciadas joyas. Le llamó mucho la atención el hecho de que algunas de ellas estaban en paradero desconocido. Además de lo que había leído en la red, se había hecho con un libro de arte en el que, amén de la historia de aquellos minúsculos tesoros, figuraba la descripción de sus características. Antes de dirigirse al despacho de Aladino le había entregado el libro a uno de los guardaespaldas.

—¡Llámalo! —ordenó al otro que no seguía a su lado—. Dile que vaya al coche y que traiga el libro.

El guardaespaldas abrió la puerta y le indicó a su compañero que entrara en el despacho y le transmitió la orden del jefe. El ruso parecía estar de buen humor y no dejaba de mirar el huevo. También Aladino parecía fascinado contemplando aquella diminuta obra de arte.

—Bien, señor Rojo. Buen trabajo. Me gustan las personas que cumplen sin preguntar demasiado y sin crearme problemas. Ahora quiero que me diga cuánto ha pagado por el huevo. Le pagaré bien, y eso incluye también la estancia en París. Más aún, en vista de que es usted un hombre serio, ¿qué le parece si hacemos algún otro negocio juntos?

Aquel día, Mordekai Rojo se convirtió en socio del magnate ruso. Un socio muy provechoso, porque al ruso le sobraba el dinero y a Mordekai Rojo las ideas para invertirlo. Y al ruso le gustaban. Tanto como para convertirlo en algo más que su agente privado de bolsa. Una de sus

primeras decisiones fue operar en la Bolsa de Madrid. Para las operaciones que entrañaban inversiones arriesgadas e incluso blanqueo de dinero, se buscó un socio español muy bien relacionado.

Aunque su base de operaciones era un edificio ubicado en King's Street, en pleno centro, cerca de la catedral de Santa María la Coronada y junto a una de las cuatro sinagogas que hay en Gibraltar, toda la familia vivía en Sotogrande, una lujosa urbanización ubicada en la cercana costa española.

Tiempo atrás, Camilo Chomón, un político amigo de Julián Santaeugenia, antiguo diputado, había convencido al constructor para que lo acompañara a Sotogrande. Allí —según le dijo— se iba a encontrar como en casa.

—Empresarios guiris muy ricos que viven en Gibraltar y banqueros y políticos españoles. Ese es el ganado con el que nos vamos a encontrar.

También comentó que el anfitrión sería un comerciante gibraltareño que tenía fama de tener mucho dinero y amistades dudosas.

Santaeugenia y Mordekai Rojo hicieron buenas migas desde el primer momento. Charlando sobre sus respectivas actividades llegaron enseguida a la conclusión de que podían hacer negocios juntos. Al constructor español le gustó Sotogrande, lugar que solo conocía por referencias, y comentó, como de pasada, que le gustaría tener un buen ático en aquella urbanización, que para él estaba mejor que las que rodeaban Marbella porque ya estaban demasiado masificadas. La cercanía de Gibraltar y del tipo de negocios que se cocinaban desde el Peñón era un incentivo más. Mientras tomaban un gin-tonic, Mordekai Rojo —que hablaba español con el peculiar acento de los habitantes de la Roca, a quienes llaman los llanitos— le dio a entender a su interlocutor que había mucho dinero a ganar si uno contaba con los contactos necesarios y la discreción de determinadas autoridades. Santaeugenia, que era un hombre desconfiado por naturaleza, no quiso profundizar en aquella dirección y, por tratarse de un primer encuentro, procuró no hablar de ninguno de sus proyectos en materia de inversiones.

En aquel momento, Santaeugenia tenía más ideas que recursos propios en el banco. Atravesaba por un mal momento porque había hecho inversiones millonarias comprando terrenos en lugares en los que pensaba construir cientos de casas. El Gobierno español había cambiado una ley que limitaba, por razones medioambientales, la construcción de viviendas o polígonos industriales, y ahora se podía construir en prácticamente cualquier terreno. Así las cosas, Julián Santaeugenia, al igual que otros grandes de la construcción, había actuado como quien tiene un repentino ataque de bulimia y había adquirido unos terrenos que, de momento, estaban vacíos, esperando las grúas y el cemento, que, tal y como pintaban las cosas en la economía, tardarían en llegar. Tenían valor, era mucho el dinero invertido, pero estaba inmovilizado. Y con los bancos, que habían facilitado créditos millonarios, llamando a la puerta. El constructor procuraba controlar sus nervios, pero estaba preocupado. Su situación financiera todavía no era desesperada, pero el tiempo pasaba y las cosas no parecía que fueran a cambiar.

Por eso escuchaba con atención los comentarios de la persona que le había presentado Camilo Chomón diciéndole que era un hombre muy rico pero que seguía haciendo negocios porque, aunque tenía ya edad para jubilarse, no quería, según decía, aburrirse. Siguieron hablando y quedaron en que Santaeugenia volvería a viajar al sur y le haría una visita en Gibraltar al tiempo que este le ofrecía su casa en Madrid para cuando quisiera dar una vuelta por la capital de España. Al despedirse, también del resto de los invitados, al español se le fueron los ojos tras una de las invitadas, cuya presencia no había advertido antes. Le recordó a la francesa que tanto interés había mostrado por hacerse con el Picasso. Salió al aire de la tarde gaditana envuelto en sus preocupaciones. La idea de desprenderse del Picasso había nacido de aquel estado de ansiedad. Necesitaba dinero. Se acordó del cuadro y de la francesa y recordó que, dado el estado de sus cuentas bancarias, aquella venta, que en otro momento habría celebrado, ahora apenas lo había sacado de apuros. Por eso la posibilidad de llegar a asociarse con aquel hombre al que acababa de conocer se le ofreció como una tabla de salvación. A la salida, Chomón, que lo estaba esperando, le preguntó cómo había ido la cosa.

—Bien. Me parece un tipo serio. Un tipo con el que se pueden hacer negocios. En cuanto llegue a Madrid voy a informarme sobre él para comprobar que no va de farol cuando dice que tiene dinero para invertir.

—Te puedo decir que por aquí, en Sotogrande, donde tiene la casa desde hace ya algunos años, todo el mundo lo conoce y se relaciona con los peces gordos de por aquí, y también con los guiris de Gibraltar que tienen pasaporte británico pero veranean aquí. Puedo preguntar si quieres y te hago llegar un informe. Como sabes, conozco a mucha gente —se ofreció el antiguo diputado.

—Bueno. Me harás un favor.

—Que no será el último —respondió el político en tono obsequioso.

—No te quejes, coño, que siempre te has llevado algo.

—No, hombre, no, si no me quejo. Lo digo porque espero que sigamos siendo amigos muchos años.

Julián Santaeugenia no contestó. Asintió con un movimiento de cabeza y se acercó al coche del político, en el que habían viajado juntos desde Málaga.

—Vámonos, que no quiero perder el avión.

Entraron en el coche y durante un buen rato el constructor se mantuvo en silencio. Un silencio que incomodó a su compañero de viaje.

—¿Te noto preocupado? —preguntó Chomón con tono suave.

—No es nada. Los negocios, que me tienen loco. Ya sabes que la construcción está paralizada. Las grúas y los camiones están aparcados pero los créditos y los bancos no duermen. Espero que sea cosa de poco tiempo. Me decía hace unos días un ministro, uno de tu partido, que no me preocupara, que resistir era vencer. Estuve a punto de mandarlo a la mierda y decirle que qué sabía él de cómo son y de qué van los negocios, si había llegado al Gobierno sin haber dado nunca un palo al agua, sin cotizar a la Seguridad Social.

—Sé a quién te refieres, es el que antes de ser ministro fue asesor del vicepresidente..., un chollo al que llegó directamente desde la secretaría de las juventudes del partido. ¿Es ese?

—El mismo. Tengo entendido que apenas terminó el bachillerato se apuntó a la política y hasta hoy. Así nos van las cosas, Chomón. No puede ser que gentes que toman decisiones sobre asuntos que comportan miles de millones y que afectan a terceros sean políticos incompetentes que tocan de oído.

—Reconozco que hay casos así, pero también tenemos ministros competentes que saben lo que hacen y son buenos en lo suyo. El vicepresidente, entre otros.

—No me hables de él. Hace un mes, unos cuantos empresarios le pedimos que nos recibiera para explicarle cómo estaban las cosas en el sector y lo que nos dijo fue que la crisis era pasajera, que resistiéramos. ¡No te jode! Para eso no se necesita tener un máster en Harvard.

—Bueno, Julián. Cálmate, hombre, que ya verás como la cosa mejora.

Lo dijo sin convicción. Por decir algo y romper la tensión.

—A lo mejor acabas haciendo negocios con el guiri que te he presentado, no estaría mal, ¿no? Santaeugenia tardó unos segundos en contestar.

—Ya veremos, ya veremos.

El resto del viaje apenas hablaron. Al llegar al aparcamiento del aeropuerto, Chomón se bajó del coche y quiso acompañar al constructor. Pero este le dijo que no se molestara, que ya hablarían más adelante. El político no insistió. Su cara se había hecho conocida después de haber salido en la televisión cuando se celebró el juicio por uno de los casos de corrupción que habían afectado a su partido, y por el que había sido inhabilitado; pensó que Santaeugenia prefería que no lo vieran en compañía suya. No dijo nada, se había acostumbrado a los desplantes del constructor. «Dame pan y dime tonto», pensó. Había hecho suya la filosofía de un dicho muy español que, a su parecer, bien podría ser el lema de los cínicos. Arrancó el coche y, sorteando el gran número de taxis que circulaban por las inmediaciones del aeropuerto, se perdió en el tráfico malagueño en dirección a Benalmádena.

Aunque está en tierra española, es más fácil volar a Gibraltar desde Londres o Tánger que desde España. Primero, la guerra y, después, la política, han convertido al Peñón en un curioso anacronismo histórico, y a su población en una floreciente colonia de avispados comerciantes, intermediarios financieros de dudosa moralidad, banqueros arriesgados y contrabandistas descarados. También hay, claro está, gente corriente, gente honrada que vive de su trabajo y que habla inglés con un acento andaluz desternillante.

Casi todos los grandes bancos ingleses y españoles tienen sede abierta en Main Street, la arteria principal de Gibraltar, la misma calle en la que prósperos tallistas de diamantes de nacionalidad británica y origen israelí, indio o maltés abren los refulgentes escaparates de sus tiendas.

Walter de Roux había oído hablar de la Roca como un lugar en el que se podía encontrar de todo a condición de poder pagarlo en libras esterlinas. Nunca abandonaba un trabajo previamente aceptado y, dadas las características de su profesión, no era partidario de dejar cabos sueltos. Así que decidió viajar hasta aquel lugar que ocupa la punta meridional de Europa para cumplir su nuevo contrato.

Procedente de Londres, adonde había viajado para despistar a posibles perseguidores, llegó al aeropuerto de Málaga a las once de la mañana de un día soleado. Había volado en compañía de un centenar de jubilados que llegaban a la capital de la Costa del Sol gracias a un programa del Departamento de Asuntos Sociales del Gobierno regional de Gales. La presencia de tan copiosa partida de ancianitos marchosos relajó la vigilancia aduanera.

Había preparado aquella situación de forma que podría pasar la aduana sin mayor trámite a pesar de que llevaba una pistola en el doble fondo de su maleta Samsonite. Era un arma muy sofisticada, un modelo avanzado de Glock, cuyas piezas, con excepción del percutor y del muelle, eran de fibra de carbono. Debidamente colocada en el doble fondo de la valija, lograba confundir al escáner de la policía, pues la posición de las partes metálicas coincidía con el cierre de la maleta. Disimuladas en el interior del asa de metal, revestida interiormente de plomo, llevaba seis balas de nueve milímetros.

Era imposible distinguirlas sin destrozar la maleta.

En Heathrow había esperado pacientemente hasta dar con aquel grupo de jubilados. Después, al llegar a Málaga, también esperó a ver cómo actuaban los aduaneros. No se había equivocado, aunque el Reino Unido no pertenece al grupo de países de la Unión Europea que han firmado el

Convenio de Schengen, los policías españoles no demostraron la menor desconfianza hacia aquella tropa de abuelitos felices y dispuestos a recuperar vida con la ayuda del sol que se filtraba a chorros a través de las grandes cristaleras del edificio de la terminal del aeropuerto de Málaga.

Disimuladamente, observó la posición de las cámaras del circuito cerrado de televisión que vigilaba la sala en la que estaban instaladas las cintas transportadoras; y de reojo, sin llamar la atención, también analizó la actitud de los guardias.

Estaban relajados y en el interior de la sala todo parecía normal. Aprovechando que la cinta transportadora todavía estaba quieta, se dirigió al cuarto de baño. Entró en el primero que estaba libre y cerró la puerta. Seguro de que nadie podía observarlo, abrió el maletín de mano que llevaba y extrajo un ramo de flores de papel que había comprado en Ámsterdam antes de emprender el vuelo a Londres. Estaban envueltas en celofán y, una vez desplegadas, nadie habría dicho que eran artificiales. Tras mirarse en el espejo y arreglarse la corbata, salió de nuevo a la sala.

Un buen rato después observó que su maleta emergía por la boca de la cinta transportadora. Fingiendo que estaba hablando por teléfono, la dejó pasar y observó que la cinta la devolvía al punto de origen: una boca que también se había tragado otros equipajes. La segunda vez que apareció fue directamente hacia ella y la retiró de la cinta. Con estudiada parsimonia, la colocó en el carrito que había retirado previamente y, respirando hondo, con el ramo de flores en la mano y procurando no aparentar nerviosismo ni prisa, enfiló la dirección de la puerta. El guardia ni lo miró. La puerta de cristal opaco, que se accionaba mediante una célula fotoeléctrica, se abrió y Walter de Roux cruzó el umbral. A buen paso, y sin mirar atrás, encaminó sus pasos hacia la parada de taxis. Había cola, así que esperó unos minutos hasta que le llegó el turno.

—¿Adónde lo llevo, mister? —preguntó el taxista al tiempo que descendía del coche para hacerse cargo de la maleta y colocarla en el portaequipajes.

—*Marbela, please* —contestó De Roux con marcado acento inglés.

—¿Hotel...?

—*No hotel. Bus. Bus station, please.*

Cincuenta minutos después estaba en la estación de autobuses de Marbella. Tras tomar un café en el bar, se acercó a la taquilla y sacó un billete para Algeciras. Había estudiado sobre un mapa la geografía del sur de España, llegando a la conclusión de que nadie repararía en un viajero que con aire de ser un turista inglés viajara en autobús hasta Algeciras para entrar después en Gibraltar.

Sobre las dos de la tarde llegó a la ciudad gaditana, un gran puerto comercial en el que cada día se movían miles de toneladas de toda suerte de mercancías que arribaban hasta allí en contenedores traídos por barcos procedentes de los cinco continentes. Cuando el taxi enfiló la calle que discurre paralela al mar, vio dos petroleros descomunales que ocupaban el centro de la bahía, que se extiende a modo de herradura. Uno de ellos estaba trasvasando combustible a otro

barco más pequeño. Cerrando la bahía por su extremo oriental, se erguía soberbio, pétreo, lejano y un punto enigmático, el Peñón de Gibraltar. Los ingleses, que eran los dueños de la colonia, lo llamaban la Roca.

El Marsellés buscó alojamiento en un hotel frecuentado por transportistas europeos y marineros de todos los países. Le pidieron el pasaporte pero le hicieron rellenar a él mismo los datos de la ficha destinada a la policía. Solo le preguntaron cuántos días pensaba quedarse.

—Tres o cuatro —contestó en mal español con marcado acento inglés.

El conserje anotó algo en la ficha y, tras devolverle el pasaporte, le entregó una llave.

—Habitación 714... *Seven, one, four* —dijo al tiempo que señalaba con un movimiento de cabeza la dirección en la que se encontraba la puerta del ascensor. El Marsellés llegó a la séptima planta y localizó el cuarto asignado. Abrió la puerta y entró. La luz rebotaba en los cristales. Tras cerrar y colocar la maleta junto a un armario que había en la pared, sin quitarse los zapatos, se tumbó encima de la cama. Un quejido de muelles le dio la bienvenida en nombre de un somier que, sin duda, había conocido tiempos mejores.

El comisario jefe Aquilino Malvar y el inspector Gabriel Montañés regresaron de Holanda con destino a Madrid en un vuelo de la compañía Iberia. Malvar estaba de muy mal humor.

—Nos vamos con las manos vacías. Es una vaina. Solo sabemos que no sabemos nada. Que estamos igual que antes. Peor, incluso, porque, encima, nos hemos gastado la mitad del presupuesto de dietas de viaje para este año.

—No se lo tome así, jefe. Sabemos cosas, sabemos lo de la agenda de Cosme Damián, y sabemos que tenemos que buscar a un tío que se viste de travesti para darle matarile a la gente — contestó el inspector.

—No me gusta que hable así, Montañés. Ya sabe que me fastidian los policías que hablan como los maderos que salen en la tele.

—Lo siento, jefe. Es una forma de hablar. Lo que quiero decir es que hay un cabo del que podríamos tirar y...

—¿Me está diciendo que en el informe que está esperando el director ponga eso, que todo lo que sabemos es que Cosme Damián estaba en la cama con un tío y que se los cargó un travesti que anda por ahí descerrajando tiros y que eso es todo lo que hemos averiguado después de tirarnos tres días en Holanda?

—No, jefe, eso no. Lo que quería decirle, si me lo permite, es que estamos ante un caso en el que parece que nos enfrentamos con un profesional. Y cuando intervienen los profesionales, ya sabemos lo que eso quiere decir.

—Explíquese, Montañés, que no estoy para acertijos.

—Lo que quiero decir, comisario, es que quien se ha cargado a Damián, probablemente lo ha hecho fríamente, sin motivos personales. Es decir, que es un profesional...

—Eso ya se lo he oído decir antes —interrumpió el comisario cada vez más irritado.

—Jefe, perdone, pero no me ha dejado terminar. Lo que le quería decir también es que, cuando hay un profesional, siempre hay un contrato. Alguien que lo ha contratado para matar. Por ahí deberíamos empezar. Buscando a quien contrató a nuestro desconocido travesti —concluyó el inspector Montañés mirando fijamente al comisario.

—¿Quiere decir que es un asunto mafioso?

—Hombre, jefe, que en España no tengamos mafia organizada como tal y con nombre propio no quiere decir que no exista. Lo que pasa, sencillamente, es que no la vemos. Y no la vemos porque quien se lleva las grandes tajadas de los negocios, ya sabe, las grandes inmobiliarias, las

empresas de comunicación y los *conseguidores* de las multinacionales, no necesitan recurrir a la *lupara*. Aquí las cosas se hacen de otra manera..., aunque a la vista de lo que le ha pasado a Cosme Damián, quizá tengamos que empezar a cambiar el chip, porque está claro que quien se lo ha llevado por delante no tiene nada que envidiar a los sicilianos o a los calabreses.

—Puede que tenga usted razón, Montañés. Siento haber estado algo impertinente. Supongo que es cosa del dolor de cabeza. He dormido mal y, encima, esa vaina de café que nos han servido me ha revuelto el estómago y ha terminado de fastidiarme el día —dijo el comisario en un registro de voz inusualmente cálido. El inspector iba a decir algo pero se contuvo al oír que su jefe continuaba hablando—: Creo que sí. Creo que está usted en lo cierto y que tenemos que empezar a buscar entre los enemigos de ese canalla, pero no en Holanda sino en España. Lo malo es que, después de tantos años de hacer putadas a la gente desde su periódico, tenía enemigos a patadas.

—No se preocupe, jefe. Lo comprendo. Sé que está sometido a mucha presión..., supongo que en las alturas querrán resultados rápidos porque el fiambre, quiero decir, la víctima, era todo un personaje.

—Lo que de verdad ha sido toda su vida es un cabronazo. Un tipo sin escrúpulos que puso siempre sus intereses por encima de cualquier principio. ¡Qué digo principios! Ese canalla no tenía ninguno. Acuérdesese de aquella campaña que montó contra los compañeros de la Brigada por aquel caso de los terroristas que se autolesionaron.

—Sí, lo recuerdo...

—Se le dieron todo tipo de explicaciones, pero él salió titulando a todo trapo que habían sido torturados. Aquello le costó el puesto al pobre Escalona, que es un tío legal. Que se ha jugado la vida cien veces y que, usted no se acordará porque entonces era muy joven, pero yo sí, porque soy de su misma promoción, era un tío con un par; un tío legal que en tiempos de Franco se plantó en más de una ocasión diciéndole al jefe de la Social que no contara con él para ir a cascar a los obreros de la Perkins porque él no se había hecho policía para eso.

—No, eso no lo sabía. Ni que era usted amigo de Escalona...

—Pues sí. Y créame que había que tener muchas agallas para plantarse de esa manera en aquella época. Y, sin embargo, todos lo respetaban porque era un gran policía. Pues ya ve, le debe el final de su carrera a ese cabrón cuya muerte estamos investigando. Publicó aquella sarta de patrañas en el periódico, no porque fuera un adalid de la democracia como gustaba presentarse en los artículos que de vez en cuando firmaba en su periódico, nada de eso. Lo que lo llevó a montar aquella campaña era mucho más simple: hundir a Escalona le venía bien para minar al Gobierno. En eso lo ayudaron algunos dirigentes de la oposición que estaban desesperados y ya no sabían qué hacer para tumbar al que estaba en la Moncloa. Y como el montaje contra Escalona, otros mil. Ya le digo que a lo largo de los últimos años se ha ganado enemigos a pulso. Pero, en fin, Montañés, somos policías, y nuestro deber es buscar al que lo asesinó y ponerlo a disposición de la justicia.

—Claro, jefe. Y debe quedarle claro que todo el mundo en el Cuerpo piensa que Escalona es

un policía íntegro y que nadie se creyó las cosas que publicaba *El Diario*. Pero, volviendo a lo del *killer*, creo que deberíamos investigar quiénes han sido las últimas víctimas de las campañas del periódico.

—Proceda como mejor estime, Montañés. Le tengo dicho que el caso tiene prioridad absoluta, así que pida lo que quiera; si lo necesita, no dude en reclamar la colaboración de los picoletos, aunque hágalo con tacto porque ya sabe que son muy suyos y no les gusta compartir sus cosas con nadie. No me extrañaría que también ellos estuvieran tras la pista del caso... aunque, la verdad, oficialmente, el general no me comentó nada el otro día cuando coincidí con él en el ministerio. Claro que eso no quiere decir que no estén también sobre el caso.

—Lo tendré en cuenta, jefe. Me llevo bien con uno de ellos, así que a lo mejor le doy un toque por si ha oído algo que pueda sernos útil.

Al llegar al aeropuerto de Barajas los estaba esperando un coche camuflado de la policía. El inspector se sentó junto al conductor y el comisario ocupó uno de los asientos de la parte trasera.

—¿Adónde lo llevo comisario? —preguntó el conductor.

—A la Dirección General.

Al llegar a destino, el inspector bajó del coche para despedirse de su superior.

—No olvide que el caso tiene prioridad absoluta. Prioridad y discreción. Téngame informado.

—Descuide, jefe.

El inspector Montañés esperó hasta ver que el guardia que custodiaba la puerta de la dependencia policial se cuadraba al reconocer al comisario. Volvió a subir al coche y ordenó al conductor que lo dejara en una calle próxima a su casa. Mientras miraba sin ver a través de la ventanilla, sus pensamientos le daban vuelta a las últimas palabras del comisario. Sondar a los colegas de la Guardia Civil era asunto delicado. Entre los dos cuerpos existía una rivalidad que venía de lejos. Por lo demás, nada exclusivo de España. En Italia ocurría algo parecido, por no hablar de la legendaria rivalidad entre las diferentes organizaciones policiales de Estados Unidos.

Walter de Roux se levantó a las siete de la mañana. A aquella hora el sol empezaba a coquetear con las aguas de la bahía de Algeciras, pero él no se fijó en eso. Su mirada enfiló la Roca. Mientras se afeitaba, repasó mentalmente su situación. El plan del día era ir a Gibraltar y preparar el terreno para ejecutar la *sanción* para la que había sido contratado. Veinte minutos después, tras asegurarse de que las piezas de la pistola disimuladas en diferentes lugares de la maleta resistirían la eventual curiosidad de la camarera que realizaba la limpieza de las habitaciones, la colocó en el fondo del armario empotrado en la pared y salió del cuarto cerrando con llave. Bajó en el ascensor y pasó delante de la recepción, pero no dejó la llave de la habitación. Sin mirar a nadie, a buen paso, salió a la calle en busca de un bar. Nunca desayunaba en los hoteles en los que se alojaba. Había observado que en este mundo hay mucha gente sola que, quizá para no volverse loca, no para de hacer preguntas. Dado su oficio, era un riesgo que solía evitar.

El bar en el que entró no invitaba demasiado a quedarse, así que pidió un café, encendió un cigarrillo y, tras pagar la consumición, se acercó a la parada de taxis que había frente al hotel. Subió al coche y le pidió al taxista que lo llevara hasta La Línea. Allí se bajó junto a la estación de autobuses y, caminando despacio, se acercó hasta las dependencias fronterizas. En la aduana, los policías españoles ni le pidieron el pasaporte; pocos metros más allá, en el lado gibraltareño, un *bobby* se limitó a mirar sin ver cuando le entregó el documento.

En el aeropuerto de Londres había comprado una guía de Gibraltar. En el Peñón hay bastantes cosas que ver, pero al estar tan juntas se ven pronto.

Por el libro supo que había una línea de autobuses que paraba cerca de la aduana y hacía un recorrido circular. «Mejor autobús que taxi —pensó—: con los taxistas hay que hablar y hacen preguntas.» Subió en el primero que pasó y se bajó en el centro. Tras recorrer unos metros, preguntó por un hotel cuyo nombre había encontrado en la guía. Estaba al otro lado de la ciudad, en la Catalan Bay, la parte oriental de la Roca. Al cruzarse por la calle con la gente, había observado que, aunque algunos hablaban en inglés, la mayor parte conversaba en español con un inequívoco acento andaluz. «Aquí puedo pasar por inglés —pensó—. Mejor. Así será más fácil averiguar dónde vive el objetivo. Porque esa es otra...», concluyó para sus adentros recordando que el mensaje del contrato se limitaba a referir el nombre de la persona a *sancionar*.

Aquella idea lo devolvió al núcleo del problema. Era la primera vez en toda su vida profesional que se adentraba en un territorio potencialmente hostil sin haber realizado previamente un reconocimiento. No había tenido tiempo material para hacerlo. Pero se dijo a sí

mismo que las circunstancias lo exigían porque, una vez aceptado el contrato y comprobado que se había realizado el pago de la mitad de la cantidad convenida, ya no podía volverse atrás.

Por otra parte, con posterioridad a las *sanciones*, rechazaba todo contacto con quienes lo contrataban, así que no podía utilizar esa vía para completar la información sobre su objetivo. Era una norma de seguridad no dejar cabos sueltos de los que la policía podía tirar. Pero necesitaba averiguar dónde podía localizar a su objetivo. Días atrás, en París, mientras aguardaba la confirmación del ingreso de la mitad del dinero pactado, se había acercado a un cibercafé y, tras teclear el nombre de la persona que figuraba en el mensaje, supo que se trataba de un empresario gibraltareño que se dedicaba a diferentes negocios, algunos de ellos relacionados con las inversiones en bolsa. Además de la fotografía del personaje, la reseña de internet también facilitaba el nombre y la dirección del despacho de una de las sociedades desde las que operaba el empresario. También había un número de teléfono.

Al llegar al Caleta Palace Hotel, se encaminó directamente al bar buscando con la mirada un teléfono. Estaba en el interior de una cabina pintada de rojo, como las que se ven en los *pubs* de Londres. Antes de llamar se acercó a la barra y pidió una Guinness.

En el aeropuerto de Málaga había cambiado algunos euros por libras. Pagó la consumición con un billete de diez y con las monedas del cambio se dirigió a la cabina. Encima de la repisa había una guía. Tenía muy pocas páginas; la población de Gibraltar rondaba los treinta mil habitantes. Walter hojeó aquel catálogo buscando el nombre de la sociedad. Recorriendo con un dedo las filas de números llegó hasta lo que buscaba: Sachs, Galvez & Goldberg. Correspondía a una firma de abogados de Main Street. Tomó nota mentalmente del número y luego, consultando el mapa de la guía que había comprado en Londres, señaló con una uña el lugar en el que creyó que podía estar el despacho. Tras guardar el libro en el bolsillo, volvió a la barra y, sin prisa ni palabra, apuró la cerveza. Después, tranquilamente, abandonó el bar y el hotel.

Deshaciendo el camino, volvió a Main Street. Mirando escaparates, como haría cualquier turista, llegó hasta el número que había encontrado en la guía. Una placa de latón bruñido colocada junto a otra media docena señalaba que el despacho ocupaba la tercera planta de un edificio de cuatro. Enfrente había una tienda de ropa juvenil y una papelería en la que también vendían chucherías y periódicos. Calle adelante, unos metros más abajo, había un pequeño bar que había sacado tres mesas a la calle. Frente a él, un pub tenía las ventanas abiertas. Walter compró un ejemplar del *Daily Mirror* y se sentó a esperar junto a una de las mesas colocadas en plena calle. Era mediodía. Calculó que sobre esa hora los ocupantes de los despachos saldrían a reponer fuerzas tomándose un sándwich en alguno de los bares o pubs de los alrededores. El cálculo resultó acertado. Pocos minutos después, varias personas —unos cuantos hombres maduros trajeados y con aspecto de ejecutivos y cinco o seis mujeres jóvenes— abandonaban el edificio en el que estaba el despacho de Sachs, Galvez & Goldberg. La mayoría entró en el pub del otro lado de la calle. Dos de las jóvenes, tras pararse un momento a mirar el escaparate de la tienda de modas, se acercaron al bar y ocuparon una mesa próxima a la suya. Al verlas allí

sentadas, pidiendo emparedados de vegetales y una cola *light*, Walter de Roux tuvo una corazonada.

Sabía que, desde que se había generalizado el uso de los teléfonos móviles, era costumbre entre algunas secretarias trasladar las llamadas del despacho a sus teléfonos portátiles con el fin de no perder ninguna llamada. Sabía que era una posibilidad entre cien, pero decidió probar suerte y llamar al despacho preguntando por el empresario. Se levantó, entró en el bar y buscó un teléfono. Estaba al final de la barra, en un lugar, próximo a la ventana, desde el que se divisaban perfectamente la calle y la zona en la que estaban desplegadas las mesas y, también, el interior del pub, que tenía las contraventanas pintadas de verde.

Marcó el número y esperó. Mientras aguardaba a que contestaran la llamada, observó que una de las jóvenes que había entrado en el pub echaba mano al bolso buscando algo. Cuando lo extrajo, vio que era un teléfono móvil. «¡Bingo!», dijo para sus adentros. La conexión tardó algo más de lo normal en establecerse pero, al final, una voz de mujer, con aquel acento andaluz que convertía el inglés en otra lengua, respondió:

—¿Sí? ¿Dígame?

—Por favor, ¿el señor Mordekai Rojo?

—¿Quién lo llama?

Walter no contestó, pero no perdía detalle de las reacciones de aquella joven espigada que al otro lado de la calle trataba de sacar alguna palabra más al móvil que tenía pegado a la oreja:

—¿Quién lo llama? ¿Oiga? ¿Oiga? ¡Oiga! ¡Se ha cortado! ¡Estos teléfonos cada día son peores! Fallan más que el parte meteorológico. Bueno, quien sea ya volverá a llamar.

—¿Quién era? —preguntó su compañera—. ¿Tu jefe?

—No, hoy está en su casa de Sotogrande y me ha dicho que no lo moleste; el que llamaba era alguien que preguntaba por él —dijo la joven al tiempo que cortaba la llamada, sin saber que sus palabras no se habían perdido en el espacio. Al otro lado de la ventana, un amago de sonrisa, apenas una mueca, animaba la cara afilada de Walter de Roux.

Una hora más tarde entró en España a pie. Salir de Gibraltar le resultó tan fácil como entrar. El policía español al que hizo ademán de entregar el pasaporte no le prestó la menor atención. «Siga», creyó entender que le decía. A buen paso, se encaminó hacia la parada de taxis. Se subió en el primero de una fila de cinco cuyos conductores habían formado un corro y estaban charlando y fumando.

—¿Adónde lo llevo, mister? —preguntó el taxista.

—A *Algecirras*, please —contestó De Roux exagerando la dificultad que tendría un británico para pronunciar el nombre de aquella ciudad española.

—*Usté e inglés* de Inglaterra, ¿no?

—¿*Cáma* dice?

—Que si *e inglés* de Londres.

—¡Ah! *Yes*, London. Sí, London. Perdone, yo, no mucho español. *Sorry*...

—¿Dónde se baja, en el centro? —preguntó el taxista.

—*Yes*, sí, en el *centre*.

Walter de Roux no volvió a hablar durante todo el trayecto. El taxista tampoco insistió. No volvió a prestar atención a aquel guiri que parecía estar bastante despistado. Durante el trayecto de regreso, mientras el coche dejaba a su izquierda la amplia ensenada, observó que en el interior del vehículo, pegado a uno de los cristales, había un mapa en el que estaban señaladas diversas localidades de la zona. Cada una enmarcada en un color diferente. Sotogrande era una de ellas. Buscó dónde estaba situado Gibraltar en el mapa y mentalmente calculó la distancia. Estuvo a punto de preguntar al taxista, pero cambió de idea. «Cuando pasa algo, los primeros a los que pregunta la policía, son los taxistas», pensó. Mientras se acercaban a Algeciras observó cómo, en medio de la bahía, un gigantesco petrolero parecía ocupar toda la línea del horizonte. A su lado había fondeado un barco más pequeño. Estaba repostando. Parecían una ballena amamantando a su cría. Del lado de Gibraltar, la bahía de Algeciras era una gigantesca y peligrosa gasolinera.

Walter entró en el hotel con paso resuelto. Guardaba la llave de la habitación, así que fue directamente al ascensor sin mirar una sola vez a la recepción. Aunque su habitación estaba una planta más abajo, pulsó el botón del último piso. Estaba vivo porque tomaba precauciones. En su oficio era esencial no cometer errores, y habría sido un error subir directamente. Tras salir del ascensor, observó a derecha e izquierda buscando cámaras de televisión. No las encontró y, caminando despacio, buscó la escalera de servicio y descendió a la planta donde estaba la habitación en la que había dormido la noche anterior. Tras cerciorarse de que no había nadie en el pasillo y el ascensor estaba parado, se acercó a la puerta del cuarto. Con disimulo, pegó la oreja a la hoja de madera. Ningún ruido llegaba del interior. Buscó la llave y abrió la puerta.

Una vez dentro, fue directamente hacia el armario y sacó la maleta, que colocó encima de la cama. Tras formar la combinación de números y letras, la maleta se abrió. En su interior todo estaba tal cual lo había dejado. Antes de tocar nada se acercó a la ventana, a cuyo fondo se asomaba la bahía, y corrió las cortinas. Se aseguró de que no podía ser observado desde el exterior y extrajo las diferentes piezas de la pistola que había repartido por el interior de la maleta y, con la precisión de quien repite una rutina cien veces practicada, montó el arma. Del asa de la maleta extrajo las balas y las depositó junto al cargador. Sabiendo que estaba descargada, apuntó hacia la almohada y apretó el gatillo. Ahuecado por el vacío interior de la recámara, el chasquido seco del percutor sonó claro y metálico. Una vez comprobado que los mecanismos funcionaban a la perfección, introdujo una a una las balas en el cargador y después lo insertó en el arma. Tras apretar la pestaña del seguro, se la echó al cinto. Abrió el armario y se miró en el espejo interior, que estaba pegado a una de las puertas. La imagen le devolvió la figura de un tipo alto y más flaco que otras veces. Se abrochó la chaqueta y comprobó que la pistola formaba un pequeño bulto por encima de la cadera izquierda. Era arriesgado, alguien podía darse cuenta, así que buscó en la maleta y extrajo una bolsa de lona negra que tenía toda la apariencia de ser la funda de un ordenador portátil. Descorrió la cremallera y metió la pistola. Sobraba sitio. Miró a

su alrededor y vio que encima de la mesilla del televisor había un par de revistas. Las cogió y completó con ellas el contenido de la bolsa. Después volvió a la maleta. Buscaba unas gafas cuyos cristales no tenían graduación. Se las colocó y volvió a mirar al espejo. Le daban un aire frágil, como de contable o empleado de banca. Nadie prestaría atención a un tipo así cuando viajara en el autobús de línea que cubría la distancia que había entre Algeciras y Sotogrande.

Desde la vuelta de Holanda, Gabriel Montañés dormía poco y apenas comía. También salía tarde de la comisaría y apenas hablaba con nadie. Aquel caso empezaba a obsesionarlo. Leía todo lo que publicaba la prensa acerca del asesinato de Cosme Damián pero no había novedades. Todo eran refritos de las informaciones publicadas con anterioridad.

Un día, sobre las nueve de la noche, de regreso a casa entró en el bar situado frente a su domicilio, un piso de soltero en el distrito del Centro de Madrid. Era la hora del telediario y tenían el televisor puesto a todo trapo: «... *Anoche* —escuchó decir a la presentadora—, *un empresario gibraltareño fue asesinado en Sotogrande. La víctima se llamaba Mordekai Rojo, residía en Gibraltar y tenía doble nacionalidad: española y británica. La Guardia Civil, que está encargada del caso, cree que podría tratarse de un ajuste de cuentas, ya que el finado, al parecer, se dedicaba al tráfico de armas. Se gún fuentes consultadas por nuestra redacción en Andalucía, el crimen* —concluía la periodista— *parece obra de un profesional*».

El inspector Montañés, que iba a pedir un güisqui con hielo, se quedó parado a medio metro de la barra del bar. Las palabras de la locutora habían puesto en marcha algún secreto resorte de su cerebro.

—¿Qué tal, inspector? ¿Le sirvo lo de siempre? —preguntó el camarero al reconocer al policía.

—¡Eh..., sí, sí, lo de siempre, gracias, Félix! —contestó sin apartar la vista de la pantalla.

—Un profesional... Un *profesional*. —Aquella palabra resonaba de manera especial en el interior de su cabeza.

Se acomodó en la barra y, tras apurar el telediario, dar con el güisqui le resultó más placentero. Dejó el bar y, caminando lentamente, se dirigió hacia su casa mientras en su cerebro sonaban los acordes de *Bensonhurst Blues* en la desgarrada versión de Oscar Benton.

Antes de entrar en el portal, miró, sin verlos, a una pareja de jóvenes que se besaban apasionadamente, como si les fuera la vida en el empeño. La escena le recordó el alto precio de ese bien superior al que algunos llaman soledad.

Al día siguiente se despertó muy temprano y con una idea en la cabeza: buscar en los archivos los últimos casos de asesinato en los que hubiera intervenido algún profesional. Nada más llegar a la comisaría pidió la documentación del caso de Sotogrande.

La mesa de trabajo del inspector Gabriel Montañés era como una sucesión de dunas formadas por la acumulación de documentos de diversas hechuras y colores. Solo el teléfono, a modo de

faro, parecía resistir el cerco de aquel mar de papel, ayudado por un cenicero ahora vacío pero atento a las recaídas tabaquistas del policía. Hacía tiempo que intentaba dejar de fumar pero había sido inútil: recaía una y otra vez. Era su forma de hacer frente a la tensión de un oficio en el que, al año, los días buenos se contaban con los dedos de dos manos, y algunos años aún sobraban dedos. «Está claro que si dejo el tabaco será porque el paquete está por las nubes», farfulló para sus adentros mientras encendía un cigarrillo sin quitar ojo a la pantalla de uno de los ordenadores que estaba conectado a la única impresora que había en el despacho.

Esperaba que la Comandancia de la Guardia Civil de Cádiz le remitiera una copia de las diligencias realizadas en el caso de aquel residente gibraltareño que había sido hallado muerto en su chalé de Sotogrande. «Muerto de dos certeros disparos», según había dicho la televisión. No sabía muy bien por qué había pedido el informe a sus compañeros de la Benemérita, pero al escuchar la noticia su olfato de policía había captado algo, todavía no sabía muy bien qué. Estaba metido en sus pensamientos hasta que una voz lo devolvió al mundo de los demás. Era uno de sus compañeros quien le hablaba:

—Montañés, te llama el comisario Malvar.

—Eh... ¿qué? Ah, sí, gracias. Ahora voy —acertó a decir.

Apagó el cigarrillo y, tras cerrar con llave uno de los cajones de la mesa, se dirigió a buen paso hacia el despacho de su superior, que se encontraba en otro edificio. Antes de rebasar el umbral de la estancia que compartía con otros cuatro inspectores, la impresora emitió un tono agudo anunciando que se disponía a imprimir un mensaje. Al oír el pitido, Gabriel Montañés volvió sobre sus pasos. Al llegar a donde estaba la máquina, ya estaba saliendo el papel. El policía lo empezó a leer sin esperar a que concluyera la transmisión: «426 Comandancia de la Guardia Civil. Cádiz. Agrupación 26...».

El inspector salió de la sala dudando entre tomar el ascensor o ir por la escalera. Al final optó por bajar a pie. Cuando el comisario lo llamaba, aprovechaba el camino para tratar de aventurar qué podía querer el jefe; la mar de veces conseguía anticipar los pensamientos de su superior. Sabía que le preguntaría por el caso Damián y que, al tener que decirle que no había nada nuevo, el comisario se cabrearía. «Será un poco de teatro, pero la cosa no irá a más. Al menos, eso espero», se dijo para sus adentros.

Con un gesto, Mónica, la secretaria del comisario jefe de la Brigada de Policía Científica, le dio a entender que aquel día el horno no estaba para bollos.

—Pasa, el jefe te espera. Está con él el director general.

Montañés guiñó un ojo a la secretaria y se acercó hasta la puerta del despacho preparándose mentalmente para lo peor.

—Con su permiso, comisario, ¿me ha llamado usted?

—Sí, pase, pase, Montañés —contestó una voz en la que el inspector reconoció un registro cargado de tensión—. Director —dijo—, este es el inspector de quien le he hablado. Es el encargado directo de la investigación sobre el asesinato de Cosme Damián.

—Ah, bien, así que es usted el famoso Gabriel Montañés de quien todos me hablan —dijo el director sin levantarse de la silla.

—Señor, yo..., en fin, no sé qué le habrán podido decir pero yo, como sabrá por el comisario, me limito a hacer mi trabajo y punto.

—Ese es el problema, Montañés, que, como le decía al director —terció el comisario—, en el caso Damián estamos efectivamente en punto, pero es un punto muerto.

—Bueno, ejem, la cosa no es exactamente así —contestó el inspector—. Hay un cabo del que estamos tirando y del que esperamos bastante.

—¿Ah, sí? y, ¿qué cabo es ese? —preguntó el director.

—Señor —atajó el comisario Malvar antes de que Montañés pudiera reaccionar—, en un caso tan delicado como este, creo que no es bueno aventurar nada porque, cuando se trata de una pista, mi experiencia me dice que hasta que las cosas se ven negro sobre blanco hay que ser un poco escépticos.

—Bueno, Malvar, usted sabrá lo que hace. Suya es la responsabilidad, yo lo único que voy a recordarle es que no dispone usted de todo el tiempo del mundo. Me parece bien que sea partidario de la discreción y espero que siga siendo así a todos los efectos. Nada de prensa; nada de filtraciones a los periodistas amigos porque en este asunto es mucho lo que todos, repito, todos, nos jugamos. En cualquier caso, como mañana tendré que despachar con el ministro y algo tendré que avanzarle, quiero que me digan por dónde van sus pesquisas —replicó el director mirando fijamente al inspector Montañés.

—Estamos siguiendo la pista de un *killer*, un asesino a sueldo. Es todo lo que podemos decir por el momento, señor —terció el inspector.

—¿Una pista? ¿Y adónde conduce? —preguntó con curiosidad el director.

—Creemos que al sur, a Sotogrande, tal vez a Gibraltar, señor —contestó Montañés, contemplando divertido el estupor que se reflejaba en la cara del comisario Malvar.

—¿Gibraltar? Ah, vaya, nada de lo que venga del Peñón me puede extrañar, es un nido de traficantes y blanqueadores de dinero. Bien, sigan con las investigaciones. Y usted, comisario, téngame al día de la marcha del caso. Ahora les dejo, tengo la agenda llena —añadió el director poniéndose en pie, acto que fue imitado por el comisario, quien, sin servilismo pero con diligencia, se ofreció a acompañarlo hasta la salida—. No se moleste, Malvar, tengo que ver ahora a Cadalso en Extranjería, y fuera está mi jefe de gabinete, él me acompañará, ustedes sigan a lo suyo.

—Pero, señor, no es ninguna molestia —dijo Malvar.

—No se hable más, comisario, sigan con el caso Damián, es una orden —replicó sin acritud el director en el trance de salvar la puerta.

El inspector Montañés miraba la escena como si no fuera con él, pero la voz, esta vez áspera, del comisario Malvar, le hizo saber cuán equivocado estaba.

—¡Montañés —tronó—, cierre la puerta! ¿Me quiere decir qué coño es eso de Gibraltar y

Sotogrande? ¿De dónde ha sacado semejante historia?

—Jefe, no se sulfure, hombre. Ya se lo he dicho, es una posibilidad, una pista...

—¿Una posibilidad o una pista? Porque no tengo que decirle que no es lo mismo. Si es una pista, es una pista, y debe estar basado en algo real. Y si es un posibilidad, no es nada, es una paja mental que se está usted haciendo y encima me entero de ella al mismo tiempo que el director, con lo cual se me debe de haber puesto una cara de gilipollas que para qué le voy a contar... ¿Quiere decirme a qué está usted jugando, Montañés? ¿A qué viene esta forma de hacer las cosas?

—Jefe, lo siento; si he metido la pata, le pido disculpas... Yo, la verdad, le he visto tan apurado aquí, con el director apretando, que lo que he hecho ha sido decir algo que pensaba decirle a usted esta misma mañana. Es un cabo, un hilo que nos puede dar algo de luz en el caso. Estoy esperando un correo de la Guardia Civil sobre un asesinato que hubo ayer en Sotogrande, y quizá de ahí salga algo —la voz calmada de Montañés pareció amansar al comisario:

—¡Es la última vez que me entero el último de algo que tenga ver con este caso! Así que quiero ver ¡ya! ese correo, ¿entendido?

—Sí, jefe, lo tengo encima de mi mesa.

—¡Pues vaya a por él! ¡Quiero verlo inmediatamente! —explotó el comisario Malvar—. Ah, por cierto, no tenía que haber dicho nada a nadie.

—Pero, jefe, fue el director quien me preguntó, yo...

—Pues haberle dicho que estábamos en ello, pero sin concretar nada. El director es un político y, como tal, se va de la lengua. Me ha dicho que esta tarde tenía una entrevista con Valeria Ulloa, ya verá como mañana o pasado *El Universal* cuenta algo de Gibraltar. ¡Maldita sea, Montañés, entre todos ustedes me van a matar a disgustos!

—Hombre, jefe, no diga eso, que en la Brigada todos lo apreciamos.

—No me haga la pelota y tráigame el correo. ¡Ah!, y rece. Rece para que la pista sea buena porque si no lo veo en el Museo de la Policía sacándole brillo al revólver con el que Angiolillo mató a Cánovas del Castillo.

Unos días después de la muerte de Mordekai Rojo, el empresario Julián Santaeugenia estaba hablando en su despacho con el exdiputado Camilo Chomón.

—Me temo que esta vez se te ha ido la mano —dijo el político mirando a los ojos a Julián Santaeugenia.

—¿A qué te refieres? —preguntó el constructor sin levantar la mirada de la minúscula pantalla del teléfono móvil que tenía entre las manos.

—A lo del judío. Lo han dado por la televisión.

—¿Qué judío? No sé de qué me estás hablando...

—Conmigo no hace falta que disimules. Sabes perfectamente que estoy al tanto de tus negocios con él y de lo que se dice por ahí sobre las trampas que tenías. Me imagino que te habría dado un ultimátum y tú le habrás aplicado la *solución final*, como has hecho otras veces a otros...

—¡No me toques los cojones, Camilo, que no estoy para coñas marineras! Te repito que no sé de qué coño me estás hablando —respondió abruptamente el otro hombre—. Y no sigas diciendo tonterías en voz alta porque te estás convirtiendo en un viejo parlanchín, y los loros que hablan mucho no dejan dormir a los vecinos y hay que ponerles una capucha para que se callen —añadió al tiempo que hacía un gesto que remedaba el movimiento circular de una cinta grabadora y se llevaba un dedo a los labios.

—¡Era una coña, hombre! ¿Qué pasa? ¿Que siempre hay que estar serio? Yo ya estoy jubilado y a mí todo me da igual, así que me puedo permitir el lujo de hablar cuanto quiera. Y, además —prosiguió, con un tono de voz repentinamente frío—, sabes que me debes mucho. Sin mí y sin mis amigos del partido todavía estarías intentando sobornar a algún concejal de algún pueblo de la sierra para que te recalificara unos terrenos.

—Mira, Chomón, no me des la paliza. Estoy donde estoy y punto. Eso es lo que importa. A ti y a tu partido no os debo nada porque os habéis cobrado con creces los favores de los primeros años. Te recuerdo que la última campaña electoral... Sí, la que tu jefe iba por ahí diciendo que era la más limpia y transparente que se había conocido nunca en la historia de España, os la pagó este menda con cargo a una de las *trades* de Panamá. Así que déjate de leches, que no tengo muchas ganas de hablar.

—Está bien, hombre, está bien. Creía que éramos amigos, que después de tantos años y tantas historias juntos podíamos confiar el uno en el otro. Por eso te comentaba lo del judío; además, no

te vuelvas paranoico, que estás en mi casa y aquí no hay micrófonos, joder, que son los nuestros los que están en el Gobierno...

—¡Y dale con el judío! Pero ¿cuántas veces tengo que decirte que no sé de qué coño me hablas?

—Bueno, mira. Si te pones así, me callo, pero a mí no me engañas. Cuando he visto que a Aladino le han dado el pasaporte, se me ha encendido una luz y he oído voces. ¿No quieres saber lo que decían?

—Pero ¿de qué coño me estás hablando? Pero ¿qué pasa? ¿Ahora te dedicas a la meditación trascendental como Gunilla y el gurú ese que se ha traído del Tíbet o de no se sabe dónde?

—Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando. Que no lo quieras admitir, pase; pero que me tomes por tonto me parece demasiado. Tú sabes que yo estaba al tanto de algunos de los negocios que te traías con él. Me refiero al dinero colocado en los bancos de Gibraltar. ¡Pero, Julián, coño! Si es un secreto a voces que media Costa del Sol está metida en el Peñón y tiene allí bufetes y abogados que miran por sus euros.

—Dime de una puñetera vez lo que me estás queriendo decir —explotó Santaeugenia.

—Que tengas cuidado. Que si yo he llegado a la conclusión que he llegado sobre lo de Aladino, a otros también se les puede encender la lámpara, y Mordekai Rojo tenía muchos contactos en Israel. Incluso se decía por ahí que trabajaba o había trabajado para el Mosad.

—Todo eso son fantasías. También decían de mí los periódicos que tenía negocios con la mafia rusa. ¡Bah! Ya te he dicho que todo esto no tiene nada que ver conmigo.

—Bueno, tú sabrás lo que haces. Yo solo quiero prevenirte. Como te decía, creo que las cosas han ido muy lejos y deberías cuidarte. Incluso tomar precauciones.

—¿Y qué me sugieres?, ¿que ponga un anuncio en los periódicos diciendo: «Constructor en peligro, amenazado por no se sabe quién, reclama protección a quien corresponda»? ¡Vamos, hombre! Te repito que no quiero hablar de este asunto porque no tengo nada que ver con el caso.

El sonido irritante del teléfono móvil que tenía entre las manos interrumpió sus palabras.

—¿Sí? ¿Quién es? ¿Desde dónde me llamas? ¿Desde Gibraltar? ¡No te he dicho que no me llames desde ahí! Da lo mismo, aunque utilices una tarjeta nueva y un móvil nuevo, ahora los satélites lo graban todo, ¡coño! Llámame dentro de un rato desde España y desde una cabina, ¡hasta luego! —dijo, cortando con brusquedad la comunicación—. Y a ti, ni se te ocurra abrir la boca —añadió el constructor señalando con un dedo a Camilo Chomón, exdiputado del partido en el Gobierno y socio suyo en aventuras y negocios—. Nada de construir teorías mientras te tomas una ginebra tras otra en el bar del Marbella Club con tus amigos de la *jet*. Si me entero de que vas largando, te corto los cojones.

—Hombre, para lo que me sirven ya, a mi edad... —replicó con sarcasmo Chomón, con un tono de voz que su interlocutor apenas pudo percibir. No añadió más. Conocía a su amigo lo suficiente como para saber que era capaz de cumplir su amenaza.

A muchos kilómetros de Madrid, no lejos de Ámsterdam, en una de las suites del hotel Bilderberg, John Doyle Bellamy, el magnate norteamericano de la industria del acero, apenas necesitó dormir cuatro horas para sentir, como le gustaba decir, que «soy yo quien manda sobre mis piernas». Se había afeitado en el avión, así que le bastó una ducha para estar presentable. Lo primero que hizo al salir del baño fue poner la televisión. Buscó la CNN. El canal internacional, entre otras noticias, informaba de la reunión del Club Bilderberg en Holanda. Llamó por el teléfono interior a la recepción del hotel preguntando por la habitación de su amigo Francis Hamilton. Marcó el número y esperó. Al otro lado de la línea le respondió la voz de su amigo. Parecía de mejor humor que el que tenía cuando lo llamó para que se uniera a la reunión del Club.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó—. Supongo que estarás cansado y con el *jet lag*.

—No. La verdad es que me encuentro bien. Dormí en el avión. He venido porque me lo pediste tú y entendí que era necesario. Cuéntame por qué tanta urgencia —preguntó Bellamy.

—Quedamos para desayunar y te lo cuento. Prefiero no hablarlo por teléfono.

—Ok. Nos vemos en... ¿Pongamos treinta minutos?

—De acuerdo —respondió su amigo y colgó.

Media hora después, ambos se encontraban sentados a una de las mesas separadas del centro frente a un copioso plato de huevos revueltos y beicon.

—Ratifico lo que te decía por teléfono, te veo bien. En forma.

—Bien, sí, pero si no entramos en detalles —respondió el magnate del automóvil.

—No te quejes.

—No me quejo. Vamos al grano. Cuéntame cómo están las cosas por aquí.

—Las reuniones del club van bien, pero lo del asesinato de uno de los invitados, un español que venía por primera vez, ha llenado esto de periodistas. Y lo último que nos interesa es el ruido. Ya sabemos que nuestra norma es la discreción. Tenemos asuntos muy serios que debatir y quiero que seas tú con tu prestigio y lo que representas quien plantee la ponencia sobre los riesgos de ceder a las políticas que defienden las teorías del cambio climático y a los programas que están en contra de las industrias que utilizan combustibles fósiles. Serían desastrosas para nuestro modelo de desarrollo y nuestros negocios.

—Estoy de acuerdo.

—Lo hablamos, si quieres, con más tranquilidad, pero en la primera ronda de intervenciones de la segunda sesión me gustaría que dejaras sembrado ya ese mensaje. Creo que nuestros

interlocutores tomarán buena nota.

—¿A qué hora es la reunión?

—Debería haber sido por la mañana, pero hay mucho jaleo con lo del doble crimen, está por aquí la policía recabando información e interrogando a algunos de los asistentes, así que la hemos trasladado a las cuatro de la tarde. Si te parece subimos un momento a mi habitación y le damos una vuelta al tema. Varios de los asistentes a la reunión son dueños o accionistas de canales de televisión y periódicos, y nos interesa que tengan argumentos sólidos sobre el tema. No creo que nos cueste mucho atraerlos a nuestra posición, porque es gente inteligente, pero nunca está de más hacer bien las cosas.

John Doyle Bellamy asintió con un movimiento de cabeza y, a partir de aquel momento, los dos amigos se concentraron en dar cumplida cuenta del desayuno.

Las ventanas del despacho de Julián Santaeugenia parecían tener sitio privilegiado en el cielo de Madrid. Ocupaba la última planta de un rascacielos de treinta y cinco pisos que estaba situado en el complejo Azca, un conjunto de edificios altos que, vistos de lejos, recordaban vagamente algunas zonas del Manhattan neoyorquino. La mañana en la que su secretaria le comunicó que tenía al otro lado del teléfono a una señora que decía llamarse Ivonne Genet, el empresario no tenía su mejor día.

—Don Julián... —La secretaria hablaba con un registro de voz apenas audible—. Siento interrumpirlo, pero dice que habló con usted y que usted le había dado el número de la línea privada...

—Sí, sí, pero ahora no sé, ahora estoy ocupado. Dígale, dígale, que llame más tarde, que me llame al móvil. Bueno, no, déjelo. ¡Páseme la llamada!

—Señor, si quiere, yo le digo que está usted reunido y... —balbuceó la voz que hablaba al otro lado del teléfono.

—¡No! ¡No! Ya sabe que odio llamar a alguien y que te digan eso de que «está reunido». Se lo tengo dicho, Paloma. ¡Yo nunca estoy reunido! Si puedo, me pongo, y si no, no me pongo. ¡Páseme la llamada!

—Sí, sí, don Julián, discúlpeme, yo, yo lo hacía por ayudarlo... Ahora mismo le paso la llamada.

La azorada secretaria conmutó la tecla y colgó el auricular. No pudo evitar mirar con nostalgia hacia una fotografía colocada en lo alto de una estantería. En la imagen se veía a un grupo de personas junto a lo que parecía un edificio en construcción. El grupo estaba compuesto por una docena de personas que sonreían abiertamente a la cámara. En uno de los extremos vio su propia imagen. Junto a ella, apoyando una mano sobre su hombro derecho, un hombre joven con el pelo ensortijado y mirada brillante sonreía maliciosamente a la cámara. Era Julián Santaeugenia. Sin reproche en la mirada, pensó que los tiempos y el éxito en los negocios lo habían cambiado. El seductor se había transformado en dictador.

El mismo que ahora hablaba con aquella mujer de nacionalidad francesa a la que había conocido el día anterior en su casa, cuando organizó la exhibición del Picasso ante un heterogéneo grupo de gente interesada en el cuadro.

—Verá, señora, es cierto que le dije que me podía llamar a este número cuando usted quisiera, pero verá, hoy la verdad es que tengo un montón de cosas que resolver y no sé si tendré tiempo

para atenderla. Quizá esta tarde sí, pasadas las seis o las siete, podríamos hablar, pero ahora que lo pienso, para usted quizá ya será un poco tarde.

—¿Qué le parece si quedamos en mi hotel y resolvemos lo que hay que resolver? —preguntó con aplomo la voz que estaba al otro lado del teléfono.

—Hum... Bueno, no me atrevía a decírselo, pero me parece la mejor solución. Si me dice dónde está alojada puedo pasar a verla a las... ¿Qué le parece a las nueve y media?

—Estoy en el hotel Santo Mauro —respondió Ivonne Genet—. Lo esperaré a la hora que me dice.

—De acuerdo. Hasta pronto, entonces —contestó el empresario colgando el teléfono.

Al hablar había recordado que aquella mujer era dueña de una sobria belleza otoñal. Un pensamiento pasó por su cabeza, pero lo desechó enseguida. Nunca mezclaba las aventuras amorosas con los negocios. «Solo traen complicaciones», se dijo para sus adentros. Después pensó en el cuadro y en la persona interesada en él, alguien a quien él conocía por su apodo, el Marsellés, el ejecutor en cuyo nombre se había presentado la francesa. «¿A cuántos se habrá cargado? Si está dispuesto a pagar un millón de dólares es que tiene más... La verdad es que no me extraña que se haya hecho rico porque —se dijo a sí mismo— el mundo está lleno de cabrones y de listillos a los que hay que bajar los humos para siempre.»

Nunca había visto al Marsellés; la primera vez que oyó hablar de él, hacía ya unos años, había sido a un empresario vasco amigo suyo que estaba amenazado por los terroristas de ETA. Íñigo Mendizábal, que así se llamaba el empresario, había sido contactado por la organización para exigirle que pagara lo que ellos llamaban el *impuesto revolucionario*. Era una práctica habitual. Los empresarios que no cedían a la extorsión lo pasaban mal. Algunos habían sido asesinados, a otros les habían volado la fábrica. Casi todos pagaban.

Mendizábal, no. Mendizábal era un hombre de pocas palabras que estaba acostumbrado a enfrentar las dificultades de la vida como quien se enfrenta a una pared desde los mandos de una pala excavadora. En vez de pagar o de abandonar el País Vasco, hizo dos cosas que, para lo que era costumbre entre los patronos de aquellas tierras del norte de España, resultaban insólitas. Habló con algunos amigos suyos franceses, y por ellos supo de la existencia del Marsellés. La otra iniciativa consistió en mandar una carta a los jefes de un partido político afín a los terroristas informándolos de que había depositado un millón de dólares en una cuenta de Ginebra para que, si le pasaba algo a él o a alguno de sus familiares, viniera alguien de Marsella y se encargara de «igualar la partida».

Mendizábal había fallecido hacía un par de años, pero había muerto en la cama rodeado de toda su familia. En los ambientes empresariales se decía que el hijo mayor había renovado el *contrato de Marsella*.

Cuando *El Diario* empezó a hurgar en sus negocios, Julián Santaeugenia habló con su abogado para ver qué se le ocurría que podían hacer. «Tengo que acabar con ese cabrón», se dijo a sí

mismo el constructor. Estaba obsesionado con el periódico, pero todo lo que le recomendó el letrado era que tuviera paciencia.

—Si te metes con Damián y lo llevamos a los tribunales, que podríamos hacerlo poniéndole una querrela por injurias y calumnias, será peor. Vamos a ver si podemos contactar con la agencia que tiene la exclusiva de la publicidad en su periódico..., comprobaremos si atacando por ese flanco conseguimos que afloje la campaña.

Así lo hicieron, pero la calma duró poco. Apenas unos meses. Después, el periódico volvió a la carga. La amistad de Santaeugenia con alguno de los jefes de uno de los grandes partidos políticos era la china que constantemente metía el periódico en los navajazos editoriales que tiraba contra el constructor y dueño, también, de empresas en otros sectores. Algunos de ellos estratégicos en el mundo de la telefonía digital y los satélites de comunicaciones. El juego del periódico era diabólico. Con una mano presionaba para que Santaeugenia dejara de apoyar al partido político que gozaba de sus favores, mientras que con la otra pedía apoyo financiero y político para montar un canal de televisión. Sin ningún recato, el periódico se había convertido en la punta de lanza de las ambiciones dinerarias y sociales de sus gestores. Había días que era una máquina de picar carne.

Aunque Julián Santaeugenia, el constructor cuyos socios empezaban a darle la espalda asustados por las negritas de los artículos del periódico, no era la única víctima de los ataques de *El Diario* —también tenía en la diana a varios dirigentes políticos, entre ellos Telmo Salcedo—, el empresario vivía obsesionado con el periódico. Una mañana, en la portada, encima de una foto suya publicada a tres columnas, había un titular muy llamativo: «De comisionista a multimillonario. Las claves de la oscura ascensión del constructor Santaeugenia». Al leerlo, no pudo reprimir un ataque de ira, lo que le provocó una alocada subida de tensión. Paloma, su secretaria, se asustó mucho. Llamó al médico de la empresa pero, cuando llegó, el constructor se negó a verlo.

—Estoy bien, Paloma. Ya estoy bien —le dijo—. No quiero un médico, lo que quiero es que me ponga con el hijo de Íñigo Mendizábal.

El inspector Montañés reclamó el dinero de las dietas que tenía a su nombre en el Departamento de Caja de la Dirección General de la Policía. Tras firmar el recibo y contar el magro caudal puesto en sus manos, pensó que con aquel dinero no le daría ni para invitar a cenar a un cactus. «¡Hay que joderse! En el ministerio siguen pensando en pesetas. Cómo se nota que el ministro no paga en los sitios a donde va.»

Dejó atrás la oficina gruñendo, y, tras coger una bolsa de viaje y comprobar que llevaba cargada su pistola reglamentaria, salió a la calle y paró un taxi.

—Lléveme a Atocha, al AVE —le dijo al taxista.

En poco menos de tres horas estaba en Sevilla, la gran capital andaluza, que ha crecido dejándose llevar, como casi todas las ciudades españolas, por la especulación urbanística, pero en su caso sin perder el extraordinario encanto que la convierte en única.

En la misma estación alquiló un coche y, por la autopista de Cádiz, emprendió viaje hacia Algeciras. Quería llegar antes de que anocheciera para ir al día siguiente, muy temprano, al cuartel de la Guardia Civil en San Roque, desde donde se estaba siguiendo la investigación del caso Aladino.

Durmió mal y se levantó pronto. Una combinación fatal a la que, para acabar de caer por el desfiladero del mal humor, añadió un desayuno consistente en un café solo y un vaso de zumo de naranja envasado. Echó de menos un cigarrillo, y a punto estuvo de pedirle uno al camarero que lo atendió en la barra, que estaba charlando animadamente con una rubia teñida a la que se le notaba que apenas había dormido esa noche. En un determinado momento, la chica miró al inspector Montañés y a punto estuvo de decir algo, pero en el último segundo plegó las velas alertada por el proverbial olfato que, en los ambientes en que ella se movía, suele desarrollarse para detectar a los maderos.

El policía había dejado de fumar hacía unos meses pero todavía tenía el mono. Resistió la tentación y, tras pagar la cuenta, salió a la calle. Tenía mal cuerpo y una mirada turbia que lo reflejaba. Había dejado el coche alquilado en el parking del hotel porque no conocía la zona y pensó que era mejor no perder el tiempo dando vueltas por San Roque, así que paró un taxi. Mientras el coche circulaba a gran velocidad, miró sin verlo hacia el inmenso Peñón, que se erguía al fondo de la bahía como si quisiera expresar el fin de la batalla emprendida entre el mar y el cielo para acotar la línea del horizonte.

—Es *Gibrartá* —dijo el taxista, mirando por el retrovisor.

—Sí, ya lo veo —respondió con sequedad el policía.

—Si quiere, y si no va a *tardá musho*, a la *vuerta* de San Roque lo puedo llevar en el *tasi*...

—No, gracias. Ya me las apañaré.

—Bueno, como guste.

Al llegar a San Roque, el inspector Montañés se dirigió a la casa cuartel de la Guardia Civil. Preguntó por el comandante de puesto y se presentó.

—Encantado —le contestó el hombre que desde el otro lado de la mesa lo recibió con una media sonrisa colocada a resguardo bajo un bigote recortado. El comandante prosiguió—: Supongo que viene usted por lo del guiri que apareció muerto en su casa de la playa. Creemos que se trata de un asalto, aunque ya sé que por la tele han dicho que podría ser un ajuste de cuentas. Pero eso son fantasías de periodistas. Entraron a robar y les sorprendió y le dieron matarile...

El inspector Montañés no contestó. Pidió que le mostraran el informe policial elaborado tras el asesinato.

—Se lo voy a dejar, pero ya sabe que no puede salir de la Comandancia. En realidad, sin permiso del juez ni siquiera debería dejárselo... —dijo el guardia con el aire de superioridad que se gastan algunos funcionarios sabedores de que detrás de sus palabras se yergue la inexpugnable muralla del reglamento.

—Bueno, si prefiere que traiga una orden de la Dirección General, usted verá —contestó el inspector sin levantar la voz.

—No hace falta que me amenace con llamar a Madrid, ya le he dicho que le voy a dejar el informe, lo que sucede es que estos papeles no pueden salir de aquí. Eso es todo —añadió al tiempo que le tendía una carpeta de color marrón que acababa de extraer de uno de los cajones de su mesa de despacho.

—Gracias —respondió el policía—. ¿No hay un sitio donde me pueda sentar a leerlo y a tomarme un café, aunque sea de máquina? —preguntó sin levantar la vista de la carpeta.

—Puede quedarse en el despacho del cabo primero. Ahora no está, está de permiso. En cuanto al café, es usted el que corre el riesgo. La máquina está en el pasillo y funciona con monedas —concluyó el guardia civil sin asomo de cortesía.

«A este picoletto le fastidia que metamos la nariz en su territorio. Por eso se ha puesto tan borde», pensó para sus adentros el inspector Montañés, pero no dijo nada. Se limitó a dar las gracias al guardia civil que tenía al otro lado de la mesa y se fue a por el café llevándose la carpeta bajo el brazo.

La máquina estaba instalada al fondo de un pasillo en el que desembocaban todos los despachos de la planta. Cuando el policía se acercó, había dos hombres que estaban esperando a que el artefacto les proporcionara un café. Uno de ellos vestía de paisano. Estaban charlando animadamente cuando la irrupción del inspector provocó el mismo efecto que una piedra lanzada a un prado en una noche de grillos. Enmudecieron.

—Buenas, ¿qué tal es? —preguntó el recién llegado señalando el vasito de plástico que uno de

ellos sostenía con una mano mientras que con la otra agitaba el líquido con un palito de madera.

—Psche, se deja beber... —contestó el guardia, un joven que llevaba el pelo casi rapado y tenía una mirada alegre—. Eres de Madrid, ¿no? —preguntó.

—Vengo de Madrid, sí.

—Eres compañero, ¿no? ¿Eres policía? ¿Vienes por lo del guiri que mataron en Sotogrande?

—Algo de eso, sí. ¿Lo visteis vosotros?

—Yo no, pero él sí. Él estuvo con el sargento cuando el juez vino a levantar el cadáver —dijo el joven señalando a su compañero.

—Es verdad, estuve allí, pero solo al final, cuando la juez ya casi había terminado —dijo el otro agente. No añadió más y el inspector Montañés supo que no serviría de nada intentar sacarle algo más, por lo que decidió no insistir. Introdujo una moneda y, tras pulsar el botón correspondiente, esperó a que la máquina hiciera su trabajo. Cuando el café estuvo listo, retiró el vasito, se despidió de los guardias y se dirigió al despacho que le había asignado el sargento.

Media hora después, tras leer el informe, llegó a la conclusión de que el escrito estaba a la altura del café. Era rutinario. Pese a todo había un dato que al policía le llamó la atención. El informe decía que en la casa de la víctima se había encontrado un ordenador de última generación del que, por orden de la juez que llevaba el caso, la policía se había incautado. «Quizá pueda salir de ahí alguna pista —pensó—. Si lo intervinieron, debe de estar en el juzgado o aquí.» Tiró el vaso de plástico del café a la papelera y se dirigió al despacho del sargento. Llamó con suavidad a la puerta:

—¡Pase! —contestó una voz al otro lado de la puerta—. ¡Ah, es usted! ¿Ya se lo ha leído? ¿Qué le parece? Está claro, ¿no? Entraron a robar, los oyó, salió a ver qué pasaba y le pegaron tres tiros... Creo que debe de ser obra de maleantes del Este, alguna banda de albano-kosovares o rumanos... —dijo el sargento sin esperar a que el inspector abriera la boca—. Chusma —prosiguió—, chusma peligrosa porque ahora, con las facilidades que hay para ir de un lado para otro sin pasaportes ni fronteras, nos está entrando lo mejorcito de cada casa.

—Tenía entendido que no se descartaba que hubiera sido obra de uno solo, de un profesional —replicó el policía en un tono de voz neutro.

—¡Ah, sí, sí, yo también lo he oído decir en la televisión! Es una chorrada, una chorrada que se le ocurrió decir a Palazón, el cabo, cuando estábamos saliendo de la casa acompañando a la juez. Ya sabe..., había por allí periodistas y, claro, pues lo largó sin encomendarse a Dios ni al diablo. Porque esa es otra: ¡hay que ver la cantidad de chorradas que dicen por la televisión! Yo, para mí, que los periodistas se aburren y concursan entre ellos a ver quién la dice más gorda.

El inspector Montañés no contestó. Con una voz cargada de calma, le preguntó por el ordenador del que se habían incautado.

—Supongo que estará en el depósito. Se hizo cargo de él el cabo...

—¿Palazón?

—Sí, Manuel Palazón, veo que tiene usted buena memoria para los nombres —contestó con

susplicacia el sargento—. Ya sabe que es material judicial y ni se puede tocar ni trasladar sin permiso de su señoría.

—Claro, claro. Yo solo quería saber..., me gustaría saber si hay algún hilo del que podamos tirar. ¿Dónde puedo encontrar al cabo Palazón?

—Pues no sé..., hoy, creo que libra, pero pregunte usted al número de la puerta, que quizá él le pueda dar razón. De todos modos —añadió el sargento—, mañana a las ocho de la mañana estará aquí como un clavo para izar bandera. Si quiere acompañarnos...

—Lo haré, si es que antes no doy con él. Gracias. Gracias por todo —se despidió el policía dando la mano al uniformado.

—No hay de qué, estamos para servir. Yo no soy de los que se pica cuando ve que vienen por aquí los de fuera a husmear. A mí lo que me interesa es que esto esté lo más tranquilo posible. Pero ya le digo, con todo lo que nos está entrando por todas partes, estamos desbordados. Sobre todo con el narco. Lo que está pasando en Algeciras es que nos supera. Van por delante en medios, tienen de todo, y nosotros seguimos con los Patrol de hace diez años. A ver si se enteran los de Madrid y hacen algo.

El inspector Montañés asintió con un gesto de cabeza y salió del despacho en dirección a la puerta del cuartel. Al preguntar por el cabo Palazón, el agente de guardia le señaló con el dedo a un hombre que estaba a punto de entrar en un coche aparcado frente al cuartel. Montañés reconoció al hombre vestido de paisano al que había conocido junto al otro guardia mientras tomaban café.

—¡Perdone! —dijo en voz alta salvando la distancia que los separaba—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

El aludido se quedó quieto, dudando. Después habló:

—Es mi día libre, si quiere hablamos mañana por la mañana...

—Será solo un momento, cabo. Solo un momento.

El aludido parecía mantener una lucha interior. Lo miró fijamente y, por fin, dijo:

—Está bien. Suba —dijo entrando en el coche y poniéndolo en marcha. Cuando el inspector se hubo acomodado, arrancó—. Póngase el cinturón, que ya sabe que ahora conducir sin él puede ser objeto de sanción.

—Gracias por concederme un minuto. Iré al grano. Me ha dicho el sargento que usted creía que a Mordekai Rojo lo había matado un profesional. ¿Por qué? ¿En qué se basa? —preguntó el inspector sabiendo que corría el riesgo de asustar al otro y que este se cerrara como se cierran algunos moluscos cuando detectan alteraciones en la tensión del agua que los rodea.

—Yo no he dicho nada de eso en el informe. No sé qué le ha podido llevar al sargento a pensar semejante cosa...

—Bueno, no me ha dicho que, oficialmente, lo haya manifestado usted en el informe, lo que me ha dicho es que usted lo había comentado precisamente el día en el que estuvieron levantando el cadáver.

—Ya, es esa cosa de los periodistas, que lo dijeron por la tele. Ya, bueno, yo dije aquello porque me parecía que en la casa no había signos de que hubieran entrado a robar, todo estaba como muy ordenado, y hasta el ordenador estaba enchufado. Digo yo que si hubieran ido a robar, pues también se lo habrían llevado porque es de una marca cara. Eso es todo. También me sorprendió que le hubieran disparado en el cuello, que lo remataran de un tiro en la cabeza y que no se encontraran los casquillos.

—Puede ser que utilizaran un revólver— replicó el inspector.

—No, no lo creo. Ya veremos lo que dice la parafina, pero no, no lo creo. Creo que al guiri lo mataron de dos tiros con una pistola y luego recogieron los casquillos. ¿Ha leído usted el informe?

—Sí, lo he leído, y recuerdo que se apunta esa misma posibilidad. ¿Lo ha redactado usted?

—La parte de balística, sí. Lo demás supongo que lo habrán hecho mis compañeros y el sargento habrá dado los últimos toques. La juez es muy puntillosa y quiere que todo este meticulosamente escrito.

—¿La juez...? —preguntó con aire de extrañeza.

—Sí. Su señoría María Concepción Romero Villalba. Treinta y dos años y todo un carácter — contestó el cabo con un deje de malicia.

—¿Han encontrado algo en el ordenador? —preguntó el policía pasando por alto la insinuación del cabo.

—Yo no soy un experto en informática. Hemos pedido que venga uno de la Comandancia de Cádiz. Lo que había en los archivos que estaban a la vista era un montón de correos electrónicos con el extranjero; el tío este tenía dos pasaportes, uno británico y el otro israelí. Habrá que analizarlos todos, y eso llevará su tiempo. ¿Me permite que ahora sea yo quien le haga una pregunta? —añadió el cabo sin desviar la mirada de la carretera por la que circulaban.

—Sí, claro. Pregunte usted.

—¿Por qué tiene Madrid tanto interés en este caso?

—Yo no he dicho eso.

—No, usted no ha dicho nada, pero es evidente que ese interés existe. Su misma presencia aquí lo demuestra. Seguro que saben más que nosotros de la vida y milagros del muerto. ¿Quién era en realidad ese tío?

—Créame que no es así. Estamos investigando su muerte porque era un extranjero y esas cosas salen en la prensa de fuera y perjudican la imagen de España, pero nada más. Sé del caso lo que acabo de averiguar leyendo el expediente y ahora, hablando con usted. De verdad que no sé más. Volviendo al ordenador, ¿qué habría que hacer para echarle un vistazo?

—Bueno, como quiera, si se empeña en que me crea que está aquí solo porque el muerto es un guiri, allá usted. De lo del ordenador, la verdad es que, sin autorización de la juez, me temo que no va a ser posible.

—¿Usted le ha echado un vistazo?

—Sí, claro, pero ya le digo que no soy un experto.

—Volviendo a lo del arma, ¿por qué pensó que había sido obra de un profesional?

—Ya se lo he dicho, estaba todo en su sitio. Si hubiera sido obra de una banda, como sostiene el sargento, se habrían llevado cosas; cuando lo mataron, la asistente no estaba en casa, estaba en el mercado, y fue a la vuelta cuando descubrió el fiambre y nos avisó, pero nos dijo que no echaba nada en falta. Es por eso por lo que creo que fue un *killer*, un profesional, el que acabó con él. A saber en qué negocios estaba metido. Ya sabe que en Gibraltar hay de todo, y no siempre lo mejor de cada casa.

—Bueno, gracias por todo. Puede dejarme por aquí, ya me las apañaré —añadió el comisario.

—¿No sería mejor que lo dejara cerca de los juzgados? —preguntó el cabo con socarronería.

—Pues, hombre, la verdad es que me haría usted otro favor... y van dos.

—Bueno, ya me los devolverá usted cuando vaya por Madrid —respondió el guardia civil tendiéndole la mano.

—Eso está hecho, cuente con ello —añadió el inspector Montañés dándole un apretón de manos.

Le dejó una tarjeta de visita. El guardia la leyó y se la guardó con una sonrisa, como si con ella le hubiera dado la confirmación de su teoría acerca de la importancia de aquel asunto.

Minutos después llegaban a una plaza en cuyo edificio principal se encontraba la sede de los juzgados territoriales. Allí se despidieron.

El inspector Montañés se disponía a entrar cuando sonó el móvil. Quien llamaba era una de las secretarías de la comisaría. Le anunciaba que había llegado un correo que podía estar relacionado con el caso que estaba investigando y por eso lo llamaba.

—Léemelo, Carmela.

—Un momento, que abro la carpeta... Sí, aquí está. Lo envían desde Holanda, desde la brigada que está siguiendo el caso del asesinato de Cosme Damián. Está en inglés, voy traduciendo sobre la marcha. Lo saludan a usted y dice que en el registro de la habitación del hotel Bilderberg donde aparecieron los cadáveres del español Cosme Damián y de su joven acompañante habían encontrado una agenda que debió de pertenecer al magnate. Está en manos del juez que se ha hecho cargo del caso, pero dice que el inspector que lleva el asunto pudo ojearla y, como habla un poco de español, anotó un par de cosas que le llamaron la atención y le pide que se ponga en contacto con él.

—¿No dice nada más? —preguntó el policía con inesperada impaciencia.

—No, inspector. Lo único que añade es un número de teléfono móvil. Si quiere apuntarlo... —respondió la secretaria.

—Dame un minuto, que busco un boli. —Una vez anotado el número de móvil, preguntó—: ¿Hay alguna otra novedad por ahí?

—No. Bueno, lo de siempre: mucho curro y cada vez menos sueldo.

—No te quejes, Carmela, que hay muchos que lo están pasando peor.

—Ya, pero yo hablo de lo que conozco.

—Bueno, cuando vuelva te traeré un regalo de Gibraltar.

—Que no sea un mono, que de esos estamos sobrados —respondió la secretaria en un tono que delataba cierta complicidad.

—No te preocupes, mujer, que lo que sea no morderá. Ah, y avísame si sale alguna noticia sobre el caso en los periódicos de Madrid, que aquí no me sobra tiempo para leer.

Colgó el teléfono y, durante unos segundos, se quedó quieto, parado como una estatua, frente a la puerta del Juzgado de Primera Instancia de San Roque. «La agenda, la agenda de la que nos habló el oficial de la policía cuando estuvimos en Ámsterdam. Puede que tenga alguna otra anotación que nos dé alguna clave —se dijo recordando los nombres de Santaeugenia y Telmo Salcedo—. Creo que en Ámsterdam tienen la misma hora que nosotros... Lo mejor será que antes de intentar hablar con la juez llame al colega holandés por si la información que tiene enciende alguna luz en este jodido caso», pensó para sus adentros mientras echaba a andar en dirección a un parque que había visto al pasar.

El lugar estaba casi vacío. Buscó un banco y se sentó. Rebuscando en uno de sus bolsillos, volvió a sacar la libreta que siempre llevaba consigo, en la que había anotado el número de teléfono que le había dado la secretaria. Marcó y, mientras se establecía la conexión, imaginó que su colega le hablaría en inglés. Para su sorpresa, el policía holandés hablaba bastante bien el español. Fue una sorpresa agradable. Y no fue la única. Pero antes su interlocutor le habló de la agenda encontrada en la habitación del crimen. Le recordó varias veces que la información era confidencial, de policía a policía, y añadió que la agenda estaba en posesión del juez que lleva el caso, que había decretado el secreto del sumario. Añadió que, al ser él el único de la brigada especial que entendía el español, el compañero que había llevado la primera fase de la investigación le había mostrado la agenda, así que había podido examinarla. En primer lugar, le habían llamado la atención dos anotaciones. Eran dos nombres, rodeados por un círculo y acompañados de una palabra en alemán.

Su interlocutor dijo que tenía anotados los nombres en un papel y que precisamente se había puesto en contacto con él para preguntarle quiénes eran y qué significado le daba al círculo y al subrayado. Su jefe ya le había dicho que, cuando él y su compañero —se refería, por supuesto, al comisario Malvar— estuvieron en Ámsterdam, les había hablado de aquellos nombres. El policía holandés le leyó los nombres que figuraban en la agenda de Cosme Damián, que, efectivamente, eran los de Salcedo y Santaeugenia, y también la palabra rodeada de un círculo que los acompañaba, *Kaputt*.

—¿Había algo más en la agenda? —preguntó el inspector.

—¿Algo más?, ¿como qué?

—No sé, más nombres... ¿Miró usted si en los días previos al viaje de Damián había anotado algo... algo que a usted le llamara la atención? No sé...

—Bueno, en las anotaciones de dos semanas antes de viajar a Holanda recuerdo que había una nota... curiosa, sí, creo que *curiosa* es la palabra adecuada.

El inspector Montañés no pudo contener su impaciencia y preguntó:

—¿A qué se refiere al decir *curiosa*? ¿Qué decía la nota? —El inspector no pudo disimular su apremio.

—Decía: «Berlín. Stasi. Investigar». Me pareció curiosa porque la Stasi ya no existe. Como sabe, desapareció tras la caída del Muro.

—Bueno, a lo mejor es que estaba pensando en hacer un reportaje. No olvide que tenía un periódico.

—Sí, claro, quizá sea eso, pero me pareció, como le he dicho, una anotación curiosa.

Montañés se quedó callado durante un tiempo, que al policía holandés le debió de parecer eterno.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó su colega desde la distancia.

—Sí, sí, perdone. Es que me desconcierta el posible significado de esa anotación sobre la Stasi... y los nombres... No sé.

—Sí... Por cierto, esas personas, las de los nombres que aparecen en la agenda, ¿son gente conocida en España?

—Sí —respondió el inspector—. Muy conocidos.

—¿Y qué interpretación hace usted sobre las anotaciones?

—No sé. Tendría que pensarlo. Ya le digo que me resulta sorprendente. Si descubro algo lo tendré informado. Y muchas gracias por ponerse en contacto con nosotros y por atender mi llamada. Le debemos una —añadió Montañés despidiéndose de su colega holandés.

Cuando colgó el teléfono, se quedó con el móvil en la mano y con gesto pensativo. «Esto cambia las cosas. Quizá el muerto nos ha dejado un mensaje.» Decidió cambiar de planes y buscar un bar para tomar un café. Antes de enfrentarse con la juez, necesitaba pensar sobre la conversación que acababa de tener.

La juez María Concepción Romero Villalba recibió al inspector tras hacerlo esperar un buen rato. «No sabía que San Roque diera tanto tute al juzgado.» Montañés pensó que la juez se daba importancia prolongando aquella espera. Cuando un funcionario le anunció que su señoría lo recibiría, el policía se alisó como pudo los pantalones, pero el intento de corregir el lamentable estado de su chaqueta resultó inútil. El tren, las muchas horas de viaje y las prisas en el hotel, que le habían impedido cambiar de indumentaria, habían dejado su firma. De cualquier forma, ya era tarde para cambiar las cosas, así que respiró hondo y, empujando la puerta que el funcionario había dejado entornada, entró en el despacho.

—Con permiso...

—Pase, pase. —La juez, que estaba sentada tras la mesa del despacho, llevaba gafas y tenía la toga puesta. Desprendía una apariencia juvenil que, dada la responsabilidad de su encomienda, procuraba disimular con una seriedad extrema en palabras y gestos.

—Siéntese, por favor. Le he recibido porque, según me indica el secretario con el que habló esta mañana, tenía usted alguna información relacionada con un caso que estamos investigando, concretamente el asesinato de un súbdito británico residente en Gibraltar que apareció muerto en su residencia de Sotogrande. ¿Es así?

—Perdón, creo que hay un pequeño equívoco. Más que tener información del caso, lo que me ha traído desde Madrid aquí es recabar información sobre este asunto.

Al escuchar aquellas palabras, la juez pareció contrariarse.

—¿Ha venido desde Madrid a investigar un asesinato que se ha producido en la provincia de Cádiz? ¿Está usted asignado a la Brigada Antiterrorista o adscrito al grupo contra la delincuencia económica? De no ser así, no parece que este asunto le concierna. Y en el juzgado no se ha recibido ninguna comunicación al respecto... Vamos, que deduzco que va usted por libre, lo cual me sorprende y me obliga a decir que no puedo facilitarle ninguna información sobre un sumario cuya responsabilidad es de exclusiva competencia de este juzgado. Espero haberme explicado con suficiente claridad. —El tono de irritación que delataban las palabras de aquella mujer puso en alerta al inspector Montañés. A la vista del panorama, el policía decidió plegar velas y no insistir.

—Lo siento. Creemos que el caso podría estar relacionado con otro que estamos investigando. Es solo una hipótesis de trabajo, pero en la Brigada pensamos que el asesino que acabó en Sotogrande con la vida de ese hombre de negocios podría ser el mismo individuo que andamos buscando en relación con otro crimen. Creemos que podría tratarse de un profesional...

El inspector Montañés dejó caer las últimas palabras arrastrando un poco la frase, como queriendo picar la curiosidad de la juez. Pero su señoría no picó.

—Lo siento, pero no le puedo facilitar ningún tipo de información. Sería contrario al debido respeto a la jurisdicción que represento. Si, como dice, la investigación que están ustedes llevando a cabo podría estar relacionada con este caso, ya sabe usted cuál es el camino para conseguir estar presente en el procedimiento abierto aquí. Este caso, como supongo que ya sabe, lo lleva la Guardia Civil y, como seguramente no ignora, los agentes son muy celosos de sus competencias.

Lo sabía, vaya que si lo sabía. También ellos lo eran en relación con los picoletos. El policía asintió con la cabeza y decidió no insistir. Había pinchado en hueso. Comprendió que, si insistía, aquella mujer incluso podía ordenar que lo detuvieran. Se levantó de la silla, y, puesto en pie, tras alisarse con un gesto mecánico la chaqueta, se despidió y dio media vuelta caminando en dirección a la puerta. Abandonó aquel lugar pensando que allí ya no tenía nada que hacer. Pero no se iba con las manos vacías del todo. La conversación con el agente de la Guardia Civil le había dado algunas pistas. Decidió volver a Madrid.

Volvió al hotel, pagó la cuenta y, en el coche alquilado, enfiló la autopista de Málaga. Ya en el tren, empezó a darle vueltas a las novedades que le había comunicado su colega de Ámsterdam. «Lo más práctico será pedirle al juez que pinche algunos teléfonos. Nos movemos a ciegas, así que...» Eran ideas que le pasaban por la cabeza al tiempo que otras las descartaba por entender que ningún juez se atrevería a intervenir los teléfonos de algún periodista. «Tienen mucho poder, sería un escándalo», se decía él mismo. Pero al llegar a Madrid y salir de la estación ya había tomado una decisión.

Al inspector Gabriel Montañés le había entrado la prisa. A su regreso de Málaga, apenas recaló en su casa. El tiempo justo para ducharse y cambiarse de ropa. Después, ya en la calle, paró un taxi y le dio la dirección de la Jefatura. Antes de hablar con el comisario quería pasar por su oficina. Quería ver los correos del colega de Ámsterdam y pedirle a Carmela, la secretaria, que rastreara internet y le buscara las últimas noticias que la prensa holandesa hubiera publicado sobre el caso del doble asesinato en el Club Bilderberg.

—¡Hola a todos! —saludó sin mirar a nadie. Luego se dirigió hacia donde estaba la secretaria—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó al llegar a la altura de la mujer.

—Bien. Aquí ya sabes que cuando no están los jefes es cuando todo funciona —contestó Carmela con un deje de guasa—. ¿Qué tal por Gibraltar? ¿Son tan malos los monos como dicen...?

—Déjate de coñas, Carmela. Al final no pasé al Peñón. No tuve tiempo. La verdad es que casi me podía haber ahorrado el viaje porque la juez que lleva el caso es de lo más borde. En fin, menos mal que cuando me llamaste para decirme lo del correo de Ámsterdam se encendió la bombilla y puede que las cosas empiecen a tener sentido en este jodido caso.

—Celebro oírte decir eso, jefe.

—Sobre lo de Ámsterdam, quiero que hagas un rastreo en internet buscando en la prensa holandesa cualquier noticia que publiquen sobre el asunto. Estará en holandés, pero ya sabes que muchas páginas suelen ofrecer la posibilidad de traducir el contenido al inglés. No buscamos nada en concreto, pero nos puede servir todo, cualquier detalle, incluso las columnas de opinión de los periodistas que siguen las reuniones del Club Bilderberg. Según tengo entendido, a pesar de los asesinatos, no interrumpieron las sesiones. A ver qué encuentras y me sacas copia. Yo me voy ahora a hablar con el comisario. Salvo novedad muy muy urgente, no me llames. Si termino pronto, volveré; si no, nos veremos mañana.

—Bien. Haré lo que me dices. ¡Suerte con el comisario!

Montañés se dirigió a su mesa. Estaba medio llena de papeles, pero muy ordenados, novedad que le hizo levantar la mirada hacia Carmela. Se sentó y marcó el teléfono del despacho de su superior y, tras identificarse, preguntó por el comisario jefe.

—No cuelgue —respondió una voz al otro lado de la línea—. Sí, que venga usted. El comisario lo espera. —Y colgó sin esperar la respuesta del inspector.

—Menudo carácter —se dijo al tiempo que recogía la copia del correo enviado por el colega holandés y salía otra vez a la calle.

Tardó poco en llegar a su destino. Al pasar por delante de la secretaria del comisario le dirigió un saludo con la cabeza que la mujer respondió con una media sonrisa.

—Pase, el comisario le está esperando —dijo sin dejar de teclear en el ordenador.

—Buenas tardes, Montañés, pase y siéntese —dijo el jefe invitándolo a entrar—. ¿Qué novedades tenemos sobre el caso Damián?

Montañés no esperaba que le preguntara por cómo le había ido en el viaje, pero la pregunta a bocajarro sobre el caso le hizo comprender que su superior debía de estar siendo presionado y quería ir al grano.

—Verá, jefe, en Sotogrande y en San Roque, que es por donde me he movido, no pude sacar gran cosa. La juez que lleva el caso es muy celosa de su jurisdicción y se negó a darnos información sobre el sumario que lleva y sobre los resultados de la autopsia del cadáver de Mordekai Rojo, el financiero gibraltareño asesinado. Y los guardias civiles con los que estuve hablando, pues ya sabe usted que también son muy suyos a la hora de compartir con nosotros el resultado de sus investigaciones. Total, que por ese lado solo me traigo la confirmación de que al guiri se lo cargó un profesional. De dos tiros, uno en el cuello y otro en la cabeza, los dos mortales de necesidad... como los de Holanda.

Iba a continuar, pero el comisario lo interrumpió.

—Ha dicho usted que el muerto de Gibraltar era un financiero, ¿tenía entendido que era comerciante?

—Bueno, al parecer, se dedicaba un poco a todo. Ya sabe que el Peñón está lleno de bufetes que tienen registradas a cientos, miles de empresas, se habla de que hay más empresas que habitantes. Muchas de ellas, por cierto, son de españoles. Y, como usted sabe, algunos de esos bufetes tienen fama de dedicarse al blanqueo de capitales. Al parecer, el tal Mordekai Rojo era un judío de Tánger que se hizo rico primero como comerciante y después como testaferro de inversores de capital. La prensa de La Línea publicaba algunos artículos sobre este hombre... lo llamaban Aladino.

—¿Aladino? Qué era, ¿el genio de la lámpara? —preguntó con ironía el comisario.

—No sé, jefe. Creo que, de momento, ese muerto no es el que más nos interesa, aunque le pedí a un guardia civil con el que hice buenas migas que me tuviera al tanto si se producían novedades. Me pareció un buen chaval, y estoy seguro que si hay algo nuevo me llamará. Pero verá, jefe, lo que realmente es más novedoso no viene del sur. Viene del norte.

—Explíquese, Montañés, no empiece con sus juegos de palabras.

—A eso iba, jefe.

Le contó por encima la información del colega holandés sobre las anotaciones de la agenda de Cosme Damián y le planteó que, tal como estaban las cosas, lo positivo sería pedir autorización al juez para intervenir los teléfonos de algún periodista del equipo del diario de Cosme Damián.

—¿He oído bien? ¿Sabe usted lo que acaba de decir? Pinchar el teléfono a un periodista es como tirar la bomba atómica. Ningún juez querrá autorizarlo, ni aunque tuviéramos indicios más

que fundados para justificar una medida tan drástica como esa. Si se filtrara, toda la prensa se nos echaría encima y rodarían cabezas. La suya y la mía las primeras; después vendrían otras. Los periodistas se llevan a matar entre ellos, pero cuando se sienten atacados reaccionan como los lobos cuando ven peligrar su manada. Además, ya me costó lo suyo que en la Audiencia Nacional nos autorizaran a pinchar el de Santaeugenia, así que ir ahora con otra petición no me parece ni oportuno ni prudente.

—Perdone, jefe. No digo que no tenga usted razón, pero es que podría ser la salida que nos podría llevar a solucionar el caso Damián. En cuanto al juez, podríamos estudiar bien la situación y escoger el momento en el que presentamos la petición. Averiguamos quién está de guardia y a quién le tocaría en el reparto —replicó el inspector, sabiendo que el comisario había planteado todos los inconvenientes para poner en marcha la solicitud pero que en ningún momento había puesto en duda su posible utilidad.

—No sé, Montañés. Creo que le está dando usted mucha importancia a unas simples anotaciones de una agenda. A lo mejor Cosme Damián solo trataba de recordar alguna cita con Santaeugenia o con Telmo Salcedo.

—¿Y por eso los señalaba con un *kaputt*? No. No lo creo. Más bien creo que iba detrás de ellos. Iba a por ellos de la manera que lo hacen en su periódico y su canal de televisión. Con informaciones comprometedoras que persiguen a sus víctimas hasta sentarlas en el banquillo o llevarlas al suicidio, como ocurrió en alguna ocasión. Jefe, creo que ese *kaputt* era algo así como la mota negra de *La isla del tesoro*...

—Caramba, Montañés, hoy está usted de lo más inspirado —dijo con ironía el comisario—. Pero —prosiguió— no me convence del todo. Es muy arriesgado. Por otra parte, ¿qué utilidad podría tener?

—Hombre, jefe. Habría que pinchar el teléfono de algún periodista para averiguar en qué estaban trabajando por encargo de Damián. A quién de ellos había encargado Damián para *ejecutar* a sus víctimas. Si no estoy equivocado, alguno de ellos nos podría dar la pista que necesitamos, ¿no le parece? Y luego está lo de Berlín y la Stasi, ¿a quién le interesa ahora una policía política que ya no existe? No sé, jefe, a mí todo esto me parece que nos está diciendo algo, lo que pasa es que no sabemos qué. Por eso le decía lo de pinchar los teléfonos.

—Tal como usted lo presenta, parece fácil. Pero ¿a quién cree que habría que pincharle el teléfono? —preguntó el comisario jefe.

Montañés improvisó la respuesta.

—Teniendo pinchado a Santaeugenia, lo lógico sería investigar a los que están publicando información sobre ellos en el periódico. Luego iríamos a por Telmo Salcedo.

Se hizo un silencio que quebró enseguida la voz áspera del comisario.

—Usted lo ve todo muy fácil, pero tampoco sabemos si ahora que Damián ya es historia van a seguir la misma línea en el periódico.

—En eso sí he pensado. A lo mejor tenemos que esperar con los periodistas hasta ver lo que

publica el periódico —contestó el inspector con un deje de resignación—. Pero —añadió— yo no lo aplazaría mucho.

—¿Y no cree que podemos tener problemas con lo de Salcedo? —respondió el comisario—. Pinchar a Santaeugenia no me preocupó demasiado, todo el mundo sabe que es un golfo y que tiene más de un lado oscuro, pero con Telmo Salcedo la cosa cambia. Es un político, y nada hasta ahora indica que pueda estar metido en ningún asunto turbio. Me parece un exceso y un riesgo innecesario. Tendríamos que justificarlo muy, pero que muy bien ante su señoría, ¿no cree usted?

El inspector Montañés no se amilanó. Guiado por una de sus corazonadas, creía firmemente que la clave del asesinato de Cosme Damián estaba en aquellas anotaciones de agenda de las que les habían informado sus colegas holandeses.

—Jefe, debemos asumir el riesgo. Creo que la agenda de Cosme Damián nos está señalando las puertas que debemos abrir. No se preocupe, lo llevaremos con la máxima discreción. Usted consiga la autorización, lo demás es cosa mía.

—¿Que no me preocupe? ¿Habiendo periodistas y políticos de por medio? ¡Hombre, Montañés, no me cuente chistes a estas horas! Sabe tan bien como yo que si trasciende lo del pinchazo y no hay nada nuevo que lo justifique nos crucificarán en la primera página de todos los periódicos y en todos los telediarios.

—Lo sé, jefe, lo sé, pero le pido que confíe en mí. Usted me ordenó que llevara este asunto y que lo hiciera con discreción, y eso es lo que he venido haciendo hasta ahora. Nadie, fuera de los que tienen que saberlo, sabe qué es lo que estamos investigando.

—No es posible, Montañés. Se le escapa un *pequeño* detalle: involucrar a la Audiencia Nacional es como entrar en territorio comanche. Por eso hay que ir con pies de plomo, ¿me ha entendido usted bien, Montañés?

—Sí, jefe. No se preocupe.

—Bien, pase usted mañana otra vez por Jefatura y veremos si ponemos o no en marcha la petición al juez y analizando a quién le tocaría por reparto. Que quede claro que, de momento, no hay petición.

—De acuerdo, pero eso reducirá el campo y nos retrasará la investigación.

—Vamos a ver, Montañés, para que de una vez por todas empecemos a hacer las cosas bien. No es cuestión de ir deprisa. Las cosas no van por ahí. Se trata de hacer lo correcto. Por lo que usted me dice, estamos buscando una hipotética conexión entre el asesinato de Cosme Damián y la muerte en Sotogrande del financiero ese de Gibraltar..., pero no tenemos ninguna prueba que permita justificar la intervención del teléfono de nadie. Todo son conjeturas tuyas. Ningún juez de la Audiencia Nacional autorizaría el pinchazo sin que el caso tuviera relación con un delito de los que son de su competencia.

—¿Qué hacemos entonces, jefe? —preguntó desanimado el inspector Montañés.

—Pensar, pensar antes de hacer nada que se nos pueda volver en contra.

—Está bien, jefe. Gato blanco o gato negro, lo importante es que en algún momento nos

autoricen el pinchazo, ya verá como tengo razón en soltar hilo a esa cometa.

—Bueno, bueno, Montañés, no se me entusiasme que no estamos rodando una película. Este es un asunto muy serio y, la verdad, no acabo de ver la relación entre los trapicheos con obras de arte de Santaeugenia y el caso Cosme Damián, y menos aún qué pinta en todo esto un político como Telmo Salcedo, que, a decir verdad, que yo recuerde, nunca ha dado pie a un escándalo. Bien, ya hablaremos, téngame informado de cualquier novedad. No se imagina la presión que tengo de los de arriba —añadió señalando con un dedo al techo del despacho.

—Lo supongo, comisario, pero le pido que confíe en mí. Si no ordena usted nada más...

—Nada. Váyase y téngame al tanto.

El policía salió del despacho muy despacio. Mentalmente se sentía agotado. Ante el cúmulo de ideas que bombardeaban su cerebro, decidió apagarlo. «Mañana será otro día —se dijo—. No puedo más, si no desconecto me estallará la cabeza.» Decidió tomarse libre el resto de la tarde. Salió a la calle y paró un taxi. Había decidido volver a casa y descansar. El taxista llevaba puesta en la radio una emisora que radiaba música clásica. Mentalmente, el policía se lo agradeció. Pero no hizo ningún comentario al respecto. Cuando uno necesita silencio, iniciar una conversación con un taxista entraña cierto riesgo. Pasan muchas horas al volante, y una forma de aliviar la tensión que provoca el tráfico y el estrés pasa por liar la hebra con el pasajero que se presta; eso lo tenía claro Montañés. Y no había manera de pararlos.

Ignorando que el juez había autorizado el pinchazo de sus teléfonos, Julián Santaeugenia se había citado con Ivonne Genet a las nueve y media de la mañana de un día gris del mes de marzo en la biblioteca del hotel Santo Mauro de Madrid, un sofisticado establecimiento al que acudía la gente que tiene mucho dinero pero también el buen gusto de no querer exhibirlo.

La francesa llegó diez minutos tarde. Es el privilegio de las mujeres hermosas; diez años atrás habría tardado veinte y nadie se lo habría reprochado. Santaeugenia se puso en pie al verla aparecer. En otro tiempo habría intentado ligar con ella; ahora estaba demasiado agobiado como para abrir otro frente. Fue al grano.

—¡Buenos días! ¿Qué ha decidido? —preguntó sin aguardar respuesta a su saludo de cortesía.

—*Bonjour, monsieur. Oui.* He decidido que nos conviene cerrar la operación. El precio sería el último que habíamos barajado: un millón de dólares. ¿Le parece bien?

—Sí. Está bien. Vale mucho más, pero ahora no tengo tiempo para darle más vueltas a la cosa. ¿Qué ha pensado respecto de la forma de pago?

—Creo que lo mejor será que nos diga usted un número de cuenta, ¿le parece bien?

—Preferiría que el pago fuera en efectivo. En ese caso, habría una rebaja, pongamos que un diez por ciento. ¿Qué le parece?

—Tendría que consultarlo —contestó la francesa sorprendida por aquella novedad.

—Bien, pues, si le parece, lo dejamos aquí y cuando haya decidido me llama a mi móvil. ¡Ah!, y cuidado con lo que dice, ya sabe que estamos todos controlados, ¿de acuerdo?

Hizo la broma sin saber hasta qué punto en su caso era cierto que estaba siendo controlado.

—Sí, claro. De acuerdo —respondió la francesa.

Santaeugenia se incorporó y su interlocutora hizo lo propio. Después se acercó a ella y la besó en la mejilla. Un gesto muy arraigado en las costumbres españolas pero que siembra gran desconcierto entre quienes proceden de países con gentes menos efusivas.

—¡Adiós! Espero que nos volvamos a ver muy pronto —dijo el empresario con un lejano deje de coquetería.

—*Oui.* Yo también lo espero —respondió mirando a aquel hombre, cuyos modales bruscos recordaban los movimientos toscos de los rinocerontes.

Tras quedarse sola, Ivonne Genet dudó sobre lo que debía hacer. Su primera idea había sido llamar por teléfono a Walter de Roux pero la rechazó enseguida. Sabía que su amigo no contestaría. «Le enviaré un correo», pensó al tiempo que se encaminaba hacia una sala en la que

había visto algunos ordenadores. Envío el e-mail y esperó. La contestación fue muy escueta. Un simple «OK». Con aquella respuesta, la francesa marcó el número de móvil de Julián Santaeugenia. Fue muy discreta, y la conversación apenas duró un minuto, el tiempo para acordar una nueva cita y cerrar la compra. Ninguno de los dos mencionó el cuadro, pero al día siguiente, cuando al inspector Montañés le facilitaron las transcripciones de todas las conversaciones que había tenido el empresario, le llamó la atención aquella por su brevedad y laconismo. Pidió que le trajeran la grabación y que lo dejaran solo. Al escuchar aquella voz de mujer, con su inconfundible acento francés, el policía creyó que merecía la pena investigar quién era la interlocutora de Santaeugenia. Le llevó un par de horas porque tuvo que pedir a un contacto que tenía en una de las compañías telefónicas que operaban en la ciudad que averiguara desde dónde se había realizado la llamada. Después fue cosa de poco acercarse hasta el hotel desde donde había partido la llamada.

Tras identificarse en la recepción, no tardó en averiguar lo que quería. «Sí, una de las clientas del hotel es de nacionalidad francesa —le informó el recepcionista—. Está registrada como Ivonne Genet. Llegó hace dos días y sigue en el hotel. Tiene su llave en el casillero», añadió.

El policía le agradeció la información. Estaba a punto de marcharse cuando tuvo una corazonada.

—Dígame, ¿tienen internet en el hotel? —preguntó.

—Sí, por supuesto. Tenemos varios ordenadores en la biblioteca que están a disposición de los clientes. Si quiere verlos, lo puedo acompañar —contestó señalando en la dirección del sitio al que se había referido.

—No se moleste, gracias. Iré solo. Dígame la contraseña para entrar.

El recepcionista la apuntó en un tarjetón.

De dos zancadas, el inspector Montañés se presentó en la biblioteca. Era un lugar acogedor, diseñado para ofrecer una sensación de confort a quien quisiera hacerse a la idea de que no estaba en un hotel. Había dos personas utilizando uno de los equipos y otros dos estaban libres. El policía tomó asiento y activó uno de los equipos. Tras abrir con la contraseña, fue a buscar la pestaña del historial. No observó nada que le llamara la atención. Las últimas búsquedas registradas eran diarios digitales españoles, la mayoría especializados en información económica. Cerró el equipo y se sentó frente al segundo ordenador, que seguía libre. Repitió la operación anterior y tampoco encontró nada fuera de la lógica de búsqueda de información de los clientes de un hotel de lujo. Iba a levantarse para abandonar la biblioteca cuando observó que quedaba libre el tercer equipo, el que antes estaba siendo utilizado por una pareja de huéspedes. Esperó a que salieran del recinto y, tras abrir con la contraseña, buscó la pestaña del historial de consultas. El cliente anterior debía de ser un buen gastrónomo porque había buscado las páginas web de algunos de los mejores restaurantes de la capital de España. Más abajo, en el panel de reseñas, observó algo que llamó su atención. Era una lista de páginas de dos diarios digitales franceses y

de una casa de antigüedades española que estaba en una de las principales calles del barrio de Salamanca, uno de los distritos más distinguidos y caros de Madrid.

El instinto de policía le decía que quien había estado utilizando el ordenador un par de horas antes era la mujer francesa que la víspera había estado hablando con Julián Santaeugenia. ¿Quién si no podría tener interés en consultar webs con información de periódicos franceses? Para asegurarse, decidió preguntar al conserje si había más clientes franceses alojados en el hotel.

—De nacionalidad francesa, en estos momentos, solo tenemos alojada a la señora Ivonne Genet, ¿debemos informar a nuestra clienta de su interés por ella? —preguntó el conserje con la retranca propia del profesional que se las sabe todas y conoce los procedimientos legales.

—No, no es necesario. No tenemos nada contra ella, estamos en una investigación rutinaria. Nada importante. Le agradecería que fuera usted discreto al respecto. —El inspector recalcó sus últimas palabras. Un detalle que no pasó inadvertido para el conserje.

—Descuide, así lo haré —respondió mientras observaba con aire distraído como el policía salía del hotel. No hizo más comentarios, pero se prometió a sí mismo fijarse a partir de aquel momento en la mujer que al parecer estaba siendo investigada por la policía.

La llamada de la periodista lo pilló en uno de los mejores momentos del día. Era sábado y el inspector Gabriel Montañés, como siempre que disponía de tiempo libre, salía a correr por la Casa de Campo, un amplio espacio forestal que es uno de los grandes pulmones de Madrid.

—¡Hola, inspector, soy Valeria Ulloa! ¿Tiene un minuto?

—¿Cómo ha conseguido este teléfono?

—Me lo ha dado un colega mío que dice ser amigo suyo de cuando estudiaban juntos en Valencia.

—¡Vaya, hombre! ¡Calabuig! Miguel Calabuig... Hace mil años que no lo veo. ¿Qué es de él? ¿Cómo le va?

—Bueno, sigue en Valencia. Trabaja en el periódico de allí y le va bien, es redactor jefe —respondió la periodista con un tono que delataba satisfacción. Había conseguido la primera respuesta, y eso era tanto como evitar que el policía le hubiera colgado—. Inspector —añadió—, ¿podríamos quedar para tomar algo? Para tomar algo y charlar.

—¿De qué íbamos a charlar? —preguntó receloso el inspector.

—De cosas que le interesan a usted y me interesan a mí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que me interesa a mí? —respondió con guasa.

—Cosas del caso Damián. A lo mejor le podrían interesar.

—No me diga, ¿desde cuándo sabe usted lo que me interesa y lo que me deja de interesar? —respondió con sequedad. Iba a cortar la llamada cuando, obedeciendo a un impulso, decidió proseguir la conversación.

—¿Quedamos? —preguntó la periodista con voz repentinamente elevada por efecto del teléfono.

—Tendría que pensarlo. Déjeme su teléfono. Yo la llamaré.

—¿Prometido?

—Sí, la llamaré, aunque eso no quiere decir que vayamos a quedar para charlar.

—Bueno, espero entonces su llamada. Gracias por haberme atendido, inspector.

Valeria Ulloa colgó el teléfono y se llevó el móvil al mentón. Era un gesto reflejo, como si fuera un imaginario apoyo de sus pensamientos. «Seguro que me llama —se dijo—. Lo que no sé es cuándo.» Suspiró hondo y, a la espera de la llamada, decidió salir a la calle a dar un paseo. Pese a que todavía no era primavera, los árboles de la plaza en la que vivía ya verdeaban y la luz de la mañana se reflejaba en los pequeños brotes de las hojas. Se dirigió, sin rumbo

predeterminado, en dirección hacia uno de los parajes más bonitos de la capital, el paseo de Rosales, una vía que comparten a medias edificios con bares y terrazas y unos grandes jardines con magníficas vistas. Aprovechó para comprar los periódicos. Aunque algunas terrazas estaban abiertas, hacía fresco y prefirió entrar en uno de los bares. Pidió un vermut y se sentó a leer el periódico en el que trabajaba. Buscó el artículo que había publicado aquel día. Era una historia política que tenía que ver con nuevas revelaciones sobre un caso de presunta financiación del partido que gobernaba en aquel momento en España. Le habían cambiado algo el titular y eso la contrarió. Pensó en el redactor jefe de cierre y lo maldijo en arameo. El cambio no modificaba el sentido del escrito pero trasladaba una idea un tanto sensacionalista que no respondía a lo explicitado por su texto. Dejó escapar un suspiro y pasó página. Llevaba años en el oficio y sabía que aquel tipo de manipulaciones, si no eran el pan de cada día, sí eran frecuentes. En esas estaba cuando sonó el teléfono. Era el inspector Montañés.

—¿Dónde quiere que quedemos? —preguntó.

—Donde usted me diga. Estoy a su disposición mañana, tarde y noche... Entiéndame el sentido de la frase —respondió la periodista frenando cualquier equívoco más allá de aquella frase hecha.

—¿Le parece bien mañana sobre la una? Podríamos tomar una caña.

—Por mí, de acuerdo.

Quedaron cerca de la casa del policía. En una cafetería cercana a la plaza Mayor.

Por la mañana había empezado a llover y la ciudad y sus calles, pese a ser domingo, se había transformado en un gran atasco. Valeria Ulloa decidió coger el metro hasta la Puerta del Sol y, gracias a eso, fue la primera en llegar. No sabía que el inspector Montañés vivía muy cerca del lugar en el que habían quedado citados.

—Hola —dijo al ver llegar al policía—. Gracias por venir.

—No me dé las gracias. Todavía no sé si hago bien en hablar con usted. Los periodistas no me gustan. Siempre están enredando —respondió el inspector mientras seguía de pie.

—¿No va a sentarse?

—Sí. Pero antes que nada quiero que quede claro una cosa. Nada de lo que hablemos será para publicarlo poniéndolo en mi boca. He venido porque me dijo por teléfono que tenía alguna información sobre un caso que se está investigando aunque sigue bajo secreto de sumario. ¿De qué información estamos hablando?

—¿Siempre es usted tan directo? ¿No le apetece tomar algo...?

—He desayunado hace poco, gracias; si acaso, tomaré un café.

—Dije que tenía alguna información que quizá podía resultar interesante pero también a mí me gusta dejar las cosas claras. Si yo lo ayudo a usted, usted, en justa correspondencia, debería hacer otro tanto. ¿No le parece? —dijo la periodista con tono firme y mirando de frente a su interlocutor.

—Un momento. No he venido a hacer ningún trato ni con usted ni con nadie. Investigo un caso y, si hay algo o alguien que puede aportar información, es mi obligación llamar a esa puerta. Nada más.

—No se ponga así, inspector. Que la cosa no va de pactos de sangre o algo por el estilo. Si le puedo ayudar, es lógico que le pida algo a cambio. No creo que vaya contra sus normas. Si lo que le voy a contar resulta útil para usted, a cambio, cuando usted concluya la investigación, me gustaría tener alguna prioridad respecto de mis compañeros. Eso es todo.

El inspector Gabriel Montañés se quedó en silencio observando a aquella mujer, cuya firmeza al exponer sus puntos de vista describían una personalidad seria. Alguien en quien confiar.

—Está bien. No hay trato, pero tendré en cuenta lo que me ha dicho. Hábleme de esa información que según usted podría interesarme...

Valeria Ulloa no insistió en amarrar formalmente el trato. El hecho de que el policía quisiera entrar en materia le pareció suficiente. Lo importante —pensó— era no tensar y acabar estropeando el primer encuentro.

—Vamos a ver, inspector. Sabemos que están investigando a Julián Santaeugenia por una de nuestras fuentes en la Audiencia Nacional.

—¿Y?

—Pues que a lo mejor le puede interesar saber que en el periódico de Cosme Damián están preparando un reportaje que, si se publica, será una bomba porque pone a Santaeugenia en la picota por sus negocios.

—¡Vaya novedad! Todo el mundo sabe que Santaeugenia es un tiburón de los negocios y que, como tantos otros, está siempre al filo de la legalidad. No veo que a estas alturas una historia sobre sus negocios vaya a descubrir nada.

—Depende de lo que cuente esa historia, ¿no le parece? —respondió la periodista, por primera vez, con un punto de irritación en la voz.

—Hombre, claro, en esta vida todo depende —respondió con sorna el policía.

—¿Y si le dijera que Santaeugenia se maneja en la bolsa con dinero de la mafia rusa que le llega desde Gibraltar? ¿Qué le parecería entonces la historia?

—En ese caso dependería de si es un hecho demostrable, porque supongo yo que un tipo que ha llegado a donde ha llegado no es tan tonto como para dejarse pillar si es cierto que anda metido en eso, ¿no le parece?

—Pues está metido hasta el corvejón. Mi fuente, que es un colega y amigo, tiene todos los datos, y está tan acojonado que duda de si debe publicar la historia porque teme por su vida.

—¿Puedo saber de quién estamos hablando?

—No. De momento, no. No tengo su autorización, ya le digo que está muy asustado, pero ha estado investigando y la historia va a misa.

—¿Por qué me lo dice a mí? —preguntó el inspector.

—Porque ya le digo que mi amigo está asustado y quizá vaya a necesitar protección. Él no sabe que yo me he puesto en contacto con usted. Pero temo por él y creo que, si usted está al tanto del asunto, pues estará más seguro.

—Bueno, si su amigo quiere colaborar con nosotros lo podríamos proteger, pero la cosa

tendría que pasar por un juez.

—No creo que esa sea la intención de mi colega. Es periodista y tiene una historia y, lógicamente, quiere publicarla. Otra cosa es que el asunto le quema las manos y, como le decía, está asustado.

—Si tiene pruebas de que se ha cometido un delito su obligación es ponerlo en conocimiento de las autoridades.

—Sí, claro, y jugarse la vida. Mi amigo no es un héroe ni es corresponsal de guerra. Es un tipo honrado, y eso lo hace vulnerable. Ya sabe usted que en los tiempos que corren quienes tienen poder manejan contactos y resortes que pueden acabar con quien se le ponga por delante.

—No dramatice, mujer, que no estamos en Méjico.

—No, no estamos a ese nivel, pero llevo años en el oficio y las he visto de todos los colores. Si le parece, hablaré con mi amigo para intentar convencerlo de que tenga un encuentro con usted. Me ofrezco a hacerlo por pura amistad. Si él está de acuerdo, lo avisaré y... ¡ah!, yo no estaré presente en la entrevista porque la historia de los manejos de Santaeugenia es suya y suyo debe ser el *scoop* periodístico si al final llega a publicarse. ¿Le parece que lo hagamos así? —preguntó la mujer esperando la respuesta del policía con interés.

—Bueno, me parece bien. Espero su llamada y que la historia de su amigo merezca de verdad la pena.

Se despidieron con un apretón de manos. Valeria Ulloa se quedó sentada y el inspector Montañés salió a la calle subiéndose el cuello de la gabardina. La lluvia arreciaba. Al mirar hacia la puerta, la periodista se dijo que aquel gesto del policía, por un instante, lo había convertido en un madero de película.

Felipe Mazarrasa dudó antes de aceptar la propuesta de entrevistarse con el inspector de policía. Su experiencia en el mundo periodístico la había adquirido moviéndose en el ambiente de la información financiera y económica. Sus interlocutores eran altos funcionarios de Hacienda, banqueros, empresarios o inversores de bolsa. Asociaba a los policías con la sección de sucesos del periódico. Nada que ver con el universo de sus amistades. Pero se lo había prometido a su amiga Valeria Ulloa y allí estaba, frente a frente con aquel hombre cuyo aspecto delataba un vigor físico considerable. Intimidatorio, incluso, aunque esa primera impresión quedaba corregida por una media sonrisa que introducía una nota simpática en su rostro.

—¿Qué tal vamos, hombre? —preguntó el inspector Montañés, estrechando la mano del periodista—. Le agradezco que haya aceptado el encuentro —dijo acentuando la sonrisa.

—Bueno, la verdad es que Valeria Ulloa me convenció de que usted era una persona seria en la que podía confiar —respondió el periodista con un tono de voz que delataba su nerviosismo.

—Espero no decepcionarlos ni a su amiga ni a usted. ¿Le parece que tomemos algo? ¿Le apetece un café o alguna otra cosa?

—Tomaría un agua tónica, gracias.

—Yo me quedo con el café. —Hizo una seña al camarero y prosiguió la conversación—. Sin entrar en detalles, su amiga me contó que tenía usted información... digamos que... *sensible* sobre algunos de los negocios de Julián Santa Eugenia, ¿no?

—Sí. Más que sensible. Datos que delatan una actividad en bolsa que, con arreglo a nuestra legislación, puede ser calificada de delictiva. Pero, perdone, inspector, no me parece ni el lugar ni la ocasión para que le hable aquí, rodeados de gente, del núcleo de este asunto.

—Lo comprendo, lo comprendo. No se preocupe, Felipe, ya tendremos ocasión de hablar en otro momento y en otro sitio más reservado. Esta es una primera toma de contacto. Nada más. Me dijo su amiga que estaba usted... digamos que... preocupado por la repercusión del asunto, caso de llegar a publicarse.

—Le voy a ser sincero. No es preocupación, es miedo. Tengo miedo de la reacción del personaje en cuestión, y también, por qué no decírselo, temo las consecuencias dentro de mi propia casa, ahora que Cosme Damián, el dueño del periódico, ha sido asesinado y no sabemos quién se hará cargo de la empresa. Todo son conjeturas y rumores de compra.

—Tengo entendido que el periódico es rentable. Supongo que la familia seguirá con el negocio. Sería lo más lógico, digo yo.

—Sería lógico si Damián hubiera tenido hijos. Pero no los tiene y parece que su mujer pasa de todo lo que se relaciona con el periódico y el canal de televisión. Por eso le decía que todo son rumores acerca de futuros compradores. Entre otros nombres, se baraja el de Amézaga, el dueño del diario de la competencia, que, por cierto, es socio de Santaeugenia en alguno de sus otros negocios. Por eso le digo que estoy preocupado.

—Ya lo veo. Y lo entiendo, pero, en fin, es usted quien tiene que decidir. Si, como apunta, Santaeugenia está metido en algo delictivo, creo que deberíamos investigarlo.

—Bueno, a eso me he dedicado yo durante algún tiempo. Cosme Damián estaba al tanto por encima, pero no llegó a conocer la intrahistoria del caso porque, como sabe mejor que yo, se lo han cargado en Holanda.

—Sí, claro que lo sé —dijo de manera mecánica el policía—. Bueno —prosiguió—, ¿qué le parece si quedamos en algún otro sitio, un lugar discreto, y me cuenta lo que crea que puede contarme de la historia? Le dejo mi teléfono. Y si se decide a llamarme al número de la comisaría, lo mejor es que no deje su nombre, diga que llama... Antoñanzas —respondió el inspector fijándose en el anuncio de una compañía de mudanzas que figuraba en una furgoneta que pasaba en aquel momento frente al bar en el que estaban charlando.

El periodista asintió con un gesto de la cabeza. Se lo veía tenso. Preocupado. El inspector se dijo que estaba ante un buen chico asustado. Le cayó bien. Aquella impresión y la que tenía de Valeria Ulloa mejoraban algo la opinión general que tenía de los periodistas.

Ivonne Genet pidió un taxi en la recepción del hotel. Mientras esperaba, se dio cuenta de la curiosidad que parecía haber despertado en el recepcionista, que no le quitaba ojo. Era un hombre demasiado anodino como para fijarse en ella como mujer. Aquella idea le creó cierto desasosiego. Se dirigió al mostrador y le dijo al conserje que anulara el taxi. Había cambiado de idea y había decidido que era mejor dar un paseo. El hombre asintió con la cabeza.

—*Oui, madame.*

Le dio las gracias y salió a la calle. Dobló la manzana y, a buen paso, enfiló sus pasos, por la acera derecha, hacia una avenida que tenía mucho tráfico. Al llegar al cruce paró un taxi y le dio al conductor la dirección de la casa de antigüedades que le había indicado el Marsellés, cuya dirección había localizado en la web. Mientras el automóvil sorteaba el denso tráfico que ralentiza Madrid al mediodía, Ivonne Genet se preguntaba cómo sería la persona que por encargo de su amigo Walter de Roux le iba a entregar en mano los novecientos mil dólares del precio rebajado del Picasso que le había comprado al constructor Santaeugenia. Era amiga de su amigo, pero Walter nunca le informaba de sus actividades profesionales. Ella tampoco mostró curiosidad por saber cómo se ganaba la vida. Le bastaba con mantener una relación que le resultaba muy provechosa, pero ahora la intrigaba pensar cómo podía existir una relación capaz de establecer circuitos económicos privados ajenos al control de las autoridades fiscales.

«Está claro —pensó— que será dinero negro procedente de tráfico ilegales de obras de arte. Lo que a cambio les haya podido dar Walter es un misterio.»

Pero no le dio más vueltas. El taxi se había parado en un semáforo y, mirando por la ventanilla, observó que había una plaza en la que destacaba un monumento en piedra de proporciones ciclópeas que parecía escoltar el mástil en el que ondeaba una gran bandera de España. Cerca, al otro lado de la calle, un edificio de hechuras clásicas albergaba un museo. El taxi arrancó y poco después, tras cruzar un par de calles, se detuvo frente a una tienda de antigüedades. Pagó la carrera y durante unos minutos se paró delante del escaparate. Observó que había varios cuadros antiguos, varias alfombras y un par de columnas barrocas de madera que delataban su procedencia eclesial. Un busto en mármol de un personaje romano completaba la escena. La francesa respiró hondo y empujó la puerta. Su amigo le había facilitado el nombre de la persona a la que se tenía que dirigir pero no había ningún dato acerca de su aspecto o edad salvo que llevaría un pañuelo de color azul. Intentó proceder con cautela. A la invitación que recibió de una mujer de cierta edad que se ofreció a ayudarla, la recién llegada indicó que solo pretendía echar un vistazo. Fue

curioseando y, al llegar ante un cuadro que representaba un bodegón antiguo en el que un par de perdices destacaban en primer plano, se detuvo a contemplarlo hasta que del interior de la trastienda apareció un hombre trajeado que llevaba un pañuelo de seda en el bolsillo exterior de la chaqueta. Era de color azul, a juego con la corbata.

—Perdón, ¿puedo ayudarla? —preguntó el recién llegado mirando con aire de recelo a la mujer—. ¿Le interesa a usted la pintura del XVIII? —añadió señalando al cuadro.

—No especialmente, *monsieur*. Solo estaba curioseando —respondió Ivonne delatando su origen.

Al escucharla, el hombre cambió el gesto y sonrió.

—Entiendo, entiendo, ¿es usted francesa?

—*Oui*. Sí.

—En el interior tenemos más obras —dijo el hombre señalando a la trastienda—. Obras de otros pintores, contemporáneos. Tenemos un Mompó de 1960. Quizá pueda interesarle.

Entraba dentro de lo probable que Walter hubiera facilitado a su contacto en Madrid algún detalle acerca de la persona que enviaba a retirar el dinero. Ivonne entendió que la mención al Mompó no podía ser una casualidad.

—Sí. Me gustaría verlo —contestó sin asomo ya de recelo.

—Me llamo Andrés —dijo el hombre al tiempo que se hacía a un lado para permitir que la recién llegada lo precediera camino de la trastienda. Ivonne Genet observó que se trataba de una estancia en la que, a la manera de una pequeña galería, colgaban obras de diferentes pintores, épocas y estilos.

—Este es nuestro sanctasanctórum. Nuestra pequeña pinacoteca. Como puede ver —dijo señalando a un cuadro de regular formato—, ahí está el Mompó al que me refería. Es posterior al famoso *Otro que se levanta* expuesto en el pabellón de España en la Bienal de Venecia en 1968, pero guarda cierta similitud con él. Supongo que conoce usted la obra de este pintor español.

—No demasiado. Pero creo que tenemos algún amigo en común que sí valora mucho su obra —respondió la mujer fijando la mirada en su interlocutor para tratar de captar el efecto que habían producido sus palabras al referirse a *un amigo en común*.

—Desde luego. Me consta su pasión por la pintura —respondió el hombre, que había dicho llamarse Andrés—. Quizá le apetezca un café. Podríamos pasar a mi despacho —dijo señalando una puerta que permanecía cerrada en mitad de la única pared en la que no había colgado ningún cuadro. Ivonne asintió con un gesto. Seguía en tensión, aunque tuvo que reconocer que todo estaba saliendo como le había indicado el Marsellés. El anticuario la siguió y, al entrar en el despacho, cerró la puerta.

—No le importa, ¿verdad? Es una simple precaución. Bien —añadió—, lo del café, si le parece bien, lo podríamos dejar para una mejor ocasión. Supongo que no la han seguido... —dijo y, sin dar tiempo a que la mujer respondiera, prosiguió—: Tengo lo que viene a buscar, y cuanto antes se haga usted cargo de ello, mucho mejor.

Ivonne asintió. Ahora estaba mucho más en tensión de lo que quería reconocer. Observó como el anticuario se dirigió hacia el fondo del despacho y, empujando el marco de un cuadro que ocupaba parte del lienzo de la pared, descubrió una caja fuerte empotrada. Tecleó la combinación y, al abrirla, extrajo de su interior un portafolio de color negro. Volvió a cerrar la caja, recolocó el cuadro y, volviéndose hacia donde estaba la mujer, le entregó la cartera.

—Aquí tiene —dijo—. Ábrala y cuéntelo. Son dólares, es la cantidad convenida con nuestro amigo.

Ivonne procedió a contar los fajos de billetes y, al cabo de la operación, cerró la cartera.

—Está todo. *Merci, monsieur* Andrés —dijo rematando las palabras con una sonrisa.

—Es lo acordado. Puede quedarse con la cartera. Pero tenga cuidado. Si le parece, lo mejor será que pidamos un taxi, así estará un poco menos expuesta.

A Ivonne Genet le pareció una buena idea. Cuando al cabo de unos minutos llegó el coche, se despidió del anticuario con un apretón de manos.

«Una mujer interesante», pensó el hombre, que la vio salir de la tienda con una extraña mezcla de aprensión y alivio. Hacía tiempo que sus negocios *de trastienda*, como le gustaba calificar a las ventas de cuadros en circuitos privados, le habían puesto en contacto con aquel hombre al que todos conocían por su apodo del Marsellés. Nunca le había visto la cara, pero a través de terceras personas habían hecho algunos buenos negocios. Sabía que era hombre de palabra y nunca había faltado a lo acordado. Ahora le había pedido algo difícil de llevar a cabo, pero la ganancia era importante. Cien mil dólares por hacerse cargo de un Picasso que le sería entregado en su momento por una persona que pasaría por el almacén que el anticuario tenía en Alcalá de Henares, una ciudad próxima a Madrid.

Ivonne Genet le dio al taxista la dirección del despacho de Julián Santaeugenia. Por el camino marcó el número del móvil del empresario para decirle que se dirigía a su encuentro. No indicó nada más. Así lo habían acordado. Tras recibir la llamada, Santaeugenia advirtió a su secretaria de que esperaba la visita de una persona que estaba de paso por Madrid.

—Hágala pasar en cuanto llegue. Se llama Ivonne Genet.

La secretaria asintió sin hacer ningún comentario. Estaba acostumbrada a que su jefe improvisara a lo largo del día. Le gustaba decir que su agenda era de geometría variable y que la hacía él sobre la marcha y no dejaba que se la hicieran. Cuando al cabo de una media hora larga la visitante se presentó en el antedespacho, la secretaria la miró de arriba abajo. Era la mirada de quien juzga en silencio. La prestancia de la recién llegada le hizo pensar que su jefe había mejorado de gustos a la hora de elegir a sus amistades.

—Buenos días, pase. El señor Santaeugenia la está esperando —dijo al tiempo que marcaba el número interior para anunciar la presencia de la recién llegada—. Está aquí la señora Ivonne Genet, ¿la hago pasar? —preguntó—. Pase, por favor —añadió señalando con un gesto la puerta.

El empresario salió a recibirla tal y como estaba, en mangas de camisa. Un detalle de mal gusto que no pasó inadvertido para la mujer, que con paso decidido avanzó hasta llegar a su altura. Esta

vez Santaeugenia no se atrevió a besarla. Le estrechó la mano y la invitó a sentarse.

—Bien. Deduzco que todo ha ido como estaba previsto, ¿es así? —preguntó todavía de pie mientras regresaba a su sillón.

—Así es. ¿Puedo hablar con tranquilidad? —preguntó mientras con un gesto daba a entender que podía haber algún micrófono oculto

—Está limpio. Cada semana se hace un barrido para detectar posibles escuchas. Vivimos tiempos difíciles y hay que tomar precauciones. Puede hablar tranquilamente.

—Bien. Aquí está el dinero —dijo colocando la cartera encima de la mesa—. Ahora, según lo convenido, antes de irme tiene que decirme cuándo estará el cuadro a punto para su traslado. Aquí tiene la dirección en la que debería estar no más allá de pasado mañana. Tome nota —dijo mientras repetía las señas que le había facilitado el hombre que dijo llamarse Andrés.

—¿En Alcalá de Henares? ¡Vaya, vaya! Mañana mismo haré que esté en esa dirección.

—Bien, eso es cosa suya. Mi trabajo ha terminado. Señor, espero que tenga un buen día —dijo, y, ya de pie, señalando la cartera, añadió con un deje de ironía—: No la pierda.

—Descuide. Conmigo está segura —respondió el empresario mirando con sorna a la mujer. Se le pasó por la cabeza intentar retenerla quedando para tomar algo, pero rechazó la idea. La mujer que tenía enfrente parecía tener las cosas muy claras y no parecía que entrara en sus planes permanecer un minuto más en Madrid—. Bien, pues hasta siempre y *bon voyage!*

—*Merci, monsieur.*

Ivonne Genet abandonó el edificio en el que tenía su oficina el empresario y tomó un taxi para regresar al hotel. Su plan era hacer la maleta y regresar cuanto antes a París. Pero la vida es lo que sucede al margen de nuestros planes, y lo que la francesa no esperaba era encontrarse con que un policía la estuviera esperando en el hall del hotel. El hombre permaneció observándola mientras ella se dirigía hasta el mostrador del conserje. Después dio un paso hacia ella.

—¿Madame Genet? —preguntó.

—*Oui* —respondió mirando sorprendida a aquel hombre que la llamaba por su nombre.

—Soy el inspector Gabriel Montañés. Si tiene un minuto, me gustaría hacerle algunas preguntas.

—¿Preguntas? ¿Qué preguntas? —respondió la mujer puesta en guardia—. Soy ciudadana francesa y estoy de paso por Madrid.

—Verá, tenemos algunas preguntas. En realidad no son sobre usted, sino más bien sobre un amigo suyo español. Si no le importa, ¿qué le parece si nos apartamos de la recepción? —respondió el policía señalando la entrada de uno de los salones que se abrían hacia el interior del hotel. Ivonne Genet asintió con la cabeza. Estaba un tanto desconcertada, sin saber cómo reaccionar ante aquel imprevisto. Se sentaron uno frente al otro y fue ella quien rompió a hablar:

—¿De quién me habla, señor? No tengo amigos españoles.

—Bueno, yo no diría eso. Nos consta que conoce usted al empresario español Julián Santaeugenia.

La respuesta del policía español pilló por sorpresa a la mujer. Durante unos segundos su cara reflejó algo parecido al pánico. Pero se rehízo enseguida.

—No es un amigo. Es alguien a quien conozco de pasada. Pero no es mi amigo.

—Bueno, ya hemos avanzado algo. Si reconoce que lo conoce, quizá también podrá recordar cuándo lo ha visto por última vez... —respondió el policía con un deje de ironía.

Ivonne Genet comprendió que, por lo que fuera —porque la policía española investigaba a Santaeugenia o por cualquier otra razón—, sabía que ella había estado en el despacho del constructor, de manera que decidió reconocerlo y, recuperando su aplomo, decidió pasar al ataque.

—Ha sido hace poco. Ayer mismo. *Monsieur* Santaeugenia es un coleccionista de obras de arte, y yo represento a una casa de antigüedades de París y he venido a presentarle nuestro catálogo. Aquí tiene mi tarjeta de visita —dijo al tiempo que buscaba en el interior de su bolso, del que extrajo una minúscula tarjeta en la que figuraban su nombre y los teléfonos y correos de una casa de antigüedades de Faubourg Saint-Honoré, en la capital francesa. El inspector Montañés tomó la tarjeta y se quedó mirándola como si estuviera reflexionando acerca de los datos que contenía.

—¿Puedo quedármela? —preguntó.

—Sí, claro. Es toda suya.

—¿Por qué, si conocía a Santaeugenia, negó conocer a ningún español cuando se lo pregunté hace un par de minutos?

—Porque, como le dije, no tengo *amigos* españoles... —dijo la francesa. Aun así, quiso añadir una excusa más *profesional*—: Además, el contacto con nuestros posibles clientes es confidencial, *monsieur*. Por eso.

—La creo, no se preocupe. Dígame —añadió, dejándose llevar por una corazonada—, ¿puedo saber si su cliente, el señor Santaeugenia, se ha interesado en especial por algún cuadro? No sé, tal vez algún Picasso.

Ivonne Genet aguantó como pudo la presión que la invadía. Trató de no perder la serenidad.

—No en especial, *monsieur*, el señor Santaeugenia tiene gustos eclécticos —acertó a responder recuperando el aplomo que había estado a punto de perder dejándose arrastrar por el pánico.

—Comprendo. Bien, no quiero entretenerla más. ¿Cuánto tiempo tiene previsto permanecer en España?

—Me marcho hoy. Regreso a París...

—Bueno, en ese caso, le deseo que tenga buen viaje —dijo el policía poniéndose de pie y tendiendo la mano hacia la mujer, que la estrechó con cara de sentir alivio—. Ah, se me olvidaba, tal vez tengamos que volver a molestarla en algún momento. La dirección que figura en su tarjeta, ¿es estable? —preguntó mostrando la tarjeta de visita que momentos antes le había entregado.

—Sí, sí, es la *maison* donde me puede usted encontrar. ¿También usted es aficionado al arte?

—preguntó con un deje de ironía.

El inspector Montañés no replicó. Captó el tono de guasa en las palabras de la mujer y comprendió que no eran más que una válvula de escape. Le había sorprendido su presencia y la revelación de que estaba al tanto del contacto que había tenido con Julián Santaeugenia.

Saber que la policía española andaba tras la pista del empresario era una muy mala noticia. Mientras se alejaba en dirección al vestíbulo del hotel dejando atrás al inspector, Ivonne Genet pensó que a su amigo Walter de Roux aquella noticia no le iba a gustar nada. Al pasar por la recepción pidió al conserje que preparara la cuenta y, sin perder tiempo, subió a su habitación. Cerró en un par de minutos la maleta y, tras saldar la cuenta, pidió un taxi. Mientras esperaba su llegada observó que el policía ya no estaba en la sala en la que habían tenido la conversación. Estaba desconcertada. No paraba de darle vueltas a la situación. Que la policía estuviera al tanto de su entrevista con Santaeugenia la desasosegaba. Una pregunta sobre las muchas que atascaban su cerebro sobresalía sobre las demás: ¿sabrían también de su visita al anticuario? Que el inspector no le hubiera preguntado por él no necesariamente significaba que no estuviera al tanto del encuentro. «A lo mejor —se dijo— solo vigilan a Santaeugenia. Puede que esté metido en algún otro asunto al margen de la venta de cuadros robados.» Otra pregunta rondaba su cabeza. ¿Debía alertar al empresario avisándolo de que la policía estaba al tanto del encuentro que habían tenido por la mañana? Tras darle unas cuantas vueltas al asunto, descartó llamar al empresario. «Seguro que lo vigilan. Puede que tengan pinchado su teléfono.» Ella misma se sorprendió al pensar que aquella idea pudiera responder a la realidad: «De ser así, habrían escuchado nuestra conversación telefónica». Iba en el taxi camino del aeropuerto de Madrid y, ante la posibilidad de que aquel pensamiento pudiera ser certero, trató de recordar cuáles habían sido sus palabras al concertar la cita con Julián Santaeugenia. También recordó que había sido ella misma quien al entrar en el despacho del empresario había hecho un comentario invitando a la cautela ante el temor a que pudiera haber algún tipo de escucha instalada. Recordar que su anfitrión había alardeado de que todas las semanas realizaban un barrido antiescuchas la tranquilizó.

Una hora y media más tarde, ya en el avión, trazó un plan para alertar a su amigo Walter de lo sucedido. Entre otros detalles, incluía la necesidad de deshacerse del teléfono móvil. La ironía con la que el policía español se había expresado le hizo sospechar que pudiera estar dando palos de ciego. O tal vez no. Toda precaución sería poca tal como se habían desarrollado los acontecimientos. Le preocupaba la reacción del Marsellés, así que decidió que al día siguiente intentaría ponerse en contacto con él. París dio la bienvenida al avión procedente de Madrid con una espesa capa de niebla.

La impaciencia del comisario Aquilino Malvar reflejaba la presión que estaba recibiendo de sus superiores. Malvar sabía que ser policía era un oficio para el que se requerían nervios templados y un corazón sano. A medida que se prosperaba en el escalafón los nervios se iban tensando y el corazón se resentía. Los mejores se controlaban, pero no siempre se podían evitar las tormentas que los altos mandos descargaban hacia los subordinados. Aquella mañana le tocó hacer de fusible al inspector Gabriel Montañés. Malvar lo había citado al despacho, y antes de entrar, por la cara de la secretaria, el policía supo que el día no estaba para bollos.

—Pase, Montañés. Pase y siéntese —tronó con voz áspera el comisario.

—Buenos días, jefe —respondió el recién llegado.

—Montañés, ¿dónde estamos en el caso Damián?

—Estamos avanzando, tenemos...

—¿Qué es lo que tenemos?

—Algunas pistas buenas y las escuchas...

—Las escuchas, ¿qué? Tanto pedir las, tanto pedir las y, a lo que veo, de momento, nada de nada. Esto no puede seguir, Montañés, o sacamos agua del pozo o le retiro del caso. Llevamos ya cerca de tres semanas y sin ningún resultado a la vista.

—Hombre, jefe, a usted no le voy a explicar que estas cosas reclaman paciencia, que hay que sembrar y esperar a tirar del hilo... Tenemos, de verdad, algunas pistas que prometen.

—Sí, ya sé que la paciencia es una virtud revolucionaria, pero no para los políticos que nos presionan... y me tienen hasta arriba. Deme algo, algo con lo que pueda aplacar a quienes están a dos telediarios de pedir mi cabeza.

—Santaeugenia. Tenemos que apretarle.

—¿Con qué argumento? —preguntó el comisario frunciendo el ceño.

El inspector Montañés decidió tirarse a la piscina.

—Con el del asunto del Picasso y lo que sabemos por las escuchas o con sus manejos fraudulentos en la bolsa. El dinero con el que especula es de la mafia rusa que opera desde Gibraltar —respondió con un aplomo que a él mismo le sorprendió.

—¿Tenemos pruebas de eso?

—Las tendremos. Tengo una fuente fiable a punto de cantar.

—¿Cuánto tiempo es *a punto*? —preguntó el comisario con ironía.

—No se lo puedo precisar, jefe. Pero pronto, muy pronto. Créame.

—Eso es lo malo, que le creo demasiado y luego pasa lo que pasa, que estamos como cuando volvimos de Holanda, en Babia. Montañés, le doy una semana más. Ni un día más. ¿Me ha oído usted bien? Una semana. Mejor que le apriete las tuercas con lo del cuadro. Lo otro, cuando esté maduro. Y ahora, ¡váyase! No pierda el tiempo ni me lo haga perder.

—Jefe, yo...

—Una semana. Espero —añadió señalando hacia la puerta— que no la desaproveche.

Gabriel Montañés no insistió. Tenía buena opinión del comisario, pero también sabía que era capaz de cumplir su amenaza. Salió del despacho y se despidió con una mueca de la secretaria, que lo miró con aire de compasión. En la calle llovía como si fuera la India en los días del monzón. «Lo del cambio climático debe de ser verdad», pensó sin decidirse a salir a la calle hasta que recordó que en la Brigada había un departamento de coches a disposición de las necesidades del servicio. Bajó tres pisos y tiró de placa. Mientras el coche oficial cruzaba Madrid pensó que aquella ciudad era un infierno a la hora de circular, pero ya se había acostumbrado. La lluvia que caía en cortina apenas dejaba ver la calzada. Iba pensando en cómo orillar el ultimátum que le acababa de lanzar su jefe cuando, al pasar por delante de un quiosco y ver que el quiosquero estaba cubriendo con plásticos los periódicos y revistas atacados por la lluvia, el rostro de Valeria Ulloa le vino a la cabeza. «Tengo que conseguir que su amigo el periodista económico cante cuanto antes.» Con esta idea llegó hasta el edificio donde estaba su oficina. Un guardia en la puerta se cuadró al verlo. El inspector le devolvió el saludo con un gesto vago de la mano. Estaba demasiado ocupado pensando en cómo salir del trance como para responder con arreglo a lo que establece el reglamento. Desechó el ascensor y subió de dos en dos los escalones. Al llegar al despacho, Carmela, la secretaria, se puso en pie y se le acercó.

—Buenos días, tienes un mensaje de un tal Antoñanzas. No me ha querido decir qué quería, solo que era urgente. Y ha dejado un teléfono para que lo llames.

—¡Gracias, Carmela! —contestó el inspector. Y, subiendo la voz, añadió—: ¡Dios existe!

—No lo dudes, jefe. Pero ¿a qué viene esto? ¿Estás bien?

—Mejor que bien. Dame el teléfono del que ha llamado preguntando por mí.

Entró en el despacho y, tras colgar la gabardina, se acercó a la mesa y, de pie, marcó el número de Felipe Mazarrasa.

Camino de la oficina, Telmo Salcedo se había detenido en una gasolinera para comprar periódicos. Volvió al coche y, antes de ponerlo en marcha, echó una ojeada a la portada de *El Diario*. El periódico daba cuenta de algunas novedades aportadas por la investigación policial sobre el asesinato de Cosme Damián. Un reportero que firmaba su crónica desde Ámsterdam informaba de que el Club Bilderberg había celebrado la última de las sesiones de sus encuentros periódicos. La de aquel año había sido la más hermética de todas. El periodista atribuía tanto secretismo al escándalo provocado por el asesinato del empresario español y de su acompañante. Añadía que la policía holandesa carecía de pistas fiables acerca del autor del crimen y, resumiendo las informaciones de la prensa local, atribuía la muerte de los dos hombres a la acción de un profesional. Pero el redactor reconocía en las conclusiones de su crónica que no pasaban de ser conjeturas. También decía que, al intentar hablar con alguno de los asistentes a la reunión, la policía que custodiaba el hotel se lo había impedido. Esa circunstancia —la ausencia de testimonios directos— no le había impedido titular la noticia destacando el secretismo del club y achacando el crimen a oscuras maniobras de las que no ofrecía mayor precisión.

«El estilo de casa», pensó Telmo Salcedo, pasando página en pos de alguna otra noticia relacionada con el origen de su preocupación en los últimos días. No encontró nada. De Berlín solo se hablaba en una noticia que daba cuenta de los problemas que tenía el canciller Gerhard Schroeder en razón de algunas discrepancias con Los Verdes, sus socios de Gobierno, un partido liderado por Joschka Fischer, un político dotado de gran carisma, según rezaba la crónica.

Respiró hondo y dejó el periódico junto a los demás, en el asiento del pasajero, al tiempo que ponía en marcha el coche y enfilaba hacia su despacho. Le pareció que el relato del enviado especial de *El Diario* a Holanda no aportaba nada interesante. «Están dando palos de ciego. La policía debe de estar atascada. De no ser así —concluyó—, ya se habría filtrado algo.» Le pasó por la cabeza realizar alguna gestión a través de algunos de los amigos que el partido tenía en la policía, pero rechazó la idea. «Quizá llamaría la atención. Mejor no hacer nada, no vaya a ser que a algún madero listo se le encienda alguna bombilla.» Aunque la incertidumbre le creaba un estado de ansiedad difícil de disimular, decidió que se limitaría a esperar. Pero llevaba mal el vértigo que se había desatado en su ánimo al saber que en *El Diario* estaban trabajando en un reportaje sobre su vida y que dos redactores se habían desplazado a Berlín. Había vuelto a fumar y al llegar a su despacho encendió el segundo cigarrillo del día. Dudó si llamar a Arturo Moreno, que siempre estaba al tanto de chismes y noticias del mundo periodístico, pero cayó en la cuenta

de lo temprano que era y desistió. Su secretaria le había dejado encima de la mesa un resumen con las actividades previstas en su agenda para aquel día, pero, tras echar un vistazo por encima, apartó el papel. Le costaba concentrarse, y la sola idea de tener que acudir a una reunión del comité ejecutivo de su partido —una de las citas de aquella jornada— le provocó una jaqueca. En otras circunstancias habría empezado a preparar su intervención cuidando los detalles de la misma para después, en la rueda de prensa, lucirse ante los periodistas que cubrían la información que generaba la actividad política del partido.

La clave era el resumen, la simplificación de los mensajes pensada para facilitar el titular o los titulares que luego aparecerían en los periódicos y, sobre todo, en los informativos de la radio y la televisión. Gracias a su dominio de las técnicas de la comunicación y a su brillante oratoria, Telmo Salcedo había conseguido escalar hasta alcanzar un puesto de liderazgo dentro del partido, convirtiéndose además en un serio aspirante a ganar las próximas elecciones. Por eso le desasosegaba la posibilidad de que apareciera alguna noticia que lo relacionara con su pasado en Berlín. «Me hundiría», pensó. Y en medio de aquel sombrío pensar lo encontró su secretaria, quien, antes de entrar al despacho, llamó discretamente a la puerta.

—Buenos días, jefe.

—Hola, Verónica. Pasa, pasa. ¿Qué tal vamos? —preguntó de manera rutinaria. Y, sin esperar a la respuesta de la mujer, añadió—: ¿Habría alguna posibilidad de librarme del comité ejecutivo de hoy? Me he despertado con dolor de cabeza, no sé, quizá esté incubando una gripe.

—Pues, la verdad, si se encuentra mal y no está en condiciones, llamo al partido y les comunico que no podrá asistir. No creo que a nadie le pueda molestar su ausencia. Es la única actividad importante de su agenda, las demás las puede aplazar. Lo que usted me diga...

—¿A qué hora es el comité?

—A las once de la mañana. Dentro de dos horas y media. Si decide no ir, a las nueve llamo, ahora no creo que haya llegado nadie salvo los encargados de la limpieza.

—Hazme el favor, prepárame un café, tomaré una aspirina a ver si se me pasa y antes de las nueve te digo algo.

La secretaria salió del despacho y, al cabo de cinco minutos, entró llevando una bandeja con una taza de café y un vaso de agua. La dejó encima de la mesa y salió cerrando la puerta.

Telmo Salcedo observó el humear del café y volvió a perderse en sus pensamientos. De manera mecánica encendió el monitor de televisión, que ocupaba un lugar destacado encima de un mueble librería. Dejó la imagen sin sonido mientras removía el café. Iba a apagar el televisor cuando algo que aparecía en la pantalla llamó su atención. No era la imagen, era una banda informativa móvil que en la parte inferior de la pantalla anunciaba titulares de noticia. Uno que estaba desfilando en aquel momento decía que la policía había detenido al conocido empresario Julián Santa Eugenia. No añadía más. Telmo Salcedo subió el volumen del receptor, pero la pieza que estaba en la pantalla informaba de las maniobras de la Guardia Republicana de Sadam Huseín, preparada —según decía el enviado especial a Bagdad— para defender hasta la muerte a su país. El periodista

se hacía eco de los insistentes rumores de una posible invasión de Irak por tropas norteamericanas. Cortó el sonido; a pesar de que la política internacional era uno de sus puntos fuertes, la situación de Irak no concitó su atención.

La detención de Julián Santaeugenia lo había sorprendido. Era uno de los principales empresarios de España, con buenas relaciones con algunos políticos del partido que estaba en el Gobierno. También tenía algún amigo en su propio partido. Mientras encendía el ordenador, trató de recordar la última vez que había coincidido con el constructor. Fue en ocasión de un cóctel. Santaeugenia se le había acercado para felicitarlo por un debate que había tenido en la televisión. Recordó que tras cruzar con él algunas palabras se había dado la vuelta para saludar a una de las banqueras más famosas del país. Dada la fama del empresario, no le había parecido oportuno que diera pie a que esa imagen fuera captada por alguno de los reporteros que pululaban entre la gente disparando sus cámaras.

«Será la noticia del día», se dijo al tiempo que apagaba el monitor y se concentraba en buscar uno de los diarios digitales que por aquellos días ya empezaban a competir con los periódicos de papel disputándoles lectores y anunciantes.

Entró en la página y leyó la historia. Según publicaban, al constructor lo habían detenido por estar metido en una trama de tráfico de obras de arte. Se dijo que aquello se convertiría en un escándalo en el caso de que Santaeugenia largara sobre algunos de los negocios que había realizado a lo largo de su vida mediante el extendido procedimiento de financiar con dinero negro a algunos de los partidos políticos estatales y regionales que tenían en sus manos facilitar las condiciones de los contratos de licitación de las obras públicas que se acometían por todas partes del país, «incluidos algunos ayuntamientos nuestros», pensó para sus adentros Telmo Salcedo.

En esas estaba cuando el sonido del teléfono móvil cortó el hilo de sus pensamientos. Era el periodista alemán que días atrás se había puesto en contacto con él para pedirle una entrevista. Quería quedar —según le dijo— para completar algunos aspectos de la entrevista que, debido a su precario conocimiento del idioma español —argumentó—, no le habían quedado claras. Telmo Salcedo accedió de inmediato. Quedaron para una hora después en una cafetería del paseo de Rosales, un lugar tranquilo que se abre a un frondoso jardín no lejos del centro de Madrid. Abandonó el despacho comentando a su secretaria que el dolor de cabeza no cejaba y que iba a dar un paseo a ver si se despejaba. También le indicó que cancelara todos los compromisos de su agenda.

—Puede que vuelva antes, pero si no, la llamo y vemos cómo podemos recuperar agenda esta tarde. Gracias, Verónica. Si hay algo urgente, llámeme al móvil. Adiós.

—Adiós, jefe, que se mejore.

Telmo Salcedo hizo un gesto con la mano, pero no contestó. Su cabeza estaba funcionando a mil revoluciones. ¿Qué habría pasado? ¿Por qué querría aquel periodista —en realidad, un mensajero del Zentrum— entrevistarse con él con aquella urgencia? Todo eran cábalas, y cada cual más desasosegante que la anterior. Iba a coger el coche que tenía aparcado en el garaje, pero cambió

de idea pensando que sería un engorro encontrar aparcamiento en el lugar en el que habían quedado. Así que salió a la calle y paró un taxi. El tráfico a aquellas horas ya condensaba el atasco propio de una gran urbe en la que todo el mundo conduce su propio coche, y a ello se sumaban los transportes escolares. Tardó algo más de media hora en llegar. Al entrar en la cafetería, el camarero lo saludó por su nombre. Telmo Salcedo le devolvió el saludo, y sin detenerse se dirigió al fondo del local, donde ya lo esperaban.

—*Guten morgen*, Herr Salcedo —saludó el falso periodista poniéndose en pie.

El político le devolvió el saludo y, tras hacer una seña al camarero que se había acercado a ellos, pidió un par de cafés y una botella de agua mineral. Después se sentó y se dirigió a su interlocutor en alemán, idioma que había aprendido en sus tiempos de estudiante en Berlín.

El encuentro duró poco. Apenas una hora. Al cabo de la entrevista, el hombre que se hacía pasar por periodista se levantó y, con una inclinación de cabeza, se despidió de su interlocutor, que se quedó en silencio apurando el vaso de agua. Había tomado una decisión, y así se lo había hecho saber al hombre que actuaba como correo del Zentrum. Pensando en el mensaje que había depositado en manos del alemán, se había instalado en su rostro un rictus de preocupación que dio paso a una mueca de dureza. Se levantó y, tras pagar la consumición, decidió dar un paseo por la avenida que se abría ante sus ojos. «Pase lo que pase, no me puedo volver atrás. Si me descubren, sería letal. Sería el final de mi carrera política y arrastraría al partido. Espero —se dijo— que lo que tengan que hacer lo hagan con la debida inteligencia.» Una y otra vez, Telmo Salcedo le daba vueltas a la última frase que le había dicho al falso periodista: «Anote bien el mensaje que quiero que traslade a nuestros camaradas. No me preocupa la sangre, me preocupa la tinta. La prensa, los medios y el escándalo político».

El inspector Montañés estaba al borde de un ataque de nervios. Había recibido una llamada de su jefe, el comisario Malvar, en la que le ordenaba que dejara lo que estaba haciendo para presentarse inmediatamente en su despacho de la Jefatura Superior de Policía de Madrid. «Inmediatamente», había repetido antes de colgar el teléfono.

Montañés se puso en lo peor. «Alguien le habrá contado algún chisme, alguna intriga contra mí», se dijo para sus adentros al tiempo que descolgaba la gabardina del perchero que, a modo de palmera solitaria, daba algo de prestancia social a la oficina policial, atestada de papeles y archivos. Rechazando el ascensor, bajó los escalones de dos en dos y se echó a la calle con ánimo de no dejarse llevar por el último y peor de los pensamientos que se habían instalado en su cerebro. «Espero que no me haya llamado para decirme que me aparta del caso Damián. ¡Sería la hostia!» Con aquel presentimiento llegó hasta el antedespacho del comisario principal. Saludó a la secretaria, que lo había recibido con cara seria y sin los habituales comentarios acerca del estado de ánimo y el humor del comisario. Cuando entró en el despacho, le sorprendió ver que el comisario no estaba solo. Frente a él estaba sentado un hombre de unos cincuenta años al que en un primer momento Montañés no reconoció.

—Pase, inspector —dijo el comisario—. Supongo que conoce a su señoría, el fiscal Antonio Monteverde, de la Audiencia Nacional.

—Sí, claro. Encantado, señoría. —El policía tendió la mano al hombre, que no hizo ademán de levantarse para devolverle el saludo. Montañés retiró el brazo y todo su cuerpo entró en tensión.

—Siéntese, Montañés —prosiguió el comisario—. El fiscal está aquí en calidad de amigo. No es una visita oficial. Ha venido a avisarnos del lío en el que nos podemos meter en caso de no cortar inmediatamente la línea abierta respecto de Telmo Salcedo.

El comisario iba a proseguir, pero se lo impidió la intervención del fiscal.

—Un ciudadano intachable. Uno de nuestros políticos más destacados, a quien una irresponsable actuación de su equipo y de usted mismo podría hacer un daño irreparable —afirmó con dureza mirando directamente al policía.

—Perdón, señor, nosotros, yo...

El fiscal no dejó proseguir al inspector Montañés.

—No me interrumpa, inspector. No he terminado. Tal y como le he dicho al comisario Malvar, deben cancelar el operativo que han desplegado alrededor del señor Salcedo. He venido como

amigo y para evitar el escándalo y las repercusiones negativas que tendría para la Brigada una notificación oficial. Espero haberme explicado con suficiente claridad.

Montañés miró al comisario, cuya cara reflejaba la tensión del momento, pero creyó que debía arriesgarse a plantar cara al fiscal.

—Perdón, señor, ¿qué le lleva a pensar que la Brigada se ha extralimitado en sus funciones?

—¡Inspector!, no tengo por qué darle explicaciones. Espero que mi conversación con el comisario haya dejado las cosas suficientemente claras. Repito que he venido como amigo, no tengo más que decir.

El comisario se sintió en la obligación de intervenir para romper la tensión del momento.

—Yo hablaré con el inspector —dijo, al tiempo que con una mirada en la que se mezclaba la ira y la súplica le indicaba a Montañés que no insistiera.

—Bien, me parece lo correcto. Hable usted con el inspector. Por mi parte, doy por no celebrado este encuentro. Si me disculpan...

Acto seguido, aquel hombre de menor estatura de la que aparentaba cuando estaba sentado se puso en pie y, sin dar tiempo a que el comisario abandonara su sillón para salir a despedirse, salió del despacho. Con un gesto, el comisario Malvar indicó al inspector que tomara asiento.

—¿Qué ha pasado, jefe? ¿A qué viene esto? —preguntó el policía sorprendido por la acometida que acababa de soportar.

—Viene, Montañés, a que estamos jodidos. Se lo advertí cuando hablamos de investigar a Telmo Salcedo. Ya le dije que con los políticos hay que andarse con pies de plomo. No sé cómo, pero se han enterado de que andamos detrás de él, y ya ve el tono de la amenaza.

—Pero jefe, usted sabe que no hemos hecho nada ilegal. Cuando hay una sospecha razonable de que alguien puede estar relacionado con un delito, digo yo que nuestra obligación como policías es investigar el asunto.

—Vamos a ver, Montañés, no me cuente lo que debemos hacer y lo que no. Olvídense de Telmo Salcedo porque no quiero más problemas... y menos aún con las togas de la Audiencia Nacional.

—El soplo debe de haber salido de aquí. ¿Me explico? Debe de haber sido alguien de nuestro operativo, porque nadie más estaba al tanto.

—Averiguar eso ahora no es urgente. Lo importante es cortar el asunto. No quiero volver a tener que aguantar otra vez a ese presuntuoso que ha entrado en mi despacho como si fuera el dueño de la finca. ¿Me ha entendido bien, Montañés?

—Sí, jefe. Descuide. Dejamos el caso y lo dejamos todo. A Cosme Damián que lo entierren y san se acabó.

—No se mosquee. Tiene abierta la vía Santaeugenia. Tire por ahí y, cuanto antes cerremos el caso, mejor para todos, porque entre unos y otros acabarán volviéndome loco.

—Lo de Santaeugenia es una parte de la historia, pero aquí hay más tomate del que aparece en la etiqueta del bote. Salcedo no es el unicornio blanco que parece. Lo que pasa es que los políticos tienen mucha clientela y, ¿sabe una cosa, jefe? Si me faltaba una prueba para terminar de

convencerme de que no es trigo limpio, ahí tenemos las amenazas de este fiscal. Obedezco, pero no me trago el turrón.

—Montañés, deje de especular y olvídese de Salcedo. Céntrese en el otro y téngame informado. Y ahora déjeme solo, que tengo que hablar con el director general sobre los preparativos de la cumbre con los franceses. Quiere que la Brigada esté representada.

—De acuerdo, jefe.

«Menudo rollo el intercambio de discursos y medallas», pensó para sus adentros el inspector. Pero no lo dijo y salió del despacho mascullando palabras y de muy mala uva. Abandonar la investigación por el lado de Telmo Salcedo suponía dejar suelto un cabo que podía ser la clave para resolver un crimen, y aquella idea le revolvió las tripas. Se había hecho policía llevado de una idea romántica que algunos de sus colegas consideraban trasnochada. Para los escépticos, el mal siempre ha existido y seguirá existiendo hasta el final de los días. La tarea de los policías era evitar que la cosa se extralimitara, pero sin engañarse acerca del resultado global del combate. Los poderosos siempre encuentran la forma de salirse con la suya. Montañés no era de esa opinión. Creía que en este mundo hay una justicia posible y que para eso estaban las leyes y la policía. Era un romántico del oficio pero no un iluso. Trabajaba con tesón, pero la experiencia le había llevado a la conclusión de que no debía hacerse ilusiones. Tenía días y dudas. Iba pensando en que aquellos compañeros que lo consideraban un ingenuo quizá tuvieran razón. La aparición en escena del fiscal había sido un golpe inesperado. Poco a poco, a medida que iba dándole vueltas a la conversación que había tenido en el despacho del comisario, en su cerebro se formó una idea: no podía desobedecer una orden, pero sabía que le costaría olvidar el caso. «Ese cabrón se va a ir de rositas. Dan ganas de dejarlo todo.» Salió a la calle y se dirigió a su casa caminando. Su mirada delataba la lucha interior de alguien que libraba una batalla consigo mismo.

Al día siguiente, por la mañana, el inspector Montañés recibió una llamada que no esperaba. Era el agente de la Guardia Civil al que había conocido en Algeciras.

—¿El inspector Gabriel Montañés?

—Sí. ¿Quién llama?

—No sé si se acordará de mí, soy Manuel Palazón, el guardia civil con el que usted habló cuando vino por Sotogrande.

—¡Claro que te recuerdo, Manuel! Pero no me trates de usted, hombre, que somos compañeros.

—La costumbre, ya sabe.

—Bueno, como quieras. ¡Cuéntame! ¿Qué novedades tenemos?

—Verá, por eso lo llamo. No me gusta cómo pintan las cosas. Como le dije cuando estaba usted por aquí, la investigación del caso se había orientado por una línea rutinaria, un caso de robo, tal vez con conexiones mafiosas de droga o algo así.

—Sí, sí, lo recuerdo perfectamente.

—Bueno, pues verá, por determinados detalles que no quisiera comentar por teléfono, tengo la impresión de que la cosa es más gorda de lo que parece, no sé, me parece que sería bueno que

bajara usted por aquí y volviera a hablar con la juez. Creo que el análisis del ordenador podría dar alguna clave de todo este asunto, pero ya le digo, aquí nadie parece tener interés en tirar de esa cuerda.

—Comprendo, Manuel. Y te agradezco que hayas llamado. Voy a ver qué puedo hacer. En cuanto haya consultado con mis superiores, te llamaré. Por descontado, Manuel, esta conversación que hemos tenido queda entre nosotros. Te estoy muy agradecido, porque, si te digo la verdad, en este caso todavía nos movemos en penumbra. Hasta pronto, amigo.

—A sus órdenes, inspector. Espero verlo pronto por aquí.

Gabriel Montañés colgó el teléfono y se quedó pensativo mirando un calendario colgado de una de las paredes. Su primera reacción fue preguntarse cómo podría conseguir que la juez —«Menuda borde», pensó— le dejara meter la nariz en el ordenador. Iba a llamar al comisario para comentar la jugada pero se acordó del informe que días atrás les habían remitido desde Sotogrande. Pidió a su secretaria que lo buscara en el archivo. Cuando lo tuvo en la mano, volvió a leerlo.

—Aquí está —dijo hablando en voz alta—. Sí, debe de ser a esto a lo que se refiere el picoletto —añadió señalando un párrafo en el que se refería que en el transcurso del registro efectuado en la residencia de Mordekai Rojo, donde se había perpetrado el crimen, entre otros objetos se habían intervenido dos ordenadores de alta gama—. Algo habrá oído Manuel para haberse decidido a llamarme.

Llamó al comisario y le planteó la situación, rezando para que se le hubiera pasado el cabreo que tenía por la visita del fiscal. Tuvo suerte. Aquilino Malvar era un hombre cabal que a sus muchos años de experiencia en el cuerpo unía un talante positivo con el que enfocaba los asuntos ordinarios de la vida. Su respuesta a la pregunta de cómo conseguir que la juez de Sotogrande lo dejara husmear en el ordenador sorprendió al inspector Montañés.

—Llegando con una orden de otro juez.

—¿Y cómo conseguimos esa orden, jefe?

—Déjelo de mi cuenta. Ya le avisaré, pero este caso se está alargando mucho y cada día que pasa recibo más presiones de arriba y de los periódicos, que ahora, con los digitales, son como avispa que no duermen y no paran de joder. Así que váyase preparando el viaje. Pero si va en avión, ya sabe, en turista.

—Está bien, jefe, no se preocupe, que no voy a arruinar a la Brigada. Durante el viaje me conformaré con un bocadillo de choped.

El comisario no contestó. Estaba pensando a quién podía llamar para que convenciera a la dichosa juez gaditana de que todos iban en el mismo barco y remaban en la misma dirección.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—Soy Malvar, ¿cómo estás, amigo?

—¡Hombre, Aquilino! ¿Qué es de tu vida? No sé nada de ti desde hace un montón de tiempo. ¡Miento! El otro día te vi en la televisión rodeado de periodistas que intentaban sonsacarte alguna

novedad sobre el crimen ese de Holanda.

—Sí, la verdad es que con los periodistas no sé por dónde escapar, ¡son la hostia! No comprenden que nosotros no estamos seguros de nada hasta que el muerto habla en la sala de autopsia. ¿Qué tal te va a ti? —preguntó con un tono de voz que su interlocutor captó enseguida.

—Me va bien, ya sabes, la rutina de los jueces: sumarios, juicios, sentencias..., nada especial. Pero ¿te noto bajo? ¿Qué te pasa?

—Te diré lo que me pasa. Es sobre el caso que comentabas, el asesinato de Cosme Damián. Vamos a ciegas, tenemos muchas dificultades para tirar del hilo, en Holanda y aquí. Allí porque los guiris son de lo más formalistas para compartir información y aquí... aquí, y por eso te llamo —dijo el comisario dando un suspiro—, porque hemos tropezado con una colega tuya que es más estirada que un alambre y no hay manera de que nos permita meter la nariz en el sumario.

—¿De quién estamos hablando? —preguntó la voz al otro lado del teléfono.

—Te hablo de una juez de Sotogrande, en Cádiz, que, según me dicen, es muy celosa de su trabajo, y a uno de los inspectores que está trabajando en el caso por poco me lo empapela por estar husmeando. No quiere soltar prenda, y la verdad es que el asunto se está alargando demasiado y a mí, a ti te lo puedo decir, me están friendo desde arriba. No hay día en el que no me llame el director general; y hasta el secretario de Estado me ha preguntado por el caso. Si te llamo es precisamente por eso, para ver si puedes echarnos una mano.

—Vamos a ver, Aquilino, ¿cuánto hace que somos amigos? ¿Veinticinco, treinta años? Sabes que siempre que me has pedido ayuda he procurado ayudarte, pero lo que me pides, si es que te he entendido bien, es complicado. Los jueces somos muy nuestros, y basta que alguien por encima quiera decirnos lo que tenemos que hacer para, justamente, hacer lo contrario. Más si se trata de alguien que, por la plaza que ocupa, deduzco que todavía es joven. No querrá hablar con nadie. Y ¿quieres que te diga una cosa? Yo en su lugar haría lo mismo.

—¡Vaya, hombre! Pues sí que me das esperanzas.

—No se trata de eso. Lo que trato de decirte es que *tocar* a un juez puede ser contraproducente porque se puede rebotar y armar la de San Quintín.

—¡Joder, Constancio! Que no te estoy pidiendo que robes el sumario. Lo que te pido, y entendería que no pudieras hacerlo, es que intentes convencer a la buena mujer para que nos deje echar un vistazo a una de las pruebas incautadas por la Guardia Civil, un ordenador. Creemos que podría contener algún dato sobre una conexión entre el crimen cometido en Sotogrande y el que estamos investigando nosotros. Nada más que eso —contestó el comisario casi en el límite de la renuncia.

—¿De qué caso me hablas?

—Del de antes, el que me comentabas, el asesinato de Cosme Damián, ese al que le dieron mulé en Holanda.

—¡Haber empezado por ahí! ¿Qué tiene que ver el crimen del Club Bilderberg con Sotogrande?

—Eso es lo que estamos investigando, por eso te he llamado. Créeme que, si no estuviéramos desesperados, no te habría molestado.

—Sotogrande está muy cerca de Gibraltar, ¿la cosa va por ahí? Historias de blanqueo o cosa parecida...

—Es una posibilidad, Constancio. Tienes que echarnos una mano, pero no quiero que te metas en un lío por mi culpa.

—No te preocupes. Veré qué puedo hacer sin armar ruido. Necesitaría saber el número del juzgado en el que está el caso y el nombre de su titular. Llámame y dímelo. Y relájate, macho, que a este paso no llegas a cobrar la paga de la jubilación.

—Hay días que me levanto pensando no en la pensión, pero sí soñando en lo que haré cuando me jubile. Ya sabes que me gusta pescar. Tengo un barquito amarrado en Villaricos, en Almería, y en cuanto puedo me escapo. Salir a la mar me relaja, uno no piensa en nada y dejas todos los problemas atrás.

—Te estás haciendo viejo, Aquilino.

—Sí, el viejo y el mar. Solo me falta el mojito —respondió con ironía el comisario.

—Bueno, quedamos así. Dame los datos y veré qué puedo hacer. Ya se me ocurrirá algo. ¡Cúdate, amigo!

—Y tú también, y mil gracias.

El policía colgó el teléfono y permaneció en silencio evocando la imagen de su amigo. Era un juez importante, Constancio López Baños, magistrado del Tribunal Supremo. Habían coincidido en la Facultad de Derecho, cuando Malvar dudaba entre el derecho y la policía. Desde entonces habían mantenido una buena amistad. Se veían de vez en cuando para, invariablemente, evocar los viejos tiempos, que, según decía el juez, fueron buenos tiempos pero solo porque ellos eran jóvenes, y cuando uno es joven todo parece del mejor de los colores. Volviendo al presente, el comisario Malvar cayó en la cuenta de que, aunque el inspector Montañés le había puesto al tanto de lo ocurrido en Sotogrande, no recordaba que le hubiera dicho el nombre de la juez. Presionó una de las teclas del intercomunicador y esperó a que se oyera la voz de su secretaria.

—Mónica, hágame el favor, póngame con el inspector Montañés.

Para Mikel Azuera, los días en Berlín se estaban eternizando. No era tanto la rutina de acudir a los archivos de la Stasi como el aire sórdido que se respiraba en aquel lugar. Progresaba muy lentamente. Los funcionarios encargados de facilitar las carpetas con los datos que interesaban al periodista eran muy celosos de su trabajo. El periodista perdía mucho tiempo al tener que esperar a que dieran con los informes que solicitaba. La mayor parte de lo que había conseguido hasta la fecha no le servía de gran cosa. En apariencia, solo un par de españoles profesores de la Universidad Libre de Berlín habían aparecido en los archivos como colaboradores de la Policía de Seguridad del Estado. No eran demasiado conocidos, y Mikel dudó incluso si merecía la pena incluirlos en un reportaje que se demoraba por momentos. Aquella contrariedad lo estaba poniendo nervioso. A todo ello se unía el tiempo. El mal tiempo, que por lo demás era el que había esperado dada la estación del año en la que se encontraban. Después vino la bomba, cuando recibió aquella llamada de Gloria Perea, la subdirectora del periódico, que lo había dejado perplejo. La recordaba palabra por palabra.

—Hola, Mikel, ¿qué tal vas?

—Antes que nada tienes que jurarme que lo que te voy a decir no lo vas a comentar con nadie, ni del periódico ni de fuera. ¿Me has oído bien?

—Perfectamente. Pero ¿a qué viene tanto secreto?

—Se trata de tu trabajo en Berlín. No sé hasta dónde has llegado en los archivos de la Stasi. A partir de ahora tienes que dedicarte exclusivamente a buscar lo que sea en relación con Telmo Salcedo. No te puedo decir más. Tu trabajo ahora consiste en confirmar que Salcedo colaboró con la Stasi en su época de estudiante, cuando estuvo ahí, en Berlín.

También recordaba su exclamación de sorpresa y el canguelo que le había entrado en cuanto empezó a darle vueltas al encargo. Camino del archivo recordó que la llamada de la subdirectora del periódico le había provocado una especie de *shock*. Desde que recibió la llamada le había dado vueltas y vueltas al asunto.

—Céntrate y tira del hilo con discreción. Nos jugamos mucho. Tú también, Mikel — habían sido las últimas palabras de la subdirectora. Todo eran dudas y preguntas para las que no tenía respuesta.

Telmo Salcedo era un hombre importante y poderoso. Husmear en su vida podía resultar hasta peligroso. Mikel Azuera no era un aventurero del oficio. Sabía que la tinta puede resultar tan letal como el plomo, así que, sin llegar a asustarse, se dijo que estaba metido en un buen lío. Pero era

un buen periodista y empezó a pensar por dónde podía tirar del hilo. Buscó un cibercafé que estaba en una calle muy cerca de la Alexanderplatz. Pidió una Coca-Cola y se sentó delante de uno de los ordenadores. Tecléo el nombre de Telmo Salcedo y esperó. No era mucha la información que ofrecía la Wikipedia, pero se quedó con uno de los datos biográficos que aparecían. Salcedo había estudiado Sociología y Ciencias Políticas en el Berlín de los años sesenta del siglo XX. No indicaba en qué lado de la ciudad, entonces dividida, había vivido, pero teniendo en cuenta la información que había recibido tras seguir buscando en internet se inclinó por buscar en el Berlín Este y se hizo con la dirección de las facultades de Sociología y Ciencias Políticas en el antiguo sector comunista de la capital. «Tendré que empezar de cero, buscando una aguja en un pajar, pero ahora —se dijo— por lo menos sé lo que tengo que buscar.» Tras varios intentos fallidos consultando en los archivos, y, cuando ya creía que tendría que intentarlo por otro lado, tuvo una corazonada. «¡El periódico! ¡El *Neues Deutschland*! Seguro que el periódico oficial de la RDA publicó alguna información sobre los programas con estudiantes extranjeros. Incluso puede que encuentre alguna foto.» Una idea lleva a otra, y Mikel Azuera soltó una carcajada. Iba por la calle, rodeado de gente, y alguno de los transeúntes lo miró con aire de temor. El que inspiran los locos. Pero Mikel no estaba loco. Entró en una farmacia y preguntó al boticario dónde podría encontrar un quiosco. No estaba lejos, le contestó. Dio las gracias y salió del establecimiento. No le costó encontrar el quiosco. Se acercó y, tras buscar en los montones de ejemplares de diferentes rotativos que se acumulaban sobre uno de los estantes, cogió uno de los periódicos.

—*Neues Deutschland, bite.*

—*Neues Deutschland?* —preguntó el quiosquero sorprendido porque aquel joven que hablaba alemán con acento extranjero fuera a comprar aquel periódico que seguía defendiendo el ideario comunista.

—*Ja, danke.*

Mikel cogió el periódico y, alejándose unos pasos, buscó la mancheta, en la que figuraba la dirección y el teléfono de la redacción. Estaba en el número 1 de Franz-Mehring-Platz. Siguiendo el plano de Berlín que había en uno de los paneles del metro, vio que en relación con la Alexanderplatz estaba a tres estaciones en dirección este. Leyendo en la red una reseña sobre el periódico, se sorprendió de que fuera el mismo que desde su fundación en la zona de ocupación soviética en 1946 había servido de portavoz y guía de los sucesivos gobernantes comunistas que había tenido la RDA hasta su desaparición tras la caída del Muro. Marcó el número de la redacción y, tras presentarse como un colega español que estaba haciendo un reportaje sobre Berlín, concertó una cita para bucear en el archivo del periódico. Después, mientras deambulaba rumiando los pros y los contras de aquel encargo envenenado que acababa de recibir, sus pasos lo llevaron hasta Unter den Linden, la grandiosa avenida ceremonial que señala el corazón de la capital de Alemania. Al pasar por delante del gigantesco edificio que alberga la Embajada de Rusia, se detuvo un buen rato pensando que el tamaño del inmueble lo decía todo respecto de quien, entre los Aliados, había sido el vencedor en la sangrienta Batalla de Berlín, que puso fin a

la Segunda Guerra Mundial. Volviendo sobre sus pasos, regresó al hotel. Estaba muerto de cansancio y decidió que lo mejor era pasar de la cena. Se durmió dándole vueltas una y otra vez a la misma pregunta: ¿quién le habría soplado a Cosme Damián la supuesta relación de Telmo Salcedo con la Stasi? Fuego amigo. Seguro. Algo así solo puede venir del propio partido, alguien que ve con malos ojos que Salcedo esté a punto de alcanzar el poder.

Al día siguiente Mikel se levantó muy temprano con la intención de acercarse al periódico y bucear en el archivo. Bajó a desayunar pero apenas le prestó atención a la comida y se conformó con un café. Se echó a la calle con buen ánimo pero preocupado, sin saber muy bien cómo plantear el encargo que había recibido. En contra de su costumbre, aquella vez no utilizó el metro y paró un taxi. Dio la dirección del periódico y permaneció en silencio mientras se escuchaba la radio del coche, que en aquel momento difundía un informativo. Por él supo que el Gobierno alemán, a diferencia de otros de los países de la OTAN, no era partidario de intervenir en Irak. Uno de los políticos entrevistados aseguraba que Washington estaba presionando a sus aliados para que apoyaran los planes del presidente George W. Bush. En la crónica radiofónica, algunos de los políticos entrevistados rechazaban que el dictador Sadam Huseín pudiera disponer en su arsenal de armas de destrucción masiva. Mikel Azuera no prestó demasiada atención porque iba ensimismado en sus pensamientos. Al llegar al periódico, tras cumplimentar con sus datos la hoja de petición de acceso al archivo, esperó sentado a que le autorizaran la entrada. Estaba distraído consultando su teléfono cuando una mujer de unos cincuenta años, de mediana estatura y con una melena cortada con arreglo a la moda, le indicó que la siguiera. Avanzaron en silencio por un pasillo lateral que dejaba al descubierto la parte central de la redacción. Mikel estuvo tentado de hacer alguna pregunta, pero desistió al advertir que su guía no parecía ser muy comunicativa. Al llegar a una sala en la que había una mesa de dimensiones considerables, toda ella rodeada de archivadores que a Mikel le parecieron antediluvianos, la guía se detuvo y lo invitó a sentarse.

—Herr Azuera —dijo consultando la ficha que Mikel había rellenado a la entrada—, ¿qué es lo que busca usted?

Mikel tenía pensada la respuesta. La había meditado tras darle muchas vueltas con la idea de no despertar recelos en quienes no dejaban de ser continuadores de la obra y las ideas de la desaparecida Alemania comunista.

—Mi periódico quiere hacer un reportaje sobre españoles que estudiaron y se formaron en la RDA, encontrando en Alemania el apoyo con el que no podían contar en la España franquista.

La guía pareció conformarse con aquella explicación y pasó a concretar fechas y nombres.

Mikel no quiso precipitarse.

—Verá, creo que debería echar un vistazo a la colección del periódico en los años setenta del siglo pasado. Es cuando el régimen franquista suavizó los controles para obtener pasaporte y muchos españoles aprovecharon para salir de mi país. Unos para conseguir trabajo en la República Federal y otros para estudiar aquí, en la Alemania Democrática.

—Dígame qué año en concreto quiere usted buscar —replicó la guía sin gran entusiasmo.

—No sé, si le parece podría empezar por 1970.

—Bien. Espere aquí, voy a consultar.

Mikel se quedó mirando a su alrededor. Todo, desde las sillas a los archivadores, desprendía el aroma de otra época. «Es como si el tiempo se hubiera detenido», pensó.

Al cabo de unos minutos apareció la guía.

—Sígame —dijo, esta vez con energía.

Mikel la siguió hasta otra sala más reducida en la que el espacio principal estaba reservado a un anticuado buscador de páginas. Un artefacto que en la mayoría de las redacciones había sido jubilado por los archivos digitalizados.

—Dispone usted de dos horas. Si quiere sacar copia de alguna página deberá pedir permiso. Si tiene alguna duda, llámeme, estaré en la sala de al lado.

—Bien, gracias.

Era una tarea tediosa. El paso de las páginas resultaba especialmente fatigoso. El blanco y negro de los textos y las imágenes no ayudaba. Mientras movía el mecanismo que ejecutaba el paso de las páginas, Mikel Azuera iba acumulando notas. Era su costumbre. No sabía muy bien cuándo las iba a utilizar, pero creía que en algún momento del reportaje le podían venir bien para contextualizar el relato. Pasaron las dos horas y, con la sensación de que la cosa iba para largo, se despidió de la guía anunciando su intención de volver al día siguiente. La alemana asintió con un movimiento de cabeza al tiempo que le anunció que tendría que volver a cumplimentar la ficha de acceso. Mikel estuvo a punto de protestar aduciendo que repetir la solicitud no tenía sentido, puesto que ya tenían todos sus datos, pero se calló. «Para qué —concluyó—, no lo entendería. Estamos en Alemania y el reglamento es el reglamento.»

El inspector Montañés siguió dándole vueltas a la información que le había dado el agente de la Guardia Civil de Sotogrande. Conseguir que la juez que llevaba el caso permitiera acceder al contenido del ordenador se había convertido en su objetivo. Cómo conseguirlo era el problema. Una por una fue rechazando todas las ideas que se le fueron ocurriendo. La más sencilla habría sido que la gestión del comisario Malvar con su amigo el magistrado hubiera dado algún resultado. Pero habían pasado tres días y la cosa no se movía. También pensó en trasladarse a Cádiz, la capital de la provincia, para hablar con alguno de los colegas en busca de algún contacto que pudiera acceder a la juez. Desechó la idea. En esas estaba cuando, de repente, mientras estaba abstraído mirando la pantalla encendida del ordenador que tenía encima de la mesa, cayó en la cuenta de que, si el ordenador que se había encontrado en casa de Mordekai Rojo contenía alguna información valiosa capaz de proporcionar una pista sobre las causas del asesinato, la clave estaba en acceder a su contenido cuanto antes. Era tarea para un experto. Un experto de la Guardia Civil. Se dijo que quizá sería más fácil conseguir algo por ese lado que volviendo a hablar con la juez. Buscó en su móvil un número y, descolgando el teléfono fijo que tenía sobre la mesa, marcó y esperó.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó una voz enérgica.

—¡Tronco, soy Gabriel Montañés!

—¡Hombre, Gabriel! ¿Qué tal estás? Hace un siglo que no sé nada de ti. Miento, sé que estás liado con lo de ese empresario al que le dieron matarile en Holanda. Lo he leído en el periódico.

—Mardones, no me digas que tú lees algo, que te conozco. Estoy bien. Bueno, bien, lo que se dice bien, estoy bien, pero bien jodido.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—Me pasa que estoy atascado con ese marrón y de arriba me están apretando las tuercas. Por eso te llamo. A lo mejor me puedes echar una mano.

—Hombre, colega. Tú sabes que somos compañeros... si hay algo que dependa de mí, pues cuenta con ello.

—Verás. La cosa va de ordenadores. Necesitaría que me echaras una mano pero no te lo quiero explicar por teléfono. ¿Te parece que nos veamos a tomar una caña y te lo cuento?

—Sí, claro. Pero esta mañana no puedo, salgo de servicio a las tres. Si quieres quedamos esta tarde.

—Hecho. ¿Dónde te viene bien?

—Pues donde tú me digas.

Quedaron en un bar de los bulevares madrileños, a medio camino de las sedes de sus respectivas jefaturas. Montañés llegó el primero. Al ver entrar a su amigo se acercó a saludarlo y se abrazaron.

—Macho, estás como siempre —dijo el policía a modo de saludo.

—Tú sí que estás como siempre. Te veo en forma.

—A mí me sobran kilos y horas de oficina —respondió el guardia civil.

Se sentaron y, cuando un camarero se acercó, le pidieron dos cervezas.

—Como te decía, estoy atascado y necesito que me hagas un favor. ¿Sigues con la informática?

—Sigo, sigo con los ordenadores. Estoy a caballo entre el Servicio de Informática y el de Seguridad de la Información. ¿Por qué me lo preguntas?

—Verás. Es cuento largo. Tómate la caña mientras te pongo al tanto... —dijo mientras hacía lo propio y se llevaba la jarra a los labios.

Montañés le hizo un resumen de la situación para concluir con una pregunta:

—Necesito acceder al contenido del ordenador que tiene la juez y, como estará encriptado, supongo que os lo enviará a vosotros. ¿Me equivoco?

—No. No te equivocas, ese suele ser el protocolo de actuación. Pero la juez puede retrasarlo. Depende de la marcha de la investigación. También podría encargar el trabajo a un técnico.

—Si lo deja en vuestras manos, ¿me ayudarías?

—Lo que me pides es delicado... Se puede hacer, todo se puede hacer, pero hay que saber cómo se hace —respondió el guardia civil con aire de misterio.

—¿Qué quieres decir? Con esto último me he perdido —replicó el policía, desconcertado.

—Quiero decir que para acceder al contenido de un ordenador no hace falta tenerlo encima de la mesa. Pongamos por caso que lo que te interesa son los correos, pues se podría acceder a ellos desde fuera. La operación es compleja, pero se podría. Otra cosa son los archivos, en ese caso sí que habría que tener controlado el equipo.

—Si te digo la verdad, esta vaina de la informática me supera. Me pierdo.

—Bueno, no se puede saber de todo, pero en este caso la materia es compleja y cada vez más porque cada día surgen nuevas aplicaciones.

—¿Me ayudarás? —preguntó el inspector con un tono que su amigo interpretó casi como una llamada de socorro.

—Tranquilo, tronco. Déjalo en mis manos. Veré lo que se puede hacer. Me dijiste que estaba en el Juzgado de Algeciras, ¿no?

—Sí, bueno, el fiambre apareció en Sotogrande pero creo que la parte legal corresponde al Juzgado de Algeciras y la investigación la lleva a cabo la Guardia Civil.

Mardones se comprometió a llamarlo en cuanto tuviera alguna novedad. Se levantaron y se despidieron sin dejar propina. El camarero los miró con cara de pocos amigos, pero no dijo nada.

Ivonne Genet llegó a París presa de la angustia. La conversación con el policía español le había provocado un gran estrés emocional. Creía que había salido bien parada del interrogatorio, porque así lo había percibido por el tono de las preguntas del inspector, pero no estaba segura. Como todos aquellos que caen presos del síndrome de la escalera, seguía dándole vueltas al problema que la angustiaba, se preguntaba una y otra vez qué debería haber contestado para que las preguntas hubieran ido en otra dirección. Así había ido todo el viaje en el avión y así siguió en el taxi mientras duró el trayecto desde el aeropuerto hasta su casa en el centro de París.

Lo primero que hizo nada más llegar fue asegurarse de que había cerrado bien la puerta. Se sentía insegura. Era una sensación nueva en su vida. Pensó que no debería haber aceptado el encargo de su amigo Walter de Roux.

Ir a Madrid para participar en la subasta del Picasso robado no había sido coser y cantar. Seguía preguntándose cómo había sabido la policía de las actividades de Julián Santa Eugenia, aquel español ordinario y con aires de nuevo rico. Creía que había salido bien parada del encuentro con el inspector de policía pero no estaba segura. Su primera intención había sido esperar un par de días antes de llamar a su amigo y contarle lo que había pasado. Estaba cansada y decidió darse una ducha y esperar a poner en orden en su cerebro los acontecimientos de los últimos días. El baño resultó terapéutico. Y decidió cambiar de planes. Más calmada, se vistió y marcó el número de Walter de Roux. Quedaron para verse dos horas más tarde en el bar del hotel InterContinental, un lugar próximo a la ópera Garnier que solía estar muy concurrido.

Ivonne llegó primero, buscó una mesa y pidió un café. Al poco, como por arte de magia apareció su amigo. En realidad llevaba ya un rato esperando en otra parte del local observando las diferentes puertas de entrada y salida. Había escogido el sitio precisamente por eso, porque tenía varias salidas.

Walter se sentó a su lado sin aparentar emoción alguna. La saludó con el aire de quien se reúne con una amiga a la que ve todos los días. Al acercarse el camarero pidió un café y un pastís, el aguardiente típico de Marsella. Tras cruzar unas palabras acerca del tiempo y la siempre presente expectativa de lluvia propia de París, Ivonne no pudo contener la necesidad que tenía de contarle a su amigo lo ocurrido en Madrid. El hombre la escuchó en silencio mientras hacía girar con calculada lentitud la cucharilla con la que removía el café. Cuando la mujer hizo un alto para tomar un sorbo de agua y pretendía seguir con su relato, la interrumpió.

—¿Crees que te han seguido?

—No. No lo creo. Bueno, no lo sé —respondió Ivonne frotándose las manos.

—¿Recuerdas cuáles fueron las últimas palabras que te dijo el policía español? —preguntó mirándola a los ojos. Era una mirada fría, impersonal y, quizá por eso, Ivonne sintió miedo.

—No sé, creo que me dijo que no me preocupara. Compréndelo, estaba poniéndome nerviosa, pero creo que no era nada importante.

—Haz un esfuerzo. ¿Qué te dijo? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

—Me preguntó de qué conocía a *monsieur* Santaeugenia y le dije que no lo conocía pero que él era un gran aficionado al arte y se había puesto en contacto con la tienda de antigüedades en la que yo trabajo, y que por eso le había hecho una visita profesional. Tuve la impresión de que debían de tener pinchado su teléfono, por eso reconocí que había estado en su despacho... No sé, ya te digo que me puse nerviosa, pero creo que lo disimulé, incluso cuando me preguntó si Santaeugenia había mostrado interés por algún cuadro y me habló, a modo de ejemplo, de un Picasso...

—¿Te preguntó por el Picasso? —dijo el hombre elevando por primera vez el tono de voz.

—Sí. Bueno, le dije que no, que creía que el señor Santaeugenia tenía gustos eclécticos. Creo que no sabía nada, que iba dando palos de ciego, y cuando le di mi tarjeta con la dirección de la tienda de antigüedades me pareció que se conformaba con la explicación de por qué le había hecho una visita —respondió Ivonne sin poder ocultar su nerviosismo.

Durante unos minutos que a Ivonne Genet le parecieron una eternidad, el hombre no respondió. La miraba sin verla. A la manera de los ajedrecistas, su cerebro ya estaba pensando dos o tres jugadas por delante. Cuando se decidió a hablar había recuperado su tono de voz habitual.

—¿Le hablaste del cuadro? ¿Te hizo alguna pregunta sobre él?

—No. Ni me preguntó nada, ni le dije nada, claro está. Cuando fui a por el dinero y me encontré con Andrés no me siguió nadie. No tienes que preocuparte por eso —respondió la mujer en un intento de transmitir un estado de ánimo del que carecía.

—Bien. Te diré lo que tienes que hacer. Lo primero de todo, mañana tienes que volver al trabajo, y les dices que aprovechando que estuviste un par de días en Madrid hiciste relaciones públicas de la tienda entre la gente con la que estabas. No des demasiados detalles. Lo importante es que se queden con la idea por si desde Madrid alguien llamara para confirmar que trabajas allí. Después, no hagas nada, vida normal. No me vuelvas a llamar. Yo me pondré en contacto contigo. Aquí tienes lo prometido. Guárdalo bien, pero no se te ocurra ingresarlo en el banco —dijo al tiempo que depositaba encima de la mesa una caja primorosamente envuelta y atada con un doble lazo. Nadie habría pensado que en su interior había una cantidad importante de dinero—. Ahora quiero que te levantes y te vayas. Yo me quedaré un rato. Adiós, haz lo que te digo y no te preocupes, lo importante es no perder los nervios. ¡Adiós, querida!

—Adiós. Gracias por el café y por el regalo —dijo señalando la caja.

Walter no se levantó. Al quedarse solo, apuró lentamente el pastís mirando a un lado y a otro, como para asegurarse de que nadie se había levantado para seguir a su amiga. En su cabeza se había formado un plan. Nadie sabe dónde duermen los lobos solitarios. No les gusta que la sangre

de sus presas dejen pistas sobre la nieve que puedan alertar a los cazadores. El Marsellés había tomado una decisión pero creyó que lo primero era el cuadro.

El Picasso había llegado a su destino. En Europa, los países que pertenecen al espacio Schengen no tienen fronteras entre sí. El cuadro salió de Madrid y llegó a París sin novedad. Walter de Roux nunca utilizaba dos veces el mismo correo. En aquella ocasión su contacto en España había confiado el cuadro a un transportista que hacía regularmente un viaje hasta Bruselas cargando material sanitario. La entrega del cuadro, que por sus dimensiones no llamaba la atención, se produjo sin mayores percances en un área de descanso de una de las autopistas que bordean la capital francesa. Dada la importancia de la mercancía, el propio Walter se arriesgó a recogerla. Mientras regresaba hacia París iba pensando que, por lo que le había contado Ivonne Genet, en aquella ocasión había corrido demasiados riesgos. Tenía ya un plan para deshacerse de la mujer pero necesitaba tiempo para llevarlo a cabo. Tiempo que debía medir, puesto que lo que podía estar haciendo la policía española era una variable que no podía controlar. Era un hombre frío, curtido en la soledad y el autocontrol. Había elegido un tipo de vida poco común. Gustaba de placeres caros e infrecuentes. Era discreto y desconfiado hasta el extremo de rozar la paranoia, y estaba deseando llegar a su vivienda y colgar el Picasso en la habitación secreta de su loft. El garaje del edificio en el que vivía facilitó las cosas. Nadie reparó en aquel inquilino del que nada sabían cuando descendió de su coche y, tras abrir el capó, recogió del interior lo que parecía ser un cuadro o tal vez un espejo. Cerró el coche con el mando a distancia y, una vez en el ascensor que daba acceso a las diferentes plantas, marcó el botón correspondiente al piso en el que estaba su refugio. Era una planta baja y la vivienda solo tenía una entrada. Aun así —la costumbre del lobo—, antes de abrir la puerta se cercioró de que todo estaba en orden. Una vez dentro, pausadamente, se dirigió hasta el lienzo de la pared que ocultaba el mecanismo que abría la habitación en la que guardaba sus tesoros. «Faltaba un Picasso, ahora estará completa», se dijo al tiempo que con mucho cuidado retiraba el envoltorio de plástico con burbujas que protegía el cuadro. Lo reclinó sobre una de las paredes y se quedó quieto mirándolo. «Es fascinante.» Estuvo largo rato contemplando lo que habría sido el capricho de cualquier coleccionista y se sintió en armonía consigo mismo. El arte lo relajaba, incluso podría pensarse que en cierto modo había dado un poco de sentido a su vida. Seguía barruntando lo que le había contado Ivonne Genet sobre aquella conversación que había tenido con un inspector de policía español.

Transcurrieron algunos días, durante los que Walter de Roux estuvo muy atento a las noticias que llegaban de España. Esperaba que de un momento a otro alguna novedad le diera indicios de que en Madrid la policía estaba detrás del cuadro robado. Cuando, en uno de los servicios de Euronews, escuchó que un empresario español llamado Julián Santa Eugenia había sido detenido bajo la acusación de estar implicado en un caso de tráfico de obras de arte, supo que había llegado la hora de cortar los puentes y cualquier conexión que lo pudiera relacionar con aquel asunto.

Llamó a su amiga Ivonne Genet y la citó para verse después del trabajo. Había advertido cierto

nerviosismo por parte de su amiga al responder al teléfono, por lo que un sexto sentido le hizo cambiar de planes y no acudió a la cita. Pero sí se acercó sigilosamente hasta las proximidades del *bistrot* de Faubourg Saint-Honoré en el que habían quedado para observar si la estaban siguiendo. Su amiga había llegado y estaba sola. Una pareja de hombres de mediana edad sentados junto a una de las mesitas que estaban en la terraza del local le hizo sospechar. Los observaba desde el cristal del escaparate de una tienda de ropa de caballero que había enfrente. Entró en la tienda y, mientras aparentaba decidir si le interesaba una americana carísima, siguió mirando hacia el otro lado de la calle. Pensó que quizá estaba dejándose llevar por la paranoia, pero decidió salir de dudas. Buscó el teléfono móvil y memorizó el número de Ivonne Genet. Haciendo ver que había olvidado el teléfono, le pidió a uno de los dependientes, que desde el primer momento había estado muy solícito, que le permitiera hacer una llamada telefónica. Marcó el número de su amiga y esperó la señal de llamada. Cuando la mujer descolgó fue telegráfico.

—Ivonne, soy yo. No hagas preguntas. Creo que te están siguiendo. No digas nada, escucha y haz lo que te voy a decir. Pide la cuenta y sal sin apresurarte en dirección a la place Vendôme. No mires hacia atrás y no vayas deprisa. Voy a ir a tu casa, esperaré en la escalera, no creo que te sigan más allá del portal. Cuando entres procura actuar con normalidad. Ahora cuelga, más tarde te llamaré. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, de acuerdo —respondió la mujer un tanto aturdida y sin acabar de comprender la situación.

Walter de Roux devolvió el teléfono al empleado, que había vuelto con otra americana, pero sin perder de vista el panorama que se divisaba al otro lado del escaparate. Mientras se probaba la prenda observó que Ivonne Genet salía de la parte interior del *bistrot* enfilando hacia su izquierda. Al poco, los dos hombres se levantaron con aire distraído y comenzaron a seguirla. Walter de Roux aguardó una tercera prueba de chaqueta, al cabo de la cual salió de la tienda tras darle las gracias al desolado vendedor, que ya se había hecho a la idea de que aquel cliente que parecía estar tan en forma compraría una de sus excéntricas y carísimas americanas.

La confirmación de que a su amiga la estaban siguiendo había provocado en él un sentimiento de ira. Se dijo que no podía correr más riesgos. Nadie lo relacionaría con Ivonne Genet a no ser que ella lo delatara. La mujer no sabía dónde vivía, pero podía facilitar a la policía información acerca de su vida, y sería cuestión de tiempo que pudieran dar con él. Además, estaba la pista española. Si los *flics* estaban detrás de su amiga era porque habrían recibido el soplo de sus colegas de Madrid. Su mente procesaba los acontecimientos con rapidez y frialdad. Tras darle vueltas a la situación, concluyó que la mejor salida era deshacerse de aquella mujer, a la que no culpaba de lo sucedido. Pero, tal y como habían rodado las cosas, si quería establecer un cortafuegos, la *sanción* resultaba inevitable. Según lo previsto, llegó a la casa de la mujer antes que ella. El portal estaba abierto y entró con decisión. Subió hasta un piso más arriba del que ocupaba su amiga y esperó. Poco después escuchó el ruido del ascensor deteniéndose en la planta

de abajo. Tras mirar por el hueco de la escalera y cerciorarse de que no la habían seguido, bajó de dos en dos los escalones y se acercó hasta la mujer, que estaba buscando las llaves del piso.

—¡Ivonne! —dijo en voz baja. Al verlo aparecer, la mujer se sobresaltó.

—¡Qué susto me has dado!

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, bueno, un poco nerviosa. Todo esto me está superando un poco.

—Tranquilízate, abre y no te preocupes, ahora hablamos.

Entraron en la casa y el hombre se aseguró de que la puerta se había cerrado correctamente. Al cabo de poco más de media hora, el Marsellés abandonó el piso llevándose el teléfono de su amiga. En el interior de la vivienda, el cuerpo de Ivonne Genet yacía reclinado sobre uno de los sofás del salón principal. Parecía dormir plácidamente.

El inspector Montañés estaba en su oficina cuando la secretaria le anunció una llamada desde París. Era el comisario Gaston Bachelet, el policía con el que había entrado en contacto para ponerle al tanto de la investigación abierta por el asunto del Picasso robado y la posible implicación de la ciudadana francesa Ivonne Genet en el caso.

—*Allô, monsieur Montañés!*

—*Oui*, yo mismo, ¿qué tal van las cosas por París?

—Para eso le llamo. Hay novedades. ¿Recuerda a Ivonne Genet, la mujer que creían ustedes que podía estar implicada en el caso del Picasso robado?

—Sí, claro que la recuerdo, por supuesto. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque, como le decía, hay novedades. Ivonne Genet está muerta. Apareció muerta en su domicilio. Todavía no tenemos el resultado de la autopsia pero parece que le rompieron el cuello. En el piso donde vivía no había signos de lucha y la puerta tampoco había sido forzada. Encontró el cuerpo la señora de la limpieza, al parecer llevaba ya varios días muerta. Estamos investigando el caso, pero la primera impresión es que la infortunada mujer debía de conocer a su asesino y le abrió la puerta, ya le digo que todo el piso estaba en orden y, por lo demás, en la casa no parecía faltar nada. La señora Genet vivía sola, aunque al parecer tenía una hija a la que estamos tratando de localizar. Si hay alguna otra novedad lo llamaré, *cher ami* —dijo el comisario en un tono de voz que al inspector Montañés le pareció cargado de cansancio.

—Le agradezco la llamada. La verdad es que la muerte de esta mujer nos priva de una pista importante para seguir tirando del hilo de esta trama. Lo que está claro es que quien o quienes hayan acabado con su vida han querido callar a un testigo que podría haberlos delatado.

—Pienso lo mismo que usted. Puede que la trama, además de en España, actúe también aquí, en París. Ah, se me olvidaba decirle que la estábamos vigilando. Fueron los colegas encargados del seguimiento quienes dieron la alarma sorprendidos porque llevaba varios días sin salir de casa.

—¿La estaban vigilando?

—Sí, eso he dicho.

—Pues entonces es probable que el asesino también estuviera detrás de ella y aprovechara la primera ocasión para cometer el crimen, lo que parece confirmar que, como usted decía, debe de ser alguien a quien ella conocía, alguien de su entorno.

—Es lo primero que hemos estado investigando. Pero de momento sin ningún resultado. Vamos a ciegas. La señora Genet era una mujer que llevaba una vida discreta. Y la verdad es que

tampoco hemos podido establecer una agenda de amistades porque en el registro de la vivienda no encontramos ningún teléfono, aunque sabemos que al menos tenía uno porque en el último día que nuestros compañeros la siguieron vieron como hablaba por el móvil.

—Seguro que su asesino se lo llevó —dijo el inspector—. Creo que vamos a tener que empezar por el principio. Y esa va a ser tarea nuestra aquí, en España.

—*Oui*, pero también a nosotros nos queda mucha tarea —respondió el comisario—. Si le parece, podemos intercambiar información a medida que tengamos alguna novedad —añadió.

—De acuerdo. Así lo haremos.

Se despidieron, y Gabriel Montañés se quedó en silencio con la mirada perdida. La muerte de la mujer que se había entrevistado con Santaeugenia confirmaba la existencia de una organización criminal. Su desaparición complicaba las pesquisas pero no cegaba otra de las vías de investigación. Estuvo un buen rato pensando, y al cabo decidió que había llegado la hora de apretar las clavijas a Julián Santaeugenia, el empresario que llevaba ya un día en los calabozos de la policía.

Mikel Azuera estaba contento. Llevaba cuatro días buceando en el anticuado armatoste que conservaba todas las ediciones publicadas por el *Neues Deutschland* a lo largo de su historia cuando dio con una información que hablaba de la graduación de una promoción de alumnos de la Facultad de Sociología en la que había alumnos de varios países que habían estudiado becados por el Estado. Entre ellos, según rezaba el pie de una de las fotos que ilustraban el reportaje, había dos españoles. No figuraban sus nombres, y por la foto no era posible reconocer a ninguno. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, a Mikel le pareció que solo con aquella información su trabajo iba a resultar un fracaso anunciado. Pero no se rindió. Tomó nota del año y la fecha de la graduación y decidió que la respuesta que estaba buscando podía encontrarla en otro sitio, así que decidió que buscaría en la Facultad de Sociología.

«¡La orla, coño! ¡Claro, cómo no se me ha ocurrido antes! —se dijo—. Todas las facultades guardan la orla con las fotografías y los nombres de sus alumnos graduados. Tengo que intentarlo. No creo que las hayan destruido.» Al salir del archivo del periódico, junto a la mujer que controlaba las peticiones, había un hombre al que no recordaba haber visto antes. Azuera creyó que lo estaba observando pero no le dio mayor importancia. Al día siguiente fue a la Universidad y, tras el ritual clásico de rellenado de fichas, consiguió que lo dejaran acceder a la biblioteca de la Facultad de Sociología. Allí estaba lo que buscaba. Las paredes de la estancia estaban cubiertas por numerosas fotografías. Eran las orlas de las diferentes promociones que habían pasado por el centro a lo largo de los años. Mikel consultó las notas de su libreta, y al cabo de pocos minutos localizó el año. Allí estaba lo que buscaba. Debajo de un sonriente joven con el pelo largo y la mirada intensa aparecía un nombre: Telmo Salcedo Urrutia. El paso del tiempo no le había cambiado la mirada. Mikel reconoció al famoso político en aquel muchacho que parecía más joven de los años que debía de tener entonces.

La orla estaba protegida por un cristal, pero aun así el periodista se arriesgó a sacar una foto con su móvil tras haber quitado el flash. Tenía una foto, pero aquello no demostraba nada. Telmo Salcedo no ocultaba en su biografía que había estudiado en la RDA. «Estoy en la casilla de salida, esto me puede llevar meses», pensó mientras abandonaba la biblioteca. Al salir creyó ver al hombre que la víspera se encontraba junto a la archivera del periódico, pero no estaba seguro de que fuera el mismo.

Tras conseguir la foto de los tiempos de estudiante de Telmo Salcedo, ahora faltaba lo más difícil. Hurgar en los archivos de la Stasi. Una tarea que se presentaba tan ardua como tediosa. En

ella llevaba varios días cuando una mañana creyó reconocer al hombre que, dos mesas más allá de donde él estaba, parecía ensimismado consultando documentación. Era el mismo que había visto en la biblioteca de la facultad y en el periódico. Su instinto de periodista le dijo que no podía tratarse de una casualidad. Llevaba años en el oficio y no era un paranoico, pero el descubrimiento lo había inquietado más de lo que quería reconocer. «¿Me estará siguiendo? ¿Por qué?», se preguntó desconcertado. Su primera intención había sido dejar lo que estaba mirando y salir corriendo. Pero se contuvo. No había progresado en la revisión de las carpetas que le habían dejado mirar y faltaba un buen rato para que cerraran el archivo, así que decidió seguir inmerso en su búsqueda sin mirar a aquel individuo, que parecía estar concentrado en su tarea. Al cabo de una hora larga, Mikel decidió que había llegado la hora de marcharse. Al dejar la sala miró con disimulo hacia donde estaba sentado aquel desconocido. Se tranquilizó al ver que no se levantaba para seguirlo. Respiró hondo y apresuró el paso. El lugar tenía ascensor, pero optó por salir deprisa y salvar los dos pisos bajando por la escalera.

Lo que no pudo ver es que, al cabo de unos minutos de su marcha, el desconocido se acercó hasta el mostrador en el que se depositaban las fichas con las peticiones de consulta de los visitantes para mirar la ficha que Mikel Azuera había rellenado unas horas antes.

Durante los días que llevaba en prisión, la detención de Julián Santaeugenia había sido una de las noticias estrella de todos los informativos. También de los programas de entretenimiento de los canales de televisión: el empresario era todo un personaje en el mundo de las *celebrities* y, durante años, sus variados romances habían alimentado esos espacios de cotilleo tan al uso en algunos medios de la España del cambio de siglo. Los periodistas serios firmaban crónicas con las escasas noticias que les facilitaban sus contactos policiales, y los frikis llenaban horas de tertulia con reiteradas banalidades aliñadas con pases de imágenes en las que el empresario aparecía acompañado de algunas de las mujeres relacionadas con él que en el pasado habían sido carne de la prensa rosa. Pocos sabían que, al inspector Gabriel Montañés, su jefe, el comisario Aquilino Malvar, le había puesto como plazo las setenta y dos horas que marca la ley como límite de las detenciones policiales para sacar algo en claro, amenazándolo con retirarlo del caso. El policía estaba esperando conocer los detalles de la muerte en París de Ivonne Genet, la mujer que se había entrevistado unos días antes en Madrid con Julián Santaeugenia.

Antes de interrogar al empresario llamó a su colega el comisario Gaston Bachelet.

—*Mon ami*, ya tenemos el informe de la autopsia. Le traduzco lo sustancial. «Madame Genet sufrió la fractura de dos vértebras cervicales tras recibir un golpe severo en el área del cuello. Dichas fracturas le causaron la muerte.» Como ve, el informe es concluyente: fue asesinada.

—Por lo que me dice, ha sido un crimen profesional, por decirlo así, ¿no? —preguntó el inspector Montañés.

—Así parece. Tuvo que ser obra de alguien con mucha fuerza. Estamos investigando su vida y su círculo de amistades para ver si sacamos algo. Cuando tenga algún otro dato relevante, lo llamaré. Puedo tardar porque el caso está ahora en manos del juez y aquí las cosas de los juzgados van despacio —dijo el comisario con un deje de resignación.

—Me lo va a decir a mí. En España pasa tres cuartos de lo mismo. Para que se haga una idea, por aquí dicen que si la policía va en burro los jueces van a pie. Pero bueno, lo esencial ya lo conocemos: la pobre mujer ha muerto de mala manera, probablemente a manos de alguien de la trama que estamos siguiendo.

—Sí, parece probable que el crimen tenga algo que ver con lo que están investigando.

—Por cierto, información por información: hemos detenido al empresario con el que la mujer se entrevistó cuando estuvo en Madrid.

—¿Ah, sí? ¿De qué se lo acusa?

—De momento, de presunto tráfico ilegal de obras de arte. Algo relacionado con un Picasso...

—¿Un Picasso? Eso son palabras mayores. Ya me contará cómo acaba la cosa.

—Descuide, lo tendré informado, y yo cuento con que me llamará si hay alguna novedad en París.

Se despidieron. El inspector Montañés colgó el teléfono y de un salto recogió la gabardina, que languidecía medio colgada de un perchero arrinconado entre dos archivadores, y salió pitando camino de los calabozos de la Comisaría General.

Al llegar, el guardia de la puerta lo conoció y le hizo el saludo reglamentario. Los calabozos estaban en el sótano. Al llegar otro agente que estaba de guardia, se cuadró. El inspector devolvió el saludo con desgana. Las ordenanzas nunca habían sido su fuerte. Se había hecho policía porque siempre había querido serlo; desde cuando era adolescente y se quedaba embobado en el cine viendo películas en las que aparecían policías que resolvían los casos con inteligencia, sin disparar un tiro ni moler a golpes a los malos. Al entrar le dijo a otro de los guardias que trajera al detenido a la sala de interrogatorios. Mientras aguardaba la llegada del empresario no paró de pensar en lo que le había contado su colega francés sobre las circunstancias de la muerte de Ivonne Genet. Cayó en la cuenta de que la noticia todavía no se habría filtrado a la prensa, y por lo tanto Julián Santaeugenia quizá no estaba al tanto de la suerte que había corrido la mujer. «O tal vez sí. Quién sabe», se dijo para sus adentros. Cuando el empresario entró en la sala, el inspector Montañés ordenó al guardia que lo custodiaba que le quitara las esposas.

—Y déjenos solos —añadió al tiempo que mandaba sentarse al empresario.

—¡Vaya, vaya! Quién nos iba a decir que nos encontraríamos en una situación como esta, ¿verdad? —preguntó con un deje de ironía.

—No sé por qué estoy aquí. Nadie me ha dicho nada. Quiero hablar con mi abogado.

—Podrás hacerlo, no te preocupes. Pero todo a su debido tiempo.

—No hablaré con nadie si no está presente mi abogado. Conozco mis derechos —respondió con altanería el detenido.

—Yo también conozco los míos, y por lo pronto quiero que baje la voz. Aquí quien manda soy yo, ¿entendido?

El empresario no se amilanó. Toda una vida de ordeno y mando no se recicla así como así.

—Repito que quiero hablar con mi abogado —respondió bajando el tono de voz.

—Eso está mejor. Aquí no hay sordos. Al contrario, somos todo oídos y queremos que nos cuentes qué ha pasado con el cuadro.

—¿Qué cuadro? No sé de qué me está hablando.

—Sí lo sabes. Claro que lo sabes. ¿Te suena el nombre de Pablo Ruiz Picasso?

—Pues claro, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—Eso es lo que queremos que nos cuentes. ¿Qué ha sido del Picasso robado?

—No sé nada de ningún robo aparte del que denuncié en su día. Soy empresario, construyo casas, no me dedico a robar cuadros.

—Eso ya lo veremos. Hablando de conocer, ¿qué me dices de tu amiga Ivonne Genet, una ciudadana francesa muy atractiva, por cierto?

La pregunta del policía desconcertó a Julián Santaeugenia. Era un hombre inteligente y comprendió que el hombre que tenía delante jugaba con ventaja. Ignoraba cuánto sabía, pero era evidente que estaba al tanto de cosas que podían comprometerlo, así que decidió bajar el pistón en su papel de ciudadano indignado por ser víctima de una detención injustificada.

—No sé de quién me habla —respondió.

—¿De verdad no sabes quién era Ivonne Genet? ¿No recuerdas que la semana pasada estuvo en tu despacho? —preguntó el inspector poniéndose de pie y señalando con un dedo al empresario, que permanecía sentado.

—Recibo a muchas personas y no puedo acordarme de todos los nombres.

—Pues de este vas a tener que acordarte durante mucho tiempo, te lo aseguro.

—¿Por qué? Ya le digo que no la conozco.

—No me mientas, que no me gusta que me tomen por tonto. Estuvo en tu despacho el jueves de la semana pasada. Ella misma me lo contó antes de volver a París. Pero que volvió a París tú ya lo sabías, ¿no?

—¿Por qué iba a saberlo si le digo que no recuerdo haberla conocido?

—Pues vas a tener que hacer memoria, mucha memoria, porque Ivonne Genet está muerta. Asesinada, para ser exacto.

Como si hubiese sido alcanzado por un rayo, la cara de Julián Santaeugenia mudó de color. Las últimas palabras del policía lo habían instalado en el pánico.

—No sé, no entiendo nada. No tengo nada que ver con todo esto. Quiero que venga mi abogado, por favor, llamen a mi abogado.

Se había derrumbado y el inspector Montañés aprovechó el bajón psicológico para seguir con el interrogatorio.

—Me temo que vas a tener que contárnoslo todo porque aquí estamos detrás del cuadro, pero mis colegas de París investigan un asesinato. El asunto es muy serio, y si quieres salir medianamente librado tienes que colaborar... —dijo dejando caer unas palabras que el empresario, que estaba empezando a reponerse, creyó interpretar como una promesa.

—Haré lo que me pida, pero, créame, no tengo nada que ver con lo que me dice de la muerte de esa mujer. Es cierto, ahora recuerdo que vino a mi despacho. Me dijo que trabajaba para una tienda de antigüedades... Todo el mundo sabe que colecciono obras de arte y vino a ofrecerme el catálogo de la firma en la que trabaja. Pero, debe creerme, ni la conocía de antes ni tengo nada que ver con lo que me cuenta de su muerte, que lamento, porque era una mujer muy atractiva.

—Esa no es la cuestión —cortó con sequedad el inspector.

—Bueno, lo que yo quería decir es que lo siento. El poco tiempo que estuve hablando con ella me pareció una persona interesante, muy culta, no sé, ya le digo que lo siento —añadió el empresario.

—Bien, volvamos a la cuestión. Va a ser un milagro que te libres de este marrón porque se da la circunstancia de que has sido una de las últimas personas que la ha visto con vida, así que tú verás..., o colaboras y me cuentas ahora mismo todo lo que sabes del asunto o vete haciéndote a la idea de que los próximos meses te los pasas en el maco de Soto del Real a la espera de que la justicia francesa te reclame... Bueno, a no ser que cantes lo que sabes sobre esta y otras historias. Piénsalo —añadió el inspector Montañés haciendo el gesto de levantarse y llamar al policía que sabía que estaba de guardia al otro lado de la puerta.

—No entiendo nada. ¿De qué me habla? ¿A qué otras historias se refiere? —preguntó con un gesto de sorpresa el empresario.

—Sabes muy bien a qué me estoy refiriendo, hablo de tus *negocios* gibraltareños —respondió el policía con un deje de ironía—. A tus negocios y a lo que cuenta la prensa sobre tus andanzas y las cosas que les pasan a tus amigos.

—La prensa cuenta muchas mentiras. Manipula las cosas. No tengo nada que ocultar, estoy al día con Hacienda, y los amigos que tengo son conocidos por todo el mundo —replicó intentando disimular un repentino conato de pánico que no pasó inadvertido para el inspector.

—Así que todo lo que cuentan los periódicos son mentiras. ¿También lo que publica *El Diario* sobre tus andanzas financieras?

—*El Diario* es un periódico sensacionalista que me ha estado persiguiendo prácticamente desde su aparición. Cosme Damián me la tenía jurada desde que me negué a contratar publicidad en las páginas de su panfleto.

—Vaya, vaya..., así que te habrás alegrado de su muerte.

—No lloré cuando me enteré, y espero que entienda que no haya rezado por su alma. Era un canalla y usted sabe que tengo razón.

—Yo solo sé que estás metido en un lío muy gordo porque algo me dice que tienes cosas que contarnos sobre tus amigos de Gibraltar y vuestros negocios conjuntos.

—A qué amigos se refiere —preguntó de nuevo el empresario en estado de máxima tensión.

—¿Te suena el nombre de Aladino?

—¿Aladino? ¿El de la lámpara maravillosa? No sé de quién me habla.

—Te aclararé un poco la memoria, ¿te suena algo más el nombre de Mordekai Rojo? ¿A que este sí te suena? —preguntó con un punto de irritación el policía.

—Bueno, sí, he tenido un socio que se llama así..., bueno, que se llamaba, porque está muerto —acertó a decir Julián Santaeugenia, cada vez más nervioso.

—Está muerto, efectivamente. Empiezan a ser demasiados los muertos que hay a tu alrededor, ¿no te parece?

—Pero ¿qué tengo yo que ver con su muerte? —respondió el hombre levantando la voz.

—No te sulfures. Ya veremos si tienes o no algo que ver en todos estos asuntos, pero, créeme, las cosas pintan mal para ti, francamente mal, así que yo en tu lugar iría pensando en lo que te espera si no colaboras.

—Pero esto es un abuso. ¡Quiero ver a mi abogado! ¡Tengo derecho! Quiero hablar con él.

—Hablarás con él, no te preocupes por eso, vas a ir sobrado de tiempo para hablar con tu abogado y contarle todas las mierdas en las que estás metido.

El empresario iba a responder, pero el inspector, que se había levantado de la silla, llamó al guardia que estaba al otro lado de la puerta para que entrara.

—Llévelo al calabozo, pero antes déjenle que telefonee a su abogado. La llamada es cortesía de la casa —añadió con tono burlón Gabriel Montañés—. ¡Ah! Y vete pensando en que te conviene contárnoslo todo.

La cara de Julián Santaeugenia era la imagen viva de la desolación. Por primera vez, un hombre acostumbrado a mandar como había sido él toda su vida se veía desamparado y sin saber qué hacer. Mientras se dejaba esposar por el policía de uniforme cayó en la cuenta de que no recordaba el número de teléfono de su abogado y se lo dijo al policía.

—No se preocupe por eso. Es de suponer que lo tendrá en el móvil. Lo buscaremos. Aquella idea lo tranquilizó. Necesitaba hablar con alguien de confianza para contarle lo mal que lo estaba pasando.

Al ver el gesto de preocupación que reflejaba la cara de Julián Santaeugenia, el policía de la escala básica que lo conducía por los pasillos de la comisaría —que había reconocido al empresario— se dijo para sus adentros lo que tantas veces había escuchado comentar a sus compañeros: «El calabozo rebaja los humos. Aquí se igualan las clases sociales». «Pero solo durante un rato —había oído replicar una vez a un veterano—, el tiempo que tardan en llamar a su abogado. Después se vienen arriba.»

El funeral de Cosme Damián reunió a gran parte de todo Madrid. Empresarios, políticos, magistrados, periodistas, varias de las estrellas de la televisión y hasta un obispo. En vida —a su manera y capricho—, había destruido famas a través de *El Diario*, pero también había contribuido a crear mitos en el universo catódico. Algunos de los asistentes le debían sus carreras, otros se diría que habían acudido para cerciorarse de que estaba muerto. Presidía la ceremonia del pésame Clara Miranda de Celis, la viuda. Parecía una reina micénica, hierática, bella y distante presidiendo el último acto de una representación en la que el público, en este caso los asistentes al duelo, estaban al cabo de la calle de que el componente social primaba sobre cualquier otro sentimiento. La pareja no había tenido hijos y esa circunstancia privaba a la ceremonia de despedida del desgarramiento que suelen llevar aparejados los funerales.

Al día siguiente, *El Diario* dedicaba al acto una doble página gráfica. La crónica destacaba la larga lista de personalidades asistentes. Al redactor le había parecido importante —y así lo destacaba— la presencia de Telmo Salcedo, dirigente político del principal partido de la oposición, con quien el periódico —según decía— había sido singularmente crítico. En la fotografía que acompañaba el reportaje, Salcedo aparecía en el momento en el que le daba el pésame a la viuda. El resto de los diarios de la capital, con mayor o menor extensión, también se ocuparon de la noticia, añadiendo en algún caso comentarios acerca del futuro de *El Diario*, el rotativo de mayor tirada del país. En función de las simpatías hacia el finado, las informaciones se dividían entre quienes apostaban por la continuidad del mismo y quienes especulaban que, dado el poco interés de la viuda por el negocio, lo más probable era que acabara deshaciéndose del periódico. Todos se quejaban del silencio policial en torno a la marcha de las investigaciones sobre el asesinato. La vida de Cosme Damián, sus éxitos en el mundo de los negocios y las formidables polémicas que habían acompañado su trayectoria salpicaban las crónicas. Una de ellas concluía reflejando de manera muy gráfica lo que significaba la desaparición del empresario: «A partir de hoy, algunos políticos —y, entre otros, señalaba a Telmo Salcedo— podrán dormir tranquilos».

El comisario Aquilino Malvar había ojeado por encima la información que traía *El Diario*, y al llegar a la parte en la que acusaban de inacción a la policía tiró el periódico sobre la mesa con un gesto que se parecía mucho a la ira. Iba a llamar al inspector Montañés cuando sonó el teléfono. Por la línea interior, la secretaria le anunció que lo llamaban de la Dirección General. Era el director en persona.

—¡Buenos días, Malvar! ¿Ha leído usted los periódicos? —preguntó sin dar tiempo al comisario para contestar al saludo.

—Sí, alguno he leído, claro.

—¿Y qué me dice sobre la falta de eficacia policial de la que hablan en el caso del asesinato de Cosme Damián?

—Que es una acusación injusta, señor. Estamos trabajando a tope en el caso. Tenemos pistas sólidas, pero actuamos con las máximas cautelas porque algunas de esas pistas nos conducen a personas principales, y no es el caso de que, por actuar precipitadamente, acabáramos metiendo la pata. —Una fracción de segundo tras haber pronunciado aquellas palabras el comisario ya estaba arrepentido de haberlas dicho.

—¿A qué personalidades se está usted refiriendo, Malvar?

—Verá, señor, casi preferiría no hablar del tema por teléfono.

—Pues ya está usted presentándose esta misma mañana en mi despacho. Lo espero... pongamos que a las once. No se demore.

Colgó sin despedirse, dejando sumido al comisario en una profunda desazón.

«La he cagado —se dijo el comisario—, no tenía que haberle dicho nada, joder. Pero ya está hecho. ¿Y ahora qué le digo?, ¿que sospechamos que Telmo Salcedo podría estar detrás de la muerte de Cosme Damián porque el muerto tenía subrayado su nombre en una agenda? Es de locos.»

En la vida, el destino de las cadenas es ceder por el eslabón más débil. En la cadena de mando policial, el inspector Gabriel Montañés era ese eslabón.

—¡Póngame con el inspector Montañés! —ordenó el comisario a su secretaria con una voz que indicaba no estar para muchos amigos.

La llamada pilló al inspector en la calle, camino del despacho. Iba dándole vueltas a la confianza que le había hecho la periodista Valeria Ulloa. Ante la pregunta del comisario sobre la marcha del caso, el policía trató en un primer momento de echar balones fuera, pero captó enseguida que el horno no estaba para bollos y optó por aguantar el chaparrón.

—La cosa va en serio, Montañés, ya no puedo parar más la presión de arriba. Dentro de dos horas me espera en su despacho el director general, que esta mañana me ha llamado hecho un basilisco queriendo saber por qué tiene que aguantar que la prensa nos crucifique a cuenta del caso Damián. ¿Qué le digo?, ¿que estamos como el primer día?

—Hombre, jefe, dígame que progresamos lentamente porque el caso va más allá de lo que parece a simple vista.

—¡Ya, Montañés!, no siga que lo conozco. Es usted el paradigma del optimismo... qué digo... el campeón de esa especialidad. ¡No! Esta vez no me vale. Dígame, ¿tiene alguna novedad sobre Salcedo?

—Sí y no. Verá, tenemos la anotación de la agenda de la que nos habló la policía holandesa...

Iba a seguir pero el vozarrón del comisario lo interrumpió.

—¡Montañés! ¡No me líe! ¡Eso lo sabemos desde el principio!

—Lo sé, jefe, lo sé, pero es lo que estoy investigando y puede que tengamos noticias muy pronto. Hay un periodista que está dispuesto a ayudarnos.

—¡Lo que nos faltaba! Pero es que usted no aprende, meter a un periodista en una investigación oficial es un peligro, ellos tienen otra idea de las cosas y, llegado el caso, lo dejará con el culo al aire publicando lo que haya averiguado gracias a nosotros. Parece mentira que con los años que lleva en el Cuerpo todavía no haya aprendido que a los periodistas hay que tenerlos lejos.

—Es usted injusto, jefe. No todos son así. Es más, alguna vez hemos resuelto casos que parecían imposibles gracias a la colaboración de algún periodista.

—Eso era antes, con los periodistas de la vieja escuela que sabían agradecer y devolver favores. Ahora, con los *shows* que se traen en las televisiones y en las redes sociales, están a la que salta soltando lo primero que saben. Y cuando no saben se lo inventan. No me gustan.

El inspector iba a replicar, pero desistió. Sabía que también él, su jefe, era de la vieja escuela y no le iba a cambiar la idea que tenía sobre los periodistas. Optó por una retirada táctica.

—Deme algo más de tiempo, le prometo que vamos en la buena dirección.

El comisario no respondió a la petición y se mantuvo en el tono airado que había presidido toda la conversación.

—No sé cómo voy a salir del correo que me espera esta mañana en la Dirección General, pero ya le anticipo que no podemos seguir así. Esta tarde lo quiero en mi despacho y quiero que me haga un informe completo del caso, quiero saber dónde nos encontramos. Su forma de llevar el caso puede que no sea la más apropiada, ya se lo digo. Hablamos esta tarde, no olvide el informe.

Y colgó sin despedirse.

Un gesto idéntico al que había tenido con él el director general. Cuando llueve, el agua cae siempre hacia abajo pero si hay tormenta cae con más fuerza.

Una hora más tarde, el comisario Aquilino Malvar estaba en el despacho del director general esperando a que su superior terminara de hablar por teléfono. Cuando terminó la llamada se dirigió al policía con aire de pocos amigos.

—Era el ministro. Y es la segunda vez que me llama hoy. Quiere saber qué novedades hay sobre el asesinato de Cosme Damián. No le he podido decir nada que no supiera... Le ahorro los comentarios que ha hecho sobre la marcha de las investigaciones y la tarea de la policía. Para que me entienda, Malvar: ¿qué estamos haciendo? ¿Por qué me entero más del caso leyendo los periódicos que escuchándolo a usted? A ver, dígame, ¿por qué?

—Verá, señor, hacemos lo que podemos, créame si le digo que estamos trabajando a tope en el caso, hemos avanzado mucho en la investigación y en la posible implicación de Julián Santa Eugenia, pero hay otras líneas de investigación que nos frenan.

—¿A qué líneas de investigación se refiere?

El comisario Malvar decidió tirarse a la piscina.

—Me refiero a que también tenemos indicios que apuntan a una posible relación de Telmo

Salcedo con el caso.

El director general lo había escuchado mientras exponía las sospechas sobre la implicación del empresario Julián Santaeugenia, pero al mencionar que también sospechaban de Telmo Salcedo se puso de pie y con voz ronca le preguntó si había perdido el juicio.

—¿Se han vuelto ustedes locos? ¿Sabe usted quién es Telmo Salcedo y el poder que tiene? Él y todos los políticos. No quiero volver a oír una palabra más sobre el asunto. En lo que respecta a Salcedo, caso cerrado. ¿Me ha oído usted bien? ¡Caso cerrado! Vayan por el lado de Santaeugenia. Puede retirarse.

El director ni se despidió, hizo un ademán con una mano mientras con la otra descolgaba un teléfono. El comisario Malvar no replicó. Salió del despacho recordando que el fiscal Monteverde, cuando se presentó sin avisar en las dependencias de la Brigada, le había dicho algo similar. Salcedo era intocable. «Los poderosos —pensó— se protegen entre sí.»

Mardones, el guardia civil amigo del inspector Montañés, lo llamo al móvil para decirle que tenía noticias que le podían interesar. Quedaron para verse en la cafetería en la que se habían encontrado la vez anterior.

—Espero que de verdad tengas algo nuevo porque estoy asfixiado —dijo el policía a modo de saludo de bienvenida. Su amigo, con una sonrisa burlona, lo tranquilizó.

—Joder, macho, te veo fatal. Tienes que pedir vacaciones, si no el próximo fiambre vas a ser tú.

—Pues sí que me das ánimos.

—Vamos a ver. Lo que hemos encontrado en el ordenador puede que te ayude a orientar el caso en lo que se refiere a Santaeugenia, el empresario ese que habéis detenido. Luego hay otros datos que llevaría mucho tiempo analizarlos, la mayoría son referencias a operaciones de bolsa y blanqueo a través de cuentas bancarias, operaciones en bancos de medio mundo desde las islas del Canal a Singapur o las Granadinas, que están en el Caribe. Este tipo, el tal Mordekai Rojo, era un hacha en los negocios, pero tocaba más palos, algunos muy peligrosos, como la venta de armas... Ya te digo que hemos ido encontrando muchas cosas rastreando sus correos en la web aunque los había borrado. Debía de creer que no eran detectables... pero ya sabes que al duque de Ahumada no se le escapa nada.

—Ya, ya, *pikoletos for president* —replicó con ironía el inspector al escuchar a su amigo evocar al fundador de la Guardia Civil—. Pero en concreto, y relacionado con el caso Damián, ¿qué habéis encontrado?

—Pues mira, lo tengo aquí —dijo señalando un folio que había extraído del bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué es? —preguntó con impaciencia el policía.

—Léelo tú.

Montañés cogió el papel. En un primer momento se quedó sorprendido. El escrito apenas contenía dos líneas.

—¿Esto es todo? No entiendo nada —dijo tendiendo el papel a su amigo—. ¿Dónde está la noticia?

—No seas impaciente. Vuelve a leer despacio. Y piensa, coño, piensa. ¿Qué dice aquí?: «El pasajero llegará el 14 de enero y ocupará la habitación 330». ¿No te dicen nada el día y lo de la habitación?

El inspector Montañés estaba bloqueado. El estrés que arrastraba le impedía pensar con la lucidez que acostumbraba. Su amigo iba a decir algo cuando el policía se llevó la palma de la mano a la frente y, tras dar una sonora palmada que hizo que levantara la cabeza uno de los camareros que ojeaba un periódico deportivo detrás del mostrador, exclamó:

—¡Anda la hostia! ¡Si va a ser el número de la habitación del hotel Bilderberg donde apiolaron a Cosme Damián! Qué cabrón, ¿por qué no has empezado por ahí?

—Porque eres tú quien lleva el caso. Yo me he limitado a sumar dos y dos que, de momento, en base diez, suman cuatro.

—Bueno, bueno, no me lo puedo creer. ¿Sabes que lo de investigar el asesinato del guiri fue una corazonada? Vamos, que casi me cuesta el puesto porque mi jefe piensa que veo muchas películas.

—Bueno, la verdad es que tienes potra, porque ya me dirás quién podía relacionar lo de Holanda con lo de Gibraltar. Ahora, vas a tener trabajo, porque lo que hemos encontrado es un correo muy difícil de rastrear... Podemos llegar a la fuente pero me apostaría algo a que ha salido del ordenador de un cibercafé o algo parecido, algún lugar público. En cuanto al reenvío, hemos podido averiguar que el destinatario lo recibió en París. Pero estamos en las mismas, también allí puede que lo recibiera en un cibercafé. En fin, macho, que nosotros seguiremos con el descifrado, que no creo que a esa juez amiga tuya le interese demasiado... En cualquier caso, ahora te toca a ti currar.

—No sabes cómo te lo agradezco. Te debo una, pero no de cañas, de irnos a El Escorial a comer un cocido.

—Te tomo la palabra. ¡Ah! No te tengo que decir que nada de esto puedes utilizarlo sin la máxima discreción. Si la juez esa o mis jefes se enteraran me juego el puesto.

—Descuida, hombre, esto queda entre tú y yo.

Se despidieron.

Con la impaciencia propia de quien tiene una idea fija en la cabeza pero necesita confirmarla, el inspector Gabriel Montañés recorrió a grandes zancadas la distancia que lo separaba de su despacho en la Brigada. Al llegar, aprovechó que la puerta del ascensor estaba abierta y pulsó el botón de la segunda planta. Miraba sin ver el movimiento de luces que indicaba que habían cambiado de piso, y al llegar al segundo abandonó en tromba el ascensor y entró en la sala donde estaba su despacho sin saludar a nadie. Se fue directamente a su mesa y empezó a revolver papeles. Por fin dio con lo que buscaba.

—*Voilà!* ¡Aquí está!

Era el largo correo de la policía holandesa en el que se referían las circunstancias y hallazgos relacionados con el asesinato de Cosme Damián en la habitación 330 del hotel Bilderberg el 17 de enero de 2003.

«Reenviado a París», había dicho su amigo Mardones. «Pero París es muy grande. Sería perder el tiempo intentar seguir la pista de un correo peinando todos los cibercafés. Aparte de que pudo

ser enviado desde cualquier sitio, hasta desde un teléfono móvil. Me temo —concluyó— que esta pieza pertenece al tablero del caso pero faltan piezas.»

Había pasado del entusiasmo a la realidad. Además del papel, su amigo le había entregado un *pendrive* donde, según le había dicho, se almacenaban los datos de la cuentas y operaciones bancarias de Mordekai Rojo. El inspector encendió su ordenador y esperó a que la pantalla cobrara vida. Pinchó el lápiz de memoria, y al cabo de unos segundos aparecieron una serie de columnas que a modo de árbol genealógico describían la actividad financiera del empresario al que llamaban Aladino. El policía se quedó mirando sin saber muy bien por dónde empezar. Decidió buscar si había alguna referencia a Julián Santaeugenia y pulsó la pestaña del buscador. Allí estaba: «Julián Santaeugenia, Madrid». Bajo este epígrafe había una serie de anotaciones con cantidades y fechas. En la última y más cercana en el tiempo aparecía una referencia muy llamativa, «50 millones», seguida del símbolo de la libra esterlina y de una posterior anotación: «Pendiente».

«¡Joder! Así que el *play boy* le debía cincuenta millones de libras esterlinas al pavo de Gibraltar. Creo que Julián Santaeugenia calla más de lo que cuenta. Voy a tener que volver a apretarle las tuercas», se dijo pensando que quizá aquella deuda estaba detrás del móvil del crimen. Iba a llamar al comisario Malvar, pero cambió de idea, antes buscó en el dietario que tenía encima de la mesa el teléfono de Felipe Mazarrasa, el periodista de *El Diario* que tan preocupado estaba por la repercusión que podía tener la publicación de las andanzas gibraltareñas de Santaeugenia.

«Le debo una —se dijo el policía—. Es hora de que cumpla con mi parte del trato.» Fue retrocediendo en las páginas de la agenda hasta dar con lo que buscaba. Allí estaba: «Antoñanzas», el nombre que habían convenido para ponerse en contacto y debajo un número de teléfono. Era un móvil. Marcó el número y esperó.

—¿Sí? ¿Quién llama? —preguntó una voz al otro lado de la línea.

—Soy el inspector Montañés, ¿tienes un minuto?

—Sí, claro —respondió el periodista con voz que delataba sorpresa.

—Yo siempre cumplo mi palabra. Te dije que si me ayudabas te ayudaría, ¿recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo, ¿qué ha pasado?

—Pasa que estabas en lo cierto. Julián Santaeugenia está metido hasta el cuello en el asunto de Gibraltar. Eres el primero en saber la noticia y por mí puedes publicarla.

Mientras cargaba gasolina, Temo Salcedo, que había comprado el periódico camino del despacho, se había quedado de pie junto a la puerta de su coche leyendo de pasada las noticias. Tras pagar, iba a dejar el periódico en el asiento pero, al pasar una página, se le iluminó el semblante. A tres columnas, en página impar y con una foto de un joven sonriente, venía la noticia del trágico accidente que le había costado la vida a Mikel Azuera, uno de los reporteros de *El Diario*.

La información estaba fechada en la redacción de Madrid y decía que el periodista se encontraba en Berlín trabajando en un reportaje y que, cuando esperaba la llegada del metro en un andén de la estación de la Alexanderplatz que estaba repleta de gente, había caído a las vías unos segundos antes de la llegada del convoy.

La crónica añadía que, aunque había sido evacuado con rapidez y los sanitarios habían intentado reanimarlo, sus esfuerzos resultaron inútiles porque al llegar al hospital ya había fallecido. El pie de la foto de Mikel Azuera sonriendo a la cámara que ilustraba la información reflejaba el cariño y la desolación que sentían los redactores del periódico por la muerte de su compañero. Telmo Salcedo volvió a leer la noticia, dobló el periódico y lo dejó encima del asiento del acompañante. Arrancó el coche y enfiló hacia su despacho.

Un amago de sonrisa se formó en su rostro. «Los antiguos camaradas y a la manera clásica», pensó. Respiró hondo y marcó el número de teléfono de su secretaria. Estaba contento.

—¡Hola! ¡Verónica, hola! ¿Teníamos algo urgente esta mañana?

—No, jefe... Ah, casi se me olvida, ha llamado el periodista alemán al que hace dos semanas le dio una entrevista, ¿Se acuerda?

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué quería?

—Me ha dicho que ha terminado de traducir la entrevista y había un par de cosas que no había entendido bien. Así que, si a usted no le importaba, quería ver si podía robarle unos minutos para aclararlas. Perdona que se lo diga, pero me ha parecido que es un pesado.

—Está usted perdonada, Verónica. No olvide que es alemán. Supongo que habrá dejado un teléfono...

—Sí, claro. ¿Quiere que lo llame ahora?

—Sí, llame y pásemelo a mi móvil.

El político aguardó a que sonara el teléfono. La conversación apenas duró un minuto.

«La entrevista —dijo su interlocutor— está terminada. Me vuelvo a Alemania.» Antes de despedirse, bajando el tono de voz, añadió que no debía preocuparse por las noticias fechadas en

Berlín.

Telmo Salcedo entendió el mensaje. «Si no debo preocuparme es porque el periodista que estaba metiendo las narices en los archivos de la Stasi no había encontrado nada. Asunto cerrado.» Aquel pensamiento lo instaló en una suerte de estado de euforia.

Valeria Ulloa estaba destrozada. La noticia de la muerte de Mikel Azuera le había provocado un estado de postración que no remitía con el paso de las horas. No paraba de darle vueltas a la última conversación que había mantenido por teléfono con su amigo. Mikel la había llamado para decirle que estaba asustado. Creía que lo estaban siguiendo y no sabía por qué. Ella le había preguntado en qué estaba trabajando para tratar de establecer alguna relación con el posible seguimiento del que decía que estaba siendo objeto.

Recordaba, una a una, las palabras de su amigo:

—No te lo puedo decir. Estoy aquí por el periódico. Es un asunto confidencial que puede llegar a ser una bomba y un escándalo.

Ella había insistido una y otra vez para saber en qué estaba metido. Pero Mikel Azuera, fiel a su sentido de la ética y del compromiso con su empresa, no soltó prenda. Solo al final de la conversación dejó caer una frase que Valeria tenía grabada en la memoria. Le había preguntado si tenía algún amigo policía. «Pues si me pasa algo habla con él y dile que no ha sido un accidente.» Por más que su amiga insistió, Mikel no quiso decir nada más. Se habían despedido quedando emplazados para cenar a la vuelta del viaje a Berlín. Pero su amigo no volvería de aquel viaje. Y pese a la tristeza y el desánimo que se había apoderado de ella, decidió que tenía que hacer algo por su amigo. No lo tenía claro ni sabía qué tenía que decirle, pero decidió llamar al inspector Gabriel Montañés y explicarle lo que su amigo le había dicho.

Gabriel Montañés recibió la llamada de Valeria Ulloa cuando estaba fuera de su despacho. Había vuelto al hotel Santo Mauro tratando de recoger algún dato más sobre la estancia en Madrid de la ciudadana francesa Ivonne Genet. Estaba hablando con el gerente del establecimiento cuando sonó el teléfono.

—Hola, inspector, soy Valeria Ulloa, periodista de *El Universal*, ¿tiene un minuto? Si está ocupado puedo llamarlo más tarde —dijo con decisión.

—Estoy ocupado, la policía nunca descansa, pero puedo hablar. Permítame. —El inspector se llevó la mano al teléfono tapando el micrófono al tiempo que, dirigiéndose al gerente, le indicaba que lo dejara solo—. ¿Sigue usted ahí? —preguntó.

—Sí, sigo aquí... Quería concertar una entrevista porque quisiera comentarle algo importante.

—¿Cómo de importante?

—Bueno, hablamos y luego usted decidirá si es o no importante —respondió la periodista con un punto de irritación.

—Vale, vale, no se enfade. No me interprete mal. Es que hablar con periodistas tarde o temprano trae problemas.

—Es un asunto muy serio que no quiero comentar por teléfono —añadió rebajando el tono de voz.

—Espero que de verdad sea tan importante como dice. Si le parece podemos quedar en el mismo lugar de la otra vez, ¿recuerda?

—Perfectamente. ¿Cuándo y a qué hora?

—Tiene que ser un asunto muy importante porque veo que tiene prisa. ¿Le parece bien mañana por la mañana, digamos a eso de las diez?

—De acuerdo. Nos vemos mañana. Y... gracias por atenderme —concluyó la periodista.

—De nada, mujer, estamos para eso.

Cuando colgó se quedó pensativo. Aunque tenía una opinión poco favorable sobre los periodistas en general y francamente negativa sobre algunos en particular, Valeria Ulloa constituía una excepción. Nunca había traicionado un *off the record* ni era de las que publicaba lo primero que le soplaban. Recordando que había sido ella quien le facilitó el contacto con Felipe Mazarrasa, el redactor especialista en economía y finanzas, pensó que la llamada estaría relacionada con el caso de Julián Santaeugenia. «Mañana será mañana», se dijo, y volvió a pegar la hebra con el gerente del hotel, que de manera discreta había salido dejándolo a solas en su despacho. Duró poco la conversación, porque, por lo que constaba en la reseña de la recepción, la francesa había sido una clienta muy discreta. Ni llamadas de teléfono, ni gastos en el minibar. Solo había pedido utilizar internet, y el inspector Montañés ya conocía aquella historia, así que se despidió del gerente y salió a la tarde madrileña rechazando la idea de parar un taxi. Caminó durante media hora por las calles de Malasaña, uno de los barrios más animados de Madrid. Había construido un relato sobre las andanzas de Ivonne Genet en la capital y no paraba de darle vueltas. Una y otra vez se hacía la misma pregunta. ¿Qué había hecho mal la francesa a ojos de quienes habían decidido acabar con su vida? ¿Qué sabía el empresario Santaeugenia de aquella trama? ¿Hasta dónde estaba implicado? Repasando mentalmente la declaración del empresario no llegaba a ninguna conclusión. «Estoy atascado —reconoció mentalmente—. Lo mejor será que me olvide del trabajo, que me relaje, porque si no me va a dar algo.» Como en otras ocasiones en las que en el transcurso de una investigación se había encontrado en un callejón sin salida, decidió llamar a Fernando Mora, un abogado muy respetado en la capital, tanto por su integridad como por la contundencia con la que intervenía en las vistas. Era uno de sus mejores amigos. Junto a él y cuatro colegas más había formado una banda de rock que en sus tiempos solía ensayar una vez al mes con el entusiasmo propio de quienes sabían que la música no necesariamente era el más desagradable de los ruidos.

Al día siguiente, Valeria habló con el policía durante un buen rato, al cabo del cual se despidieron. El encuentro con el inspector Montañés le había dejado mal sabor de boca. El policía no parecía haber dado crédito a la historia que le había contado. «Así, sin más, relacionar

el accidente en el que Mikel ha perdido la vida con un acto premeditado, me parece una exageración», había sentenciado. Valeria no había podido refutar aquella conclusión porque reconocía que ella misma estaba desorientada, pues su amigo no le había querido decir qué es lo que estaba investigando. Volvió al periódico, pero no dejaba de darle vueltas a las últimas palabras que le había escuchado decir a su amigo: «Si me pasa algo, si me pasa algo...». En esas estaba cuando sonó el teléfono y, al conectarlo, vio que era el número del policía.

—¿Sí?, ¿quién llama? —preguntó intrigada.

—Hola, Valeria, soy Gabriel Montañés... ¿puede hablar?

—Sí, claro, inspector —respondió sorprendida por lo inesperado de la llamada.

—Sobre nuestra conversación de esta mañana, estoy pensando que quien mejor puede investigar este asunto no soy yo, no es un policía. Quien mejor puede hacerlo es un periodista. En este caso, usted misma.

—¿Cómo? —respondió Valeria sorprendida.

—Sí, verá. A mí, ninguno de sus colegas de *El Diario* me va a querer contar en qué estaba trabajando Mikel... ¿Azuera? Se llamaba Mikel Azuera, ¿no?

—Sí, ese era su nombre. Pero yo no trabajo en ese periódico, estoy en el de la competencia.

—Lo sé, pero es usted periodista y es más fácil que pueda averiguar algo que si un madero va por ahí haciendo preguntas a sus compañeros.

—No sé, yo no sé nada del caso y no tengo ni idea de qué me quiso decir Mikel —añadió Valeria sin demasiada convicción.

—Bueno, creo que si era amigo suyo, casi es una obligación moral intentarlo. ¿No cree? No me malinterprete, no quiero que crea que la estoy presionando.

Se hizo un silencio, al cabo del cual la periodista respondió:

—Lo voy a intentar. Pero, dígame, ¿por qué ha cambiado de opinión? Esta mañana, cuando hemos hablado, me ha parecido que no le había dado ningún crédito a lo que me había dicho Mikel.

—No es eso, Valeria. Lo que ocurre es que estamos ante un mensaje enigmático de su amigo, y debe comprender que yo soy policía y tengo el deber de basarme en hechos, no en conjeturas. Puedo ayudar desde la sombra, con discreción, hablaré con mis colegas de Alemania, pero no se haga ilusiones, si han dicho que ha sido un accidente...

—Sí, lo sé... La verdad es que estoy desconcertada, pero le agradezco que por lo menos no se haya olvidado del asunto —respondió con voz apagada.

—Bien, me puede llamar cuando quiera, cuando crea que hay algo que puede facilitarnos una pista sobre el caso. Incluso para dejar las cosas como están. Como te decía..., permíteme una pregunta..., ¿te puedo tutear?

—Sí, claro, claro.

—Bien —prosiguió el policía—, pues, como te decía, en este asunto tendrás que moverte con pies de plomo y... me aplico también la receta. La prudencia es esencial —concluyó el inspector.

—Sí, lo entiendo, supongo que así debe ser.

Se despidieron. Valeria se quedó pensativa con el móvil en la mano. De pronto, una idea le vino a la cabeza. Recordaba que Mikel no había ido solo a Berlín. Alguien le había comentado que *El Diario* había mandado también a Nacho Tena, uno de los mejores reporteros gráficos del periódico. No tenía el teléfono del fotógrafo pero conseguirlo fue cuestión de minutos. Tena tenía admiradores entre sus colegas del periódico de Valeria.

Marcó el número y esperó. La llamada se estiró y saltó el buzón. Durante unos segundos permaneció en silencio sin saber muy bien qué decir. Al final le dejó un mensaje sin mencionar el asunto que motivaba la llamada, pero pidiéndole que se la devolviera. Al cabo de una hora sonó el teléfono. Era Nacho Tena.

Valeria le contó lo que le había dicho Mikel y le preguntó si le podía decir qué es lo que habían ido a investigar a Berlín por si la ayudaba a interpretar las últimas palabras de su amigo muerto.

—Estoy muy jodido desde que me enteré de la muerte de Mikel. La verdad es que ha sido una putada lo del metro, pero, no sé, de ahí a pensar que no ha sido un accidente, no sé qué decirte.

—¿Me puedes decir a qué habíais ido a Berlín?

—Sí, claro. No creo que sea un secreto de Estado, estábamos haciendo un reportaje sobre la Stasi.

—¿La Stasi? ¿La policía política de los comunistas? —preguntó Valeria sobresaltada.

—Sí, mujer, era un buen tema. Estuve con Mikel en la sede de la Stasi, es un lugar..., la verdad es que da un poco de yuyu..., la idea era investigar si algún español había trabajado para la Stasi, aunque la verdad es que no dimos con nada, por lo menos mientras yo estuve con él. Después yo me volví a Madrid y él se quedó solo en Berlín... No sé si consiguió algo —respondió el fotógrafo—. A mí me pareció que era un poco perder el tiempo, pero, ya sabes, nosotros somos unos mandados.

Valeria no le preguntó más. Le dio las gracias y, cuando colgó el teléfono, se quedó un buen rato en silencio. La mención a la Stasi la había desconcertado. No pudo evitar un escalofrío. Había leído algunas cosas sobre aquella organización y todas ellas eran a cual más siniestra. Un pensamiento cruzó como un rayo por su cerebro evocando el accidente en el que había perecido su amigo. «Pero la Stasi desapareció en 1990, al poco de la caída del Muro. No tiene sentido», se dijo, rechazando aquella idea. Estaba desconcertada y sin saber qué hacer o si debía abandonar el asunto.

La vida no siempre se manifiesta de modo ordenado, como si los acontecimientos obedecieran a secuencias lógicas. Por lo general sucede lo contrario. Son más las historias que se diluyen en el tiempo sin un final plausible. En un primer momento, Valeria decidió que llamaría al inspector Montañés para comentarle lo de la Stasi, pero, tras pensarlo dos veces, cambió de idea. No quería que el policía pudiera pensar que estaba paranoica. Ella misma tenía dudas y se decía que no tenía lógica que la muerte de Mikel hubiera sido cosa de una conspiración en la que estuvieran implicados miembros de una organización policial que había sido disuelta hacía más de diez años.

Francis Hamilton, el exsecretario de Estado norteamericano, estaba contento. El incidente del doble asesinato que había marcado el inicio de las sesiones del club estaba más que olvidado. Ya no había cámaras de televisión ni reporteros de sucesos en el hall del hotel. Los periodistas que se habían quedado eran expertos en economía y en tendencias políticas. A falta de la sesión de clausura, Hamilton creía que las reuniones del Club Bilderberg habían sido un éxito. Hablando con algunos de los asistentes pudo comprobar que otros socios compartían aquella impresión. El club, como tal, no rendía cuentas ante nadie pero sus reuniones eran un termómetro que reflejaba la línea de pensamiento de hombres y mujeres muy poderosos en sus respectivos países, dirigentes de empresas importantes con mucho peso en la economía de Europa y América y dueños de medios que marcaban las tendencias de sus respectivas opiniones públicas. Era un foro de poder en estado puro, de ahí su relevancia. Hamilton, como político veterano y experto en relaciones internacionales, sabía que las opiniones de la gente se basan en las informaciones que reciben. Por ello era importante mantener la adecuada sintonía con los propietarios de los medios o de quienes los dirigen.

Años atrás, en una de las reuniones del club, uno de los asistentes había sostenido la validez de las teorías de un politólogo francés que mantenía una tesis según la cual cuando se forma una opinión sobre determinados acontecimientos, los individuos a quienes se manipula creen que están actuando de manera autónoma, pero en realidad disponen de poca libertad y acaban siguiendo un camino trazado por el poder a través de los medios que controlan. Hamilton había estado de acuerdo. De hecho, aquel enfoque respecto del papel de los medios era una de las claves de las reuniones del club.

Le tocaba intervenir en la sesión de clausura y decidió que, puesto que el objetivo marcado estaba cumplido, lo aconsejable era llamar la atención a los asistentes acerca de las campañas que promoverían las fuerzas de la izquierda así que se llevara a término la invasión de Irak. Alguno de los asistentes volvió a preguntar acerca de aquellas *armas de destrucción masiva* de las que hablaba una parte de la prensa norteamericana. Armas con las que supuestamente contaba el dictador Sadam Huseín y que suponían una amenaza para su propio pueblo, para los países vecinos y, sobre todo, para Israel. Hamilton reiteró los argumentos que había empleado en su intervención del primer día y volvió a asegurar a los presentes que el *New York Times* publicaría informaciones que ratificaban la existencia de tales armas en los arsenales del ejército de Irak. Fue muy aplaudido. Tras su intervención, el presidente en funciones del club anunció que la

siguiente reunión tendría lugar en Versalles, Francia, y deseó a todos los asistentes un buen regreso a sus respectivos países, añadiendo que, para aquellos que no tuvieran previsto emprender viaje aquel mismo día, el club había organizado una cena de despedida en uno de los restaurantes del hotel, especializado en cocina internacional.

A los asistentes que tuvieran intención de asistir se les recomendaba vestimenta informal.

Los ecos de la muerte de Cosme Damián se fueron apagando y en *El Diario* las noticias sobre las circunstancias en las que se había producido el doble crimen se iban espaciando. Una de las más recientes había sido publicada en página par, prueba fehaciente de la paulatina pérdida de interés sobre el caso incluso por parte de los empleados del periódico que en vida había sido la gran obra del empresario asesinado. Otros temas y otras historias los tenían ocupados.

Mientras hablaba por teléfono desde el coche con Arturo Moreno, su jefe de campaña, Telmo Salcedo había comentado aquel detalle con la agudeza que lo caracterizaba. Iba camino del despacho, al que llegó tras sortear con paciencia un gran atasco de tráfico agravado por la lluvia y por un repentino descontrol de los semáforos. Aparcó el coche y subió en el ascensor hasta la planta en la que estaba su oficina. Al entrar no vio a su secretaria, pero observó que encima de la mesa estaba su bolso y concluyó que no debía de andar lejos. Entró en el despacho. Apenas había tenido tiempo para colgar el abrigo cuando llamaron a la puerta.

Era Verónica, la secretaria.

—Buenos días, jefe... Perdón, había salido un minuto a buscar el correo a la planta de abajo...

—Buenos días, mujer, no pasa nada.

—¿Hay alguna carta urgente?

—No, son cosas de rutina, invitaciones y cartas de provincias, pero me parece que no hay nada urgente.

—Bien, entonces tráigame la agenda.

—Ahora mismo.

—Ah, Verónica, si no le importa, hágame un café. Con sacarina, como siempre.

—Ahora mismo.

Mientras esperaba el café, Salcedo encendió el televisor de plasma que ocupaba la parte central del lienzo de pared, en el que también había una librería. Había conectado con uno de los programas magacín de las mañanas que dirigía con buen pulso periodístico la presentadora más veterana y popular del país. Estaba acompañada en el plató por varios periodistas. Comentaban la que habían calificado como la noticia del día. Según repitió un par de veces la presentadora, era una exclusiva de *El Diario*. El periódico abrió su primera página —que el realizador del programa mostraba en la pantalla— con una información que ocupaba más de la mitad de la portada. Con grandes caracteres destacaba que el empresario Julián Santaeugenia había ingresado en prisión tras pasar a disposición judicial como presunto instigador del asesinato de un

empresario gibraltareño llamado Mordekai Rojo, cuyo cadáver había sido encontrado días atrás en su casa de Sotogrande, en la provincia de Cádiz.

Leyendo directamente del periódico, la presentadora del programa prosiguió diciendo que, cuando fue encontrado en su casa, el cuerpo del empresario presentaba dos disparos de bala, uno en el cuello y otro en la cabeza. La información concluía diciendo que la policía seguía investigando el caso aunque, al parecer, carecía de pistas fiables acerca de la identidad del asesino o asesinos. Actualizando la información publicada por el mismo periódico semanas antes, el redactor concluía su crónica diciendo que, según la opinión de alguno de los policías que llevaban el caso, el asesinato parecía obra de un solo hombre, seguramente un profesional.

«—*La crónica* —comentó la presentadora del programa— *la firma Felipe Mazarrasa.*

»—*¡Pues se apunta un tanto!* —dijo uno de los periodistas que asistían al programa en calidad de comentaristas de la actualidad.

»—*Mazarrasa es un experto en temas financieros* —añadió otro de los presentes—, *seguramente el mejor de su especialidad.*

»—*Pues vamos a seguir con la noticia, tratando de ampliarla a lo largo del programa* —zanjó la presentadora, al tiempo que anunciaba que volverían en breves minutos, después de la publicidad.»

—En breves minutos... Los minutos no son breves ni largos, tienen los segundos que tienen. ¡Qué falta de rigor! —comentó en voz alta Telmo Salcedo al tiempo que con un gesto de desdén apagaba el televisor, momento en el que, tras llamar a la puerta, entraba la secretaria con el café.

—Por cierto, jefe, ayer me olvidé de decirle una cosa. Esta tarde tengo cita con el médico, si no le importa...

—¿Está usted enferma?

—No, no, es una cosa rutinaria, mi ginecólogo...

—Bien, no se preocupe. Tiene la tarde libre, mañana hablamos.

—Gracias, jefe.

Minutos después, tras asegurarse de que la secretaria se había ido, marcó un número en su teléfono móvil. Mientras esperaba la conexión giró el sillón y, de espaldas a la puerta del despacho, contempló a través de los cristales el *skyline* de Madrid. Pese a la contaminación provocada por el enorme nivel de tráfico, le pareció que el panorama que ofrecía la capital era magnífico. La lluvia había cesado, dejando tras de sí un mar de cristales y tejados brillantes.

—¡Sí! —contestó una voz de mujer al otro lado de la línea—. ¿Eres tú?

—¿Quién iba a ser? ¿Esperabas a alguien? —preguntó Telmo Salcedo en un tono de voz sugerente.

—¡Qué tonto eres! Sabes bien que este número de teléfono solo lo tienen quienes yo quiero que lo tengan. Pero me asustas cuando me llamas a este número. ¿Pasa algo? —respondió la mujer con aire preocupado.

—Pasa que necesito verte —respondió el hombre con un registro de voz inusualmente cálido.

—No sé si es prudente que nos veamos. Tengo a una nube de paparazis que no me dejan ni a sol ni a sombra.

—¡Periodistas! ¡A mí tampoco me dejan en paz! Pero podríamos vernos donde siempre. Si buscas un hueco esta tarde yo podría escaparme... ¿Qué te parece?

—¿Así?, ¿de repente? No sé, me pillas a punto de salir de casa, voy al periódico. Me está esperando el gerente para ponerme al tanto de cómo van las ventas y las cuentas... No sé.

—¡Mándalo a paseo! ¡Que espere! Ahora eres tú quien manda. ¿No te acuerdas? Llámalo y aplaza la cita para mañana.

—¡Hay que ver cómo eres!

—¿Cómo soy? A ver, ¿cómo soy? —preguntó el hombre con un deje de coquetería.

—Eres un demonio —respondió la mujer—. No sé ni por qué te quiero, así que ya me contarás.

—Me quieres porque me necesitas. No le des más vueltas —zanjó el hombre.

—Debe de ser eso —respondió la mujer con un suspiro.

—¿Te parece si quedamos donde siempre?

Durante unos segundos la línea permaneció en silencio. Al cabo, se volvió a escuchar la voz de la mujer.

—Eres un demonio... Vale, de acuerdo, nos vemos.

Quedaron para verse en un apartamento que estaba en una urbanización de lujo situada en la parte norte de Madrid. La entrada por el garaje garantizaba la máxima discreción. El piso estaba a nombre de Clara Miranda de Celis, el nombre de soltera de la viuda de Cosme Damián.

Telmo Salcedo colgó el teléfono. Evocando la atractiva figura de la mujer que en aquellos días era la viuda más famosa del país, se dibujó en su rostro una sonrisa de triunfador.

Tras el cambio de planes, Clara Miranda de Celis llamó al gerente y cambió la cita para el día siguiente. La espera incentiva las emociones. Aunque era una mujer equilibrada, los últimos acontecimientos habían tensado sus nervios. Como faltaba algo de tiempo para la cita, decidió salir a pasear a Snoopy, un precioso beagle inglés que parecía triste por la ausencia de su dueño. Al comprender que iba a salir a la calle, el animal pareció animarse. El paseo les sentó bien a los dos. Miranda iba a regresar a casa para dejar al perro cuando, de lejos, le pareció reconocer a un paparazi de los que la seguían habitualmente. «Me está esperando», pensó.

Sobre la marcha, decidió cambiar de planes, y en vez de volver hacia su casa se dirigió hacia el garaje del edificio. Hizo que el perro subiera al coche y abandonó el garaje por una salida opuesta a donde había visto apostado al fotógrafo. Era la primera vez que llevaba semejante compañía a su cita amorosa, pero pensó que era la mejor solución. Ya instalada en el apartamento, esperó la llegada de Telmo Salcedo. Cuando el político entró por la puerta, Snoopy le ladró. La mujer lo mandó callar. El político no ocultó su sorpresa.

—Y este, ¿quién es? —preguntó señalando al animal, que había dejado de ladrar y lo miraba con aire distraído.

—Es el beagle de Damián.

—No te preocupes. Cuidaré de su perro.

*Algo va mal*  
Fermín Bocos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la portada, Hayden Verry / Ilona Wellmann / Arcangel

© Fermín Bocos, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2006  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-233-5708-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!





# Fermín Bocos

## Algo va mal



DESTINO